

ROBIN HOOD, EL PROSCRITO



ANGUS DONALD

Lectulandia

Alan Dale, el joven protagonista de esta novela se ve abocado a un futuro incierto cuando es descubierto robando y, sabedor de la dureza de la justicia, no le queda otra alternativa que huir al bosque de Sherwood, donde entra en contacto con una banda de forajidos cuyo cabecilla, Robin Hood, impone su propia ley: roba a los ricos y protege a los pobres; sin embargo, su protección tiene un precio. Un precio que no se paga con dinero, sino con sangre. Los delatores son mutilados, los traidores condenados a muerte. Nadie escapa a la justicia del temido Robin Hood.

Con un más que notable pulso narrativo, Angus Donald irrumpe en el género de la novela histórica con una versión realmente nueva de la figura legendaria de Robin Hood. Duro e implacable, salvaje y vengativo, es muy probable que el suyo sea un personaje mucho más cercano al hombre verdadero que el edulcorado mito tradicional.

Lectulandia

Angus Donald

Robin Hood, el proscrito

Robin Hood - 1

ePUB v1.0

Crubiera 25.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Outlaw*

Angus Donald, 2009.

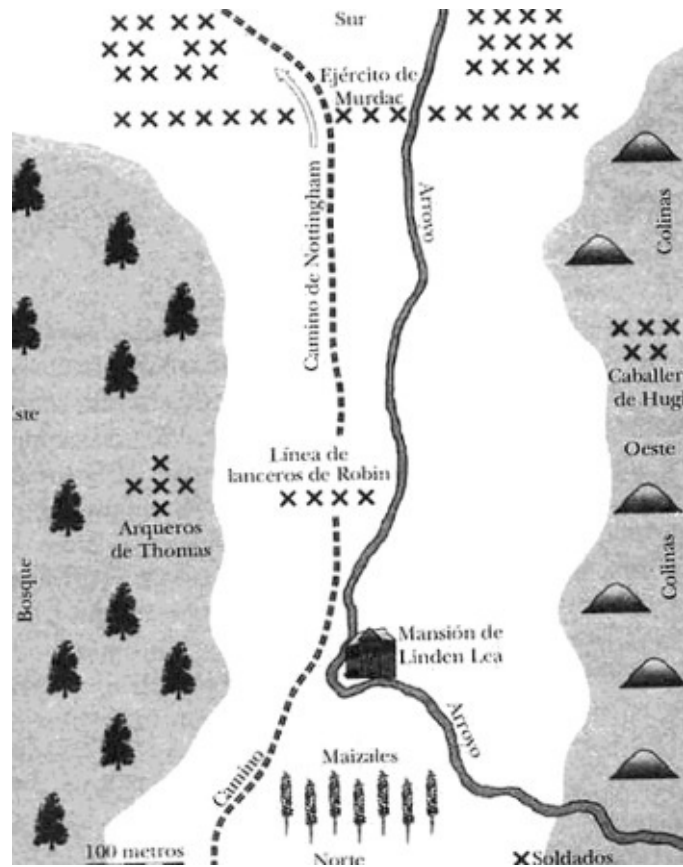
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

Diseño portada: Larry Rostant

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.1

*A mi encantadora esposa Mary
que todo lo hace posible.*



Capítulo I

Cae una llovizna fina y destemplada en el huerto frente a mi ventana, pero doy gracias a Dios por ella. En estos tiempos de penuria, me basta poder contar con un fuego en mi habitación, un fuego pequeño para calentarme los huesos mientras garabateo estas líneas a la luz gris de un día frío de noviembre. Mi nuera Marie, que es quien gobierna la casa, escatima la leña. La casa es mía, y bastaría para asegurarnos una vida decente, sin lujos, de contar con uno o dos hombres jóvenes para trabajar la tierra. Pero desde que mi hijo Rob murió el año pasado de un flujo de sangre, me he dejado vencer por un cansancio que me ha ido robando las energías. Todavía me siento sano y fuerte, a Dios gracias, pero cada mañana me cuesta más levantarme de la cama y afanarme en las tareas cotidianas. Y desde la muerte de Rob, Marie se ha vuelto silenciosa, amargada y tacaña. Así que ha decidido no encender la chimenea en las habitaciones durante el día, a menos que llueva; no comer carne más que un día a la semana; y rezar diariamente por su alma, de día y de noche. En el estado melancólico en que me encuentro, me falta voluntad para contradecirla.

Los domingos, Marie no despega los labios y se limita a rezar sentada mientras medita sobre los sufrimientos de Nuestro Señor en la enorme sala helada, y entonces yo me desperezo y me llevo a mi nieto de mi mismo nombre, Alan, a recorrer los bosques hasta el límite de mis tierras. Él juega a ser un proscrito y yo le canto canciones y le cuento historias de mi juventud, de mis días despreocupados al margen de la ley, cuando no temía a ningún hombre del rey, ni sheriff ni guardabosques, y hacía lo que me placía, tomaba lo que deseaba y no seguía más ley que la de mi señor proscrito: Robert Odo, señor de Sherwood.

Ahora, con casi sesenta años, siento el frío, y también la humedad, más que en ningún momento de mi juventud; y mis viejas heridas me molestan durante todo el invierno. Mientras contemplo la llovizna gris que resbala por el tronco de mis frutales, me ciño con más fuerza mi gabán forrado de piel para resguardarme de las corrientes y dejo que mi mano izquierda ascienda bajo la manga y recorra los músculos nudosos de un hombre acostumbrado a manejar la espada, hasta palpar una cicatriz larga y profunda en el antebrazo derecho. Y mientras acaricio ese surco suave e irregular, recuerdo la terrible batalla que me dejó esa señal.

Yo estaba tendido boca arriba en un lodazal de sangre y tierra pisoteada, cegado a medias por el sudor y por mi casco, que había caído hacia adelante debido a un golpe,

y mi espada apuntaba al cielo en un desesperado gesto defensivo, mientras yo jadeaba sin resuello en el suelo. Encima de mí, aquel hombre enorme vestido con una cota de malla gris me dio un tajo en el brazo derecho. El tiempo casi se detuvo, pude ver la lenta trayectoria curva en el aire de su espada, pude ver la ira que le desfiguraba el rostro, sentí la mordedura del metal al atravesar la protección de mi manga y penetrar en la carne de mi antebrazo, y entonces, surgiendo de la nada, apareció la espada de Robin para detener el golpe, casi demasiado tarde, pero a tiempo para impedir un corte más profundo.

Luego, recuerdo cómo Robin vendó la herida con sus manos, sucio y sudoroso, con la cara ensangrentada por una herida en el pómulo, y me miró con una sonrisa mientras yo me retorcí de dolor. Dijo, y recordaré sus palabras hasta mi muerte:

—Parece que Dios está empeñado en quitarte esta mano, Alan. Pero se la he negado tres veces..., y no se la llevará mientras me queden fuerzas.

Fue mi mano derecha, la de la pluma, la que salvó, y con esa mano me dispongo a pagar la deuda que tengo con él. Con este instrumento, si Dios quiere, voy a escribir su historia y la mía. Así, declararé ante el mundo la verdad sobre el malvado proscrito y jefe de ladrones, el asesino, el mutilador, el tierno amante y el conde victorioso y el general de un ejército y, en último término, el gran señor que llevó al rey de Inglaterra a una mesa en Runnymede y le obligó a someterse a la voluntad de las gentes del país; la historia de un hombre al que yo conocí sencillamente con el nombre de Robin Hood.



Cuando venía Robin, todo el pueblo se enteraba. Desde la muerte del señor del castillo el invierno anterior, reinaba en la aldea una atmósfera de fiesta casi perpetua: no había autoridad para forzar a los campesinos a trabajar las tierras señoriales, y después de atender a sus propios pegujales, aún les quedaba algo de tiempo para sí mismos. La taberna estaba repleta día y noche, y en sus paredes resonaban los ecos de las hazañas, las aventuras y las atrocidades de Robin. Pero había poco de verdad en esas charlas, y menos aún novedades: la única era que iba a venir a la caída de la noche y atendería a cualquiera que tuviera asuntos con él en la iglesia, donde había instalado su corte.

Yo me encontraba por encima de todos esos rumores y secretos, literalmente, porque me había escondido en el henar situado encima del establo de la casa medio en ruinas de mi madre, en un hueco que me había hecho en medio del heno. Tenía trece años, un doloroso chichón del tamaño de una nuez en la frente, una nariz sangrante, un corte de feo aspecto me cruzaba la mejilla, y trataba de superar el terror que había pasado con grandes dosis de aburrimiento absoluto. Me encontraba así

desde que a media tarde llegué tambaleante a nuestra casa, lleno de cortes y arañazos después de escapar de las rudas manos de la ley y cruzar a través de los campos las doce millas que nos separaban de Nottingham.

Éramos pobres, casi indigentes. Después de haber visto llorar demasiadas veces a mi madre de agotamiento, tras una jornada recogiendo y vendiendo leña a los vecinos para arañar un mísero sustento, decidí hacerme ladrón; en concreto, cortabolsas. Cortaba las tiras de cuero que sujetaban las bolsas de los hombres a sus cintos con un pequeño cuchillo que mantenía tan afilado como una navaja. Nueve veces de cada diez, no se daban cuenta de nada hasta que me encontraba ya a una veintena de metros, invisible en medio de la muchedumbre que pululaba por el mercado de Nottingham. Cuando volvía a casa con un puñado de peniques de plata y los dejaba delante de mi madre, ella no me preguntaba nunca de dónde venían, sino que me besaba con una sonrisa y corría a comprar comida. Aunque fue la necesidad la que me empujó a tomar de los demás mi pan de cada día, descubrí, Dios me perdone, que era un ladrón bastante bueno, y que aquello me gustaba. Me encantaba, de hecho, la emoción de la caza: seguir a un mercader gordo que se abría paso entre la multitud de un día de mercado, silencioso como una sombra, luego tropezar con él como por accidente, dar un corte rápido, y desaparecer antes de que el hombre se diera cuenta de que su bolsa había desaparecido.

Pero ese día fui tan estúpido que intenté robar una empanada de un tenderete: una aromática empanada de carne de buey, de corteza dorada, grande como mis dos puños. Yo tenía hambre, como siempre, pero también pequé de exceso de confianza.

Utilicé un truco que otras veces me había dado resultado: me coloqué detrás de una tabernera que toqueteaba toda la mercancía del puesto y se hacía cruces sobre el precio; a escondidas tiré al dependiente del tenderete vecino (un vendedor de queso, si no recuerdo mal) una china que fue a darle en la oreja; y mientras los dos tenderos se cruzaban recriminaciones, empujé la empanada que estaba en el borde del mostrador. Cayó en mi zurrón abierto y me dispuse a alejarme con disimulo.

Pero el aprendiz del pastelero, que había ido a mear detrás del carro, apareció justo en el momento en que yo me llevaba mi comida, y gritó: «¡Eh!». Y todo el mundo se volvió a mirar. Luego vinieron las voces de «¡Al ladrón!» y «¡Atrapadlo, vosotros!», mientras yo me movía como una culebra enloquecida por entre los grupos de campesinos. Entonces, ¡crac!, algún patán me derribó de un garrotazo en la frente y un soldado de paso me agarró del cuello. Me golpeó dos veces en la cara con su enorme puño enguantado de acero, y sentí que las piernas me flojeaban.

Cuando recuperé el sentido, momentos después, estaba tumbado en el suelo boca arriba, en el centro de una multitud que discutía. De pie a mi lado estaba el soldado, que vestía la sobreveste negra con los cheurones rojos de sir Ralph Murdac, sheriff del condado de Nottingham por la ira de Dios. Y de pronto, quedé paralizado por el

terror.

El soldado me levantó tirándome del pelo y allí me quedé, aturdido y tembloroso, mientras el aprendiz, con la cara roja por el esfuerzo, voceaba la historia de la empanada robada. Abrieron de un tirón mi zurrón y el círculo de mirones se inclinó para ver la prueba del delito, de la que emanaba un aroma suave y delicioso. Todavía se me hace la boca agua cuando recuerdo aquel olor glorioso.

Hubo en ese momento una oleada de gritos y empellones, y los mirones se apartaron, empujados por las conteras de las picas de una docena de soldados. En el espacio así creado apareció un noble vestido enteramente de negro, del que parecía emanar un aura de temor y respeto.

A pesar de que nunca lo había visto antes, supe al momento que se trataba del mismísimo sir Ralph Murdac: el hombre que guardaba para el rey el castillo de Nottingham y que también tenía poder de vida y muerte sobre los habitantes de una amplia franja de la Inglaterra central. Se hizo el silencio en la multitud y yo tragué saliva mientras él recorría con una mirada de arriba abajo mi flaco cuerpo, tomando buena nota de mi pelo rubio sucio, mi cara embarrada y mis ropas harapientas. El era un hombre esbelto, de corta estatura pero bien parecido, con un cuerpo atlético vestido con túnica y calzas negras de seda, y un manto de color oscuro sujeto al cuello con un broche de oro. Con la mano derecha aferraba una fusta de montar: una vara de un metro de largo de cuero negro, que iba afilándose desde el grosor de una pulgada en un extremo hasta la punta, fina como el cordón de una bota. A su costado izquierdo colgaba una espada con empuñadura de plata enfundada en un tahalí de cuero negro. El rostro estaba recién afeitado, finamente delineado y enmarcado por un cabello negro bien cortado y peinado en forma de casco semiesférico. Me llegó una vaharada de su perfume: lavanda, más un toque almizclado. Los ojos del azul más claro que yo había visto nunca, fríos e inhumanos, parecían despedir reflejos de hielo bajo las cejas oscuras. Apretó sus rojos labios al examinarme. Y de pronto, todo mi miedo desapareció, como una ola al retroceder después de cubrir la playa... Descubrí que le odiaba. Me sentí lleno de un aborrecimiento frío y pétreo: odiaba lo que él y los de su clase habían hecho conmigo y con mi familia. Odiaba su riqueza, odiaba sus ropas caras, su apostura, su perfección perfumada, su arrogancia de nacimiento. Odiaba el poder que tenía sobre mí, su forma de sentirse superior, la realidad de esa supremacía. Concentré el odio que sentía en mi mirada. Y creo que él se dio cuenta de mi hostilidad. Por un instante nuestros ojos se encontraron y enseguida, con una mueca en su barbilla perfectamente cuadrada, desvió la mirada. En ese momento estornudé, de una forma tan colosal, tan ruidosa y repentina que sorprendió a todo el mundo. Sir Ralph se sobresaltó, y me miró asombrado. Yo noté que los mocos y la sangre se acumulaban en mi nariz maltrecha. Empezaron a fluir hacia la comisura de mi boca y la barbilla. Resistí el prurito de lamer aquel flujo.

Murdac guardaba silencio y me miraba con un desprecio absoluto.

—Llevaos a esta... carroña... al castillo —dijo en inglés, pero con un ligero ceceo afrancesado. Y luego, casi como si se le acabara de ocurrir, me dijo a mí directamente—: Mañana cortaremos esa repugnante mano ladrona.

Estornudé de nuevo y un moco ensangrentado salió disparado y fue a plantarse en su immaculado manto negro. Miró con horror aquel coágulo amarillento y rojizo, y al instante, veloz como la mordedura de una víbora, me cruzó la cara con su fusta de montar. El impacto me hizo caer de rodillas, y la sangre empezó a manar de un corte de unos cinco centímetros en la mejilla. Con ojos nublados por la rabia y el dolor, levanté la vista hacia sir Ralph Murdac. El sostuvo mi mirada durante un segundo, con sus ojos azules extrañamente inexpresivos, y luego dejó caer la fusta en el polvo, como si el contacto conmigo la hubiera infectado de peste, dio rápidamente media vuelta, se ajustó el manto en una posición más cómoda y atravesó el círculo de mirones que nos rodeaban y que se apartaron a su paso como las aguas del mar Rojo delante de Moisés.

Cuando el soldado empezó a tirar de mí para llevármeme cogido de la muñeca, oí gritar a una mujer:

—Es Alan, el hijo de la viuda Dale. ¡Tened compasión de él, sólo es un chico huérfano!

El hombre se detuvo y se volvió a contestarla, sujetándome el brazo sólo con una mano. Cuando giró la cabeza, utilicé mi rabia y mi odio para retorcer con fuerza mi muñeca en su puño, me liberé de un tirón, culebreé por entre las piernas de un par de aldeanos y eché a correr con todas mis fuerzas. A mi espalda estalló una babel de gritos furiosos de soldados que apartaban a los aldeanos a empujones y maldecían a quienes estorbaban su paso. Yo corrí en zigzag, deslizándome entre la multitud, chocando con campesinos rechonchos y esquivando a las amas de casa con sus grandes cestos. Dejé a mi paso un torbellino de confusión y de reacciones furibundas. Hombres y mujeres se volvían irritados, al verse atropellados de forma tan brusca. Volcaron varios carros; la loza se hizo añicos al estrellarse contra el suelo; el vallado que encerraba a un rebaño de ovejas se desbarató, y las bestias sueltas se sumaron con sus balidos al tumulto; y yo me escurrí por un callejón lateral, crucé en dos saltos la forja de un herrero y salí por la otra puerta a una calle estrecha que serpenteaba entre dos grandes edificios, doblé a la izquierda por otra calle y corrí hasta que el barullo fue disminuyendo a mi espalda. Me detuve a la puerta de una iglesia, junto a la muralla de la ciudad, para recuperar el aliento. No parecía que nadie me persiguiera. Así pues, esforzándome en calmar el martilleo de mi corazón, fingí un aire tan indiferente como pude, y con la capucha bajada y una mano colocada casualmente sobre el corte y las magulladuras de mi cara, crucé la puerta de la ciudad delante del centinela que dormitaba, y seguí las revueltas del camino que conducía a

los bosques. Una vez me encontré fuera de su vista, corrí. Corrí como el viento, a pesar de que la cabeza me dolía y del bulto pesado que se había atravesado en la boca de mi estómago. Corrí hasta no poder más, hasta que en un recodo del camino apareció ante mí nuestra aldea. Hice entonces una pausa para recuperar el aliento, y me di cuenta de que mi puño derecho estaba firmemente apretado. Todavía tenía el brazo entero, gracias a Dios, y mis ligeros dedos. Y también tenía la empanada.



Mientras estaba tendido en el henar, curándome el corte y los golpes de la cara, repasé de nuevo en mi mente lo sucedido ese día. Nadie me había perseguido por el camino fuera de los muros de Nottingham, al menos que yo supiera, pero la mujer del mercado me había conocido, de modo que me di cuenta de que no pasaría mucho tiempo —a la mañana siguiente con toda probabilidad— sin que aparecieran los hombres del sheriff a buscarme en la casa de mi madre.

De modo que aquella misma noche mi madre me llevó a ver a Robin.

La aldea estaba a oscuras, a excepción de un círculo de antorchas en torno a la iglesia, en el extremo norte de la aldea. Nuestra iglesia no era grande, no mucho mayor que algunas de las casas del pueblo, pero era de piedra sólida, con un techo de bálago. No teníamos cura porque la aldea era demasiado pobre para mantenerlo: era poco más que un villorrio, a decir verdad. Pero en las fiestas religiosas, la Pascua, la fiesta de San Miguel, Navidad y otras, venía de Nottingham un clérigo joven y celebraba la misa. Y tan seguro como que un hombre ha de morir, después de la cosecha se presentaba el enviado del obispo para recaudar los diezmos.

Como era el edificio más grande y sólido del pueblo, también lo utilizábamos para las reuniones, y en la reciente anarquía provocada por las luchas entre el rey Esteban y la emperatriz Matilde se convirtió en el refugio de los aldeanos frente a los intentos de matanzas y pillajes de tropas de soldados vagabundos. En aquellos días oscuros, un hombre prudente, según el dicho, tenía su dinero bajo tierra, su vestido sin adornos y sus hijas encerradas.

Desde que subió al trono el rey Enrique, treinta y cuatro años atrás, Inglaterra había vivido en una especie de paz. Ya no teníamos que luchar con los merodeadores de las bandas de soldados rebeldes, pero teníamos que doblar el espinazo ante los mesnaderos de sir Ralph Murdac. Y podían ser igual de rapaces, sobre todo ahora que el rey estaba lejos, luchando contra su hijo el duque Ricardo de Aquitania y el rey Felipe II Augusto de Francia. Nuestro Enrique había nombrado a Ranulfo de Glanville para el cargo de justicia mayor, y en Inglaterra, según murmuraban muchos campesinos, ya no había buen gobierno. Se decía que a Ranulfo, le gustaban el oro y la plata, y adjudicaba el cargo de sheriff a cualquiera —incluso al mismo Diablo—

capaz de pagar por él y de seguir aportando una bonita suma de dinero. Él mismo había sido sheriff y sabía perfectamente la cantidad de plata que podía proporcionar un condado bien exprimido. De modo que nos exprimían hasta dejarnos secos. Desde luego, se rumoreaba que Ralph Murdac, el hombre designado por Glanville, estaba amasando una considerable fortuna para el justicia y para él mismo.

Aquella noche de primavera se había reunido un tropel de aldeanos delante de la iglesia, y de tanto en tanto entraban unos y salían otros. Mi madre se abrió paso entre la gente, arrastrándome con ella. Al acercarnos al portal de la iglesia, vi que la guardaba un gigante. No habló, sino que levantó una manaza con la palma dirigida a nosotros, y paramos como si hubiéramos tropezado con un muro invisible.

El portero era un hombrón realmente enorme, de pelo amarillo, con una barra en una de sus grandes manazas y una daga tan larga que casi era una espada en el cinto. Nos miró, dio una cabezada de asentimiento y con una media sonrisa dijo:

—Señora, ¿qué le trae por aquí..., qué asunto tiene con él?

—Éste es mi hijo Alan —respondió mi madre, y me señaló—. Andan detrás de él, John.

El gigante asintió de nuevo:

—Esperad ahí —gruñó, y señaló un grupo de unas veinte personas o más, hombres, mujeres y también algunos niños, que hacían cola a un lado de la iglesia.

Aguardamos junto a los otros y mi madre escupió en una punta de su chal y me restregó con él la cara para intentar limpiar la mugre y la sangre coagulada. Yo vivía entonces más o menos a mi aire; rara vez pasaba por casa a menos que tuviera algo de dinero o de comida que llevar a mi madre, y solía pasar las noches acurrucado en rincones oscuros de la ciudad de Nottingham o en el campo, en pajares o graneros. Desde que murió mi padre, Harry, hacía cuatro años, ahorcado por los soldados de Murdac, apenas me había molestado en lavarme y, para ser sincero, estaba mugriento. Mi padre había sido un hombre extraño, culto y aficionado a la música, prudente y cortés, y con una extraña fijación en que el pelo y las uñas habían de estar limpios. Pero cuando yo tenía nueve años lo ahorcaron como a un vulgar ladrón.

Los soldados habían echado abajo la puerta de nuestra casa poco antes del amanecer, lo arrastraron fuera del gran colchón de paja en el que dormía toda la familia y lo sacaron a la calle a empujones. Sin la menor formalidad le ataron las manos a la espalda, y lo colgaron del cuello en el enorme roble del centro del pueblo, junto a la taberna, como ejemplo para el resto de nosotros. Tardó muchos minutos en morir y se manchó, la orina goteaba de sus pies desnudos que pataleaban, mientras se balanceaba colgado de la cuerda a la media luz del alba. Mi padre intentó cruzar su mirada con la mía al morir, pero, Dios me perdone, yo aparté la vista de su cara congestionada y de sus ojos desorbitados y me tapé el rostro con las manos. ¡Que el Señor tenga piedad de su alma, y de la mía!

Cuando los soldados se fueron, cortamos la cuerda y lo enterramos. Creo que desde ese día no volví a ver feliz a mi madre. Me contó muchas historias de él, en un esfuerzo, creo, por conservar su recuerdo vivo en sus hijos. Había visto mundo, me dijo, y tuvo una buena educación; en tiempos había sido clérigo en Francia y cantor en el coro de la nueva catedral de Notre Dame que están construyendo en París. Antes de morir, mi padre se había esforzado en enseñarme a leer y escribir en inglés, francés y latín. Me había pegado en muchas ocasiones, pero nunca con dureza, porque quería que las palabras echaran raíces en mi cabeza y en cambio, al cabo de muchas, muchas horas, yo seguía interesándome más en correr libre por los campos que en verme esclavizado delante de una pizarra. Pero, aunque su rostro se haya ido haciendo más y más borroso con el tiempo, siempre recordaré su música y sus canciones, que llenaban de alegría la casa. Recuerdo cómo cantábamos, toda la familia, por la noche junto al fuego; mi madre y mi padre, tan felices los dos juntos.

Mientras ella frotaba mi cara con su chal ensalivado, vi de nuevo correr las lágrimas por las mejillas de mi madre. Yo era el último de la familia: mi padre murió, dos veranos más tarde, mis hermanas pequeñas Aelfifu y Coelwyn fallecieron también con pocas semanas de diferencia, después de una enfermedad breve y destructora en la que vomitaron sangre y evacuaron un líquido negro y apestoso. Ahora, su único hijo superviviente podía ser apresado por la ley y perder la mano derecha por ladrón o, peor aún, ser colgado como su padre.

He de confesar que, en aquel momento, fuera de la iglesia junto a mi madre llorosa, no tenía miedo de los hombres del sheriff, ni pena por las muertes de mi padre y mis hermanas: la emoción que me embargaba el corazón era el entusiasmo. Roberto, el señor de Sherwood, estaba allí: Robin Hood, aquel hombre grande y terrible, era temido tanto por los señores normandos como por los campesinos ingleses. Era un hombre que asaltaba a los ricos, les robaba su plata y mataba a sus criados si se atrevían a atravesar sus dominios; un hombre que se burlaba de sir Ralph Murdac y hacía lo que se le antojaba en el gran Bosque Real de Nottingham, del que era el auténtico soberano. Y dentro de unos instantes, yo iba a verme ante él.

Al mirar hacia la puerta de la iglesia, me di cuenta de la presencia de un elemento extraño. Sobre el dintel, alguien había clavado un bulto oscuro. A la luz movediza de las antorchas, me costó ver de lo que se trataba. Era la cabeza cortada de un lobo joven, con ojos aún abiertos que brillaban malignos en la penumbra. Habían traspasado su frente con un gran clavo para fijar la cabeza a la viga. El dintel, a ambos lados de la cabeza, y las jambas aparecían embadurnados de sangre negra. Sentí una excitación casi insoportable, una euforia que llenaba mis pulmones y se me subía a la cabeza. Robin se había atrevido a desacralizar el templo con el cuerpo de un animal para hacerlo suyo al menos por esta noche. Osaba poner en peligro su alma inmortal al fijar un símbolo pagano en el recinto de nuestra Madre Iglesia. Era, en

efecto, un hombre que no tenía miedo de nada.

Por fin, después de lo que me parecieron varias horas, el gigante nos hizo una seña y abrió de par en par las puertas de la iglesia. Mi impaciencia llegó al máximo y, aunque la cabeza me daba vueltas por los golpes recibidos, la erguí todo lo que pude al entrar en el recinto.

Habían encendido una hilera de gruesas velas de sebo y, después de la oscuridad exterior, la iglesia aparecía sorprendentemente iluminada, llena a medias de aldeanos y de unos cuantos extraños de aspecto huraño, con capuchas bajadas que ocultaban sus rostros, unos de pie y otros sentados en los bancos de madera arrimados a los muros. Un escribano de unos treinta años de edad estaba sentado a una mesita colocada a un lado de la iglesia, y garabateaba en un rollo de pergamino. También habían puesto un gran sillón de madera justo delante del altar.

Ocupaba el asiento un joven de aspecto corriente, delgado, de poco más de veinte años, de cabello castaño descolorido, vestido con una túnica verde mal teñida y remendada y unas calzas, y parcialmente abrigado con un manto gris. Sus ropas apenas se diferenciaban de las de cualquier hombre de nuestra aldea, si acaso eran un poco más andrajosas. Fue un golpe. ¿Dónde estaba el gran hombre? ¿Dónde estaba el Señor de los Bosques? No llevaba espada, ni oro, ni ningún signo de su rango y de su poder, salvo por el hecho de que guardaban sus espaldas dos hombres altos, encapuchados, cada uno de ellos con una espada larga y un arco de seis pies. Quedé profundamente desilusionado; su aspecto era el de un aldeano como yo. Me vino a la mente el recuerdo de sir Ralph Murdac: sus costosas sedas negras, su perfume de lavanda, su aire de superioridad. Luego volví a mirar al hombre vulgar que tenía ante mis ojos.

Estaba inclinado hacia adelante, los ojos cerrados, el codo apoyado en el brazo del sillón, sosteniéndose la barbilla con la mano, los dedos extendidos sobre la mejilla, mientras escuchaba a un hombre bajo y muy corpulento, vestido con hábito de monje, que hablaba en voz baja y respetuosa a su oído. El monje acabó de hablar y se acercó a nosotros. Robin se recostó en su sillón, suspiró y abrió los ojos. Me miró directamente a mí, y vi que sus ojos eran grises como su manto, casi plateados a la luz de las velas. Luego cerró los ojos de nuevo y se sumió en una larga meditación.

—Me llamo Tuck —dijo aquel hombre, con un acento extraño y cantarín que me pareció galés—. ¿En qué puedo servirlos?

Mi madre tendió la mano al fraile; había en ella un solo huevo de gallina.

—Se trata de mi hijo —dijo de un tirón—. Los hombres del sheriff lo persiguen, y le cortarán la mano derecha o lo colgarán de seguro. Llévatelo, hermano. Ponlo a salvo bajo la protección del Señor de los Bosques. Asilo, hermano. Por el amor de Dios, dale asilo en el bosque.

Miré a los ojos a aquel monje galés: tenían el color suave, castaño claro, de las

avellanas, y eran tristes y amables. Tomó el huevo y lo dejó caer en una bolsa abierta que llevaba sujeta al cinto, sin molestarse en cerrarla luego con un nudo.

—¿Por qué te persiguen? —me preguntó.

Mi madre empezó a balbucear:

—Ha sido un malentendido, un error; es un buen chico, travieso a veces, sí...

El hermano Tuck la ignoró, y volvió a preguntarme:

—¿Por qué te persiguen, chico?

Yo le miré a los ojos.

—Robé una empanada, señor.

Lo dije tan tranquilo como pude aparentar, pero por dentro mi corazón batía como un tamboril moro.

—¿Sabes que robar es pecado? —me preguntó.

—Sí, señor.

—Ya pesar de todo robaste... ¿Por qué?

—Tenía hambre, y... es lo que hago. Robar. Es lo que hago mejor. Mejor que casi nadie.

Tuck resopló, divertido.

—Mejor que casi nadie, ¿eh? Lo dudo mucho. Te pillaron, ¿no es así? Bueno, tendrás una penitencia. Hay que pagar por todos los pecados.

—Sí, señor.

Tuck me agarró del brazo, no sin amabilidad, y me llevó ante el sillón de Robin. El Señor de los Bosques abrió los ojos y volvió a mirarme. Yo olvidé por completo su ropa andrajosa y su aspecto de aldeano común. Sus ojos brillaban de un modo extraordinario: era como mirar la luna llena, dos lunas llenas plateadas. El resto del mundo desapareció, el tiempo se detuvo, y sólo quedamos Robin y yo en un universo oscuro, iluminado sólo por sus ojos; parecía beberme a través de su mirada, descubrirme, evaluar mis flaquezas y mis puntos fuertes.

Cuando habló, lo hizo en una voz musical, clara pero fuerte:

—¿Me dicen que te has jugado el brazo por una empanada?

Yo asentí con una cabezada, y él siguió:

—¿Y quieres entrar a mi servicio? ¿Quieres que te tome bajo mi protección?

Yo estaba mudo; tan sólo conseguí inclinar levemente la cabeza.

—¿Por qué?

Su pregunta me desconcertó: debía saber que huía de la ley y que necesitaba asilo. Me di cuenta de que buscaba una respuesta menos obvia. Miré sus ojos de plata y decidí decir la verdad, como había hecho con el hermano Tuck.

—Soy un ladrón, señor —dije—, y deseo entrar al servicio del mayor ladrón de todos, el que mejor puede enseñarme mi oficio.

Todos los presentes en la iglesia contuvieron la respiración. Más tarde se me

ocurrió que probablemente Robin no se consideraba a sí mismo un delincuente vulgar. Uno de los encapuchados apostados detrás de Robin sacó a medias su espada de la vaina, pero se detuvo cuando Robin alzó un brazo en señal de paz.

—Me halagas —dijo el Señor de los Bosques. Su voz era severa pero sus extraordinarios ojos brillaban ahora como el acero templado—. Pero eso no responde mi pregunta. No he preguntado por qué tú quieres servirme a mí. Lo que quiero saber es por qué yo he de aceptarte a ti; por qué razón habría de cargar con otra boca hambrienta.

No se me ocurrió ninguna razón, de modo que agaché la cabeza y no dije nada. Él continuó, con una voz tan fría como una tumba:

—¿Puedes luchar como un caballero, revestido de acero, y dar muerte a mis enemigos a lomos de un gran caballo?

Yo permanecí en silencio.

—¿Puedes tensar un arco de batalla y matar de un flechazo a un hombre a doscientos pasos?

Él sabía muy bien que yo no podía hacer eso; pocos hombres hechos y derechos son capaces de semejante hazaña, y yo sólo era entonces un muchacho flaco.

—Entonces, ¿qué es lo que puedes ofrecerme, ladronzuelo?

Había un tono de burla en sus palabras que me hizo alzar la barbilla y buscar su mirada, mientras la indignación encendía manchas rojas en mis mejillas.

—Os daré mi habilidad para cortar bolsas, mi disposición a luchar por vos lo mejor que pueda, y mi lealtad absoluta hasta la muerte —dije, en voz demasiado alta para el ámbito de aquella pequeña iglesia.

—¿Lealtad hasta la muerte? —dijo Robin—. Ciertamente ésa es una cosa rara y valiosa. —Su voz había perdido el tono burlón. Me examinó durante unos instantes—. Es una buena respuesta, ladrón. ¿Cómo te llamas?

—Soy Alan Dale, señor —dije.

Pareció sorprendido.

—¿Se llama Henry tu padre? —preguntó—. ¿El cantor?

Asentí. No pude animarme a decirle que mi padre había muerto. Guardó silencio durante un rato, mientras me miraba con aquellos grandes ojos grises. Luego dijo:

—Es un buen hombre. Te pareces a él.

De pronto sonrió, y fue tan extraño como un repentino toque de trompeta ver relucir sus dientes blancos en la penumbra de la iglesia. Su frialdad se deslizó como un manto que dejara caer, y se transformó. Comprendí por su cálida mirada que iba a tomarme, y mi corazón brincó de alegría.

—Y a propósito, joven Alan, yo no soy un ladrón —dijo Robin, sonriente aún—. Me limito a tomar lo que en justicia me pertenece.

Hubo un murmullo apagado de risas en la iglesia.

Tuck me dio un golpecito en el codo y se me llevó aparte, lejos del gran sillón:

—Ve a decirle adiós a tu madre, chico; ahora estás con nosotros.

Cuando salíamos en busca de mi madre, en la puerta de la iglesia sentí que me fallaban las piernas temblorosas, y fui a caerme contra el costado de Tuck, que me sostuvo y me ayudó a recuperar el equilibrio. Luego besé a mi madre, la abracé, me despedí de ella entre susurros y la vi alejarse en la oscuridad y desaparecer para siempre de mi vida.

Cuando la puerta de la iglesia se cerró detrás de ella, Tuck dijo:

—No ha estado mal, raterillo. Pero ahora mismo vas a devolverme ese huevo, si te parece bien.

Y mientras me mostraba la palma de la mano, sonreía.

Esperé a un lado de la iglesia, en un banco junto a la mesa del escribano y sus pergaminos. En el extremo más alejado de la mesa había un hatillo con productos de las granjas locales ofrecidos como tributo a Robin: varios quesos, hogazas de pan, un cesto de huevos, dos barricas de cerveza, un panal en un recipiente de madera, dos gallinas atadas juntas por las patas, muchos sacos de fruta e incluso una bolsa con peniques de plata; también había un cabrito atado a una pata de la mesa que intentaba mordisquear el pergamino, cosa que el escribano impedía dándole de vez en cuando capirotaos en el morro sin alzar la cabeza. Era un hombre flaco, de una calvicie incipiente, y tenía sus largos dedos sucios de tinta. De pronto levantó la vista de su escritura:

—Soy Hugh Odo —me dijo, con una sonrisa amable—, el hermano de Robert. Espera ahí tranquilo a que acabemos con nuestros asuntos.

Volví la vista hacia la derecha y me di cuenta de que había una forma humana tendida en el suelo en un rincón de la iglesia, y que un hombre alto encapuchado, armado con una espada larga y un arco grande, montaba guardia a su lado. El hombre tumbado en el suelo estaba firmemente atado de manos y pies. Me di cuenta también de que temblaba de miedo. Lanzaba gemidos inaudibles a través de una mordaza de tela. Su mirada enloquecida se cruzó con la mía por unos instantes y yo desvié la vista, incómodo y un poco asustado ante su terror inerme.

Durante el resto de la noche esperé allí, sentado en silencio a un lado de la iglesia, observando la sesión del tribunal de Robin. Desfiló una larga cola de aldeanos que hablaban con respeto a Robin, recibían su veredicto y pagaban sus honorarios a Hugh. Era una versión espuria y nocturna del tribunal de agravios en el que, antes de morir, dispensa justicia nuestro señor local. La piara de cerdos de una mujer había hecho estragos en el campo del vecino; se le ordenó pagar una multa de cuatro lechones, y entregar uno más a Robin por su veredicto. Ella accedió a pagar sin protestar. El hombre que había seducido a la esposa de su mejor amigo fue condenado a entregarle como compensación una vaca lechera, y un queso fresco a Robin.

Tampoco en este caso hubo quejas.

A medida que Robin impartía aquella sombra de justicia durante toda la larga noche, el monto de los pagos en especie iba creciendo: algunos solicitantes pobres, como mi madre, sólo pagaban uno o dos huevos; un hombre que, por accidente, había matado a otro en una pelea en la taberna llevó un ternero hasta la mesa y lo dejó atado junto a la cabra. Me fijé en una bolsa de dinero que estaba encima de la mesa, cerca de donde me había sentado. El escribano Hugh estaba ocupado con su rollo de pergamino, y podía habérmela llevado con facilidad. Pero una especie de instinto detuvo mi brazo. Finalmente no hubo más solicitantes y Robin se levantó de su sillón, se acercó a la mesa y echó una mirada al hombre atado.

—Llévalo fuera; hacedlo allí, delante de todo el mundo —dijo a los encapuchados, con una voz sin expresión. Y se volvió a hablar con Hugh, que le enseñaba lo escrito en el pergamino. El hombre atado fue puesto en pie por dos guardianes; al principio no se resistió, pero luego empezó a debatirse con todas sus fuerzas, retorciéndose y forcejeando como un poseso, al darse cuenta de que estaba a punto de afrontar su destino. Uno de los encapuchados le dio un puñetazo en el estómago. El golpe lo derribó sin resuello en el suelo y de allí lo llevaron fuera a rastras.

Tuck se acercó a mí, me tomó del brazo, me guió hasta la puerta y, ya fuera, me hizo doblar la esquina de la iglesia. Allí pude ver cómo los hombres de Robin obligaban al hombre atado y maltrecho a arrodillarse. Sollozaba y emitía gemidos ahogados por el trapo que le habían metido en la boca sujetándolo con una larga tira de cuero.

—Tienes que ver esto —me dijo el hermano Tuck—. Es tu penitencia.

Se había formado un pequeño grupo de mirones. Los ojos de aquel hombre rodaban y se le salían de las órbitas, por el terror. El gigante John se acercó al hombre. Sacó de la boca el trapo empapado de babas e introdujo una barra delgada de hierro transversalmente, en la parte de atrás de la boca, encima de la lengua, bien empotrada en el punto de inserción de las mandíbulas. Uno de los hombres sujetó la pieza de hierro en su lugar con la tira de cuero utilizada antes para amordazarlo. La víctima gemía a grandes voces, medio ahogada, y retorció el cuerpo, con los ojos cerrados y la boca abierta hasta un extremo grotesco, forzada por la barra de hierro. Parecía reír. John sacó un par de tenazas de hierro de su bolsa y sujetó con ellas la punta de la lengua del hombre. Con la otra mano empuñó un cuchillo corto, afilado como una navaja.

Supe lo que iba a suceder, y un acceso de bilis me hizo arder el estómago. En mi mente, mi brazo derecho estaba colocado sobre un tajo en el castillo de Nottingham, y un verdugo puesto en pie a mi lado hacía oscilar en el aire su hacha, y... Volví la cabeza para no ver a la víctima que tenía ante mis ojos, mientras la bilis negra se

revolvía en mis entrañas. Entonces sentí que dos manos fuertes se apoderaban de mis mandíbulas y forzaban a mi cabeza a volver a su posición anterior, en dirección a la escena que se desarrollaba delante de mí. Los ojos de la víctima se abrieron y se fijaron en mí por un instante. Era grotesco, como uno de esos demonios de piedra esculpidos en la jamba de la puerta de una iglesia: la boca abierta de par en par y la lengua asomando fuera, empujada por las tenazas.

—Esta es tu penitencia —repitió Tuck con tranquilidad, sujetando mi cara con sus manos poderosas para obligarme a mirar—. Mira lo que hace Robin con quienes informan sobre él al sheriff. ¡Mira y tenlo presente!

Entonces, el gigante John rebanó la lengua por la raíz, de un tajo, y se apartó cuando un gran chorro de sangre salió de la boca del hombre. El hombre chillaba, un aullido líquido y burbujeante de dolor lívido, y cuando sus guardianes lo soltaron cayó de bruces al suelo, todavía rígidamente atado, bramando y escupiendo sangre por la caverna de su boca abierta de par en par.

Sacudí la cabeza para librarme de las manos de Tuck y fui a trompicones hasta la pared de la iglesia; allí, con la cabeza dándome vueltas por el asco y el horror, las arcadas me hicieron doblarme en dos y arrojé los restos de la empanada de buey que había sido la causa primera de mi presente situación. Después de un rato, cuando ya no quedaba nada en mi estómago, apoyé la frente en la piedra fría del muro de la iglesia y aspiré con ansia el aire fresco de la noche.

Cuando mi cabeza empezó a serenarse, me di plena cuenta por primera vez de que había jurado lealtad hasta la muerte a Robin. Ahora estaba atado de por vida a un monstruo, un diablo que mutilaba a otras personas por el simple hecho de hablar con los hombres del sheriff. Supe entonces que había dejado el mundo de la gente común.

Me había convertido en un proscrito.

Capítulo II

A hora, al volver la vista atrás después de casi sesenta inviernos, apenas puedo creer lo blando que fui. Había de ver cosas peores junto a Robin, mucho peores. Y aunque nunca disfruté con el dolor de otros, como algunos de nuestra banda, aprendí a disimular la debilidad en ciertos momentos, como corresponde a un proscrito o a cualquier hombre. Sin embargo, aquella noche de primavera yo era joven, tenía tan sólo trece años. Sabía muy poco del mundo y de sus crueldades, sabía muy poco de cualquier cosa. Pero iba a aprender un montón.

Mientras apoyaba la cabeza contra el muro de la iglesia y miraba el charco que formaban en el suelo los restos de la empanada de buey, noté un remolino de actividad a mis espaldas: un ir y venir repentino. Había gente que recogía los tributos y los cargaba en carretas de bueyes, otros traían caballos, unos proscritos armados apartaban a los aldeanos curiosos, y allí estaba Robin, montado y repartiendo órdenes. Un hombre desclavó la cabeza del lobo del dintel de la iglesia y la arrojó entre los arbustos. Se apagaron las velas, se cerró con llave la puerta de la iglesia y al cabo de pocos minutos estábamos todos en camino. No hubo un caballo para mí, pero, de todos modos, era un pésimo jinete. En cambio, Tuck caminaba a mi lado, ayudándose con un largo bastón, y así nos unimos a la lenta caravana de carros, jinetes y ganado que se internaba en los bosques.

Empezó a amanecer mientras avanzábamos en dirección noroeste, alejándonos de la aldea y siguiendo los senderos de las granjas hasta llegar a la carretera que cruzaba en dirección norte el bosque de Sherwood. Este gran bosque del condado de Nottingham era un coto de caza real que se extendía a lo largo de cientos de millas al norte de nuestro pueblo. Era una gran extensión de territorio, que en algunos puntos alcanzaba una anchura de cincuenta millas, y que abarcaba muchos pueblos, aldeas, campos comunales y cultivos; pero la mayor parte del terreno era arboleda, habitada por tejones, conejos, lobos y osos, y por supuesto, ciervos reales. Cazar los ciervos del rey Enrique era un delito capital, castigado con la horca si el hombre era sorprendido con las «manos rojas», es decir, manchadas con la sangre del ciervo. Incluso el hecho de cruzar el bosque con un perro de caza podía acarrearle a uno el ser marcado a fuego o mutilado, y al perro se le cortaban dos dedos de las patas delanteras para impedir que en adelante pudiera correr ligero. Todo ello no disuadía en absoluto a los compañeros de Robin, como supe muy pronto. De todas maneras, si

los capturaban eran hombres muertos, de modo que parecían sentir un placer especial al ignorar las leyes del bosque, matar a los guardas forestales del rey y comer tanta carne de venado como se les antojaba. Aquello era casi una seña de identidad de la banda. «Éramos hombres de Robin, comíamos carne roja de ciervo y nos reíamos de la ley», me dijo un proscrito ya canoso, con sencillez pero con un inmenso orgullo, años más tarde.

Mientras caminaba aquella mañana, bajo el sol primaveral, entre los altos alisos, las gentiles hayas y los gruesos troncos de antiguos robles, con las hojas aterciopeladas de los helechos verdes acariciándome las piernas, los horrores de la noche pasada quedaron atrás y Tuck, que caminaba a mi lado apoyado en su bastón, empezó a hablar. Sobre nada al principio..., simple charla de caminantes por aquel pacífico bosque.

—He conocido a hombres apasionados —dijo—, individuos que pueden enfurecerse en un instante; hay quien dice que es porque tienen demasiada bilis amarilla en el cuerpo; un exceso del elemento del fuego. Son hombres violentos, agresivos, que en un arrebato son capaces de golpear a otro hasta matarlo. Nuestro rey Harry es uno de ellos; una persona incapaz de controlarse. Cuando está rabioso se revuelca por el suelo, ¿sabes? Se come las alfombras, literalmente. A mordiscos. Sus criados le llaman el comeesteras, cuando vuelve la espalda, cuando se sienten a salvo para reírse de su señor.

Le miré fijamente. ¿El rey? ¿Quién se atrevería a reírse del rey? Y Tuck continuó:

—También he conocido a hombres fríos, a los que denominan flemáticos, con un exceso de agua en las venas. Encajarían una bofetada en la cara del hombre que ha seducido a su esposa, sin decir una palabra. Pero luego descuartizarían a la esposa y enviarían al seductor la pierna cortada en un paquete atado con las cintas de las ligas de ella. Oh sí, y sonreirían al sentarse a cenar con él, y levantarían la copa para brindar por su salud.

»Los dos tipos son peligrosos, desde luego, pero los peores son los que parecen fríos por fuera y arden por dentro. Poseen el poder hirviente de la ira, pero también el control gélido del hombre tranquilo. A esos hombres fríos-calientes, flemáticos y coléricos, es a quienes hay que temer sobre todo.

—Y mi señor —pregunté—, ¿es un hombre frío-caliente?

Tuck me dirigió una larga mirada de reojo.

—Bravo, muchacho, veo que tienes una mente despierta. Sí, Robin es uno de esos hombres, un frío-caliente. Cuando más furioso está, más frío parece. Y entonces que Dios ayude a sus enemigos, porque Robin no tendrá compasión con ellos.

—¿Es un buen hombre?

Cuarenta y pico años después, la pregunta todavía me hace ruborizar. El fraile se echó a reír.

—¿Un buen hombre? —repitió—. Sí, supongo que es un, buen hombre. Es un pecador, desde luego. Todos lo somos. Pero también es un buen hombre. Si me hubieras preguntado si es un hombre piadoso, habría tenido que decirte que no. Tiene sus ideas particulares acerca de Dios, pero no ama, no ama nada en absoluto a la Santa Madre Iglesia. Oh, todo lo contrario. Se burla de ella y se complace en robar y atormentar a sus servidores —Tuck hizo una pausa para santiguarse—. Ruego sin cesar a Jesús Nuestro Señor que permita que sus ojos se abran algún día.

Yo me persigné también, con unción, pero lo que sentí por dentro fue una explosión incontenible de emoción. ¡Qué atrevimiento, burlarse de los representantes de Dios en la tierra! ¡Cuánto desprecio por su alma inmortal, por el propio infierno! Como la cabeza de lobo clavada en la puerta de la iglesia, era algo sobrecogedor.

—Voy a contarte una historia —prosiguió Tuck—. Hace pocos meses, Robin, Hugh y un puñado de sus hombres sorprendieron en una emboscada al obispo de Hereford, que cruzaba los bosques de Sherwood con una escolta considerable. Después de una lucha breve y sangrienta, el obispo y sus hombres fueron derrotados. Robin les quitó trescientas libras en peniques de plata, y luego ordenó al obispo que celebrara una misa por sus hombres. Yo estaba en el norte cumpliendo con otras obligaciones, y los hombres llevaban cierto tiempo privados del consuelo de los servicios religiosos.

»Pues bien, el obispo, que era un hombre estúpido y arrogante, se negó a celebrar la misa en el bosque sólo porque los proscritos se lo ordenaran. De modo que Robin ordenó matar, uno por uno, a todos los sacerdotes y religiosos que habían tenido la desgracia de acompañar al obispo ese día. No tocó a los soldados capturados ni a las criadas, pero a los clérigos los mató a todos, uno por uno, mientras el obispo miraba y rezaba por sus almas. Cuando todos estuvieron muertos, apilados en un montón que hedía a sangre derramada, arrancaron al obispo sus ropas hasta dejarlo en paños menores, le pusieron una espada en la garganta y sólo entonces consintió en celebrar misa para los proscritos, tembloroso en sus sucintas bragas, en el corazón del bosque. Luego, Robin dejó al obispo, solo y prácticamente desnudo, para que caminase las veinte millas que le separaban de Nottingham. Por supuesto, a los hombres de Robin les encantó, aunque sólo fuera por la diversión. Y algunos sintieron más tranquila su conciencia después de oír la misa.

—¿Y a pesar de todo le sirves? —pregunté—. Tú, un monje, sirves a un hombre que se burla de la Madre Iglesia, que asesina a clérigos...

—Sí, bien, en realidad nunca le he servido, y sólo sirvo a Dios. Pero soy su amigo, de modo que algunas veces le presto ayuda. Los ayudo a él y a sus hombres. Dios me perdonará, porque todos los hombres necesitan el amor de Jesús, incluso los proscritos sin Dios. Considero los bosques incultos de Sherwood mi parroquia. Estos hombres, por decirlo así, son mis feligreses, mi rebaño. Recuerda, muchacho, que

todos somos pecadores, en un grado u otro. Robin no es un mal hombre; ha hecho muchas cosas malas, sin duda, pero confío en que a su tiempo verá la luz de Nuestro Señor Jesucristo. Tan seguro estoy de eso como de la salvación.

Calló y, mientras seguíamos caminando, pensé en los hombres calientes, los fríos y los asesinos frío-calientes; y en los hombres buenos y en los malos; y en los pecadores y en el infierno.

Pasó la mañana y el sol hizo subir la temperatura. Yo ardía en deseos de preguntar muchas cosas a Tuck. Pero él empezó a canturrear un salmo para sí mismo en voz baja, y no quise interrumpir sus pensamientos. Así pues, durante una hora o tal vez más seguimos nuestro camino en un silencio amistoso, al ritmo lento del avance de la caravana y sin gastar saliva.

Un jinete, bien montado pero vestido con ropas andrajosas, recorrió la columna en busca de Hugh, que cabalgaba una yegua gris a pocos pasos delante de nosotros. El jinete tenía bajada su capucha, de forma que su rostro quedaba oculto a menos que lo miraras de frente. Incluso a la luz de una soleada mañana de primavera, su aspecto seguía siendo sombrío y siniestro, como si la noche aún lo rodeara. Acompasó el paso de su caballo al de Hugh e, inclinándose hacia él, susurró algo al oído del escribano. El hermano de Robin hizo una seña de asentimiento, preguntó algo y escuchó la respuesta. Tendió al hombre sombrío una pequeña bolsa de cuero, murmuró para sí algo inaudible y luego espoleó su caballo y galopó hasta la cabeza de la columna, donde cabalgaba Robin. El encapuchado hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó al trote hacia Nottingham por el mismo camino por donde había venido. Tuck no le prestó atención. Continuó avanzando despacio al mismo ritmo pesado, pero sin apenas hacer uso de su bastón. Luego, de improviso, resonó un agudo toque de corneta desde la cabeza de la columna. Me sobresalté y miré a un lado y a otro alarmado, pero todo parecía en orden. La caravana hizo alto. La gente charlaba despreocupada y los hombres de armas dejaron a un lado sus arcos. El sol nos sonreía alegre desde lo alto: era mediodía.

—Hora de almorzar —dijo Tuck con entusiasmo. Empezó a revolver en el carro más cercano y sacó un saco blanco sucio y un gran frasco de piedra—. Sentémonos aquí —propuso, y tomamos asiento a la sombra de un gran castaño. A nuestro alrededor, los hombres y mujeres de la columna desempaquetaban provisiones de sacos y bolsas, y tendían mantas sobre la hierba. De nuestro saco, tal como había visto hacer una vez a un mago ambulante en las ferias de Nottingham, Tuck empezó a sacar cosas maravillosas, lujos de una clase que yo casi nunca había visto hasta entonces y jamás había comido: una hogaza de fino pan blanco, un pollo entero cocido, anguila ahumada, fiambre de venado asado, un redondo queso amarillo, huevos cocidos, bacalao en salazón, manzanas puestas en conserva el otoño anterior...

Señaló con un gesto el frasco de piedra invitándome a beber. Quitó el tapón de madera y bebí un largo trago de sidra. Aquello era un festín regio: mi almuerzo habitual, cuando había algo que comer en mi casa, consistía en pan seco de centeno, cerveza floja, potaje y, si había suerte, un poco de queso. Carne apenas comíamos, salvo la caza furtiva de algún conejo en las tierras del señor del lugar, de tanto en tanto. El fraile arrancó una pata de aquel pollo bien cebado y me la tendió. Yo partí un pedazo de pan blanco, le di un mordisco y me dediqué a llenar mi estómago a toda velocidad.

Tuck se cortó una gran loncha de queso, la rodeó de pan, tomó un largo trago de sidra y suspiró feliz. Con la boca llena, me hizo seña de que comiera y bebiera. Y aún azuzó más mi glotonería al cortar un buen pedazo de anguila ahumada para mí. La comida y la bebida tuvieron el efecto de desatar otra vez su lengua, y entre bocado y bocado dijo:

—Preguntas por qué un hombre de Dios, como yo, ha llegado a ayudar a Robin, un asesino sin Dios. Pues bien, voy a contártelo —anunció—. He acompañado a Robin los últimos nueve años; desde que era tan sólo un chico no mucho mayor que tú. Lo habían mandado a vivir con el conde de Locksley para que hiciera su aprendizaje y pudiera ser armado caballero, pero ya entonces era un salvaje y siempre se escapaba al bosque de Barnsdale cuando tenía que asistir a las lecciones. Entonces no era un proscrito ni el Señor de los Bosques que ves ahora, al que todo el mundo debe obedecer so pena de muerte. —Alzó la barbilla hacia un grupo de hombres: Robin, su hermano Hugh y John estaban sentados en el suelo; reían, comían y bromeaban entre ellos despreocupadamente, pero estaban rodeados por un círculo de ceñudos hombres armados—. Pero incluso a esa edad ya despreciaba a la Iglesia y la primera vez que nos encontramos, yo no fui para él más que el símbolo de una institución tiránica y corrupta. —Hizo una pausa y bebió otro generoso trago de sidra—. Yo era un clérigo vagabundo, un pecador que había sido expulsado de la abadía de Kirklees..., sí, ya sé que es conocida como convento de monjas, pero en un edificio adjunto vivíamos cierto número de hermanos..., ¿qué te estaba diciendo? No fue lo que estás pensando, truhán, salido, aunque frailes y monjas viviéramos pared de por medio. Fue simple gula; no pude controlar mi apetito en los días de ayuno. En aquel tiempo, con el viejo prior William, casi todos los días se ayunaba en Kirklees: los miércoles, los viernes, los sábados, y todos los interminables días de las fiestas religiosas.

Tuck me sonrió para hacerme ver que bromeaba, y se metió en la boca una pata de pollo entera para luego separar la carne del hueso con sus fuertes dientes blancos.

—Siempre me he visto afligido por un enorme apetito —dijo, con la boca llena—. De modo que por mis pecados fui enviado a una ermita del bosque junto a la que había un embarcadero propiedad del prior. Vivía solo, y mi misión era servir de

barquero a los viajeros que deseaban cruzar el río. Tenía que vivir de la escasa comida que me daban como propina. El prior William creía que de ese modo recibiría una lección y tal vez me curaría de mi glotonería.

»Un día soleado, estaba tumbado debajo de un árbol, con los ojos cerrados y en profunda meditación, cuando apareció un joven a caballo. Era Robin. Sus gritos me arrancaron de mis pensamientos. Estaba bien vestido y armado con una buena espada enfundada en un tahalí con incrustaciones de oro. "Buenos días, hermano", me gritó. Y entonces me di cuenta de que estaba muy borracho y tenía la cara magullada por algún golpe. "¿Puedes llevarme a salvo a la otra orilla del río?", me preguntó en tono jovial, y a punto estuvo de caerse del caballo.

»Me puse en pie al instante y le dije que lo haría si me daba algo de comer o de beber como limosna. El dijo: "Te daré lo que merezcas por el servicio". Entonces subió su caballo a la balsa. Yo recelaba de él: los jóvenes bebidos y armados suelen crear problemas a la gente. Lo sé porque no siempre he sido un fraile. Antes de hacer mis votos fui soldado en Gales, un arquero condenadamente bueno aunque me esté mal decirlo, al servicio del príncipe Iorweth; y en aquellos días cumplí más que de sobra con mi cuota de bravuconadas de borracho.

»La balsa era una simple plataforma flotante sujeta a una cuerda tendida de una a otra orilla del río. El jinete o el peatón subía a la plataforma y yo la empujaba con la ayuda de una pértiga a lo largo de la docena de metros que, más o menos, había entre ambas orillas. Robin no dijo nada mientras hacía avanzar la balsa por aquellas aguas pardas, pero bebió un largo trago de un frasco de vino que llevaba al cinto. Cuando llegamos a un par de metros de la orilla, detuve la balsa. Flotó río abajo no más de un metro y se detuvo, sujeta por la cuerda contra la mansa corriente.

»"Si os place, señor, recibiré ahora mi paga", dije. Robin me miró, y de pronto su rostro joven y agraciado se deformó por la ira y gritó: "Te pagaré lo que mereces, fraile; es decir, nada, parásito pardo. Tú y tus asquerosos hermanos habéis estado chupando la sangre de hombres buenos desde hace demasiado tiempo, amenazándoles con la condenación a menos que os den su dinero, su comida, su trabajo e incluso sus cuerpos. Yo digo que sois todos chupadores de sangre, y no dejaré que te lleves ni una sola gota de la mía. Déjame en la orilla y vete luego al infierno".

»No contesté nada; me limité a hundir la pértiga en el barro del fondo y empecé a llevar de nuevo la balsa hacia la orilla de partida. "¿Qué estás haciendo, saco de mierda maldito de Dios?", me escupió Robin lleno de ira. Pero con dos o tres buenos empujones a la pértiga, nos encontramos en el embarcadero, con la balsa pegada a la orilla. "Si no hay pago, le dije, no hay cruce."

»Al oírlo, Robin sacó su espada. Era una hermosa espada, recuerdo haber pensado, demasiado buena para el patán borracho que la empuñaba. "O me llevas al

otro lado o te mato, sanguijuela corrupta", dijo Robin, y me puso la punta de la espada en la garganta. Miré sus ojos grises y supe que, borracho o no, haría lo que decía. Mi vida pendía de un hilo. De modo que clavé de nuevo la pértiga en el lecho del río y empezamos a cruzar de nuevo. Robin se relajó; seguía empuñando la espada, pero ya no apuntaba con ella a mi garganta.

Tuck hizo una pausa en ese punto y dio un mordisco a una manzana arrugada.

—Ahora, Alan, cuida de no contar por ahí lo que voy a decirte. Es un tema delicado para Robin. El es un hombre orgulloso, y puede ser muy peligroso si se empeña en defender su reputación. —Hice un gesto de asentimiento, y continuó—: Más o menos en la mitad del río, estando él con la espada en la mano y de espaldas a la otra orilla, grité de pronto: «¡Dulce nombre de Cristo!», y señalé por encima de su hombro un punto incierto del bosque que se extendía frente a mí. Robin se dio la vuelta, alarmado, con un movimiento torpe de borracho, para ver lo que yo señalaba..., y utilizando la pértiga como una lanza, le golpeé con la punta roma en un lado de la cabeza, precisamente en la sien. Se derrumbó como un saco de patatas y cayó por el extremo de la balsa a las lentas aguas pardas del río.

Me quedé mirando a Tuck con la boca abierta. Luego me eché a reír.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, entre bufidos de risa—. ¿Robin Hood se tragó ese viejo truco? «Oye, ¿qué es eso que tienes a la espalda?» ¿Una treta que ya era vieja cuando Caín mató a Abel?

El hermano Tuck asintió.

—Se lo tragó. Pero procura no comentárselo a nadie. El pobre muchacho sigue siendo muy sensible en ese tema. Era muy joven, recuérdalo, y estaba borracho como una cuba.

Apagué mis resoplidos de risa con un trago de sidra.

—¿Qué ocurrió luego?

—Bueno, lo pesqué, desde luego —dijo Tuck—. Estaba totalmente inconsciente, de modo que lo arrojé con unas mantas y le dejé dormir en mi celda el resto del día y toda la noche.

»Por la mañana despertó con dolor de cabeza y se disculpó, y yo le serví un caldo caliente, y hablamos e hicimos las paces. Desde entonces hemos sido amigos. Años más tarde, cuando fue declarado proscrito (pero esa es una historia para otro día), venía a visitarme a menudo. De vez en cuando dejaba a compañeros heridos en la celda para que los cuidara, hasta que encontró a alguien que sabía curarlos mejor que yo. Pero esa también es otra historia. En todo caso, nunca he vuelto a ver borracho a Robin desde aquel día. Tampoco le he visto dejarse llevar en público por la ira. No obstante, está furioso por dentro, el porqué no lo sé, pero por dentro hierve y por fuera, por lo menos hasta ahora, es de hielo. Es la quintaesencia del hombre frío-caliente.

El almuerzo de mediodía había acabado. A lo largo de toda la columna los secuaces de Robin guardaban los sacos de comida en los carros, se sacudían las migas de la ropa y arrojaban las sobras entre los arbustos. Yo me sentía saciado y bastante soñoliento después de la comilona. No había dormido la noche anterior, aunque las horribles escenas del hombre al que arrancaron la lengua no parecían más que una pesadilla a la luz dorada del sol de aquella tarde gloriosa. Tuck se dio cuenta de mi cansancio y sugirió que hiciera un trecho del viaje subido a uno de los carros. De modo que me hice un hueco entre los sacos de trigo y las balas de heno en el carro más grande de todos, y me tendí allí mientras la caravana seguía su camino. Pensé en la historia de Tuck, e intenté imaginar a Robin, el hombre tranquilo y controlado que había conocido la noche anterior, como un jovencuelo borracho y furioso, pero me resultó increíble, de modo que lo aparté de mi mente y muy pronto el traqueteo del carro y los apagados ruidos familiares de la caravana mecieron mi sueño.



Cuando desperté era de noche, una luna en cuarto creciente brillaba alta en el cielo y el carro estaba en el patio de lo que parecía una granja de grandes dimensiones: una amplia explanada con establos y otras dependencias. Debí de dormir toda la tarde y la primera parte de la noche. No había nadie a mi alrededor, pero los caballos estaban recogidos en un alpende junto a un palomar, una de las muchas construcciones que flanqueaban el patio. Uno de los caballos destacaba entre todos: enteramente blanco, iba revestido con la gualdrapa más lujosa que había visto durante todo el viaje, o nunca, para el caso. Era la montura de una dama, no de la esposa de un granjero acomodado, sino de una mujer de noble cuna. Contemplé durante un rato el caballo pensando que tan sólo la brida podía costar cinco marcos, y durante un breve instante consideré la posibilidad de robarla. Tenía hambre otra vez, se oían ruidos de jolgorio —grandes carcajadas broncas y música—, y un fuerte olor a carne asada y cerveza derramada provenía de una puerta entreabierta a un costado de la casa. Nunca podría escapar con la brida, pensé. Ni siquiera sabía dónde me encontraba exactamente y en qué dirección había de escapar, ni dónde vender el botín. De manera que me apeé del carro, me sacudí la paja y me dirigí hacia la puerta entreabierta en busca de algo que comer.

La escena que vi en el interior haría enrojecer al diablo: una gran sala comunal cálida y ruidosa con una chimenea enorme en un extremo; una pata de venado asándose al fuego en un espetón que hacía girar un muchacho sudoroso, sucio y semidesnudo; los hombres y mujeres de Robin, esparcidos por la sala o recostados, medio beodos, sobre una mesa en la que aparecían los restos del festín: pan desmigajado, un charco de cerveza derramada, grasientas bandejas de madera

apiladas, restos de comida y huesos de animales. En un rincón de la sala una pareja se acoplaba como animales: la muchacha, una pelirroja de no mucha más edad que yo mismo, estaba vuelta hacia la pared y apoyaba en ella las palmas de las manos, con la falda arremangada hasta la cintura, mientras su amante la penetraba desde atrás entre empujones y gruñidos. El ruido era ensordecedor, hombres de caras sofocadas se cruzaban pullas de un lado a otro de la mesa; tres mujeres peleaban entre ellas, gritando y agitando los puños; un patán borracho soplaba con todas sus fuerzas para arrancar unos gemidos quejumbrosos de una gaita. La pelirroja ocupada en el rincón volvió de pronto la cabeza y miró directamente en mi dirección, mientras yo seguía vacilante en el umbral. Tenía unos ojos grandes y espléndidos, del color de la hierba en primavera, y sostuvo mi mirada durante un instante antes de sonreír y alzar una ceja cargada de sugerencias. Su mirada fue como un golpe físico: aquellos ojos hipnóticos, de un verde brillante, y el aire de cínico desdén hacia la bestia jadeante que estaba detrás de ella y dentro de ella. Aparté la vista a toda prisa, pero no sin sentir un hormigueo inquieto y claramente placentero en mis ingles vírgenes.

Di un paso atrás y mis ojos alucinados tropezaron con dos hombres sentados a una mesa pequeña junto a la puerta, que hablaban en voz baja: un oasis de calma y sobriedad en el ojo del huracán de aquella barahúnda de borrachos. Eran John el gigante, que me daba la espalda, y el escribano Hugh, enfrascados los dos en una conversación particular. Un hombre se dirigió tambaleándose hacia su mesa, con el cuerpo ondulante como un abedul plateado en medio de la tormenta, empuñando una jarra llena de cerveza. Se inclinó hacia la mesa, colocó la cabeza entre John y Hugh y gritó algo que no pude oír bien. El escribano se limitó a echarse un poco atrás, y John, sin siquiera levantarse de su asiento, plantó su enorme puño izquierdo en la cara del borracho, que salió despedido hacia el centro de la sala. El hombre cayó sentado en el suelo, y se deslizó hacia el olvido. John ni siquiera volvió la cabeza para comprobar el resultado de su acción.

Oí que el gigante decía:

—Entonces, ¿qué es lo que quiere tu hermano con todo esto? En el fondo de su alma, quiero decir.

E indicó con un amplio gesto de su enorme brazo la masa aullante de proscritos borrachos. Hugh se encogió de hombros.

—Muy sencillo. Quiere lo mismo que todos los hombres: ser más grande que su padre.

Entonces me vio pivotar nervioso el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra, y se levantó de su silla:

—Bienvenido, Alan —me dijo—. Ven con nosotros.

Arrimó un taburete para mí y me sentó a la mesa, al lado de John. Yo apenas me atreví a mirar al gigante por miedo de que me golpeará por mi atrevimiento como al

borracho impertinente, y cuando una camarera me puso delante una jarra de cerveza y una loncha de carne de venado —¡carne dos veces el mismo día!—, enterré la cara en mi plato y no despegué la lengua.

Hugh y John me miraron comer un rato en silencio y luego, cuando ya casi había acabado la comida, el escribano preguntó:

—Y bien, ¿qué te parece nuestra pequeña compañía?

Lo miré, con la boca llena de carne de venado y la grasa y la sangre escurriéndose por mi barbilla, y asentí, queriendo indicar que la encontraba agradable.

—En cualquier caso, la vianda por lo menos le gusta —comentó John, y soltó una carcajada que retumbó de tal modo que toda la habitación pareció temblar. Yo asentí de nuevo con más vigor, y bebí un largo trago de cerveza para bajar la carne.

—Bueno, tus modales en la mesa necesitan pulirse un poco —dijo Hugh—, pero en cambio pareces saber cómo tener la boca cerrada. Es la lección más importante que todos han de aprender: mantener bien cerrada la boca, y no decir nunca nada ni siquiera a los amigos. ¿Te ha dicho alguien cuál va a ser tu trabajo?

Me limité a mirarlo fijamente mientras me limpiaba la barbilla, sin despegar los labios. El continuó:

—Pues has sido asignado a Robert, tu señor; y él mismo se encargará de tu aprendizaje y educación. También te proporcionará ropa, armas y alimento. Hasta que decidamos lo que vamos a hacer contigo, serás su asistente personal; tu tarea consistirá en protegerlo, servirle las comidas, hacer recados para él..., e intentar no molestarlo demasiado. Tener la boca cerrada en todo momento será una excelente norma —añadió, pero sin aspereza.

—Puedes empezar por llevarle la cena —siguió diciendo—. Hay una bandeja preparada en el mostrador para él, que espera en la habitación de atrás. En marcha —ordenó, y señaló con el pulgar extendido la boca oscura de un pasillo.

Cuando me levanté para obedecerle, añadió:

—Oh, y llama a la puerta antes de entrar en la habitación. Podría estar... ocupado.

Al oír aquello, John dio una palmada en la mesa y lanzó otra carcajada tonante. Hugh frunció el entrecejo:

—Y no olvides lo que te he dicho de tener la boca cerrada.

Yo estaba molesto por sus últimas observaciones. ¿Creía que yo era un patán capaz de presentarse delante del señor sin pedir antes permiso? ¿Que no podía entender a la primera una simple orden de guardar silencio? ¿Y qué era lo que les hacía tanta gracia, de todos modos?

Recogí la pesada bandeja —venado, queso, pan, fruta y una jarra de vino— en un mostrador colocado a un lado de la sala, repleto de comestibles apetitosos, y de paso me metí en la bolsa un par de manzanas por puro hábito. Luego me adentré en el pasillo que me había indicado Hugh.

Era bastante largo, y a medida que me alejaba del barullo del salón, pude oír con claridad una voz de mujer que cantaba. Se hizo más fuerte a medida que me acercaba. Era una voz hermosa, aguda y muy pura, que resbalaba sobre la melodía como una cascada gélida y cristalina en invierno cae espumeante entre las rocas; las palabras salpicaban la canción como gotas de agua relucientes al sol, para quietarse luego en un remanso musgoso y acelerar después, de pronto, justo antes de deslizarse de nuevo con elegancia al ritmo de la melodía...

Me detuve, dejé la bandeja en el suelo y me arrimé a la puerta para escuchar. Era una tonada que conocía bien, la *Canción de la doncella*, que mi madre solía cantar mientras se afanaba junto al fuego de nuestro hogar en los días felices, antes de que nos arrebataran a mi padre. Mi padre nos había enseñado a todos a cantar en el estilo de los monjes de Notre Dame de París, no todos la misma nota, sino con ligeras variaciones de notas que se fundían en un conjunto agradable. Nadie más en la aldea sabía hacerlo, y nos sentíamos orgullosos de la manera en que nuestra familia podía ejecutar ese nuevo tipo de música coral.

Sentí un nudo en la garganta cuando acabó la *Canción de la doncella*. Me sentí muy lejos del hogar. «Canta otra, cántala otra vez», quise gritar, pero contuve mi lengua. La emoción se agitaba en mi pecho. Me sentía a punto de romper a llorar. Al otro lado de la puerta oí el murmullo de una breve conversación y luego otra voz, de hombre, entonó una nueva canción: la vieja balada *Mi amor es hermoso como una rosa en flor*.

La versión antigua de la canción no suele cantarse mucho en estos días. De vez en cuando aparece un bardo de cara lampiña con una nueva versión a la moda, pero la original se oye muy pocas veces. Un hombre y una mujer cantan alternadamente las estrofas, y la letra habla de un hombre que galantea a su amante comparando su belleza con la de distintas maravillas del mundo natural. Estoy seguro de que la han oído ustedes. La habíamos cantado en mi familia: mi padre cantaba la parte del hombre, mi madre la de la mujer, y a los niños nos habían enseñado a cantar variaciones armónicas de las dos partes. Oír al hombre cantar la primera estrofa en alabanza de la belleza de la mujer me hizo darme cuenta, por primera vez, de que probablemente nunca volvería a ver a mi madre, y a punto estaba de romper a llorar en voz alta cuando la mujer empezó a cantar su estrofa.

Antes de saber lo que estaba haciendo, me uní a ella y entoné las variaciones que acompañaban la melodía femenina tan bien como supe, e incluso con la puerta cerrada entre los dos, nuestras voces se mezclaron y se fundieron tan solemnes, brillantes y hermosas como en el coro de una catedral. Hubo una ligera pausa al concluir la estrofa de la mujer, tan sólo un par de compases más larga de lo habitual, y luego el hombre empezó a cantar su parte y yo también lo acompañé. Así cantamos las ocho estrofas completas, en un coro armonioso, hasta el final agri dulce de la

balada, con media pulgada de roble inglés entre la pareja y yo. Cuando se desvanecieron las angelicales notas del final, quedamos por un instante en un silencio lleno de paz, y luego la puerta se abrió de golpe y apareció Robin, con sus ojos plateados brillantes a la luz de las velas. No dijo nada, pero me miraba como si yo fuera un fantasma.

—Le traigo su cena, señor —dije, y me incliné para recoger la bandeja. Y entonces, de pronto, rompí a llorar.

Capítulo III

Parece increíble, visto con la perspectiva de los años pasados, que un chico imberbe como yo tuviera el descaro de unirse a las canciones que cantaban en la intimidad mi señor, el peligroso proscrito Robin de Sherwood, y su dama. Pero creo que fue Dios quien me inspiró, porque sé de cierto que a El le gusta la música. Y, tal como se desarrollaron los acontecimientos, aquélla resultó ser una de las actuaciones más importantes de mi vida. De hecho, de no haber entonado yo mis variaciones ante mi señor, mi vida habría seguido una dirección muy diferente.

Allí seguí yo en el umbral de la habitación, llorando como un niño y con la bandeja de la comida en las manos, hasta que Robin abrió de par en par la puerta y me hizo entrar. Entonces dejé la bandeja y, secándome los ojos, paseé la mirada por aquel cuarto iluminado por las velas. Sentada en un resalto junto a la ventana estaba la mujer más radiante, más trascendentemente hermosa que he visto jamás, y conste que en mis tiempos me llevé a la cama a muchas guapas mozas. Pero aquella noche ella era... la perfección, un ángel bajado del cielo. Se parecía a las pinturas que yo había visto de María, la madre de Dios, aunque un poco más joven. Iba sencillamente vestida, con un brial de color azul celeste con brocado de hilo de oro y un tocado armado a partir de una cinta de plata que le ceñía la frente y realzaba su rostro perfecto con forma de corazón. Me sonrió, y mi propio corazón dio un vuelco. Sus cabellos, de los que un rizo aparecía bajo su tocado, eran de un tono castaño brillante, el color de las avellanas recién salidas de su cáscara. Sus ojos eran inocentes, felices y azules como un cielo despejado de verano.

La habitación era sencilla, como era de esperar en una granja perdida en medio del campo, pero mucho mayor que cualquiera a la que yo hubiera sido invitado a entrar hasta entonces: había una cama de aspecto cómodo con baldaquín sobre cuatro postes, con las cortinas descorridas y en el suelo un orinal que asomaba apenas a un lado; una mesa con partituras musicales y un frutero que habían retirado a un lado; dos asientos de madera sin respaldo y un baúl ropero. Eso era todo. Olía a cera de abeja y vino caliente, a sudor honesto y madera antigua (el olor que tendría una vieja pala muy usada); y un aroma insinuado, apenas un ligero deje, del orinal llenado por una mujer, por aquella espléndida mujer. Me sentí al instante henchido de amor.

En comparación con la hogareña sencillez de la estancia, Robin aparecía espléndidamente engalanado. El sucio manto gris de viaje del día había desaparecido,

dejando en su lugar... un pavo real. Resplandecía envuelto en una brillante túnica de raso de color verde esmeralda, abotonada en el cuello y las muñecas, con una cabeza de lobo bordada en oro y negro en el pecho. Sus largas piernas estaban enfundadas en unas calzas negras, rematadas por unos zapatos en punta de piel de cabrito de un tono verde oscuro. Se había peinado, y lavado la cara y las manos. Era una transformación notable respecto del proscrito andrajoso que administraba justicia en la iglesia.

Mientras me enjugaba las lágrimas, Robin llenó una copa de vino y me la ofreció, después de invitarme a tomar asiento en el escabel colocado junto a la mesa.

—Te presento a mi señora Marian, condesa de Locksley —me dijo—. Y, querida, este es Alan Dale, el hijo de un viejo amigo, que se ha incorporado hoy mismo a nuestra compañía.

—Tienes la voz de un ángel —me dijo Marian, y me sonrió con sus enormes ojos azules. Era realmente muy hermosa, de unos dieciocho años, calculé, y en la plenitud de su belleza. Robin trasladó su propio asiento a su lado y, enlazando sus manos en las de ella, me observó con atención.

—Cantas igual que tu padre —dijo Robin—. Creí que eras él cuando he abierto la puerta.

—¿Le conocíais bien, señor?

—Sí, hace muchos años era un buen amigo mío. Pasamos más de una velada feliz cantando juntos en Edwinstowe. Pero no puedo igualar su maestría, esa manera, que tú también posees, de variar las notas para crear una armonía más compleja y agradable. —Me sonrió y luego frunció la frente—. Pero me has preguntado si lo conocía, en pasado. ¿Es que ya no vive?

Yo bajé los ojos.

—Fue ahorcado, señor. Vinieron los hombres del sheriff... —De pronto sentí que las lágrimas se agolpaban de nuevo en mis ojos, y no pude continuar. Estaba decidido a no volver a llorar delante de mi señor, de modo que clavé la vista en el suelo y guardé silencio. El silencio se prolongó hasta hacerse incómodo. Resoplé y me froté la nariz.

—Lamento oírlo —dijo Robin, en tono áspero—. Era un buen hombre. —Hubo otra pausa embarazosa—. ¿Colgado Por orden del sheriff, dices? —Yo no dije nada, y luché por contener mis lágrimas—. ¿Y has intentado vengar su muerte? —preguntó después de unos instantes. Yo guardé silencio. El repitió la pregunta—: ¿No has buscado venganza?

Parecía confuso e irritado.

—Robin... —dijo Marian—. ¿No ves que está muy afectado...?

—Sabes quién ordenó la muerte de tu padre, ¿no? Pero no has hecho nada contra él. —Ahora la voz de Robin e fría—. Mírame, chico. Mírame. —Su voz era dura, imperativa. Levanté la mirada—. Un hombre no lloriquea cuando un miembro de su

familia ha sido asesinado. —Sus ojos de plata brillaban de nuevo, clavados en los míos—. Un hombre no llora como un niño para buscar la compasión de quienes le rodean por la injusticia que padece. Se toma su venganza. Hace que los culpables, los hombres que mataron a su pariente, lloren de dolor; hace que sus viudas sollocen en sus camas por la noche. Si no hace eso, no es hombre. Tendrías que haber venido a mí. De haber venido a mí, nos habríamos tomado la venganza que reclama su alma.

—Lo vengaré, señor —le interrumpí, exaltado—. No necesito la ayuda de nadie en esto. Lo juro por la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Robin resopló.

—Jesús te ordenaría poner la otra mejilla. Cristo te obligaría a perdonarle. —Casi escupió la palabra «perdonarle», y continuó—: No tengo tiempo para esa religión de mujeres. Pero estoy convencido de que tendrás tu venganza si realmente la buscas, y contarás con mi ayuda en esta cuestión de honor, tanto si la deseas como si no. Ahora has jurado ser un hombre mío, leal hasta la muerte, ¿lo recuerdas? Pues del mismo modo que mis enemigos son los tuyos, también los tuyos son los míos.

—Es sólo un niño —dijo Marian—. Demasiado joven para toda esa cháchara sedienta de sangre. Para todas esas palabras de venganza y promesas de matar.

—Necesito hombres de armas, no alfeñiques —dijo Robin en tono seco mirando a su dama.

Y yo enrojecí de ira.

—No soy ningún alfeñique, señor —dije, furioso—. Arrancaré la piel a quienes mataron a mi padre. No soy un guerrero, es cierto, pero lo seré y algún día bailaré sobre el cadáver de sir Ralph Murdac; lo aplastaré como..., como...

No se me ocurrió cómo iba aplastarlo, y callé.

—Bien dicho —contestó Robin—. Has hablado como un hombre. Pronto habremos hecho de ti un guerrero. Voy a encomendarte a un luchador veterano que, aunque ya no está tan activo como en tiempos, te enseñará el oficio... —Dejó la frase inacabada, como si le hubiera asaltado algún pensamiento—. Pero creo que podemos hacer de ti algo más que un simple soldado...

De nuevo se hizo el silencio entre los tres. Luego Robin dio una palmada en la mesa.

—Basta de charlas tristes. —Dirigió una sonrisa de disculpa a Marian, que apretó su mano—. Necesitamos un poco más de vino..., y de música.

Aunque había perdido casi por completo las ganas de cantar, acabamos sin esfuerzo las estrofas de *El zorzal y la abeja*, y nuestras voces se combinaron bien, y luego Marian nos cantó una endecha francesa titulada *Le Réve d'Amour*. Y los tres juntos cantamos de nuevo *Mi amor es hermoso*. Cuando los últimos ecos se apagaron en las paredes de la habitación, Robin me tomó del brazo y me miró a la cara.

—No hay que desperdiciar una voz como la tuya —dijo, y de nuevo brillaba la

amabilidad en sus ojos de plata—. En verdad, tienes un don. —Hizo una pausa—. Ahora es tarde y tienes que descansar. Ten la bondad de pedir a Hugh que te indique un lugar donde dormir, y dile que me espere unos momentos.

—Sí, señor —contesté.

Marian me deseó las buenas noches y me encontré a mí mismo cerrando la puerta a mi espalda y caminando por el pasillo en un estado de confusión eufórica, sintiendo que era motivo de honra para mí servir a un hombre así, pero también lleno de temor por la posibilidad de disgustarle en algo. Robin tenía ese efecto en las personas, y más adelante pude comprobarlo en muchas ocasiones. Era algo que tenía que ver con su manera de mirarte a los ojos; te hacía olvidar su burdo sarcasmo, su dureza, su crueldad, y sentir en ese momento que tú eras la persona más importante del mundo para él. Era como un conjuro, una especie de magia, y como todo el mundo sabe, la magia es peligrosa.

Dije a Hugh que Robin deseaba verle y me abrí paso a través de la sala, cuyo suelo estaba ahora ocupado por hombres y mujeres que dormían y roncaban, hasta salir a los establos, donde me preparé un lecho con la paja. Ya a punto de hundirme en el sueño en mi mullido montón de forraje, volví a mirar el hermoso caballo de la dama. Y soñé con Marian.



Nos pusimos de nuevo en marcha al amanecer del día siguiente, y la variopinta caravana salió traqueteando por las puertas de la granja: los bueyes mugían, los carros crujían, hombres soñolientos maldecían el madrugón, y los gallos lanzaban a los cielos ruidosos mensajes acerca de su masculinidad. Marian había partido mucho antes de que la caravana se encaminara traqueteando hacia el norte por el camino del bosque. Al notar mi mirada, me sonrió y me hizo una seña de despedida antes de subir a mujeriegas a su yegua blanca, escoltada por media docena de hombres armados.

Su marcha me dejó extrañamente decaído. Robin, que vestía de nuevo su andrajoso atuendo de viaje, cabalgaba a la cabeza de la columna, en plácida conversación con Hugh y Tuck. Yo, sintiéndome más o menos abandonado, caminé detrás de un carro bamboleante repleto de enseres caseros, sillas, mesas y baúles, coronado por una gran jaula llena de gallinas que cacareaban. Un lechón, atado al carro por una cuerda al cuello, trotaba feliz a mi lado. Yo me sentía marginado y triste después de las emociones de la noche anterior: ¿de verdad había interrumpido a mi señor cuando cantaba y me había unido a él y a su dama como si fuera su igual? Me parecía irreal. La realidad ya no mostraba el pavo real radiante, revestido de rasos y sedas, que gorjeaba junto a su amada; sino el proscrito harapiento que cabalgaba al

frente de esta triste caravana junto a sus fieles truhanes.

Mi humor no tardó en mejorar. Era un día perfecto de primavera y el bosque florecía de vida y nuevas esperanzas. Las mariposas bailaban a la luz brillante del sol deslizándose por la verde celosía extendida sobre nuestras cabezas; a cada lado del camino, el suelo era una espléndida alfombra de campánulas; jóvenes gazapos huían veloces al acercarse la caravana; las palomas torcaces se llamaban unas a otras: *ca-cou-ca, ca-cou-ca...* Fue entonces cuando empecé a fijarme en la compañía junto a la que viajaba.

Éramos en total unas cincuenta personas: Robin, Hugh y Tuck iban montados y cabalgaban a la cabeza de la columna bajo la bandera de Robin, una cabeza de lobo pintada en negro y gris sobre un fondo blanco. La bandera era apropiada: se llamaba a los proscritos «cabezas de lobo» porque cualquiera tenía permiso para matarlos, al igual que los campesinos podían matar y cortar la cabeza de los lobos. A uno y otro lado de la columna, separados entre ellos por distancias equivalentes, cabalgaban una docena de hombres armados con espada, escudo y lanza; y un número parecido de hombres fornidos de aspecto huraño llevaban grandes arcos de guerra hechos de madera de tejo, y aljabas repletas de largas flechas colgando del cinto. Algunos de los hombres de armas lucían unos rostros grisáceos por el exceso de cerveza de la noche anterior, pero todos estaban alerta; con la cabeza erguida escudriñaban el bosque a uno y otro lado del ancho camino por el que avanzábamos. A una docena de pasos delante de mí marchaba John, el gigante. Hablaba con otro hombre corpulento, un herrero, supuse por su delantal de cuero y sus antebrazos musculosos, y de vez en cuando los ecos de las carcajadas estentóreas de John estremecían la caravana. Un herrador de caballos conducía un carromato pesado, un buhonero caminaba bajo la carga de un enorme bulto de mercancías, y una tabernera transportaba en su carro un enorme barril de cerveza. Había madres con bebés y niños pequeños, niños mayores que jugaban a pillar alrededor de los lentos carromatos, mozuelas tímidas o descaradas que caminaban orgullosas junto a los arqueros o los jinetes armados, vacas que mugían y avanzaban con torpeza atadas a los carros, un rebaño de ovejas guiadas por varios pastores. Incluso había un gato, hecho un ovillo sobre un saco del carro que marchaba delante de mí, simulando dormir pero dirigiendo miradas especulativas a la jaula de las gallinas. Era casi una aldea entera en marcha, y digo casi porque había demasiados hombres armados para una aldea pacífica. Pero para tratarse de una columna de proscritos desesperados, el espectáculo resultaba más doméstico que peligroso.

Mientras miraba a mi alrededor, de pronto me di cuenta de la presencia del jinete salpicado de barro que había visto el día anterior, que se acercaba al galope como si el mismo diablo lo persiguiese. Se dirigió en línea recta a Hugh, que iba al frente de la columna, tiró con violencia de las riendas al llegar a su altura y empezó a

informarle a toda prisa. Después de una breve conversación con Hugh, al igual que el día anterior, hizo girar en redondo a su montura y se lanzó al galope por el camino de Nottingham, el mismo por donde había venido. Robin y Hugh conferenciaron, nuestro capitán alzó la mano, sonó la corneta y todo el mundo se detuvo al instante. Los jinetes recorrieron la caravana arriba y abajo dando breves órdenes; hubo agitación y alboroto a lo largo de toda la columna, y se extendió la noticia: se aproximaban soldados, hombres de armas a caballo. Una partida del sheriff de Nottingham se estaba acercando deprisa.

Sentí que el terror me atenazaba el estómago; venían a por mí, sin la menor duda. Venían a cortarme la mano, a tajarla a la altura de la muñeca y dejarme con un muñón ensangrentado. Me sentí al borde del pánico, mareado, reprimiendo el deseo instintivo de echar a correr, de esconderme en algún agujero propicio del bosque, lejos del camino, lejos de Robin y su lenta caravana de hombres y mujeres condenados.

De alguna manera conseguí controlar el temblor de mis piernas y encerrar con llave mis temores en alguna cámara oscura de mi mente. Había jurado lealtad a Robin, y mi deber era quedarme a su lado. También me ayudó a tranquilizarme la naturalidad con la que reaccionaron quienes viajaban conmigo: no hubo pánico, sólo un poco de alboroto ante la noticia de que las fuerzas del orden se aproximaban dispuestas a hacer un severo escarmiento. La gente parecía alegre, enfrascada en sus tareas, como si aquello fuera un entretenimiento bienvenido en medio de una tediosa jornada de viaje. En un gran claro abierto junto al camino, talado probablemente por los guardas forestales del rey para disuadir a villanos proscritos como nosotros de sorprender a los viajeros honrados en una emboscada, Robin plantó el extremo aguzado del mástil de su estandarte de la cabeza de lobo en el centro de un montículo cubierto de césped, a un centenar de metros de la carretera y junto a una hilera de árboles donde comenzaba la parte más espesa del bosque. Las carretas salieron traqueteando del camino, y los bueyes, azuzados con bastones puntiagudos para acelerar su marcha, desfilaron delante de él y se fueron alineando en un gran círculo con la bandera en el centro. Todos parecían saber lo que se esperaba de ellos. Se colocó a los bueyes en posición, atados a las carretas de modo que formaran un círculo continuo de animales y grandes carromatos de madera. Mujeres y niños, animales y equipajes se situaron en el interior de ese círculo defensivo. Los hombres que viajaban sin armas empezaron a desempaquetar hachas, azadas y azadones; algunos fueron a la linde del bosque a cortar bastones largos y gruesos de árboles jóvenes, y unos pocos se dedicaron a recoger piedras redondeadas del tamaño de un puño.

El ambiente era de expectación y de entusiasmo controlado. «Little» John, como oí que le llamaban (un chiste fácil sobre su corpulencia), había elegido una gran

hacha de doble hoja y la blandía con amplios movimientos para soltar los músculos antes de la batalla. Su amigo el herrero empuñaba dos grandes martillos con sus peludas manos; los mangos eran de madera de roble de dos palmos de largo rematados por cabezas de dos libras de hierro, y los sujetaba a la muñeca por medio de unas anchas bandas de cuero. Yo comprobé que mi pequeño y afilado cuchillo cortabolsas seguía aún en su lugar, colgando del cinturón, y reprimiendo mi miedo corrí al lado de Robin: como vasallo suyo, mi puesto en la batalla estaba a su lado. Esperaba poder impresionarlo favorablemente de alguna manera en la lucha que se avecinaba.

Robin estaba demasiado ocupado para prestarme atención. Se había apeado del caballo y daba órdenes a Hugh y a los hombres de armas montados, todos ellos equipados ahora con espadas, cascos y escudos en forma de cometa hechos de madera y cuero, blanqueados con cal y pintados con el emblema del lobo de Robin. Algunos llevaban hachas de guerra; otros, petos de *cuir-bouilli*, una coraza que cubría pecho y espalda, hecha con cuero puesto a hervir para darle mayor dureza; otros se habían puesto medias y guanteletes de malla de acero para proteger piernas y manos. Cada hombre enarbolaba una lanza de doce pies de largo de madera de fresno rematada en una afilada punta de acero brillante. Además, sobre la armadura, todos llevaban una sobreveste del mismo color verde oscuro: un signo de la fidelidad jurada a Robin, como si éste fuera un noble y no un rufián condenado a la proscripción. Esos hombres podían ser forajidos, ladrones, asesinos, hombres de pésima catadura..., pero también eran guerreros: una docena aproximadamente de jinetes orgullosos, barbados, tan a gusto a lomos de sus corceles en medio de un alboroto como lo estaría yo sobre mis dos piernas en un campo tranquilo cubierto de hierba. Eran temibles.

Hugh se inclinó sin desmontar ante Robin, y luego los dos dieron unas palmadas y Hugh se llevó a sus hombres al trote fuera del claro, en dirección al bosque, y desapareció entre los árboles. Yo quedé aterrorizado: ¿adónde iban? Robin debió de verme tragar saliva incrédulo, porque me dijo:

—No te preocupes, Alan. Volverán..., *á la traverse!*

Y rió; un sonido ligero, dorado y tranquilizador. Yo no tenía idea de lo que quería decir, pero su risa me relajó, y antes de que pudiera preguntarle nada se volvió hacia otro lado y gritó:

—¡Arqueros! ¡A mí! ¡Arqueros!

De todas partes del claro llegaron a la carrera hombres armados con arcos, y con ellos Tuck, que enarbolaba una vara de color castaño oscuro más alta que él mismo. Las dos puntas estaban forradas con un cuerno de vaca que tenía una muesca tallada a un lado en la que se sujetaría la cuerda. Mientras veía a Tuck colocar la cuerda de su arco recordé que había sido soldado en Gales antes que fraile. No era un arco ligero como los que se usan para cazar conejos. Era un arco de batalla: casi dos metros de

vigorosa madera procedente de un tejo joven. La parte del arco que quedaba frente al enemigo, llamada la «espalda», estaba hecha con madera más ligera, próxima a la corteza del árbol. Esa parte externa es más elástica a la torsión cuando se dobla el arco. La parte interior del arma, el «vientre» como lo llamaban los arqueros de Robin, estaba hecha con una madera, de color más oscuro, del centro del tronco. Esa parte interior es más dura y resiste mejor cuando la cuerda del arco se tensa al máximo. La resistencia de ambas maderas era lo que proporcionaba al arco su tremenda potencia. Doblar aquella vara de tejo exigía una enorme fuerza, pero Tuck, a pesar de su escasa estatura, era muy robusto. Después de un breve esfuerzo, pasó el lazo del extremo de la cuerda por la muesca del cuerno del extremo..., y quedó con aquella impresionante máquina de matar en las manos.

Little John recorrió el círculo de carros, sosteniendo con desenfado su enorme hacha, con la doble hoja detrás de su nuca y el largo mango descansando en el hombro fornido. Robin desenvainó su espada y la arrojó al suelo, unos cinco pasos delante del círculo de carros.

—Arqueros aquí, creo —dijo. Unos diez arqueros corpulentos formaron una línea irregular delante de la espada, dando frente al camino. Su jefe, un hombre rechoncho llamado Owain, les habló en una lengua que no pude entender, pero que supuse que era galés. Estos hombres habían sido llamados por Robin, con la ayuda de Tuck, y habían venido de sus montañas occidentales para formar el núcleo de su ejército y enseñar a los proscritos ingleses el manejo del arco largo. Mientras yo los observaba, algunos de aquellos galeses se entretenían aún en colocar la cuerda de sus arcos, y otros sacaban flechas de unas bolsas de tela que llevaban a la cintura y las clavaban por la punta en el césped, delante de la posición que ocupaban. Robin miró a John y le preguntó:

—¿Todo bien?

El gigante se limitó a gruñir. Y Robin añadió:

—Recuérdalo, John, tenlos sujetos. No les dejes salir hasta que hayamos hecho nuestra carga.

—¡Por los clavos de Cristo! —rugió John exasperado—. ¿Te olvidas de que he hecho esto cientos de veces?

—Sí, John, lo sé —le calmó Robin—, pero estarás de acuerdo conmigo en que tienden a excitarse demasiado... Sé buen chico y mantenlos quietos hasta después de la carga.

El jayán volvió a entrar en el círculo de los carros, donde se apretujaban mujeres, niños, hombres y animales en una confusión caótica.

Tuck me dio un golpecito en la manga:

—La verdad es que no tendrías que estar aquí —me dijo—. Tu puesto está detrás de los carros.

Yo sacudí la cabeza.

—Mi puesto está junto a mi señor —dije, y señalé con la barbilla a Robin, que colocaba la cuerda de su propio arco.

—Bien —dijo Tuck—, pensaba que dirías eso, de modo que si estás decidido a jugar a las guerras será mejor que lleves el equipo adecuado.

Y me tendió un pesado saco pardo, que resonó con un ruido de metal.

Para un joven su primera espada tiene siempre algo especial, algo mágico, tanto si es pequeña, mellada y herrumbrosa, poco más larga que un cuchillo de carnicero, como si es un acero fino español con incrustaciones de oro, digno de un rey. Es un símbolo de poder, de virilidad: de hecho, poetas y *trouverses*, cuando componen sus piezas de amor caballeresco, suelen utilizar la palabra «espada» para referirse al miembro viril. Y cuando cantan que la espada se desliza dentro de su vaina... Bueno, estoy seguro de que me entendéis, sin duda habéis escuchado esas *cansos* y esos *fabliaux* salaces... La espada es un icono de la fuerza masculina; si te dan una espada es que dan por supuesta tu virilidad.

Mi primera espada, la que encontré dentro del saco con una capa de color verde oscuro y un casco abollado, era un arma corriente, un metro más o menos de acero ahusado, de filo ligeramente mellado pero cortante, con una acanaladura que iba desde la empuñadura hasta más o menos las tres cuartas partes de la longitud de la hoja, por ambos lados. La guarnición era una pieza recta de acero de unos quince centímetros, y la empuñadura de madera estaba rematada por un pomo de hierro. Era un arma ordinaria, como las que llevan miles de hombres de armas en toda Inglaterra, pero para mí era Excalibur. Era una hoja mágica, forjada por los santos y bendecida por Dios. Y era mía. La espada estaba enfundada en una vaina de cuero rozado sujeta a un cinto de espada de cuero también desgastado. Mientras abrochaba el cinto a mi cintura, y luego al desenvainar la espada, me sentí tan alto como Little John, un héroe, un noble guerrero que defendería a su señor hasta la muerte. Hendí el aire frente a mí con mi espada, imaginando que atravesaba con ella a dragones invisibles.

Tuck, que había observado mis maniobras con mirada benévola, me dijo:

—Procura no matar a ninguno de los nuestros.

Sus palabras me devolvieron a la realidad y, mientras él me ayudaba a ponerme la capa y el casco, me di cuenta de que se esperaba que yo matara de verdad con aquella arma, que atravesara con ella un cuerpo humano, que vertiera la sangre de una persona real sobre la hierba verde de aquel tranquilo claro del bosque. Y también que esa persona intentaría derramar mi propia sangre.

Devolví la espada a su vaina y, cuando me volví para agradecer a Tuck sus regalos, apareció al galope el espía salpicado de barro en una revuelta del camino. En esta ocasión se encaminó directamente al círculo de los carros. Refrenó su caballo sudoroso al llegar junto a Robin y su delgada línea de arqueros, se apeó de un salto y

dijo sin aliento a Robin:

—Ya llegan, señor, me pisan los talones; son los hombres de Ralph Murdac. Unos treinta bastardos...

Robin asintió y dijo:

—De acuerdo, muy bien; meteos tú y el caballo en el círculo de los carros.

El hombre inclinó la cabeza y se llevó el caballo de la rienda. Robin se volvió a los arqueros, que le miraban expectantes colocados en una línea irregular.

—Muy bien, muchachos, no vamos a jugar con ellos. En cuanto veáis a esos bastardos, empezad a matarlos. Y cuando lleguen a la altura de ese arbusto —dijo señalando un pequeño aliso ramoso situado a unos cincuenta pasos—, os metéis dentro del círculo tan deprisa como podáis. Resguardaos detrás de los carros si queréis seguir con vida..., pero no antes de que lleguen a ese arbusto. ¿Lo ha entendido todo el mundo?

Me miró y yo hice un gesto de asentimiento, pero no quise hablar para que mi voz no revelara el miedo que sentía.

Luego esperamos. Robin iba clavando flechas en la hierba frente al lugar que ocupaba en la línea, y se entretenía en hacerlo de modo que formaran un dibujo simétrico; los arqueros galeses se apoyaban en sus arcos y charlaban entre ellos en voz baja, con la mayor tranquilidad. Todos eran tipos muy musculosos, aunque pocos eran altos. Muchos tenían una constitución parecida, como si fueran parientes: eran bajos y fornidos, con músculos muy visibles en los brazos y el pecho muy amplio. Tuck recorrió la línea y bendijo los arcos. Yo estaba quieto en mi puesto, con la mano en la empuñadura de mi espada, esperando la bendición y sudando de miedo y de excitación a la luz del sol primaveral. Quería mear con desesperación. El tiempo pareció detenerse. El barullo que llegaba del círculo de los carros fue disminuyendo, aunque de cuando en cuando un buey mugía o una gallina cacareaba. Me pregunté si el espía no se había equivocado. ¿Dónde estaban? Robin se limpiaba el reborde de las uñas con un pequeño cuchillo y tarareaba para sí mismo en voz baja *Mi amor es hermoso como una rosa en flor*, pero la noche pasada y nuestras agradables canciones a coro parecían haber retrocedido a miles de millas de distancia y a una remota vida anterior. Tuck se había puesto de rodillas y rezaba. Yo cerré los ojos pero, surgida de la nada, me vino a la mente la imagen de la muchacha de los ojos verdes apareándose con su amante borracho en la granja. Me apresuré a abrir los ojos, y me santigué. Si había de morir, no quería que mis últimos pensamientos fueran para aquellos pecadores. Entonces por fin, después de una espera infinita, oí el golpeteo de los cascos en la tierra seca del camino, y en el recodo apareció a la vista el enemigo. Una masa retumbante de jinetes pesados forrados de acero y malignidad, buscando nuestra muerte.

Formaban un espectáculo aterrador. Treinta hombres de armas duros como rocas,

montados en grandes corceles bien entrenados, cada uno de ellos revestido de una malla de acero que le cubría desde la punta de los pies a la cabeza y rematado con un casco de acero claveteado, con la cimera plana y una visera metálica enrejada que cubría totalmente el rostro. Soldados como aquéllos habían ahorcado a mi padre. Sobre la cota de malla llevaban sobrevestes negras cruzadas por cheurones rojos, y enarbolaban lanzas de doce pies de largo con puntas forradas de acero asesinas de hombres, y escudos de madera en forma de cometas, recubiertos de cuero y pintados con el blasón negro de sir Ralph Murdac. De sus cinturas colgaban espadas largas y dagas más cortas; mazas con clavos y hachas de batalla afiladas como navajas de afeitar pendían de sus sillas de montar. Eran hábiles asesinos, señores del campo de batalla, y lo sabían.

Se detuvieron a unos doscientos metros de distancia, y sus corceles relincharon y patearon la hierba; y observaron nuestro patético amontonamiento de carros, animales, madres campesinas temerosas con sus niños, y nuestra corta línea de arqueros rechonchos. Parecían monstruos de metal de una leyenda terrible, no hombres de carne y hueso. Jinetes como aquellos habían diseminado el terror entre la población inglesa durante más de doscientos años, desde que Guillermo el Bastardo vino a conquistar nuestra tierra. Jinetes como aquellos habían destrozado la barrera de escudos de los guerreros anglosajones en Hastings, y desde entonces sus descendientes se habían dedicado a acosar a los infelices que no podían pagar sus impuestos, a acuchillar a los campesinos honrados que se cruzaban en su camino, a violar a cualquier muchacha que se les antojara, a aplastar el alma de los ingleses bajo sus cascos forrados de acero.

Dos caballeros avanzaron al frente de los jinetes, los capitanes del *conroi*, como se llamaba a esa clase de unidades de caballería, cada uno de ellos con una pluma de ganso teñida de negro y rojo sobresaliendo del casco. Empezaron a ordenar la tropa en dos filas, de una quincena de hombres cada una. Mientras yo miraba evolucionar y colocarse en posición aquellos caballos magníficamente entrenados, oí murmurar a Robin:

—Tensad, muchachos...

Los arqueros estiraron las cuerdas de sus arcos hasta llevarlas junto a la oreja.

—Y soltad.

Se escuchó un aleteo, como el de una bandada de golondrinas, y un puñado de flechas salió disparado, dibujando finos trazos grises contra el cielo azul. Oí repetir a Robin, con una calma perfecta: «Tensad..., y soltad», y entonces vi con asombro como la primera rociada de flechas caía sobre el *conroi*, que se convirtió de pronto en un caos lleno de gritos y sangre. Los caballos lanzaron relinchos agónicos y patearon salvajemente al azar todo lo que se encontraba a su alcance, cuando una docena de flechas de un metro de largo, hechas de madera de fresno endurecida al fuego y con

puntas de acero afiladas como navajas, les alcanzaron en los pechos y los flancos. Dos soldados cayeron de sus monturas muertos por flechas que habían atravesado sus cotas y penetrado en el corazón y los pulmones. Lo que momentos antes habían sido unas filas ordenadas de hombres montados preparándose para cargar, con las lanzas verticales tan bien alineadas como la empalizada para la defensa de una aldea, ahora era un tropel de caballos que retrocedían aterrorizados y de hombres que maldecían cubiertos de sangre. Pero sobre ellos se abatieron más flechas. Vi a un hombre descabalgado, a cuatro patas, con la garganta atravesada por uno de esos proyectiles, derrumbarse sobre el césped verde, con las manos al cuello y escupiendo sangre. Otro gritaba una larga retahíla de obscenidades, e insultaba al mismo Dios mientras intentaba arrancarse una flecha del muslo. Un caballo sin jinete se alzó sobre las patas traseras y pateó con los cascos delanteros el pecho de su amo, que cayó hacia atrás con un crujido audible de huesos rotos, y no volvió a levantarse.

No obstante, aquellos no eran soldados ordinarios. Eran jinetes orgullosos, hombres de armas seleccionados por sir Ralph Murdac, temidos en dos condados, disciplinados por largas horas de ejercicio a caballo, con lanza, espada y escudo. Las flechas seguían cayendo sobre ellos, pero alzaron las defensas y refrenaron a sus caballos con las rodillas, rehaciendo hasta cierto punto la formación. Los dos caballeros, con sus vistosas plumas agitándose enloquecidas, reagruparon el *conroi* a fuerza de gritos y amenazas. Entonces vi con el corazón en la garganta que, de nuevo en dos filas ordenadas, volvían hacia nosotros sus grandes caballos, y cargaban. Los jinetes bajaron sus lanzas y empezaron a galopar a través del claro, apretando las filas a medida que tronaban sobre la hierba con sus cascos macizos que hacían temblar el mundo, y avanzaron frontalmente contra nuestro débil círculo defensivo.

—Tensad..., soltad —dijo Robin. Y las flechas de punta de acero rasgaron de nuevo el aire para hundirse profundamente en la masa de hombres y caballos a la carga. Dos hombres fueron proyectados hacia atrás desde sus sillas, como si tuvieran los cuerpos sujetos a una cuerda atada a los árboles.

—Una última ronda, muchachos, y luego salimos a escape. Tensad..., soltad.

Robin tomó de su cinto un cuerno de caza y lanzó dos toques breves, altos y claros, y luego uno más largo. La última munición de los arqueros cayó sobre el *conroi* lanzado a la carga justo en el momento en que llegaba al aliso.

Al instante, todos nosotros echamos a correr reteniendo el aliento, tropezando, aterrorizados, atrás, atrás, hacia el círculo defensivo de los carros. Yo también corrí, aferrando mi espada como si tuviera al diablo a los talones; corrí hasta sentir que el corazón me estallaba. Era sólo una distancia corta, no más de treinta metros, pero teníamos a los jinetes casi encima de nosotros. Imaginé que sentía el aliento cálido de un animal enorme y de su jinete de rostro de acero, y que los cascos me aplastaban; casi pude sentir penetrar la punta de metal de la lanza entre mis omóplatos..., y ya

estaba dentro del círculo, resbalando, resbalando en la hierba bajo las ruedas del carro más próximo..., y entre las piernas del herrero, que aún con sus enormes martillos en las manos bajó la vista.

—Muy bien hecho, chico; parece que has perdido el resuello —dijo, y me guiñó un ojo.

El *conroi* se vio frenado por el círculo de carros. Era un obstáculo demasiado alto para que los caballos lo saltaran y, frustrados al ver que los arqueros se les habían escapado, se inclinaron hacia adelante en sus sillas e intentaron alancear desde fuera a los hombres situados en el interior del círculo, que esquivaron la acometida protegiéndose o retrocediendo unos pasos. El cuerno de Robin volvió a sonar; dos notas cortas y una larga, y de la muralla verde del bosque surgieron nuestros benditos jinetes.

Fue un bello espectáculo: una docena de caballeros con cotas de malla, perfectamente alineados en una sola fila, galopando hacia nuestro anillo defensivo. Hugh iba en el centro, con la bandera blanca del lobo ondeando sobre su cabeza mientras sus hombres cruzaban el claro. Sus lanzas estaban tendidas, apretadas bajo el brazo y paralelas al suelo, apuntando al enemigo, con las puntas aceradas sedientas de sangre. Apenas le dio tiempo a uno de los hombres de Murdac a dar la voz de alarma. Los hombres de Hugh cayeron sobre las filas dispersas de los enemigos, alancearon hombres y caballos al impactar en el grupo, dispersaron a los hombres del sheriff como los lobos al atacar un rebaño de ovejas.

De nuevo sonó el cuerno de Robin, tres notas agudas que hicieron que se erizaran los pelos de mi cabeza: *ta-ta-taaa, ta-ta-taaa*.

—Vamos, chico —dijo mi amigo el herrero—. Es el toque de ataque, eso es.

Saltó a lo alto del carro y de allí al otro lado balanceando sus dos enormes martillos, que parecían juguetes en las manos de un hombre tan grande. Una vez fuera de nuestro círculo de carros, propinó a un caballo enemigo que pasaba un porrazo tan fuerte en la frente que el pobre animal se tambaleó y dobló las manos. Rápido como una comadreja, el herrero atacó entonces al jinete, mientras el animal aún caía, y golpeó con los dos martillos por turno su casco cuadrado. Debió de aplastar el cráneo además del casco, porque de pronto una gran mancha de sangre y una materia gris y rosada salpicaron el frontal de la sobreveste. El herrero vio que yo le miraba, sobrecogido por aquel ataque salvaje, y sonrió con una mueca belicosa:

—No estés papando moscas, chico —me gritó—. Dales fuerte, dales...

Robin estaba a mi derecha, de pie encima de un carro con otro arquero; los dos disparaban concienzudamente flecha tras flecha a los jinetes enemigos. Me volví a la izquierda y allí vi a Little John, fuera del círculo, blandiendo su enorme hacha con una habilidad letal. Le vi asestar un golpe en la espalda a un jinete que atravesó la malla y le partió la espina dorsal. Cuando dio el tirón para liberar la doble hoja, el

hombre cayó de bruces, desmadejado como un muñeco, y su cabeza casi golpeó el pie sujeto aún al estribo, mientras un chorro escarlata se proyectaba en el aire desde su cintura parcialmente segada.

Dondequiera que miraba había seguidores de Robin, hombres y también algunas mujeres, a pie, armados tan sólo con garrotes o piedras, y otros con azadones y guadañas, que rodeaban a jinetes aislados y les golpeaban a ellos y a sus monturas con una furia implacable. Un cuerpo de jinetes disciplinados y armados con lanzas puede destruir en unos instantes a una unidad de infantería; pero cuando el jinete está solo y rodeado por un tropel de campesinos exaltados por la oportunidad de vengarse de los crímenes cometidos contra ellos mismos y sus antepasados por aquel símbolo montado del poder normando, el espectáculo es parecido al de una araña coja atacada por una legión de hormigas furiosas. Los caballos eran rápidamente desjarretados con largos cuchillos afilados; y el infortunado soldado veía sus piernas inmovilizadas por muchas manos. Luego era zarandeado de un lado a otro, arrancado de la silla y machacado hasta quedar convertido en un despojo ensangrentado sobre la hierba del claro. Toda clase de herramientas metálicas golpeaban y pinchaban en la carne viva; hombres y caballos gritaban, y la sangre salpicaba por todos lados.

Pero no todo nos era favorable: uno de los caballeros emplumados estaba sembrando el caos entre nuestra gente. Con las riendas sujetas al pomo de la silla y controlando su montura únicamente con las rodillas, hacía el vacío a su alrededor con la espada en una mano y una maza con pinchos en la otra, aplastando cráneos y tajando brazos.

Mientras yo lo observaba, una flecha se clavó en su muslo, y soltó una maldición.

El herrero que estaba delante de mí había dejado de dar golpes a la cabeza machacada de su enemigo y observaba a Little John, que con un elegante revés clavó el hacha de doble filo en la garganta de un caballo que pasaba. El desgraciado animal, vertiendo la sangre a chorros, retrocedió con sus últimas fuerzas y desmontó a su jinete, que quedó tendido boca arriba en el suelo encharcado. En un abrir y cerrar de ojos se vio rodeado por un enjambre de campesinos que lo acuchillaron y golpearon.

—Así se hace, chico —dijo el herrero—. Nada de holgazanear. Dales fuerte.

Un segundo después su rostro arrebatado y feliz cambió de expresión, palideció, y él cayó de rodillas. En el centro de su peto de cuero asomó la punta de acero ensangrentado de una lanza. Miró hacia abajo con incredulidad y su enorme cuerpo se estremeció y tembló cuando el soldado que estaba en el otro extremo de la lanza tiró de ella para extraerla de la carne desgarrada.

Acudió a mi mente el recuerdo de la cara deformada de mi padre en la horca y grité:

—¡Nooo...!

Empuñé mi espada desenvainada, salté de lo alto del carro y me encontré fuera

del círculo antes de recapacitar. Ataqué al jinete, cuya lanza seguía enterrada en el cuerpo del herrero, y golpeé con mi arma su pierna, enloquecido por la rabia. La hoja chocó con la pantorrilla enmallada y el hombre dio un grito de dolor, pero el golpe no atravesó la protección de acero. El hombre soltó la lanza y con la mano izquierda, desde el otro lado de su cuerpo, me dirigió un golpe con un hacha de batalla. Lo esquivé, y en ese momento otro caballo empujó al suyo por detrás; él se tambaleó en la silla y trató de sujetarse a ella con las dos manos, dejando pender el hacha de la correa que la sujetaba a su muñeca. Yo lo agarré por la manga enmallada de su brazo derecho, hirviendo aún de rabia, y de un tirón lo hice caer al suelo entre un estruendo metálico acentuado por la caída de su casco, que rodó unos metros.

No pensé ni por un instante en lo que estaba haciendo; fue como si otra persona controlara mi cuerpo. El jinete enemigo estaba tendido en el suelo, sin morrión, y dejé caer la espada con todas mis fuerzas sobre su garganta expuesta y sentí la resistencia de la hoja al tropezar con las vértebras de la base del cuello. Gimió, y su cuerpo tuvo un estremecimiento convulso. Pero mi corazón, mi tierno corazón, cantaba alegre. Aquí estaba mi venganza, había dado aquel golpe en recuerdo de mi padre. El hombre tuvo una nueva convulsión; la sangre manaba a chorros y él quedó inmóvil, con el rostro hacia el cielo, en medio de un charco de su propia sangre, con la cabeza casi separada del cuerpo por mi vieja espada.

Entonces vi claramente su cara por primera vez. No era el monstruo de acero de una pesadilla. Sus ojos azules miraban con fijeza hacia el paraíso, su tez era de un blanco lechoso sin más tacha que un tenue bigote rubio en el labio superior, y por la boca entreabierta asomaban unos dientes blancos perfectos. Podía ser tan sólo dos o tres años mayor que yo. Exhaló un último suspiro, como un hombre que se dispone a descansar después de un duro día de trabajo, una temblorosa bocanada de aire, y su alma abandonó su cuerpo.

Miré despacio al primer hombre que había matado en mi vida. Mis ojos se anegaron en lágrimas. Alargué la mano para... tocarlo, disculparme, pedirle perdón por haber acabado con su joven vida, no lo sé. Retiré la mano, y aparté la vista de él. Vi a Robin encima de mí, de pie en lo alto del carro, con una flecha prendida de su arco, buscando una nueva víctima. Me hizo un gesto, y me gritó algo; por encima del estruendo de la batalla, pude oír su voz fuerte y confiada con tanta claridad como si estuviese a mi lado:

—Buen trabajo, Alan. Una faena limpia. Pronto haremos de ti un guerrero.

Me sonrió, relajado y muy tranquilo. Yo lo miré con un torbellino dando vueltas en el interior de mi cabeza. Entonces, por alguna extraña alquimia, mi humor cambió y me contagié de su valor. Me había sentido débil y pesaroso por haber segado una vida joven, pero entonces noté como la sangre corría por mis venas con más ímpetu. Bajé de nuevo la vista hacia el muchacho muerto a mis pies y mi mano buscó mi

espada. Aferré su empuñadura de madera lisa y tiré de ella para arrancarla del hueso en el que estaba clavada. Luego me erguí, alcé la barbilla, me afirmé sobre mis piernas temblorosas y miré a mi alrededor en busca de más enemigos que matar.

Capítulo IV

La batalla había terminado. Los soldados enemigos supervivientes, apenas un puñado de hombres, huyeron, unos a pie y tal vez dos o tres de ellos a caballo, por el mismo camino por el que llegaron.

Recorrí con la vista el campo y se me giró el estómago: diseminados por todas partes caballos agonizantes, hombres que se arrastraban o caminaban a trompicones cubiertos de sangre; el aire lleno de gemidos y gritos temblorosos, y el suelo tan empapado que el claro lujuriente del bosque ya no era verde, sino una mezcla apesosa de sangre y barro, mierda de caballo y cuerpos destrozados. El olor de la batalla era acre y salado: un olor metálico, como de cobre oxidado, insidioso; con notas de residuos fecales y meados, sudor reciente y hierba aplastada. Pero por encima de todo eso, por encima del dolor y la muerte y el horror y la suciedad, sentí la enorme euforia, la alegría pletórica de estar vivo, de que el enemigo hubiera sido derrotado y de que la victoria fuera nuestra.

Los andrajosos hombres y mujeres de Robin corrían de un cadáver a otro, rebanaban las gargantas de los enemigos heridos, sofocaban sus gritos de agonía y hurgaban en sus bolsas y en las alforjas de sus sillas de montar. Sólo permanecía en pie, en el campo, un enemigo. Era uno de los caballeros, sin casco, con una cuchillada abierta en una mejilla, el muslo izquierdo atravesado por una flecha, pero todavía de pie, con la espada y la maza en las manos, rodeado por un círculo de hombres de Robin, algunos de ellos heridos, que se burlaban de él y lo azuzaban a pedradas. Los proscritos burlones se mantenían, prudentes, lejos del alcance de la espada y la maza. A sus pies, pude ver tres cuerpos tendidos.

—Venid, cobardes —gritó el caballero. Hablaba el inglés sin acento, cosa rara en uno de su clase—. Venid aquí y morid como hombres. —Una piedra rebotó en su peto—. Chusma de villanos sin hígados, ¡venid y luchad!

En respuesta a su desafío, un proscrito temerario, fornido y armado con un hacha corrió hacia él por detrás. Pareció que el caballero tenía ojos en la nuca. Se volvió a medias del lado derecho y paró con la espalda el golpe del hacha. Luego cambió de dirección, con pies tan ligeros como los de un bailarín, y girando el torso hacia la izquierda aplastó el cráneo de su atacante con un golpe de la maza de pinchos. El hombre se derrumbó, tuvo una sacudida y quedó inmóvil. El caballero hizo aquello con tal facilidad, dio el golpe fatal con tanta habilidad y elegancia, que silenció de

golpe las burlas de quienes lo rodeaban.

—Vamos, ¿quién es el siguiente? —dijo el caballero—. Ese montón ha de crecer.

Un arquero se abrió paso por entre el círculo de atacantes hasta colocarse a cinco metros del caballero; colocó una flecha en la cuerda de su arco, la tensó y estaba a punto de clavar un metro de astil en el pecho del hombre cuando Robin, que llegaba a la carrera, gritó con su voz metálica de batalla:

—¡Quieto! —Y apartando a un lado a los hombres que rodeaban al enemigo, dijo —: Señor, habéis luchado con valor, y ahora estáis herido. Soy Robert Odo de Sherwood. ¡Rendíos a mí!

El caballero ladeó un poco la cabeza; era un hombre bien parecido, de unos veinticinco años, con una gran barba negra espesa y ojos brillantes.

—¿Queréis rendiros? —contestó—. Muy bien, acepto.

Sonreía, incluso frente a la muerte. Robin le miró con fijeza. El arquero tensó su arco una pulgada más. El caballero alzó la barbilla, con un último pensamiento para su Creador. Pero Robin levantó un brazo imperioso, con la palma dirigida al arquero. Entonces mi señor se echó a reír; en medio de la sangre y la muerte, del dolor y la furia, rió y rió. El caballero, riendo también, dejó caer la maza, arrojó al aire la espada que trazó una parábola relampagueante en el aire, la recogió por la punta ensangrentada en su mano enguantada de malla, y ofreció la empuñadura a Robin.

—Soy sir Richard at Lea —anunció sonriente—, y vuestro prisionero.

Y sin dejar de sonreír cayó de bruces en el barro y quedó inconsciente a los pies de Robin.



Cargamos los carros con una rapidez asombrosa. De hecho, la banda de Robin lo hacía todo deprisa y sin ruido. Los heridos fueron cargados con el equipaje. A los muy malheridos, sólo tres hombres que yo viera, Tuck les administró los últimos sacramentos y fueron rematados por John, que les clavó una daga en el corazón. Lo hizo con un extraño carño: acunó sus cabezas en su enorme manaza y empujó una sola vez, rápidamente, entre las costillas, provocando un flujo de sangre arterial de color brillante. Al parecer, era la costumbre en la banda de Robin. Y nadie hizo el menor comentario acerca de si esos hombres irían derechos al paraíso, o bien al otro lugar. Se cavaron, también a toda prisa, tumbas para nuestros muertos. A los de ellos —había veintidós cadáveres, y ningún herido: todos los que no habían huido, con la excepción de sir Richard, fueron ejecutados por los hombres y mujeres de Robin—, se les despojó de todo lo que tenía algún valor: armas, malla, ropas, botas, dinero, y se les abandonó al borde del camino. Sus camisas sucias, la única ropa demasiado mugrienta para que ni siquiera los hombres de Robin consideraran que valía la pena

robarla, ondeaban al viento como banderas grises y andrajosas, que saludaban el paso de sus dueños al otro mundo. Tuck pronunció una breve oración sobre los cuerpos colocados en fila, y yo sentí una punzada de culpabilidad al ver el cabello rubio, salpicado de sangre, de mi víctima. Eran nuestros enemigos, pero también eran guerreros y hombres. Tuck hizo la señal de la cruz sobre los cadáveres y dio media vuelta; Hugh, ya montado y colocado al frente de la columna, gritó: «¡Adelante!», y toda la caravana se puso en marcha traqueteando, avanzando por el camino del bosque. Miré el sol; sólo había pasado una hora desde que el espía vino a avisarnos. Solté el cinto de mi espada, volví la espalda al claro cubierto de sangre y seguí mi camino a la cola de la caravana, detrás de mi victorioso señor proscrito.



Poco después abandonamos la gran carretera del norte y seguimos una serie de caminos menores, cada uno de ellos más estrecho que el anterior. El gran bosque verde se fue cerrando a nuestro alrededor, hasta que las ramas barrieron los laterales de nuestros carros y apenas nos dejaban ver el sol. El sendero que seguíamos daba tantas vueltas y revueltas en distintas direcciones que, en la penumbra del bosque, muy pronto perdí la orientación y ya no supe dónde estaban el norte, el sur, el este y el oeste. Cuando empezó a oscurecer, me di cuenta de que me había perdido sin remedio. Pero Robin sabía perfectamente adónde nos dirigíamos, y continuamos adelante, viajando a la luz de algunas antorchas de madera embreada, hasta llegar a una antigua granja construida en lo más profundo del bosque.

Robin nos dejó allí: a Hugh, a los hombres heridos, a las mujeres, los niños, el ganado, las carretas de bueyes más pesadas con su carga de tributos, a sir Richard y a mí. El dueño de la granja, Thangbrand, un viejo guerrero canoso, había matado un cerdo y preparado un festín para Robin y su banda. Yo me sentía presa de unos extraños humores melancólicos después de la batalla, y apenas probé bocado; no pude dejar de pensar en el muchacho rubio al que había matado: su rostro se me aparecía cuando cerraba los ojos, su boca roja me sonreía mostrando sus dientes blancos, y la sangre manaba de su cuello por la horrible herida que dejaba las vértebras al descubierto. Era demasiado joven para haber sido uno de los hombres que dieron muerte a mi padre, pero no me cabía duda de que habría obedecido una orden así. De modo que me convencí de que había vengado hasta cierto punto a mi padre al arrebatarse la vida de aquel hombre, a pesar de que fuera sólo un símbolo, una encarnación, de las fuerzas que me habían privado de mi padre. También me halagaba el hecho de que Robin me hubiera visto matar a aquel enemigo; pero ¿por qué entonces me sentía tan infeliz? Eran demasiadas cosas para poder asimilarlas de golpe, de modo que me retiré a un rincón de la sala, me envolví en mi capa e intenté

aislarme del ruido de jarana que había alrededor de las barricas de cerveza y buscar el olvido en el sueño.

Robin y su compañía, libres ya de impedimenta, partieron de allí a la mañana siguiente. Todos los hombres montaban caballos de refresco de los establos de Thangbrand. Tuck me abrazó y me recomendó cuidar mis modales y pensar en mi alma inmortal de vez en cuando. Little John me dio una fuerte palmada en la espalda. Cuando el propio Robin se acercó para despedirse brevemente de mí, hincó la rodilla y le pedí acompañarlo, pero él me hizo levantarme y me dijo que había de obedecer a Hugh en todo y atender a las lecciones que me daría.

—Me serás más útil con un poco de aprendizaje, Alan. Necesito a mi alrededor gente capaz. Aprende también de Thangbrand —añadió—. En tiempos fue un gran guerrero y puede enseñarte muchas cosas. Una muerte no te convierte en un guerrero, aunque ha sido un buen principio, un magnífico principio. —Sonrió y me palmeó el hombro—. Estaré de vuelta muy pronto, no temas. Sin duda no pasará mucho tiempo antes de que necesite las nuevas habilidades que vas a aprender.

Luego hizo dar media vuelta a su caballo y se alejó al trote. Mientras le miraba cabalgar entre los árboles, de pronto me sentí inseguro, inerme, incluso un poco atemorizado. Me encontraba solo en medio de extraños en un lugar desconocido.



La granja de Thangbrand, como el nombre de su dueño, era un residuo de la época anglosajona. Construida con robustos postes de roble y argamasa en un espacioso claro abierto en el corazón del bosque de Sherwood, parecía acomodada en una época más primitiva, una época anterior a la llegada a nuestras playas de los orgullosos franceses. Era un edificio amplio, de forma oblonga, con techumbre de paja, rodeado por una treintena de cabañas. Una desvencijada empalizada de troncos rodeaba el edificio principal y sus dependencias: establos, graneros, talleres, una herrería, un horno y varias chozas míseras en las que dormían con los animales los habitantes de más baja condición de aquel lugar. En una de ellas alojaron a sir Richard. La noche anterior había jurado a Robin, por su honor de caballero, que no intentaría escapar hasta que se acordara un rescate y sir Ralph Murdac lo pagara. Lo cierto es que sus heridas eran demasiado graves para permitirle ir muy lejos. Había perdido una gran cantidad de sangre y sólo estaba consciente de forma intermitente. Un hachazo le había roto varias costillas y dejado una herida abierta en su costado derecho. Me lo dijo Tuck, después de atenderle lo mejor que supo. El muslo izquierdo había sido perforado por una flecha, que le fue extraída cuando sir Richard estaba inconsciente. Por fortuna, el hueso femoral no estaba roto. Ahora estaba envuelto en vendajes, sin su armadura, pálido y con una botella de agua mezclada con vino a su lado, sentado

en el suelo de una cabaña que había servido de pocilga, sobre un montón de paja limpia y con la espalda apoyada en la pared, observaba a través de la ventana abierta el ajetreo de su rústica prisión.

Los habitantes de la granja, cuyo mando había asumido Hugh en su condición de lugarteniente de Robin, eran el propio Thangbrand, su obesa esposa Freya, sus dos hijos morenos y robustos, Wilfred y Guy, que eran sólo algunos años mayores que yo, y una hija flaca llamada Godifa, de nueve o diez años. Vivía también con ellos otro chico, William, un primo más o menos lejano, de mi misma edad, fuerte y pelirrojo, con cierta tendencia a exhibir una sonrisa boba. Asimismo, habitaban el lugar una docena de mesnaderos, algunos heridos en nuestra escaramuza y otros a los que no había visto antes, y un número similar de hombres y mujeres de la servidumbre.

Poco después de la marcha de Robin, Hugh me mandó llamar y me comunicó el programa que iba a seguir mi vida en la granja de Thangbrand. Me dijo que debía aprender tanto como me fuera posible de los que me rodeaban, y que sería castigado si molestaba a la familia, si robaba algo o si no atendía a mis obligaciones. En cambio, si me comportaba de forma adecuada, prestaba mucha atención a las lecciones y trabajaba duro, recibiría a cambio algo de inestimable valor, un tesoro para mi mente, un *thesauros*... Se refería a mi educación.

Mi día, dijo, se estructuraría de la siguiente manera: Al alba, antes de desayunar, me ocuparía de distintas tareas relacionadas con la marcha de la granja, es decir, daría de comer a las gallinas, a los cerdos y a las palomas del palomar bajo la supervisión de Wilfred, el hijo mayor de Thangbrand, durante una hora más o menos. Luego nosotros —Wilfred, Guy, William y yo— desayunaríamos y a continuación seríamos instruidos por Thangbrand en las artes de la guerra junto a otros proscritos, hasta el mediodía, cuando tomaríamos la comida principal de la jornada.

Por la tarde recibiríamos clases de francés, latín, gramática, lógica y retórica, y de *courtoisie*, la correcta forma de comportarse de los jóvenes nobles. Yo era un privilegiado, me hizo comprender Hugh en un tono firme pero amable, por aprender los modales del hijo de un caballero, a pesar de mi baja cuna. Después de la cena habría más pequeñas tareas, me informó, y luego me iría temprano a la cama.

En los festines de los días señalados y las fiestas, yo habría de servir la mesa con mis mejores ropas y la cara limpia. No debía meterme los dedos en la nariz ni en las orejas en presencia de los invitados. Tampoco debía emborracharme. Dormiría por las noches en la sala sobre un colchón relleno de paja colocado en el suelo junto al fuego, con los demás hombres y chicos. Hugh tenía una cabaña propia, no lejos de la casa principal, y allí dormía y recibía a sus espías y correos, los hombres sombríos que le traían noticias de los cuatro puntos cardinales del país, y Thangbrand y Freya dormían en una habitación separada en un extremo de la casa.

Hugh me proporcionó también ropas nuevas, porque las mías casi se caían a

pedazos: varios pares de pañales de lino llamados bragas, dos pares de calzas de lana de color verde, dos camisas, una túnica ordinaria de color pardo y larga hasta las rodillas para uso diario, una sobreveste verde mucho más fina adornada con un reborde de piel de ardilla en el cuello y en el ruedo para las ocasiones especiales, y un manto con capucha de lana de color verde oscuro, el mismo color de la capa que me había dado Tuck. Tenía que cuidar de todo aquello, me dijo Hugh, y mantenerlo limpio. También recibí un par de botas nuevas de cuero que valían más que cualquier cosa que yo hubiera poseído hasta entonces, y un sobretodo o gabán, una prenda de abrigo con un forro grueso, útil tanto para calentarse los días fríos como para protegerse en las batallas. Era demasiado grande para mí. Pero cuando, a solas, abroché el cinto con la espada sobre el gabán, y me puse el casco, me sentí más hombre de armas y menos un criado.

En la casa de Thangbrand reinaba una rígida disciplina, y pronto descubrí que tenía más de campo de entrenamiento militar que de pacífica granja sumida en las profundidades del bosque. No había cachetes cariñosos del estilo de los que me administraba mi padre para castigarme por mis modales salvajes. Las penas señaladas para todas las faltas eran durísimas. Varios días después de mi llegada un mesnadero, un individuo llamado Ralph, se emborrachó y violó a una de las criadas. Thangbrand llevó a rastras al violador a la presencia de Hugh, que quiso imponerle un castigo ejemplar. Hizo que los demás proscritos lo azotaran con bastones hasta hacerle sangrar y dejarlo inconsciente, y luego el pobre desgraciado fue castrado en una horrenda ceremonia celebrada delante de todos los habitantes de la granja; para mi vergüenza, volví a vomitar. Desnudo, sangrando por el horrible agujero de sus ingles y casi incapaz de hablar, fue expulsado de la granja para morir de hambre en el bosque o bien, cosa más probable, ser devorado vivo por los lobos.

Admito que me asusté —los gemidos agonizantes de aquel hombre acompañaron mis pesadillas durante semanas—, y me juré a mí mismo comportarme de un modo que no mereciera ningún castigo. Y así, obedecí en todo a mis superiores y aprendí las habilidades del hijo de un caballero.



Wilfred, el hijo mayor de Thangbrand, tendría unos dieciséis años y era un muchacho silencioso y apacible, muy dado a soñar despierto y a leer romances. No me trataba mal, pero estaba claro que yo le irritaba. Tenía que supervisarme, y eso le quitaba tiempo para las leyendas del rey Arturo y otras historias de heroicidades y batallas. A pesar de sus gustos belicosos en literatura, él mismo no era un guerrero hábil, y pude darme cuenta de que habría sido un buen sacerdote si las circunstancias hubieran sido otras y su padre fuera un caballero normando y no un don nadie sajón sepultado en lo

más profundo del bosque. Tal como estaban las cosas, él era el responsable de vigilar que yo cumpliera mis obligaciones: tareas humildes y cotidianas, como cortar leña para la gran chimenea de la casa principal o acarrear el agua con la que llenar los toneles, desde un arroyo que pasaba a media milla de allí. También tenía que dar de comer a las gallinas, las palomas y los cerdos dos veces al día y barrer el espacio de tierra apisonada, frente a la casa, donde nos ejercitábamos en el combate.

Guy, a pesar de ser dos años más joven que Wilfred, era mucho más belicoso: lo cierto es que nunca he encontrado dos hermanos que se parecieran menos. Wilfred era tranquilo, soñador, frailuno; Guy chillón, egoísta, pendenciero, y desde el momento mismo en que llegué a la casa me trató con un desprecio absoluto. Guy deseaba más que ninguna otra cosa ser un caballero: en realidad su nombre era Wolfram y no Guy, pero se había dado a sí mismo un nombre normando, cosa que enfureció a su padre, porque creía que sonaba más noble. Todo su comportamiento reflejaba su anhelo de convertirse en un miembro de la clase militar Normanda. El aborrecimiento que me mostraba venía, creo, de mis orígenes campesinos; su familia, los antepasados de Thangbrand, habían sido caballeros desde la noche de los tiempos, según me repetía continuamente. Antes de los romanos, incluso. Era superior a mí en todos los sentidos, y se complacía en repetírmelo una y otra vez.

Guy me derribó a puñadas al tercer día de mi llegada a la granja de Thangbrand. Me atacó por la espalda cuando estaba llenando un saco de trigo para llevarlo al molino y me dejó sin sentido; luego me devolvió la conciencia a base de bofetadas y me advirtió, burlón, que no me cruzara en su camino. Intenté alejarme de él en la medida de lo posible, pero Guy y yo nos veíamos forzados a estar juntos en el patio de la casa de Thangbrand, todas las mañanas para los ejercicios de combate y todas las tardes para nuestras lecciones con Hugh.

Es posible que Thangbrand hubiera sido un gran guerrero en su juventud. Al parecer, le llamaban Thangbrand *el Hacedor de Viudas*, y presumía de que su abuelo había sido uno de los miembros de la guardia de élite de Harold Godwinson. Pero, con casi sesenta años, aquellas proezas quedaban atrás, en el pasado. Nos enseñó a utilizar la espada y el escudo en una serie de maniobras muy simples, con movimientos rígidos. Empujar al frente con el escudo y golpear luego de arriba abajo con la espada, o bien lanzar una estocada y luego levantar el escudo para defender el contragolpe arriba. Nos obligaba a practicar aquellos movimientos tediosos y obvios durante horas, a Wilfred, Guy, William y a mí, y a un par de los hombres de armas que contaban con muy poco o ningún entrenamiento militar. Todos formados en línea desfilábamos por el patio mientras Thangbrand daba palmadas y marcaba con gritos de «uno, dos» el ritmo de nuestros movimientos. Al final de cada sesión nos emparejaba —casi siempre a Wilfred con William y a Guy conmigo—, y simulábamos un combate. En mi caso, eso significaba agazaparme detrás del escudo

y soportar la furia desatada con la que Guy atacaba mis defensas. Me di cuenta de que Robin estaba en lo cierto: una muerte no me había convertido en guerrero.

En un sentido fue útil aquel entrenamiento: no aprendí gran cosa del combate, pero me di cuenta del grado de furia que poseía a Guy. Era lo que Tuck llamaba un hombre «caliente». Además, el ejercicio fortaleció mis brazos..., y posiblemente también mi mente.

Las lecciones de la tarde resultaron una sorpresa agradable y descubrí que buena parte del lenguaje que mi padre había querido inculcarme a golpes, había en efecto echado raíces en mi interior. Cuando Hugh leía pasajes en latín, yo me daba cuenta de que entendía a medias lo que decía. Cuando nos hablaba en francés, también encontraba relativamente fácil entenderle. Y las palabras y frases que no sabía, cuando Hugh las explicaba en inglés, las retenía sin esfuerzo. Hugh estaba contento conmigo; los demás chicos, no. Cuando Hugh volvía la espalda, Guy me daba un puñetazo en el brazo o un doloroso rodillazo en el muslo, y me llamaba «favorito del profesor» o «lameculos rubito».

William, el primo pelirrojo, era un ladrón. Me contó con orgullo que en su Yorkshire natal todos le apodaban «Burlacerrojos» o «Abrecerrojos», por la facilidad con que entraba en las casas y abría los cofres del dinero. Nosotros le llamábamos Bill Scarlet por el tono llameante de su Pelo. Tenía la irritante costumbre de robarme la comida de una forma descarada: en cuanto yo volvía la cabeza, su mano atrapaba velozmente un pedazo de carne o de pan de mi plato y se lo metía en la boca. A mí aquello me parecía tanto más molesto por el hecho de que era absurdo: teníamos a nuestra disposición un montón de comida, y buena comida además.

Lo cierto es que comíamos carne casi todos los días; porque Thangbrand no vivía de lo que cultivaba, sino de la caza furtiva en el bosque. Intercambiaba carne —de venado y de jabalí, principalmente— por grano con los granjeros vecinos, y de vez en cuando él y sus hombres asaltaban a los viajeros en el gran camino del norte y les arrebataban los objetos de valor que llevaban, y en ocasiones la vida. Un tercio del valor de esos robos se entregaba a Hugh, como representante de Robin. Ese tributo, llamado la Cuota de Robin, se guardaba en el interior de la casa en un gran cofre forrado de hierro, lleno a medias de peniques de plata. Incluso el simple hecho de tocar aquel cofre estaba castigado con pena de muerte. Y después de ver el castigo aplicado a Ralph el violador, por mucho que me gustara robar, perdí todo deseo de echar mano al contenido del cofre.

Pero la Cuota de Robin no era el único tesoro de la granja de Thangbrand. También Freya, la enorme esposa de Thangbrand, guardaba uno: su propio botín de objetos de valor, en el dormitorio del matrimonio.

Formaba parte de mis tareas diarias llevar copas de vino caliente a Freya y Thangbrand antes de que se acostaran, una o dos horas después de anochecer. Una

noche, al llevarles su copa nocturna encontré la puerta entreabierta y entré en el dormitorio en silencio, sin llamar. No tenía intención de sorprenderles pero las copas estaban llenas hasta el borde y yo me concentraba en no derramar el vino; por eso me movía con precaución y, en consecuencia, sin hacer ruido. Al entrar vi a Freya de rodillas en una esquina de la habitación. Había un agujero negro en el suelo, que nunca había visto antes, por el que asomaba la tapa de un pequeño cofre metálico. Freya tenía un candil en una mano, y en la otra... Dios me perdone, pero cuarenta años después todavía siento un acceso de codicia insana al recordarlo..., en la otra mano tenía una piedra de buen tamaño, de forma oval y de un color rojo oscuro translúcido. Era un rubí enorme, una espléndida piedra preciosa que valía muchos cientos de libras, producto del rescate pagado por un barón, tal vez por alguien aún más importante..., pero yo no lo sabía entonces. Lo único que supe, en el fondo de mi corazón de ratero, fue que quería aquello. Luego empezaron a ocurrir cosas muy deprisa. Freya me vio, soltó un grito agudo y arrojó la gran piedra en el interior del cofre abierto bajo el suelo; y de las sombras surgió como un demonio vengador Thangbrand *el Hacedor de Viudas*, empuñando una gran daga. Se echó sobre mí con todo su peso y me aplastó contra la pared, las copas de vino volaron por el aire, y él me puso el cuchillo en la garganta y su cara arrugada a pocas pulgadas de la mía. Pude oler su mal aliento, y ver sus ojos saltones clavados en los míos. Estaba a punto de morir, sentí el tacto frío del acero contra la carne de mi cuello; un simple movimiento lateral de su mano haría que mi sangre regara el suelo de tierra apisonada.

—¿Qué has visto? —masculló Thangbrand. El hedor de sus dientes podridos penetraba por mi nariz, y sus ojos amarillos buscaban mi mirada.

—Nada —balbuceé—. Nada, señor.

—Mientes —dijo, y su cara abotargada se contrajo de rabia—. Mientes. —Hubo un momentáneo aumento de la presión en mi cuello, y luego, Dios sea loado, apartó unas Pulgadas su rostro, me observó detenidamente, y más calmado repitió—: Mientes. Pero como estás bajo la protección de lord Robert, vivirás por ahora...

Me soltó y dio un paso atrás. Nuestras miradas se cruzaron durante unos instantes. Freya estaba inmóvil, de rodillas en el rincón.

—Escúchame, muchacho —siguió diciendo Thangbrand—, escúchame si quieres seguir con vida. No has visto nada, nada en absoluto. Pero si por casualidad le cuentas algo de lo que no has visto esta noche a alguien, se Will, Wolfram o cualquier otro, te rebanaré el pescuezo de oreja a oreja mientras duermes, llevaré tu cadáver al bosque para que se lo coman los lobos, y nadie sabrá nunca una palabra. ¿Me has entendido?

—No diré nada, señor, lo prometo —dije, procurando que mis piernas temblorosas me sostuvieran.

—De acuerdo —gruñó él—, no cuentes nada, y vete.



Sentí más respeto por Thangbrand después de aquella noche. Podía ser un mal instructor de armas pero toda vía era un enemigo temible, a pesar de su edad. De modo que procuré apartar de mi mente lo que había visto. El día siguiente transcurrió como si nada hubiera ocurrido, Thangbrand me trató con el mismo afecto rudo de antes.

La vida continuó, la primavera desembocó en el verano, y durante aquellos meses la rutina se mantuvo si: apenas cambios: una sesión de trabajo, comidas, lecciones dormir, más trabajo... Habría resultado bastante agradable de no ser por las burlas y los golpes de Guy y por la, irritantes habilidades de su sombra, Will. Como ya he dicho, William no tenía ninguna necesidad de robarme comida del plato, pero siguió haciéndolo a pesar de todo; supongo que pensaba que era un desafío de alguna clase, pero ver a Will masticar con la boca llena, atiborrándose de mi comida, y mirarme de reojo desde el otro lado de la mesa, sentado al lado de su protector Guy, retándome a decir algo, bueno, para mí no representaba ningún desafío; sólo me molestaba.

De modo que algo tenía que hacer al respecto, aunque fuera sólo por preservar mi honor. Un día, desmigajé un pedazo de pan y embutí dentro un clavo de hierro oxidado pero bien afilado que había encontrado en el patio por la mañana, asegurándome de que quedara oculto a la vista. Luego dejé como por casualidad el pan en el borde de mi plato más próximo a Will, y giré la cabeza para preguntar algo a Thangbrand. Cuando volví la vista al frente, el pequeño bastardo pelirrojo estaba maldiciendo y escupiendo sangre. Al morder con fuerza el mendrugo, se había roto un diente. Por supuesto, no dijo nada del papel que había desempeñado yo en el incidente y dejó de robar de mi plato; pero aquello no contribuyó precisamente a hacernos más amigos.

Sí que hice una amiga en la casa de Thangbrand: Godifa, la niña rubia y flaca. Yo intentaba mantenerme lejos de Guy después de una lección de latín especialmente penosa, porque Guy no tenía el menor oído para aquella lengua, y para empeorar las cosas padecía una monumental resaca después de haber bebido mucho la noche anterior con los mesnaderos. Mientras recitaba entre vacilaciones y tartamudeos un pasaje de la Biblia, noté que Hugh empezaba a perder la paciencia. Amaba la palabra de Dios con todo su corazón, y le ofendía verla maltratada de ese modo. Finalmente, me pidió que tradujera correctamente el pasaje y yo lo hice con fluidez pero con el temor cierto de que mi exhibición iba a costarme muy cara. Tal como sospechaba, en cuanto Hugh volvió la espalda Guy me propinó un fuerte rodillazo en el muslo, que

me hizo perder la sensibilidad en toda la pierna. Después de la lección, me avergüenza decir que escapé con intención de evitar la consabida paliza de Guy. Me sacaba toda la cabeza, y como había comprobado antes en muchas ocasiones, no tenía la menor oportunidad contra él en ninguna clase de combate.

De modo que salí del recinto de la granja —era un día cálido y hermoso—, y me interné en el bosque para perderme en la calma de los grandes árboles por un rato. Entonces, encontré a Godifa, de pie junto a un roble añoso y llorando desconsolada. Había adoptado a un gatito, que creció hasta convertirse en un animal joven y cariñoso, y se había quedado colgado en lo alto del árbol. Mientras ella sollozaba, nos miraba desde una rama baja entre maullidos lastimeros. Me costó sólo una docena de segundos trepar por el árbol y meter el gato en un pliegue de mi túnica antes de saltar al suelo y ofrecérselo a Godifa con un pequeña reverencia y un floreo con las manos. Su cara se transformó al momento, y pasó de la lluvia al sol radiante. Se secó las lágrimas y, sonriente, me tomó la mano y la besó antes de salir corriendo, dando saltitos de felicidad. No pensé más en aquello, pero al cabo de unas semanas empecé a notar que me seguía a todas partes mientras yo me dedicaba a mis tareas domésticas. Era muy tímida, no me hablaba, y cuando la miraba y le sonreía, de inmediato se ruborizaba y salía corriendo.

Unos seis meses después de mi llegada a la granja de Thangbrand se celebró una fiesta nocturna: el santo de alguien, creo, aunque no recuerdo de quién. En las fiestas, el cometido consistía en dar la vuelta a la mesa con un aguamanil, y verter agua en las manos extendidas de los invitados de modo que cayera en la palangana que sostenía Will. Luego Guy les ofrecía una toalla limpia. Cuando todos los invitados se habían lavado las manos, yo ayudaba a los criados a servir los platos que salían de la cocina: jabalí asado, grandes lonchas de venado, por supuesto, capones guisados, pastel de pichón, puré de guisantes, queso y fruta. Cada invitado tenía una especie de torta ancha de pan cocido sobre la que colocaba la carne, de modo que el pan absorbía los jugos. Will y yo dábamos la vuelta a la gran mesa sirviendo vino, recogiendo las bandejas que se vaciaban, y llevando de la cocina otras repletas de comida. Nos turnábamos para tomar un par de bocados en un rincón oscuro de la sala, cuando podíamos.

En esta ocasión, cuando todos comieron hasta quedar saciados y retiramos todo menos la fruta y las jarras de vino, un hombre al que nunca había visto antes se dirigió al extremo de la sala. Empuñaba una viola, un hermoso instrumento musical de madera pulida con cinco cuerdas, gran panza redonda y cuello alto y estrecho. Sostuvo la viola apoyada en el hombro y, con un pase de su arco de crin de caballo en la mano derecha, hizo vibrar un solitario y largo acorde áureo, y poco a poco se hizo el silencio en la ruidosa reunión.

—Amigos míos —dijo, mientras los ecos agridulces de aquel sonido flotaban aún

sobre nuestras cabezas con deliciosas reverberaciones que aceleraron mi pulso—, ésta es una canción sobre el amor.

Y empezó:

—Amo cantar porque el canto nace de la alegría...

Mientras escribo ese verso en mi propia lengua —él, por supuesto, cantaba en francés—, me parece insignificante, un tópico vacío de sentido. Pero entonces, en aquella sala destartada sumida en el corazón del antiguo bosque, hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal. Había tanta belleza en su forma de cantar, y en el acompañamiento de las notas angelicales de la viola, que conmovió a todos los presentes en la sala. Vi a Guy con la boca tan abierta, que por ella asomaba un pedazo de carne a medio masticar. Hugh, que se disponía a beber un sorbo de vino, se había quedado inmóvil con la copa a mitad de camino hacia su boca. Luego el músico acarició las cuerdas con su arco para crear un nuevo acorde, y continuó:

Pero nadie se esfuerza en componer una canción cuando el gozo se ausenta de un corazón sincero. Es un trabajo excesivo, si falta la alegría.

Era un hombre joven, de estatura mediana, delgado, con cabellos de un rubio oscuro que adornaban su cabeza como un casco liso y luminoso que enmarcaba un rostro agradable. Estaba recién afeitado, una rareza en nuestra comunidad, y su rostro parecía resplandecer de bondad a la luz cambiante del fuego del hogar. Todo en él resultaba extrañamente claro y preciso, exacto, desde su túnica impoluta de raso azul oscuro, ceñida por un cinto enjoyado del que pendía una daga, hasta sus calzas a listas verdes y blancas y sus botas de piel de cabrito. Resaltaba en aquella sala repleta de rufianes mugrientos vestidos con ropas recosidas, como un gallo joven, orgulloso e iridiscente, en medio de un tropel de torpes gallinas de plumas pardas. Ahora las gallinas guardaban silencio, como en trance.

Aquel a quien amor y deseo incitan a cantar
compone fácilmente una buena canción.

Pero nadie puede hacerlo si no está enamorado

Nunca antes había oído una música tan hermosa de aquel género: sencilla pero conmovedora, una ráfaga de notas y la voz —oh, y aquella voz tan pura— sirviendo de eco a la melodía, repitiendo el acorde de la viola mientras el instrumento atacaba una nueva y elegante frase. Y lo mejor de todo, cantaba al amor: el amor de un joven caballero por la dama de su señor; no la sórdida lujuria entre proscritos y prostitutas, sino un amor puro, profundo, doloroso; un amor imposible, que sólo puede encontrar expresión en el marco de una canción. Y así supe lo que quería hacer con mi vida: quería amar...

Mi amor es puro y por eso me enseña
A crear las palabras y la música más puras.
... y también quería cantar.

Capítulo V

La sala de la granja de Thangbrand resplandecía de luz y de música. El elegante músico se había colocado en un extremo de la estancia, y acunaba su viola en los brazos enfundados en seda, alta la barbilla y cerrados los ojos, la boca rosada abierta dejando ver los dientes blancos mientras derramaba un chorro dorado de voz en la sala. Sentados en los bancos arrimados a las paredes, en los cofres que guardaban sus pertenencias o en los taburetes y sillas colocados junto a la larga mesa, incluso acuclillados en las esteras de junco del suelo, todos los habitantes de la granja escuchaban aquella música celestial en un silencio absoluto. Eran las notas exquisitas de otra vida, una vida de belleza disfrutada sin esfuerzo, de riqueza, gusto y poder: el poder de convocar el placer con unas simples palmadas de manos bien nutridas. Oían la excelsa melodía de una gran corte, la música de los reyes y los príncipes. Yo quería entrar a formar parte de aquello; quería poseer esa música, revolearme en ella, sumergirme en su licor embriagador y suntuoso.

Entonces, ocurrió. En una pausa al concluir una estrofa perfecta sobre la belleza y el dolor del amor, Guy soltó una risita. Fue sólo un ruido ligero, un bufido de desdén. Pero el músico paró en seco en mitad de un verso: sus ojos se abrieron y miró a Guy. Su mirada se clavó por un instante en él, y su rostro perdió todo el color. Luego, después de un simple esbozo de inclinación hacia el extremo de la sala donde estaban sentados Hugh y Thangbrand, salió a largas zancadas por la gran puerta y se perdió en la noche.

Hubo un gran suspiro colectivo. Se había roto el hechizo, pero a pesar de ello todos suspirábamos por escuchar un poco más de aquel sortilegio. Hubo algunos murmullos, y luego se reanudaron las conversaciones en la sala. Hugh, que había estado masticando un muslo de pollo mientras escuchaba la música, gritó «¡Idiota!» y arrojó el hueso a Guy, alcanzándole en mitad de la frente. Guy alzó las cejas y mostró las palmas de las manos en señal de inocencia.

En ese momento, lo odié. Antes había sido una molestia, alguien a quien evitar, pero en ese instante la emoción que sentía destiló un desprecio concentrado y venenoso: odié a Guy con una ferocidad absoluta. No sólo deseé su muerte, sino su total aniquilación; borrar su persona de la faz de la Tierra.



El músico francés se llamaba Bernard, como descubrí al día siguiente al charlar con Hugh después del almuerzo de mediodía. Para mi alegría, Hugh me contó que Robin había decidido que yo fuera discípulo de Bernard. El francés también se haría cargo de las clases de lengua que ahora me daba Hugh, puesto que yo me había situado en un nivel mucho más alto que los demás chicos, y también había recibido el encargo de darme clases de aritmética, geometría, astronomía y... música. Me sentí en éxtasis, henchido de felicidad: iba a pasar las tardes oyendo buena música y aprendiendo cómo hacerla yo mismo, y, lo mejor de todo, me vería libre de Guy y de Will por unas horas.

Encontré a Bernard en la reducida cabaña que le habían asignado, a media milla más o menos de la casa principal de Thangbrand, en un pequeño claro del bosque. Caminé hasta aquel lugar como en una nube, aturdido por la felicidad que aquella perspectiva me producía, mezclada con algún temor: ¿conseguiría ser digno de aquel hombre? Hugh mencionó que Bernard había puesto como condición que habitáramos en lugares separados, para aceptar el encargo de servirme de tutor. Era un hombre remilgado, me dijo Hugh, y no quería dormir en la sala en compañía de un hatajo de proscritos comidos por las moscas.

No me pareció especialmente remilgado cuando me encontré con él una hermosa tarde de otoño, para presentarme como su pupilo. Estaba tumbado sobre un leño cortado y desbastado, atado por los extremos a la rama de un árbol frente a la puerta de una cabaña prácticamente en ruinas; su fina túnica de seda, la misma que llevaba puesta durante su actuación, estaba desabrochada a medias y manchada en el pecho por lo que parecía un vómito ya seco. Había perdido uno de sus zapatos y, mientras tamborileaba con los dedos en la panza de su viola, reía en voz baja para sí mismo al tiempo que se balanceaba. El día anterior me había parecido una figura divina, un amante cortés, maestro de música, creador de belleza; hoy resultaba ridículo.

—Maestro Bernard —le dije en francés, de pie junto a él, que se había sentado con la cabeza inclinada y rasgueaba las cuerdas de su viola—. Soy Alan Dale y he venido a presentarme como pupilo vuestro siguiendo las órdenes de mi señor Robert Odo...

—Shhhh... —Rápidamente alzó un dedo en mi dirección, como advertencia, y luego chapurreó con dificultad—: Estoy creando una obra maestra.

Siguió ocupado con la viola, punteando algunas notas sueltas de vez en cuando; a veces parecía dormitar, y de pronto despertaba con un respingo. Esperé durante tal vez un cuarto de hora, hasta que levantó la vista y dijo con voz clara:

—¿Quién eres tú?

—Soy Alan —repetí—, vuestro pupilo, y he venido a servirlos por orden de...

—¿Servirme, eh? ¿Servirme? —me interrumpió—. Muy bien, podrías traerme un poco más de vino, entonces.

Vacilé, pero me despidió con grandes gestos, gritándome:

—Vino, vino, trae vino decente, vamos chico, vamos, vamos...

De modo que volví a la granja de Thangbrand, robé un barril de vino de la despensa cuando nadie miraba, y se lo llevé en una carretilla. Luego le ayudé a beberlo.



Como tutor mío en aritmética, geometría y astronomía, Bernard era un desastre. De hecho, hasta donde recuerdo, nunca habló de ninguno de esos temas. Pero mejoró mi francés, porque era lo único que hablábamos los dos, y me enseñó música, Dios sea loado: me enseñó a componer *cansos* y *serventes*, poemas de amor y satíricos, a afinar y tocar la viola, a impostar la voz y controlar la respiración, y muchos más trucos técnicos de su oficio. Era un trovador, o dicho con más propiedad, porque procedía del norte de Francia, un *trouvère*, y su mayor placer, me dijo, era tocar y cantar para los grandes príncipes de Europa; cantar el amor, el amor de un caballero humilde por una dama de alta cuna, el *amour courtois* o amor cortés, el amor de un *servus* por su *domina*...

Esa noche, mientras bebíamos el vino y yo limpiaba el vómito de su túnica con un cepillo, me contó la historia de su vida. Había nacido en el condado de la Champaña, y era el segundo hijo de un barón menor que estaba al servicio de Enrique, el conde. Amó la música desde pequeño, pero su padre, a quien le importaban muy poco tanto la música como Bernard, se oponía. Sin embargo, animado por su madre, Bernard tomó como maestro a uno de los más grandes *trouvères* de Francia, que lo colocó en la corte del rey Luis. Desde el principio, me confió Bernard, había tenido un enorme éxito: las grandes damas lloraban sin recato al oír sus canciones de amor, y todos se reían con sus ingeniosos *serventesios*, que se burlaban de la vida cortesana pero sin rebasar nunca ciertos límites. Todos le querían; la vida era buena; y un joven gentilhomme de aspecto atractivo aunque sin fortuna, siempre podía contar con el recurso de una boda ventajosa con alguna de las damas de linaje inferior de la corte. Era una vida llena de relumbrón: partidas de caza, festines reales, certámenes de poesía y de canto. Pero, como muchos jóvenes antes que él, Bernard se excedió en sus ambiciones. Porque, además de su profunda adoración por la música, también amaba, y casi en la misma medida, el vino y las mujeres..., y fue esta última afición la que causó su ruina.

Bernard, joven, guapo, divertido y lleno de talento, era muy popular entre las damas de la corte. Varias de ellas, casadas o no, le habían recibido en sus alcobas, pero él no daba importancia a esos juegos amorosos y se mantenía libre de compromisos serios. Pero entonces cayó enamorado. Quedó completamente

embujado por la joven y encantadora Héloïse de Chaumont, esposa del ya más que maduro Enguerrand, sire de Chaumont, un reputado guerrero muy estimado por el rey Luis gracias a sus proezas en el campo de batalla.

—Ay, Alan, muchacho, era perfecta, la belleza encarnada —me dijo Bernard, y en su rostro apareció un rictus de dolor—. Cabellos del color del maíz, grandes ojos violetas, una cintura esbelta que daba paso a generosas curvas... —Aquí Bernard hizo el consabido gesto con las manos—. Cómo la amé. Habría dado la vida por ella..., bueno, la vida no, pero sin duda me habría sentido dichoso de sufrir un grandísimo dolor por ella. Bueno, no un gran dolor, un dolor a secas. Digamos que alguna incomodidad menor... ¡Ah, Héloïse! Fue el aire de mis pulmones, el aliento mismo de mi vida. —Bebió un largo trago de vino y enjugó una lágrima—. Y ella me amó, Alan, lo cierto es que también me amó.

Durante varias semanas los amantes vivieron un romance apasionado, y luego, inevitablemente, Enguerrand les descubrió.

El sire de Chaumont había estado cazando con el cortejo real en los bosques que rodean París. Su caballo se quedó cojo por la mañana temprano, de modo que volvió inesperadamente a sus apartamentos en palacio, pensando que podría volver a la cama y retozar un poco con su esposa, a falta de caza. Entró en su alcoba y se encontró con Bernard desnudo y con una enorme erección, paseando arriba y abajo ante la cama de Héloïse, tocando la viola y recitando una cancioncilla burlona sobre el rey. La dama, también desnuda, se retorció de risa cuando Enguerrand irrumpió por la puerta. Por desgracia, también el sire de Chaumont se había quitado la ropa y estaba asimismo en un estado de excitación muy visible. Entonces Héloïse cometió un error fatal, siguió riendo. Miró a los dos hombres desnudos, uno joven y el otro anciano, pero ambos con erecciones que menguaban rápidamente, y lanzó una carcajada histérica.

—Desde luego, no había comparación posible —me informó Bernard, ufano—. El podía haber sido un león en el campo de batalla, pero para las proezas de alcoba no estaba mejor equipado que un cachorro.

Los dos hombres salieron de la habitación a toda prisa. Bernard agarró sus ropas al pasar y saltó por la ventana en un abrir y cerrar de ojos. Enguerrand pasó a la antecámara a fin de recuperar su dignidad y dar la alarma a los guardias.

—No fue nada divertido, Alan —confesó Bernard sin rodeos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Todo acabó de una manera muy triste. El sire de Chaumont hizo decapitar a Héloïse (la verdad, resulta increíble que en nuestros días alguien pueda ser decapitado aún por adulterio), y me desafió a combate singular. Cuando yo rehusé (sólo manejo mi espada en la cama), envió sicarios a matarme. Mi padre dijo que no podía ayudarme; sólo conseguí escapar con vida huyendo de Francia y me vine a esta isla miserable siempre empapada de lluvia. Y, ¿lo creerás?,

¡me persigue incluso aquí! Ha ofrecido una recompensa de cincuenta marcos por mi cabeza, y como tiene amigos entre la nobleza inglesa, me han declarado Proscrito: ¡yo, Bernard de Sézanne, un *hors-la-loi*!

Calló, lleno de compasión hacia sí mismo, y le sirvió otro vaso de vino.



Todas las tardes, después del almuerzo del mediodía, iba paseando hasta la cabaña de Bernard y los dos nos dedicábamos a explorar el mundo de la música. Fue una temporada feliz, y aprendí más sobre la vida y el amor, la música y la pasión en aquellos pocos meses que en toda mi vida anterior. Era una liberación de la pesada rutina de la casa de Thangbrand, pero sólo a tiempo parcial. Todas las noches había de volver a la granja y al acoso mezquino de Guy y Will. Wilfred se había marchado, rumbo a un abadía del Yorkshire. Fue Robin quien lo dispuso. Pero la marcha de Wilfred apenas significó nada para mí; nunca había formado parte de mi mundo, más parecía un fantasma que vagaba por el mundo real a la espera de un llamamiento a una vida más espiritual. Descontadas las pocas horas que pasaba cada día con Bernard, la vida en la casa de Thangbrand resultaba monótona y siempre igual, pequeñas tareas, comidas tristes, ejercicios bélicos, más tareas..., y largas horas intentando conciliar el sueño e la sala mientras los mesnaderos roncaban a mi alrededor.

Pero a pesar de las apariencias, las cosas estaban cambiando. En primer lugar, cambiaba mi cuerpo: había crecido, y el ejercicio continuado endurecía los músculos de mi cuerpo flaco; crecían pelos en partes recónditas de mi cuerpo, y mi voz se quebraba y oscilaba, parecida a veces a un chillido femenino y otras a un gruñido masculino. Bernard lo encontraba muy divertido, e imitaba mis gallos y mis tonos guturales. Pero en nuestras clases de canto empezó a enseñarme las partes de las canciones para voz de hombre. Yo me iba convirtiendo en hombre, en lo físico por lo menos. Y cuando practicábamos la esgrima en el patio de ejercicios, me acordaba del hombre rubio al que había matado y miraba ceñudo a Guy por encima del borde del escudo. De todos modos siempre acababa mordiendo el polvo, por supuesto.

También hubo otros pequeños cambios. Nuestro grupo iba creciendo. A lo largo del verano habían ido apareciendo, de uno en uno o por parejas, jóvenes enviados por Robin. En su mayoría eran personas de escaso interés: desnutridos muchos de ellos, agotados y con aire de desesperación. Pero Thangbrand los acogía, los alimentaba y, cuando habían descansado, se unían a nosotros todos los días en el patio bien barrido para practicar el combate. Muy pronto fuimos diez, quince, veinte alineados, blandiendo la espada o empuñando la lanza en combinación con el escudo, aprendiendo maniobras de combate en grupo, ejercitándonos sin fin delante de un

exasperado Thangbrand que rugía a algún infeliz vagabundo recién llegado:

—No, imbécil, eso es una lanza, no un agujón de bueyes. No pinches, se supone que estás atravesando a un hombre y no haciéndole cosquillas. ¡Dios nos libre de estos campesinos acostumbrados al arado!

No todos los recién llegados formaban en esos combates simulados. Los que tenían una fortaleza física superior a la media eran entrenados como arqueros: levantaban diariamente grandes pesos, piedras y sacos de grano para desarrollar los músculos, y disparaban flechas de un metro de largo contra dianas redondas confeccionadas con paja y colocadas a un centenar de pasos, no siempre con el resultado previsto. Los hombres capaces de cabalgar, y que se habían traído monturas propias o robadas, también se entrenaban aparte. A mí, Hugh me enseñó a cabalgar correctamente, y pronto me hizo dar vueltas al galope por una explanada y saltar pequeños obstáculos con los brazos cruzados al pecho y dirigiendo el caballo sólo con las rodillas. El también era el encargado de entrenar al contingente de caballería. Galopaban, sujetando una lanza despuntada bajo el brazo, contra un estafermo, es decir un poste con un travesaño móvil en uno de cuyos extremos había un escudo, y en el otro un contrapeso (por lo común, un saco de grano). Cuando la lanza golpeaba el escudo, el empuje hacía girar el travesaño velozmente, y el saco podía golpear y desmontar al jinete inexperto que pasaba junto al poste. A Guy le fascinaba el estafermo. Observaba durante horas practicar a los hombres, y cosa extraña, cuando eran descabalgados por el contrapeso, mientras el resto de los mirones soltaban risotadas y se secaban lágrimas de hilaridad, Guy nunca se burlaba. Al final de la sesión, pedía prestado un caballo por una hora y probaba por su cuenta. Por supuesto, como a todos los demás novatos el pesado saco lo enviaba a rodar por el polvo cada vez que cargaba contra el artilugio. Pero él no se rendía. Se dio cuenta de que lo esencial era la velocidad; tenía que moverse lo bastante deprisa para evitar el giro del contrapeso, pero a mucha velocidad resultaba más difícil golpear el escudo con la lanza y existía el riesgo de que caballo y jinete chocaran contra el sólido travesaño de madera si la lanza no lo apartaba del camino.

Yo disfrutaba viendo a Guy desensillado una y otra vez, rodando por la hierba del campo de entrenamiento de la caballería. Aunque también, a regañadientes, sentía respeto. Nunca se rendía. Después de cada revolcón se levantaba, se sacudía el polvo de la túnica y las calzas, corría tras el caballo y volvía a montar torpemente en la silla. Al final de la primera sesión consiguió por una vez golpear el blanco y, mediante una peligrosa contorsión del cuerpo, es cierto, evitar el golpe consiguiente; entonces alzó la lanza en triunfo y gritó su victoria a los bosques. Al cabo de una semana era capaz de lanzar el caballo al galope y acertar en el escudo con un golpe claro y bastante fuerte, sin que el contrapeso lo alcanzara.

Guy también hacía progresos con la espada. Casi a pesar de los métodos

rutinarios de Thangbrand, su habilidad en los ejercicios del patio aumentó. Cuando nos emparejábamos para practicar el combate a espada, en lugar de la furiosa lluvia de golpes que utilizaba antes para desarbolar mis defensas, Guy seguía ahora una táctica más elaborada, más astuta. Con fintas y amagos de estocadas conseguía que yo me descubriera, y entonces atacaba; me derribaba con un cintarazo dado de plano, y luego me ponía la punta afilada en el cuello y me gritaba que me rindiera. Ya no me insultaba ni me golpeaba a escondidas en el campo de ejercicios: ahora se lo tomaba en serio. No a mí, sino la práctica de combate. Y era muy bueno en ese terreno.

Thangbrand se dio cuenta y empezó a utilizar a Guy para enseñarnos determinadas maniobras de espada y escudo, conmigo como pareja. La misma historia se repetía una y otra vez: las espadas se cruzaban una o dos veces, los escudos chocaban y yo rodaba por el suelo. Un día, después de ser derribado por vigésima vez, sentí un enorme cansancio en todos mis huesos y no me vi capaz de ponerme en pie al acabar la sesión de entrenamiento. Me quedé allí tumbado boca arriba escuchando el ruido que hacían los demás hombres y chicos al marcharse del patio: risas groseras, entrechocar de metales, una o dos maldiciones, y por fin el bendito silencio. Seguí tendido, contemplando el cielo azul del verano, y de pronto oí una voz.

—No eres tan malo, ¿sabes? —dijo la voz—. Aún te falta fuerza, es verdad. Pero eres rápido, muy rápido, creo. El problema es que no mueves los pies. Estás plantado como un leñador que intenta abatir un árbol. Tu enemigo no es un árbol. Es un hombre que vive, respira, se mueve, lucha. Y si sabe cómo mover los pies, te matará.

Era una buena voz, tranquila y suave, de un tono bajo profundo pero armonioso. Volví la cabeza y vi a sir Richard at Lea de pie a mi lado, tapándome la luz del sol. Me tendió la mano, y yo la cogí y me incorporé.

Sir Richard se había recuperado bien de sus heridas. Yo le había visto ejercitarse junto a algunos de los mesnaderos; incluso le vi probar suerte con el estafermo, y por supuesto dio una magnífica lanzada en el centro mismo del escudo y salió al trote sin el menor percance. En realidad se limitaba a pasar el rato, mientras esperaba que sir Ralph Murdac reuniera el dinero del rescate. Pero parecía haber cierto retraso, no sé por qué razón. Podía haber escapado en cualquier momento que eligiera; llevaba espada, se le había adjudicado un caballo, y estaba casi recuperado del todo. Pero era un gentilhomme, un caballero, y había dado su palabra a Robin.

—Observa mis pies —dijo. Y después de desenvainar su espada, dio unos cuantos pasos elegantes, moviéndose con ligereza sobre las puntas de los pies, atrás y adelante, sobre el patio de ejercicios. Parecía sencillo; medios pasos atrás y adelante, a un lado y a otro, una rápida zancada antes de tirarse a fondo. Luego trazó un círculo en el polvo, más o menos de un metro de diámetro, y me dio su espada.

—No saldré de este círculo —dijo—. Intenta golpearme.

—Pero puedo haceros daño —dije. El se limitó a reír.

Se quedó desarmado en el interior del círculo de polvo, e intenté alcanzarlo con una serie de golpes desganados con su espada. Con agilidad, sin esfuerzo aparente, se mantuvo apartado de la trayectoria del arma.

—Vamos, inténtalo con más ganas —dijo.

Ataqué de nuevo, ahora con más rapidez. Una vez más, se movió con destreza y bailoteó para esquivar los golpes. Me moví tan rápido como pude, y dirigí una estocada a su corazón. Se limitó a hurtar el cuerpo para evitar el golpe. Imaginé cómo iba a terminar aquello, y me enfadé: yo, el chico torpe, tiraría una estocada más, y él soltaría una risotada viril al tiempo de esquivar la punta de mi espada. Fue tal la humillación que sentí, que di un tajo fuerte y repentino en dirección a su cabeza; apenas le dio tiempo a agacharse. Entonces sujeté la espada con las dos manos y, con un estallido auténtico de rabia en las tripas, di un mandoble tan duro y rápido como pude a la altura del centro de su cuerpo. De haberle golpeado en la cintura, poco menos que lo habría partido en dos. El se adelantó a la velocidad del rayo hacia el borde del círculo, agarró con la mano izquierda las dos mías que sujetaban la empuñadura, bloqueando a medias mi golpe, puso el pie derecho junto al lado exterior del mío y la mano derecha bajo mi hombro izquierdo... Y de nuevo me encontré tumbado en el polvo.

—Eres rápido —dijo Richard—, y también furioso. Eso es bueno. Un hombre necesita la furia en un combate. —Me ayudó de nuevo a levantarme—. Ahora es tu turno —me dijo, y señaló el círculo trazado en el polvo.

Así fue cómo sir Richard at Lea, el famoso y noble caballero, me enseñó a mover los pies. Durante el resto de la mañana, y después todas las mañanas al terminar los ejercicios de combate de Thangbrand durante las dos semanas siguientes, entré en el círculo trazado en el polvo mientras sir Richard lanzaba estocadas, reveses y golpes de arriba abajo que yo tenía que esquivar. Al principio atacaba despacio, para que yo asimilara en mi cabeza los movimientos básicos del juego de pies, hasta convertirlos en una segunda naturaleza. Luego se movía más deprisa, e intentaba sorprenderme con movimientos imprevistos. Pasado un mes, me dejó utilizar mi espada para defenderme y empezó a enseñarme las maniobras básicas de bloqueo, y pasado un tiempo movimientos más complejos; pero insistía una y otra vez, hasta que me sentía mareado de escucharle, en que lo importante eran mis pies.

Mientras sir Richard y yo practicábamos en nuestro círculo de tierra, con frecuencia teníamos mirones. Bernard, que venía a recoger su almuerzo diario a la granja, se recostaba en la pared de la fachada y sonreía cuando mi espada encontraba el vacío en una estocada dirigida contra sir Richard, o cuando rodaba por el suelo. Casi todos los días la pequeña y rubia Godifa se plantaba con cara solemne en el extremo del patio de ejercicios y nos observaba mientras yo sudaba, saltaba, gruñía y

me tiraba a fondo en el círculo. Nunca dijo una palabra, y siempre se había ido cuando terminábamos la sesión a mediodía, y sir Richard y yo entrábamos juntos a beber una pinta de cerveza en la despensa.

Aquella bebida después del entrenamiento me gustaba tanto como el propio ejercicio con la espada. Sir Richard hablaba poco al principio, aunque su actitud era claramente amistosa. Pero poco a poco empecé a saber algunas cosas sobre él. Descubrí que era más que un caballero corriente. Era un miembro de la orden de monjes soldados de Cristo y del Templo de Salomón: uno de los famosos caballeros templarios, las fuerzas de élite de la cristiandad, entrenados durante muchos años en el manejo de toda clase de armas hasta convertirse en perfectas máquinas de matar para mayor gloria de Dios. Poco a poco empecé a darme cuenta de que quien me estaba enseñando a manejar la espada era uno de los mejores guerreros del mundo. El año anterior, me dijo sir Richard, fue uno de los pocos caballeros templarios que escaparon de la matanza de Hattin, cuando el infiel Saladino había aplastado al ejército cruzado y ejecutado a cientos de caballeros cristianos que cayeron prisioneros. Más tarde, el mismo año, Saladino había tomado Jerusalén y el Papa llamó a una nueva peregrinación para liberar la Ciudad Santa de las hordas del Islam. Sir Richard fue enviado de vuelta a su país para predicar la guerra santa a los ingleses y ayudar al rey Enrique a reclutar fuerzas para las grandes batallas que les aguardaban en Ultramar.

Había cabalgado en compañía de los hombres de Murdac aquella mañana de primavera por capricho, porque sintió la necesidad de un poco de ejercicio y de diversión; estaba convencido de que participaba en una expedición de castigo a una chusma de proscritos, y lo último que esperaba era verse herido de gravedad y prisionero a la espera del pago de un rescate.

—Pero Dios siempre tiene un plan, Alan —me dijo cuando le pregunté si maldecía su destino. Recordé entonces que, como todos los templarios, era un monje además de un guerrero.

Se acercaba el otoño y, con la ayuda de sir Richard, me hice un esgrimista hábil. También progresaba en el terreno de la música, con Bernard; y estimulado por él había empezado a componer mis propias canciones. Eran tonadillas fútiles, pero Bernard era amable y, aunque en ocasiones podía ser muy sarcástico, jamás hizo el menor comentario negativo en relación con mis intentos de componer. De modo que compuse canciones de amor en las que describía imaginariamente a la bella dama de Robin, Marian, y pretendía ser su amante.

Al principio me resultó muy difícil tocar la viola. Bernard empezó por enseñarme algunas de las canciones más sencillas que había escrito. Pero incluso en una *cansó* fácil, la posición de los dedos en las cuerdas tenía que ser precisa, y había que ejecutar con rapidez los cambios. Un día Bernard perdió la paciencia y me gritó:

—En ese círculo de barro de allá, con una espada pesada y un escudo en las manos, parece que mueves los pies con bastante elegancia para ser un mocoso que juega a los caballeros... Todo lo que te pido es que muevas los dedos la mitad de bien para tocar mi música.

En un relámpago de inspiración, me di cuenta de que estaba celoso de sir Richard y del tiempo que pasábamos juntos. Me sentí conmovido. Aquello hizo que me diera cuenta, quizá por primera vez, de que contaba con auténticos amigos en aquel desierto.

Una semana más tarde, Robin regresó a la granja de Thangbrand.

Capítulo VI

El señor de Sherwood llegó a la casa de Thangbrand poco después del amanecer de un día claro de septiembre. Iba acompañado por media docena de arqueros hoscos, encabezados por su capitán Owain, y con una reata de treinta mulos que no llevaban ninguna carga. Toda la comunidad salió a darle la bienvenida, y él y su hermano Hugh se abrazaron como si llevaran cinco años, en lugar de cinco meses, sin verse. Me sentí tímido ante Robin; los pocos días que habíamos pasado juntos parecían muy remotos, y me preguntaba si habría cambiado, e incluso si se acordaría del chico imberbe junto al que cantó y luchó, y al que dejó atrás en primavera. De modo que me quedé al margen de los proscritos que se amontonaban para hacer fiestas a su amo de vuelta como perros impacientes alrededor del cazador.

Me vio a través de la multitud, y se abrió paso para saludarme.

—Alan —dijo—, he echado de menos tu música.

Sentí una oleada de cariño hacia aquel hombre. De inmediato le perdoné que me hubiera dejado en la granja de Thangbrand, y en cambio sentí la necesidad casi irresistible de balbucear que también le había echado mucho de menos. Por fortuna, conseguí controlarme.

—¿Cómo te portas? —me dijo, y colocando ambas manos en mis hombros escudriñó en mi interior con sus ojos plateados—. Espero que Bernard no te haya hecho desviarte de tus estudios ni te haya arrastrado a la bebida y a las mujeres fáciles.

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Bernard es... —empecé a decir—. Bernard es..., bueno, es un gran músico —contesté como un tonto, y él se echó a reír.

—Bueno, tendrá que parar de enseñarte música durante uno o dos días. Voy a necesitar tu famosa ligereza de dedos. Ve a por una capa que abrigue mucho y una capucha honda, y ensilla un caballo. Nos vamos a una taberna de Nottingham, tú y yo solos. Partiremos de aquí a una hora.

Y enseguida se volvió a hablar con Thangbrand.

La noticia, con mi mentalidad aún infantil, me produjo una tremenda alegría, y también un poco de miedo. La última vez que estuve en Nottingham me habían arrestado por ladrón, y estuve a punto de perder la mano. Además, una taberna parecía un destino extraño, porque teníamos grandes cantidades de cerveza, y

también de vino, en la despensa de Thangbrand. Pero la idea de viajar a solas con Robin me hizo sentirme especial. Un privilegiado. Mi señor me había elegido como compañero de viaje y marchábamos juntos a una aventura. Recogí la capa y la capucha, me ceñí la espada y ensillé un poni castaño, el animal que Hugh me había enseñado a montar. Era una criatura plácida que no valía gran cosa en términos de dinero, pero era fuerte y podía correr todo el día y toda la noche, si era necesario. Y como me conocía, no había peligro de que me tirara al suelo y me cubriera de vergüenza delante de Robin.

Pasada una hora estábamos ya en camino, a un trotecillo cómodo y sin ninguna prisa aparente, y Robin me explicó lo que pretendía de mí. Parecía bastante sencillo, y le escuché aliviado: todo se reducía a cortar una bolsa, un trabajo fácil que había hecho cientos de veces antes.

—Iremos a La Peregrinación a Jerusalén, la nueva taberna que está justo debajo del castillo de Nottingham. ¿La conoces? —dijo Robin mientras trotábamos bajo el sol de septiembre. La conocía: era un lugar animado, con buena cerveza, excavado en la gran roca caliza sobre la que se alzaba el castillo, y muy frecuentado tanto por peregrinos en camino hacia Tierra Santa como por los hombres de armas de sir Ralph Murdac libres de servicio. Siempre que iba a Nottingham procuraba evitar ese lugar, no porque no resultara acogedor, sino por la cantidad de soldados que lo frecuentaban. Pero lo conocía, de todos modos.

—Hay un hombre que va allí a beber todas las noches —continuó Robin—. Se llama David. Un idiota. Y siempre lleva una llave en la bolsa que cuelga de su cinturón. Quiero que robes esa bolsa, esa llave, sin que se dé cuenta. ¿Puedes hacerlo?

—Tan fácil como santiguarme —dije—. Eso es sencillo, pero lo difícil será escapar después. Seguro que echará de menos la bolsa antes o después; si tenemos la suerte en contra, puede que sólo unos momentos después de que se la haya quitado. Entonces empezará a alborotar y gritar, y nosotros nos veremos atrapados en las calles de Nottingham después del toque de queda, dos ladrones sin un refugio en el que escondernos y con toda la población en contra nuestra. Nos atraparán, señor. Sin la menor duda.

—No lo harán. Confía en mí. No pararemos mucho tiempo en Nottingham; estaremos fuera de las puertas y en camino antes de que tu víctima se dé cuenta de que le falta la bolsa.

—Pero las puertas se cierran al ponerse el sol, y no se permite pasar a nadie hasta el amanecer del día siguiente, por orden del sheriff.

—Confía en mí, Alan. Tengo una llave de otra clase, de oro, que abre cualquier puerta guardada por un hombre pobre. Pero ahora hemos de darnos prisa. Tenemos que estar en La Peregrinación una hora después del anochecer.

Picamos espuelas a nuestras monturas y levantamos polvo durante muchas millas, hasta que ya avanzada la tarde, con los caballos cubiertos de espuma y las capuchas bien caladas, cruzamos las puertas abiertas de la ciudad de Nottingham y entramos en las calles concurridas en la que habían transcurrido los años de ratero de mi niñez.

Amarramos nuestros caballos delante de La Peregrinación a Jerusalén y después de pedir sendas jarras de cerveza tomamos asiento junto a una tosca mesa, en un rincón de la sala en penumbra. Recosté la espalda dolorida —no estaba acostumbrado a cabalgadas tan largas— en la fría piedra caliza del muro y bebí un sorbo de cerveza mientras miraba a mi alrededor.

La sala estaba llena a medias de bebedores; los parroquianos serían tal vez una docena, sentados junto a mesas pequeñas, o bien en bancos adosados al muro. Una gran mesa comunal ocupaba el centro, y en ella una moza de carnes abundantes, con antebrazos más rollizos que mis propias piernas, servía algunos platos sencillos: sopa, pan o queso. Un hombre alto, flaco y oscuro estaba de pie y bebía a pequeños sorbos una jarra de cerveza recostado en el muro junto a la chimenea. Tenía un aspecto un tanto extraño: siniestro, incluso. Vi que observaba a Robin, paseaba luego la mirada por la sala y volvía a clavar los ojos en Robin. Parecía interesarse por nosotros de un modo innatural. Me pregunté si sería un espía o un informador del sheriff, y un escalofrío de temor recorrió mi cuerpo. Seguimos sentados en silencio en nuestro rincón, bebiendo, cruzando breves palabras y pensando en nuestros asuntos. Encogí los hombros y me bajé un poco más la capucha para taparme la cara. Cuando volví a levantar la vista, el hombre oscuro todavía nos observaba. Su mirada se cruzó con la de Robin y entonces señaló, con una inclinación muy ligera de la cabeza, a un hombre muy gordo sentado a la mesa comunal y que daba cabezadas, medio adormilado por la bebida. Robin hizo una seña afirmativa casi imperceptible al hombre oscuro, y una oleada de alivio aflojó el nudo que se me había formado en la boca del estómago. El hombre oscuro apuró su jarra de cerveza, la dejó sobre una mesa próxima y salió por la puerta.

Robin acercó su cabeza a la mía y me preguntó en voz muy baja:

—¿Ves a nuestro objetivo?

Yo asentí.

—Tú tienes el mando, en esta situación —dijo en una voz poco más alta que un susurro—. Es tu trabajo. ¿Cómo quieres hacerlo?

Me volví a mirarlo con un asombro infinito. Mis mejillas enrojecieron de orgullo. Robin Hood, el rey de los proscritos, me pedía mi opinión para la comisión de un delito. Ordené a toda prisa mis pensamientos:

—Distracción —contesté—. Tenemos que crear alguna distracción para que pueda robar la bolsa.

—Muy bien —asintió Robin—. ¿Qué sugieres?

De nuevo me sentí sorprendido y halagado por su confianza en mis opiniones. Era una sensación nueva, la de asumir la iniciativa en presencia de mi señor, y descubrir que resultaba agradable. Al reflexionar más tarde sobre el tema, me doy cuenta de que Robin sabía muy bien cómo se roba una bolsa: después de todo había vivido, e incluso medrado, al margen de la ley desde hacía muchos años. Tan sólo me estaba poniendo a prueba. Pero en aquel momento me mentó, el hecho de que tuviera en cuenta mi opinión me infundió muchos ánimos.

—Me sentaré junto a él, del lado izquierdo, donde está la bolsa —dije—. Tú te sientas enfrente, al otro lado de la mesa. Te quitas la capa y la dejas sobre la mesa, a un lado. Simula estar borracho. Pedimos de comer y beber, y estamos un rato sentados; volvemos a pedir, y cuando llega a la mesa la nueva jarra repleta de cerveza, con un gesto torpe de borracho la derramas sobre el objetivo. Entonces voceas a gritos cuánto lo sientes, maldices tu torpeza, pasas al otro lado de la mesa y empiezas a secarlo con tu capa. Hazlo con mucho vigor, y repite muchas veces a voz alta lo mucho que sientes haber mojado a un caballero tan fino. El te dirá que le quites las manos de encima pero has de insistir en que tiene que estar bien seco y que quieres secarlo tú como compensación. Haz el papel de bobo borracho hasta el final, pero asegúrate de que su costado izquierdo queda bien oculto por tu capa, mientras le secas la ropa. Es muy importante.

—Comprendo —dijo Robin en tono grave—. Mientras la capa tapa el costado izquierdo, tú cortas la bolsa.

—Sí, aprovechando la confusión, porque esperemos que se ponga furioso por tu manoseo y arme un escándalo y tú puedes alzar la voz y enfadarte también. Yo salgo de la taberna y te espero en el callejón con los caballos. Sígueme tan pronto como te sea posible. Luego salimos al galope.

—Un buen plan, Alan —me felicitó Robin—. Un plan muy bueno. ¿Estás listo?

Asentí. Robin se puso en pie, se dirigió a la mesa comunal tambaleándose un poco y gritó al chico que servía que le trajera más cerveza.

—Deprisa, ¿me has oído? ¡Y algo de pan y queso que no esté demasiado mohoso, perro!

Yo fui tras él como un criado avergonzado por la borrachera de su amo, y tomé asiento al lado del objetivo.



—Esto —dijo Robin intentando reprimir una carcajada, sin conseguirlo— ha sido lo más divertido que me ha pasado desde hace mucho tiempo.

Trotábamos por el camino que se dirige al norte desde Nottingham, después de que Robin sobornara al guardián de la puerta con tanta generosidad que nos abrió a

pesar del toque de queda. Yo también me retorció de tanto reír, y apenas conseguía sostenerme sobre los lomos de mi rocín. Robin tenía un talento natural para representar, y el papel del patán borracho hasta extremos indecentes le había hecho disfrutar a fondo. Rugió para pedir más cerveza, la derramó, se disculpó con la víctima, se empeñó en secarla y se maldijo a sí mismo con el mayor entusiasmo. Su forma de dejar colgar los pliegues de la capa había sido perfecta, y yo metí debajo mis manos con el pequeño cuchillo mientras él restregaba la cara del pobre gordinflón con el otro extremo de la prenda, tapándole los ojos mientras yo deslizaba la bolsa en mi túnica, salía rápidamente por la puerta del establecimiento y me perdía en la noche. El se reunió conmigo tan sólo unos instantes después, gritando aún hacia el interior algo acerca de un error sin intención, cualquiera puede volcar una jarra de cerveza, ciertas personas no deberían creerse que son demasiado buenas para mezclarse con gente honrada.

Intentamos cabalgar al lado el uno del otro, pero cada vez que mi mirada se cruzaba con la de Robin, lo dos empezábamos a reír por lo bajo, y luego más y más alto, hasta que de nuevo soltábamos la carcajada. Por fin, con lágrimas de risa corriéndonos por las mejillas, conseguimos poner nuestras monturas a un trote largo por el camino iluminado tan sólo por la luz de las estrellas y un gajo de luna, y pusimos varias millas por medio entre Nottingham y nosotros.

El alba nos encontró subiendo la ladera de una colina en dirección a una robusta torre cuadrada, aproximadamente a mitad del camino entre Nottingham y la granja de Thangbrand. No tenía idea de adónde íbamos, y durante la última hora el cansancio había gravitado pesadamente sobre mis hombros. En cambio, un día y una noche sobre la silla de montar no parecían tener el menor efecto en Robin. Su espalda se mantenía erguida, y cabalgaba con una gracia elegante que yo intentaba sin éxito imitar. En la cima de la colina, con un sol brillante y alegre que iluminaba el extenso panorama hacia el este, nos adentramos en un bosquecillo y me quedé boquiabierto por la sorpresa. Allí nos estaba esperando Owain el arquero, con seis de sus hombres y la reata de mulos de carga.

La llave de la bolsa, según pude comprobar, abrí una puerta de hierro de la torre, y una vez superado aquel obstáculo, Owain y Robin entraron en el interior con antorchas encendidas. Entonces comprendí por qué nuestra excursión a Nottingham había ocupado un lugar tan importante en los planes de Robin.

Para cualquier arquero, aquel era un almacén lleno de riquezas. Porque aunque no guardaba oro, plata ni joyas, contenía montones y montones de arcos de primera calidad, con flechas nuevas dispuestas en gavillas de treinta unidades en torno a dos discos de cuero que impedían que las plumas de oca se aplastaran unas contra otras. También había varas de tejo para arcos en gruesos haces, y espadas, escudos, lanzas, e incluso algunas viejas cotas de malla extendidas en unas perchas en forma de «T».

—No hemos traído suficientes mulos —dijo Owain.

—¿Qué es este lugar? —pregunté a Robin, después de recorrer con la vista aquella abundancia de armamento, suficiente para equipar a un pequeño ejército.

—Es uno de los arsenales de nuestro rey Enrique. Está almacenando armas con destino a una gran peregrinación para liberar Tierra Santa de las manos del infiel. Nuestro buen amigo David, que a estas horas me imagino que habrá descubierto ya que ha perdido su llave, es el armero del rey, y el responsable de acumular armamento en el norte para la gran expedición. El rey no confía en sir Ralph Murdac en lo referente a esas armas, porque de otro modo las habría guardado en el castillo de Nottingham. De modo que David, un hombre leal al rey, aunque un poco demasiado aficionado a la bebida, es quien se encarga de ellas.

—Se encargaba —precisé.

—Será mejor que nos demos prisa, señor —intervino Owain—. El armero ya debe de haber dado la alarma a estas horas.

Y eso fue lo que hicimos. Una hora más tarde, con los treinta mulos tambaleantes bajo su monstruosa carga estábamos de nuevo en marcha hacia la granja de Thangbrand por el camino del norte. El arsenal había quedado vacío sólo a medias. Robin dejó la puerta abierta y colgó cuidadosamente la llave de un clavo en la pared. Con un pedazo de tiza escribió las palabras «Gracias, señor» en la piedra gris de debajo.



Robin estaba de un humor excelente mientras trotábamos a lo largo de una senda estrecha entre los árboles, pero de pronto se detuvo y alzó una mano. Todos paramos, y los arqueros tomaron de las riendas a los mulos para tenerlos quietos y en silencio. Hubo un ruido de cascos en el camino, y apareció en un recodo la gorra de color amarillo brillante y la poderosa silueta de Little John que se acercaba a buen paso. Iba montado en un caballo cubierto de sudor, y acompañado por dos hombres de armas a los que había visto en la casa de Thangbrand, pero que no conocía bien.

Robin esperó impávido en silencio mientras John refrenaba a su caballo sudoroso con un tirón salvaje y los dos se miraban mientras el caballo resoplaba al pálido sol de finales de verano.

—Son los Peverils —anunció John, después de recuperar el aliento—. Están atacando otra vez nuestras aldeas.

—¿Dónde están, y cuántos son? —preguntó Robin.

—Han arrasado Thorning Cross; saquearon la iglesia, y mataron a unos cuantos. Ahora se dirigen al norte, hacia sus guaridas de Hope Valley. Son unos veinte bastardos.

—Geraint, Simón, llevad esta reata a Thangbrand. —Robin se dirigió a los dos hombres que acompañaban a John. Me asombró que conociera sus nombres, y en cambio yo no—. Tú irás con ellos, Alan.

—Preferiría acompañaros a vos, señor.

—Haz lo que te he dicho —gritó Robin. Nuestras risas compartidas, la camaradería de nuestra aventura de cortabolsas en Nottingham, habían desaparecido. Robin había asumido su actitud de combate: ceñudo, decidido, un capitán que no admite que se le cuestione.

—John, ve delante. Owain, tú y tus hombres conmigo.

Así, desapareció al galope por el camino, detrás de Little John y seguido por Owain y sus seis arqueros. Los dos hombres de armas me miraron en silencio.

—Escuchad, llevad vosotros la reata a Thangbrand —dije—. Yo tengo otro asunto que resolver.

Luego, piqué espuelas detrás de mi desaparecido señor.

Sabía quiénes eran los Peverils: un antiguo y prolífico clan de bandoleros a pequeña escala que operaba en el norte de Inglaterra, casi siempre fuera del área controlada por Robin. La familia presumía de descender de Guillermo el Bastardo, aunque por la rama equivocada del árbol genealógico. Algunos miembros de la familia habían sido en tiempos señores de una fortaleza inexpugnable en Castleton pero, debido a su dudoso comportamiento, fueron desposeídos de ella por el rey Enrique haría unos treinta años. Desde entonces vivían del robo, el asesinato y el secuestro de personas para obtener rescate. De hecho, si se ha de decir la verdad, no eran muy distintos de la banda de Robin. En la granja de Thangbrand se había hablado alguna vez de ellos: los Peverils tenían fama de ser crueles Pero cobardes, y hasta ahora habían respetado los lugares sometidos a la autoridad de Robin.

Alcancé a Robin y sus hombres al cabo de media mili más o menos, y me limité a seguirles manteniendo la distancia mientras cruzaban la región a galope tendido. Noté como Robin miraba hacia atrás y advertía mi presencia Frunció la frente, pero no aflojó el ritmo. Seguí a la cola de la columna de hombres y caballos lanzados a la carrera y tragué polvo durante más o menos quince millas, un veces por senderos polvorientos que cruzaban el bosque otras atravesando prados y sembrados, hasta que subimos a lo alto de una suave loma que dominaba una pequen aldea apiñada en el vado de un escuálido río. Una espesa columna de humo se alzaba de aquel lugar, y pude ver que por lo menos dos casas estaban en llamas. El poblado había sido destruido por completo: casas quemadas, vacas, ovejas robadas, hombres muertos y mujeres y niños viola dos. Incluso la antigua cruz que daba su nombre a la aldea había sido derribada. Mientras bajábamos al trote la ladera hacia el pueblo, oí llorar a una mujer, y poco después la vi. Estaba arrodillada en el suelo delante de una choza humeante, tenía en brazos el cuerpo ensangrentado de un niño pequeño, de seis años

tal vez, y lo mecía y gemía para sí misma, un lamento sin palabras, agudo, desconsolado. La cabeza del niño caía hacia un lado y otro con cada movimiento del cuerpo de ella. Acercamos nuestro caballos, y Robin desmontó y se arrodilló junto a la mujer. Colocó una mano sobre su hombro y ella se sobresaltó de pronto, pero dejó de gemir de aquella manera horrible. Sus ojos hinchados y enrojecidos miraron a Robin, cargados de dolor.

Al mirar a mi alrededor, vi signos de una maldad que apenas podía imaginar: los cadáveres rotos, despedazados de una docena de campesinos estaban esparcidos por la calle embarrada. Unos metros más allá yacía el cuerpo de un sacerdote, con un brazo extendido. Me di cuenta de que le faltaban varios dedos, cortados sin duda por los anillos que llevaban. Una muchacha, con la garganta rebanada y abierta como una boca más, estaba tumbada de lado sobre el montón de piedras que servían de base a la antigua cruz de piedra situada en el centro de la aldea. Le habían subido las faldas hasta la cintura, y el regazo era una enorme mancha de sangre coagulada. Vi que alguien había marcado a cuchillo las nalgas blancas y aparté la vista a toda prisa.

—Al parecer están todos muertos menos ella —dijo Owain, señalando a la mujer en duelo. El y varios de sus hombres habían recorrido a caballo todo el pueblo en busca de heridos supervivientes. La mujer abrazada a su hijo muerto miró a Owain a caballo y luego a Robin arrodillado junto a ella. El le ofreció su frasca de vino. Ella bebió un pequeño sorbo, tragó con esfuerzo y empezó a sollozar en silencio, con los ojos cerrados y la barbilla hundida en el cuello.

—¿En qué dirección se fueron? —quiso saber Robin. Ella siguió llorando, sin hacer caso de sus palabras—. ¿En qué dirección? —preguntó de nuevo. Ella le miró aturdida y señaló el camino que salía del pueblo hacia el norte con un dedo manchado de sangre.

—Volveremos más tarde a ayudar —dijo Robin—, pero ahora tenemos que atrapar a los hombres que han hecho esto, para hacérselo pagar.

—Nosotros te pagamos —dijo la mujer en voz baja. Robin se encogió un poco, pero ella no bajó la mirada—. Tenías que protegernos —siguió diciendo la mujer—. Tus hombres dijeron que, si pagábamos, tú nos protegerías de...

La mujer hizo un amplio gesto con el brazo para mostrar la carnicería de la calle embarrada. Robin se puso en pie.

—Os he fallado —admitió Robin. La mujer lo observaba—. Pero les atraparemos, y juro que haré que lamente haber hecho esto.

Ella asintió.

—Cógelos —dijo, con voz áspera—, y mátalos. Mátalos a todos.

Robin asintió y dejó la frasca de vino en manos de ella. Montamos, y Robin ordenó a uno de los arqueros que fuera delante como explorador. Luego me miró sin expresión.

—Te dije que fueras a casa de Thangbrand —dijo, pero sin mucho calor. Yo me encogí de hombros.

—No vuelvas a desobedecerme nunca —advirtió, y sus ojos relampaguearon como un cuchillo esgrimido en la noche. Yo dije que sí, demasiado desalentado para sentí me realmente asustado, y cabalgamos por el camino que salía del pueblo devastado en dirección norte.

Aquella noche acampamos, con mucho frío y sin fuego, en un bosque de hayas en las montañas. Matthew, el arquero explorador, había vuelto para informar a Robin. Los Peverils estaban a una distancia de menos de media milla, dándose un festín de carnero robado asado alrededor de una gran hoguera, en una hondonada situada debajo más al norte de nuestro hayedo. No se habían molestado en poner centinelas, dijo Matthew, y cantaban alrededor del fuego mientras se bebían los barriles de cerveza procedentes del saqueo. También llevaban con ellos a una mujer capturada, y la violaban por turno.

El aire de la noche era frío, pero Robin nos prohibió hacer fuego. Tendríamos que bajar al campamento de los Peverils dejando atrás los caballos, y atacarlos a pie justo después de amanecer. Eran veinticuatro hombres. Nosotros éramos nueve. Pero estarían borrachos y adormilados, y no se enterarían de nuestra presencia hasta el momento del ataque. Nosotros estaríamos fríos y furiosos —los hombres se habían indignado al ver la fechoría de Thornings Cross—, y lo que es más importante, capitaneados por Robin. Todos los enemigos morirían, era cosa segura.

Estaba a punto de dormirme, envuelto en mi capa y mi capucha, recostado entre dos raíces con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, cuando Robin se me acercó.

—Por la mañana, ten cuidado de que no te maten —me dijo en voz baja—. Quédate atrás cuando atacemos, esos hombres son muy peligrosos. —Yo sacudí la cabeza—. No vuelvas a desobedecerme —dijo Robin, en un tono de voz helado.

—Puedo luchar —dije—. He aprendido uno o dos trucos en la casa de Thangbrand.

Deseaba con todas mis fuerzas hacerles pagar por lo que habían hecho en Thornings Cross.

—Ni de lejos has aprendido aún lo suficiente —dijo Robin—. Quiero que te quedes atrás, y entres sólo cuando la lucha esté casi acabada. E incluso entonces, ten cuidado.

Guardé silencio, y me sentí extrañamente resentido y terco.

—Mira —dijo, y bajó la voz de modo que nadie más pudiera oírle—, para mí eres más valioso que un arquero ordinario. En serio. Bernard dice que tienes auténtico talento. No quiero que mueras en una escaramuza sin importancia, te necesito vivo.

Yo aún estaba enfadado. ¿Acaso pensaba que tenía miedo? ¿Olvidaba que ya

había matado a un hombre en una batalla?

—Eres igual que tu padre —dijo Robin—. Era un cabezota, y no le gustaba que le dieran órdenes.

—¿Me dirás todo lo que sabes de él? —le pregunté, para cambiar de tema—. Nunca me habló de su vida antes de instalarse en el condado de Nottingham, conocer a mi madre y casarse con ella.

—¿De verdad? Qué extraño, que yo sepa más de un hombre que su propio hijo —dijo, y se sentó a mi lado, con la espalda recostada en el árbol—. Bueno, era un buen hombre, creo, y fue amable conmigo, y realmente era un estupendo cantor. Pero eso ya lo sabes. Llegó a la corte de mi padre en Edwinstowe cuando yo era un niño de nueve o diez años tan sólo. El era un *trouvere*...

Me senté más erguido, a medida que mi interés iba creciendo.

—Como llegó a Edwinstowe en pleno invierno —continuó Robin—, mi padre le invitó a pasar las Navidades con nosotros. Teníamos pocas distracciones en aquel distrito, y su música hizo que el castillo pareciera más cálido y brillante durante los días cortos y fríos y las noches largas y heladas de aquella estación.

—¿De dónde venía? —pregunté. Me resultaba difícil imaginar a mi andrajoso padre, el campesino que araba los campos, como un *trouvere* vestido de seda e invitado a pasar las Navidades en el castillo de un gran señor.

—Venía de Francia. Su padre era conocido como el Seigneur d'Alle, un terrateniente modesto, y Henri d'Alle, al ser el segundo hijo, fue destinado a la Iglesia. Por lo que recuerdo, entró a formar parte del coro de la gran catedral que estaban empezando a construir en honor de Nuestra Señora, en París. Pero sucedió algo. Nunca me habló de ello, pero creo que fue acusado en falso por el obispo Heribert, casualmente un primo de nuestro sir Ralph Murdac, y un hombre poderoso en la jerarquía de la Iglesia. Heribert era, según me han contado, un clérigo enteramente corrupto, pero en aquella época era el responsable absoluto de la música de la catedral de Notre Dame. Corrió el rumor de que habían robado unas bandejas y candelabros de oro, y se acusó a tu padre. Le dijeron que, si admitía haber robado el oro, lo perdonarían y, después de cumplir una penitencia, le permitirían seguir al servicio de la Iglesia. Se negó en redondo. Estoy seguro de que era inocente, dicho sea de paso, y por eso tal vez hizo bien al negarse a admitir su culpabilidad. Era un hombre testarudo, y como lo negó todo, fue obligado a abandonar la Iglesia y Francia, y hubo de encaminarse a Inglaterra como *trouvere*, para entretener con su música a la nobleza. Nunca perdonó a la Iglesia que lo expulsara; a veces echaba pestes de los curas de forma abierta, sin bajar la voz.

Robin hizo una pausa, como si ordenara sus recuerdos, y luego continuó:

—En Edwinstowe, yo tenía como tutor a un sacerdote enviado por el arzobispo de York. Era un hombre brutal, que se dedicaba a pegarme a menudo. Ahora está

muerto, claro, pero cuando yo era chico llegó a ser una pesadilla para mí. Tu padre habló con él. No sé lo que le dijo a aquel hombre, pero durante aquellas Navidades, mientras tu padre estuvo con nosotros, no hubo palizas. Y yo le estoy agradecido. Me siento en deuda con él, por aquel breve respiro. —Guardó silencio durante un rato. Luego añadió—: Así que ya lo ves. Siento que te debo algo por la ayuda que me prestó tu padre aquellas Navidades, y por supuesto por el placer que me hizo sentir con su música. De modo que por eso te pido que me prometas que tendrás cuidado mañana, que te quedarás atrás.

—Pero yo quiero vengar lo que hicieron los Peverils en esa aldea —dije, con la esperanza de agradarle hablando de venganza. Suspiró.

—Merecen morir, y merecen sufrir. Pero si he de ser honesto, lo que vamos a hacer mañana también lo haga en interés propio. Durante años los Peverils nos han respetado a mí y a mis dominios. Todos me llaman el Señor de Sherwood. Ahora ellos han roto el pacto y me han faltado al respeto, y estoy obligado a darles una lección, a ellos y a otros como ellos, porque quiero que cuando yo extiendo mi mano para proteger un pueblo, a una familia, a un hombre, queden protegidos. Mi seguridad, y mi libertad, y todo mi futuro dependen de eso. Si la gente no me teme, ¿por qué no habría de informar al sheriff de mi paradero? ¿Por qué habrían de pagarme para que les proteja, pagarme para que administre justicia, si creen que no les doy nada a cambio?

—¿No es una sencilla cuestión sobre lo que está bien y lo que está mal? —dije—. Son mala gente y deben ser castigados.

—Así es. Pero el bien y el mal casi nunca son cosas sencillas. El mundo está lleno de mala gente. Algunas personas dirán incluso que lo que yo hago está mal. Pero si me dedicara a recorrer la tierra castigando a todos los hombres malos que encontrara, nunca podría descansar. Y aunque me pase la vida entera castigando las fechorías, no aumentaré en lo más mínimo la cantidad de felicidad que es posible encontrar en este mundo. El mundo posee una reserva inagotable de maldad. Todo lo que puedo hacer es proporcionar amparo a quienes lo soliciten, a los que amo y a los que me sirven. Para poder protegerme a mí mismo y a mis amigos, la gente ha de temerme; y para que me teman, he de matar a los Peverils mañana. Y tú, mi joven amigo, tienes que quedarte atrás.

Pude ver sus dientes en la sonrisa que me dirigió en la oscuridad, cuando se puso en pie. Y yo le sonreí a mi vez. Cuando se alejó, me arrebujé en mi capa e intenté dormir, pero sus palabras daban vueltas sin parar en mi cabeza. ¿De verdad había en el mundo reservas inagotables de maldad? Sí, todos éramos pecadores, eso era cierto. Pero ¿y la promesa de Cristo de darnos su perdón y una vida eterna?



Atacamos a la mañana siguiente, con la luz gris que precede inmediatamente al alba. No fue tanto una batalla como una carnicería. Los hombres de Robin se acercaron a pie sin hacer ruido, tomaron posiciones resguardados en los árboles a menos de treinta pasos, y lanzaron flecha tras flecha contra los bultos de los durmientes diseminados por el suelo cerca de los restos de la hoguera. Los gritos de las primeras víctimas despertaron a varios Peverils, pero fueron pocos los que, en su estado de borrachera y de modorra, consiguieron llegar a ponerse en pie, y quienes lo hicieron fueron muy pronto derribados de nuevo por una lluvia interminable de flechas. Luego cargamos, y los supervivientes fueron abatidos por John, Robin y los seis arqueros que irrumpieron en el campamento enarbolando hachas y espadas, en un torbellino en el que se mezclaban el zumbido del acero al hendir el aire, los gemidos de los hombres y el brotar de la sangre. Yo intenté quedarme atrás como me había ordenado Robin, pero cuando él tocó el cuerno para el asalto y los hombres cargaron, yo fui tras ellos con la sangre hirviendo en mis venas.

Sin embargo, no corrí el menor peligro, porque no llegué a enfrentarme a ningún enemigo. Todos estaban ya muertos pocos instantes después de que volara la primera flecha. Excepto dos.

Sir John Peveril tenía una flecha clavada en el hombro y otra en el talón, y blandía una pesada espada curva con giros amenazadores frente a los tres arqueros que le rodeaban.

—Lo quiero vivo —gritó Robin, y Little John, que estaba detrás de él, se adelantó, hizo revolear su enorme hacha y golpeó la nuca de Peveril con la parte plana.

Sir John soltó el arma de inmediato y cayó sin sentido.

El otro superviviente era un niño al que calculé no más de diez años. No había recibido ni un rasguño, porque los arqueros no quisieron disparar contra un enemigo tan insignificante. Enseguida le fue arrebatada su espada corta y enmohecida, y fue atado como un pavo por Navidad.

Mientras, sir John Peveril había sido tendido en el suelo con los brazos y las piernas extendidos y sujetos con cuerdas a cuatro estacas clavadas en el suelo. Robin se aseguró de que las estacas estaban hundidas no menos de un pie y no había forma de moverlas. Luego los hombres desnudaron a sir John y mearon en su cara para despertarlo. Cuando el hombre recobró la conciencia entre rugidos, escupitajos y maldiciones, y vio su cuerpo desnudo y atado al suelo del bosque, sus ojos se salieron de las órbitas, por el terror. Alzó la mirada y al ver a Robin enmarcado por los primeros rayos del sol, de pie a su lado como el Ángel de la Muerte, perdió totalmente el control. El miedo hizo que todo su cuerpo se agitara en convulsiones continuas.

—Rob... Robert, por favor —balbuceó por entre los labios secos—. Te pagaré, te

pagaré la cantidad que me pidas. Sólo te pido que me sueltes. Me iré, lo juro, lo juro. Me marcharé, me iré de Inglaterra...

Robin apartó la vista del cobarde tembloroso y empapado de orina, atado e inerme a sus pies. Miró a su izquierda un bulto pálido tendido sobre la hierba. Era el cuerpo desnudo de una muchacha muerta, con la cara magullada vuelta hacia el cielo; el vientre y las piernas estaban cubiertos de sangre negra. Robin se volvió hacia sir John. Su rostro era una máscara indiferente.

—Elige un miembro —dijo.

—¿Qué? ¿Qué? —tartamudeó sir John.

—Elige un miembro —repitió Robin con voz helada.

—Sí, claro, desde luego, Robert. Me merezco perder un miembro. Pero podemos hablarlo... Puedo ofrecerte compensaciones... Pagar...

—Elige uno, o los perderás todos —insistió Robin, implacable. Hizo una seña a Little John, que estaba de pie a su lado sosteniendo sin esfuerzo la gran hacha en una mano.

—Que te jodan, Robert Odo, a ti y a todos los que quieres. Que todos los demonios del infierno se te lleven a pudrirte en un agujero... —Little John dio un paso adelante y sir John gritó—: El izquierdo, Dios os maldiga a todos, el brazo izquierdo. Elijo el brazo izquierdo.

Robin hizo un gesto de asentimiento y se volvió a Little John.

—Déjale el brazo izquierdo, y corta el otro y las dos piernas —le dijo—. También prepara tres torniquetes bien apretados en cada miembro antes de cortarlos. No quiero que el bastardo se desangre hasta morir.



Me gustaría olvidar los ruidos de la afilada hacha de Little John cuando cumplió las órdenes de Robin, tres horribles crujidos húmedos; y los gritos de sir John antes de que lo mutilaran; y la vista de su torso inconsciente, con un solo brazo blanco pegado aún a él, los dedos engarfiados y clavados en el suelo luchando con el dolor; pero nunca podré, aunque viva cincuenta años más. No pude verlo todo hasta el final y Robin, quizá como una gentileza, me ordenó que comprobara que el resto de los enemigos estuvieran muertos. Uno no lo estaba, pero sí malherido y sin sentido, con dos flechas en el vientre y los ojos en blanco. Al rebanarle el gárgame con mi espada, pude oír el último hachazo dado por Little John y el suspiro de alivio de nuestros arqueros. No teníamos ni una sola baja, y únicamente dos heridos leves. Había sido una gran victoria, pero el castigo dado a sir John Peveril enfrió la euforia de los hombres; habían tenido su venganza.

Desatamos al niño, sin hacerle ningún daño, y lo dejamos allí para que atendiera

al medio hombre mutilado que había sido su capitán y pasara al resto de los Peverils el mensaje de que aquello había sido obra de Robin. Luego envolvimos el cadáver de la muchacha, lo cargamos a lomos de un caballo y nos fuimos de aquella siniestra hondonada dejando donde estaban a nuestros enemigos muertos.

Robin entregó el cuerpo a la mujer de Thornings Cross y le devolvió su dinero, que había recuperado de los Peverils. Owain se había equivocado al informar de que todos los habitantes de la aldea estaban muertos; algunos pudieron ocultarse en el bosque cuando los Peverils entraron a la carga, y de esa forma salvaron sus vidas. Cuando aparecimos a media tarde, todos aquellos supervivientes se encontraban reunidos en la pequeña iglesia, después de cavar tumbas para amigos y familiares. Eran un grupo de míseros campesinos, de supervivientes, refugiados bajo el techo de la iglesia, encogidos ante la presencia de los túmulos de tierra recién removida.

Había oscurecido ya cuando regresamos a la granja de Thangbrand, y me sentí exhausto y sin energías, tanto de cuerpo como de espíritu. Cuando Robin vino a decirme adiós al día siguiente —volvía a su escondite en unas cuevas del norte—, no pude mirarle a la cara. Yo había dormido mal, con pesadillas en las que sir John Peveril arrastraba hacia mí por el suelo su torso mutilado ayudándose con el único brazo que le quedaba.

Robin me tomó de la barbilla y me hizo levantar la cabeza para forzarme a mirar sus brillantes ojos plateados.

—No me juzgues, Alan, hasta que conozcas la carga que he de soportar. Incluso entonces, no juzgues a ningún hombre, para no ser juzgado a tu vez. ¿No es eso lo que predicán los cristianos?

No contesté.

—Vamos, pues, separémonos como amigos —me sonrió Robin.

Miré sus ojos de plata y supe que, por mucho que me horrorizara su crueldad, nunca podría odiarle. Sonreí, pero fue sólo una mueca pálida y borrosa.

—Eso está mejor —dijo. Me dio una última palmada en el hombro y se fue.

Capítulo VII

Se acercaba el otoño; ahora los días se acortaban y Sherwood, revestido de un glorioso manto de hojas de color de cobre y oro, solía envolverse de buena mañana en una neblina gélida. Empecé a ponerme mi sobretodo forrado casi a diario y, cuando visitaba a Bernard para mis lecciones de música, lo primero que hacía él era pedirme que encendiera un fuego para calentarnos los dedos. Con la ausencia de Robin, mi aventura en Nottingham y la horrible mutilación de sir John Peveril parecían pertenecer a otro mundo, a un sueño... o una pesadilla. Volví a mi vida de la casa de Thangbrand como si nada hubiera pasado.

Sir Richard nos dejó. Murdac se había negado de plano a pagar rescate por él aunque, sin discusión, era su deber hacerlo porque sir Richard estaba a su servicio cuando fue capturado. Robin habría estado en su derecho, de haberlo ejecutado. Sin embargo, no lo hizo; le envió un mensaje diciéndole que quedaba en libertad de ir donde quisiera, y que había sido un honor tenerle de huésped durante tanto tiempo. En la casa de Thangbrand celebramos una fiesta de despedida del caballero, porque era muy apreciado y respetado por los proscritos. En ella actué por primera vez como aprendiz de *trouvere*, y mientras cantaba me acordé de mi padre.

Me temo que la canción fue horrible, indigna de su memoria, ejecutada sin acompañamiento; hablaba de un caballero que, después de viajar por el mundo y de realizar esforzadas hazañas y ganar un gran renombre, volvía a su hogar para colgar la espada y señorear sus tierras. He intentado con todas mis fuerzas olvidarla, pero recuerdo que rimaba «arado» con «establo», y creo que eso os dará una idea de cómo era. Mis ímprobos esfuerzos fueron cortésmente aplaudidos por los oyentes, y luego cantó Bernard. Fue una de las mejores actuaciones tuyas a las que jamás asistí. Empezó con una canción procaz, que hizo desternillarse de risa al público, sobre un rey conejo que quería aparearse con una dama coneja, y lo mucho que se divirtió al descubrir que había entrado en la madriguera equivocada. Luego Bernard, evaluando a la perfección la cantidad de cerveza y de vino que había consumido su auditorio, cantó una endecha clásica sobre unos amores desgraciados, los de Lanzarote y la reina Ginebra. Aquellos rudos proscritos lloraban como niños cuando hizo la reverencia después de dar el último y exquisito acorde. Para terminar, de nuevo con una perfecta comprensión de su audiencia, entonó un enardecedor himno de batalla adecuado para levantar los ánimos: la historia de la heroica muerte de Roldan en

Roncesvalles, con un círculo de moros muertos a su alrededor y el cuerno apretado contra su corazón. Después de aquello, Bernard recibió una ovación estruendosa. Y, a continuación, todos, incluido yo mismo, bebimos hasta perder el sentido.

Al día siguiente, sir Richard juró solemnemente que jamás daría al sheriff ni la más pequeña información sobre el paradero de la granja de Thangbrand, aunque creo que tampoco lo hubiera hecho después de la manifiesta traición de Murdac. Luego le vendaron los ojos y lo condujeron a través de los estrechos senderos secretos de Sherwood hasta el gran camino del norte.

En el momento de irse, me hizo un regalo. Era un puñal, una hermosa arma de un pie de largo y filo tan agudo como el de una navaja de afeitar, con una hoja de acero pulido español de una anchura de tres cuartos de pulgada junto a la guarda, y que iba adelgazándose hacia la punta fina como una aguja, capaz de atravesar una malla de acero por entre los eslabones y penetrar en el cuerpo del oponente.

—Es una hoja fina y resistente —me explicó al ofrecérmela—. Me ha salvado la vida en muchas ocasiones. Llévala siempre contigo, Alan. Puede que algún día te salve a ti la vida también.

Le di las gracias, y luego le ataron el pañuelo a los ojos y le ayudé a montar en la silla.

—Siento no haber podido enseñarte a usarla —dijo. Y al picar espuelas, me gritó por encima del hombro—: ¡No te olvides de mover los pies!



Justo al día siguiente apareció Tuck con víveres, media docena de muchachos jóvenes para que Thangbrand los entrenara, y noticias. Me alegró mucho verlo, y él me saludó con un enorme abrazo.

—Has crecido —me dijo—, y también has echado algo de carnes.

Me palpó el antebrazo para calibrar el músculo que se había formado allí después de las muchas horas de esgrima con sir Richard.

—Mira quién fue a hablar de carnes —le contesté, meneándole la enorme tripa. El amagó una bofetada cariñosa, que esquivé con facilidad.

Cuando nos hubimos sentado en la sala delante de una jarra de cerveza y un muslo de pollo asado frío, la cara de Tuck tomó una expresión grave:

—Alan, traigo malas noticias —anunció—, acerca de madre.

El corazón me pesó como una piedra en el pecho. Me contó cómo mi madre había muerto junto a muchas muchas más personas en una incursión de los hombres de Murdac en la aldea.

—Sir Ralph dijo a sus hombres que quería hacer escarmiento en ese pueblo, como advertencia a otros de que no debían acoger a proscritos —dijo Tuck.

Irrumpieron a caballo al amanecer y empezaron matar a diestro y siniestro; los jinetes enfundados en sus mallas de acero gris atravesaban con sus armas a hombres mujeres y niños sin distinción; ataron sogas a las chozas tiraron de ellas hasta derribarlas; y prendieron fuego todo lo que no pudieron tirar al suelo. Los hombres lucharon con rastrillos y palas contra espadas y mazas, y murieron. Muchos corrieron al bosque a esconderse. Me vino a la memoria la imagen de Thornings Cross, asaltada por los Peverils. ¿Qué diferencia había en realidad, me pregunté, entre los soldados del sheriff y un clan de bandoleros?

Apreté la empuñadura de mi puñal español.

—Tengo que ir allí —dije, con la cara muy pálida. Pero Tuck detuvo mi brazo.

—El pueblo ha desaparecido, Alan. Allí no queda nada, sólo cenizas y dolor. Tu madre está con Dios, ahora.

La enterré yo mismo y pronuncié las palabras santas sobre su cuerpo. Descansa con los ángeles.

—Si yo hubiera estado allí...

Tuck pasó un brazo fornido sobre mis hombros.

—Si hubieras estado allí, estarías muerto. No, Alan. Dios tiene otros planes para ti. Tu lugar se encuentra junto a nosotros.

Traía más noticias, pero las escuché envuelto en una neblina de dolor, como si soñara despierto y entendiera sólo a ratos sus palabras. Robin había causado estragos en Barnsdale, explicó Tuck, y se había llevado gran cantidad de ganado vacuno y ovejas de los terratenientes del Yorkshire. Sir Roger de Doncaster le había perseguido, y había estado a punto de acorralarlo en dos ocasiones. Al final, Robin consiguió reunirse con sus hombres, y volviéndose contra su perseguidor lo derrotó en una batalla. Little John había resultado herido, pero no de gravedad. Sir Roger a duras penas había podido escapar con vida. El relato de Tuck me animó un poco, a pesar del agudo dolor que sentía por la muerte de mi madre.

—¿Qué noticias hay de Marian? —le pregunté con timidez.

Tuck me dirigió una mirada extraña.

—La prometida de Robin, la condesa de Locksley —dijo en tono solemne—, se encuentra en Winchester junto a la reina Leonor, y es muy poco probable que se mueva de allí durante bastante tiempo.

Acto seguido, cambió de tema.

La reina, según pude averiguar, estaba prácticamente prisionera en Winchester, unas ciento cincuenta millas al sur. Enrique, su marido y rey nuestro por la gracia de Dios, no se fiaba de ella porque había apoyado al hijo de ambos, el duque Ricardo, en sus guerras en Francia contra el rey; y a pesar de que mantenía su séquito real, que incluía a damas de compañía como la encantadora Marian, y todas las prerrogativas anejas a su rango, ella y sus damas se encontraban bajo la rigurosa vigilancia del

condestable de Winchester, un bastardo del rey Esteban llamado sir Ralph FitzStephen.

Las posibilidades de que viera de nuevo alguna vez a Marian eran muy remotas. Reprimí el agudo sentimiento de decepción que me invadió y procuré prestar atención a las noticias que traía Tuck del norte.

—Casi ha reunido ya a todos los hombres necesarios —proseguía el fraile—. Están alojados en el interior o en las cercanías de una serie de grandes cuevas hacia el norte de Sherwood; un lugar perfectamente oculto y con espacio suficiente para albergar a un pequeño ejército. Es posible que dentro de seis meses ese pequeño ejército sea una realidad...

No obstante, me fue imposible concentrarme en las noticias de Robin; el rostro de mi madre, marcado por las arrugas de toda una vida de trabajo brutal y de duelos privados, me vino a la mente e hizo que las lágrimas corrieran por mis mejillas.



Tuck no se quedó mucho tiempo en la granja de Thangbrand. Dejó allí a los andrajosos reclutas para su instrucción y se llevó el cofre que guardaba la cuota de Robin, más pesado después de un verano de desplumar a los viajeros que cruzaban Sherwood. Luego partió, acompañado por una docena de los hombres de armas más competentes, unos montados y otros a pie cargados con varas de tejo para arcos. Le di las gracias por haberme traído la noticia de la muerte de mi madre, y le dije que ahora tenía una doble razón para desear vengarme de sir Ralph Murdac: las muertes, tanto de mi madre como de mi padre.

—La venganza sólo es para los locos. Cristo nos enseña el perdón. —Debí de poner cara de sorpresa, porque Tuck añadió—: Recuerda siempre que Dios tiene un plan, hijo mío. Nosotros los pecadores no podemos saber cuál es, pero El sí lo sabe.

Entonces me dio un gran abrazo, y cuando enterré mi cara en su áspero hábito de fraile, con su olor terrenal a sudor y humo de leña, recordé que sir Richard había empleado las mismas palabras. Luego Tuck me bendijo y se fue con su plata y sus soldados a las profundidades de Sherwood.

Con su marcha, la escuela de caballería de la casa de Thangbrand quedó muy mermada de reclutas y Guy, que ya había demostrado su pericia con el estafermo, fue incluido en sus filas. Yo seguí entrenándome como infante con Thangbrand pero ahora, gracias a la ayuda de sir Richard, exhibía ante los nuevos reclutas los movimientos con la espada que él me había enseñado. Bernard estaba impresionado por mis progresos con la música; tenía un buen oído natural, destacó, y ahora componía cada vez con mayor confianza: lo cierto es que unas estrofas que compuse entonces sobre la trilla del maíz y la paja aventada, aún se siguen cantando hoy en

día. El otro día oí que las cantaban los campesinos del pueblo, mientras trabajaban; la letra ha cambiado ligeramente, pero la sencilla melodía que compuse sigue siendo la misma. Cuando pregunté a uno de ellos por la canción, me dijo que era tradicional.

Eso me hizo sonreír, porque recordé el irónico comentario de Bernard: «No sé por qué desperdicias tu tiempo e cabiendo canciones para campesinos mugrientos. La vida es amor, muchacho, y el amor es el único tema digno de un *trouvere*».

Pero yo no sabía nada del amor, excepto un vago anhelo de volver a ver a Marian. El deseo, en cambio, era algo que empezaba a experimentar con fuerza; lo sentía cada día que pasaba como una presión creciente en la ingle. Tuck me había advertido contra el pecado del onanismo; me volvería ciego si caía en él, amonestó. Los demás chicos de la casa de Thangbrand, Guy en particular, se burlaban de esa afirmación, pero yo quería y respetaba a Tuck, y en su honor me esforcé a conciencia en abstenerme.

Había una docena más o menos de mujeres en la casa de Thangbrand: la gorda Freya, cómo no, y las esposas e hijas de los soldados. También la pequeña rubia Godifa, si se la podía incluir entre las mujeres. Por supuesto, estaba Cat, la espléndida Cat, con sus diecisiete años, su piel cremosa, sus pechos generosos, su cabello rojo y sus centelleantes ojos verdes. Además, era accesible. Cualquiera podía tenerla a cambio de un penique de plata. Había ocupado esporádicamente mis pensamientos desde la primera vez que la vi aparearse apoyada contra la pared con uno de los proscritos, la primera noche que pasé con la banda de Robin. Sabía que a veces se había acercado al patio de ejercicios para verme practicar la esgrima con sir Richard, pero nunca había reunido el valor suficiente para hablar con ella. Sin embargo, la deseaba, la deseaba casi continuamente, día y noche. Sobre todo de noche. Cuando no podía controlarme más tiempo, bajo las mantas y en medio de los ronquidos de mis compañeros de la sala, era ella quien se me aparecía en mis sueños, desnuda y tentadora. El problema, desde mi punto de vista, era que no tenía ni siquiera un penique, ni nada de valor que pudiera darle a cambio de sus favores. Sin embargo, sí que sabía dónde podía conseguirlo.

En la misma medida que los encantos lúbricos de Cat, también el gran rubí que había visto en el dormitorio de Thangbrand y Freya había ocupado parte de mis pensamientos. Aunque la ferocidad de Thangbrand me había aterrorizado, con el paso del tiempo mi curiosidad por el contenido de la caja de metal enterrada debajo del suelo fue creciendo. ¿Qué había allí, además de la gran joya? Decidí averiguarlo.

Mi oportunidad se presentó muy pronto. El invierno llamaba ya a la puerta de Thangbrand, y con él, el día de la matanza. En ese día se mataba a todos los cerdos de la granja —había más o menos media docena— engordados en el bosque a lo largo del otoño, y se troceaba y salaba la carne para conservarla durante el invierno. No disponíamos de alimento suficiente para mantenerlos durante los meses fríos, de

modo que si los dejábamos con vida perderían peso hasta quedarse en la piel y los huesos, o incluso morirían antes de la llegada de la primavera. Así pues, los matábamos.

El día de la matanza era una especie de fiesta en la casa de Thangbrand. Había mucho trabajo por repartir: sacarlos de las pocilgas, matarlos, escaldar la piel para eliminar las cerdas, trocear los cuerpos, salar la carne y guardarla en barriles. Pero era también una fiesta porque buena parte de la carne no se podía salar y se comía en distintas formas. Se fabricaban salchichas embutiéndolas en la piel de los intestinos, después de limpiarla concienzudamente; las cabezas se hervían en grandes tinas para hacer gelatina; el aire se perfumaba con el aroma delicioso del cerdo asado cuando las sobras y las partes del cuerpo que no valía la pena poner en salazón se guisaban y se consumían de inmediato. Más o menos todo el mundo participaba en aquel trabajo, bajo la supervisión de Frey Thangbrand. Así que yo me escabullí en el momento de mayor trajín, con la excusa de que tenía que hacer un encargo para Bernard, que por supuesto no tenía el menor interés en degollar o desmembrar un puerco en compañía de todos nosotros, cuando podía contar con su propio barril de vino y su amada viola sin moverse de casa. Bernard aseguraba que los chillidos de los puercos herían sus oídos sensibles a la música.

Con todo el mundo repartido entre las pocilgas, el patio de la matanza y las cocinas, instaladas en un edificio separado por el peligro de incendio, me deslicé sin ser visto en el interior de la casa y me dirigí de puntillas a la habitación de Freya y Thangbrand. Mi corazón temblaba como un pájaro atrapado, aunque sabía que las probabilidades de que alguien me sorprendiera eran mínimas, y mi boca estaba seca. Esa era una sensación que conocía bien de mis tiempos de ladrón en Nottingham; y me gustaba. Tenía una excusa preparada: Bernard había prestado un peine a Freya, diría, y me había pedido que se lo devolviera.

La puerta del dormitorio crujió de una forma horrorosa al abrirla. Llamé a Freya diciéndole que sólo era yo, aunque sabía muy bien que estaba metida hasta los codos en sangre de cerdo en el patio de la matanza, y entré. Aun que en el exterior era pleno día, apenas podía ver nada en la penumbra del dormitorio. No había ventanas, y la única iluminación procedía de los rayos de luz que se filtraban a través de las estrechas rendijas de la pared de troncos y argamasa y por debajo del alero del techo. Apenas había muebles en la habitación: una enorme cama doble con dosel, un baúl ropero, una mesa y dos sillas. Fui directamente al rincón en el que había visto a Freya arrodillada pocas semanas antes, y palpé con las manos el suelo de tierra en el que calculaba que estaba enterrado el cofre. No encontré nada más que tierra suelta bajo mis dedos, probé a un lado y a otro con las puntas de los dedos, cubriendo un área cada vez mayor: nada. No conseguía entenderlo; ¿habían cambiado el escondite de sitio? Era muy posible, porque Thangbrand sabía que yo lo había visto. Entonces oí

acercarse a alguien, unos pasos al otro lado de la puerta y un crujido..., y cegado por el pánico, olvidando mi historia del peine, me escurrí debajo de la cama y me acurruqué en el extremo situado junto a la pared. Me vinieron a la mente la visión de Ralph, el violador que había sido azotado y castrado, la del delator al que cortaron la lengua delante de la iglesia y la de sir John Peveril. Si me sorprendían robando..., no quise pensar en lo que podía ocurrirme.

Desde debajo de la cama pude ver las botas de dos hombres. La puerta crujió al cerrarse. Luego un hombre se arrodilló a los pies de la cama. Yo dejé de respirar. Pensé que mis pulmones iban a estallar de terror. Era Hugh; pude reconocer su figura alargada y flaca, y, Dios misericordioso, vi que estaba de espaldas a mí, tirando de algo que había en el suelo. A través del puro terror que me atenazaba y de mis temblores, se filtró claramente un pensamiento: *¡no* habían cambiado el escondite de sitio! Hugh sacó algo de debajo del suelo: parecía una bolsa pequeña. Hubo un tintineo metálico cuando la pasó al otro hombre.

—Entonces, estamos de acuerdo —dijo Hugh—. Dile tu amo que tenga cuidado. Dile que no hable con nadie de esto. Dile...

El otro hombre le interrumpió impaciente:

—Conoce el asunto mejor que tú...

Hubo un silencio embarazoso que duró unos instantes, y luego las botas se movieron, la puerta crujió y se marcharon.

Solté el aliento reprimido en un largo resoplido tembloroso, pero seguí acurrucado debajo de la cama todavía un rato, asimilando lo que había oído. Hugh había estado pagando a uno de sus espías: eso estaba claro. Aquellos hombres sombríos se presentaban en la casa de Thangbrand a cualquier hora del día o de la noche; sólo hablaban con Hugh; comían, descansaban unas horas y desaparecían de nuevo. Pero había algo en el diálogo que había escuchado que me sorprendió un poco. ¿Quién era el amo del espía, si no era Hugh? No pude imaginarlo, y mientras aguardaba a que se calmaran los latidos de mi corazón disparado, aparté la cuestión de mi mente. Luego salí de debajo de la cama y me arrodillé junto a la parcela de suelo de tierra de la que había sacado Hugh su bolsa del dinero. En la penumbra del dormitorio, apenas era posible ver nada parecido a un escondite. Mi pánico empezaba desbordarse, y quería con desesperación verme fuera de aquella habitación. Pasé frenéticamente mis dedos por la superficie del suelo, sin notar otra cosa que la tierra dura. De pronto sentí un estallido reprimido de júbilo, cuando mis dedos rozaron una forma fría y dura, circular, entrada bajo la arena suelta. Era un círculo metálico empotrado en el suelo; pasé las puntas de los dedos por debajo del borde, y tiré hacia arriba.

Era una trampilla que daba acceso a una pequeña cueva del tesoro. En el interior del escondite había una caja metálica. La saqué y la arrastré hasta un lugar mejor

iluminado por una rendija en la argamasa. Me quedé boquiabierto. Contenía cosas que nunca antes había visto: grandes bolsas llenas de monedas, pequeños broches con joyas, copas de plata finamente labradas, crucifijos de oro con piedras preciosas incrustadas, un collar de grandes perlas luminosas y muchas, muchas piedras preciosas, desde esmeraldas del tamaño de un guisante hasta el espléndido rubí que yo había visto en las manos de Freya, una gota de sangre cristalizada del tamaño de un huevo de gorrión. La mandíbula casi se me desencajó. Había más riquezas de las que yo había creído que existían en el mundo, lo suficiente para comprar un condado entero. Sin poder contenerme deslicé el rubí en mi bolsa, además de un montón de peniques de plata que estaban sueltos en el fondo del cofre. Era una locura, pura locura suicida. Había visto a Freya relamerse delante de aquel rubí; era sencillamente imposible que no lo echara de menos inmediatamente. En el momento mismo en que descubriera el robo, todos seríamos registrados, el rubí aparecería y yo sería castigado de forma brutal, probablemente con la muerte.

Saqué el rubí de mi bolsa y lo sostuve en la mano. En aquella habitación casi a oscuras no era más que un bulto duro y frío al tacto. Pero lo levanté hacia uno de los finos rayos de luz que taladraban la oscuridad, y adquirió vida propia: su corazón carmesí se incendió, y la piedra empezó a brillar con una belleza malévola. Juro que la joya empezó a calentar mi mano como si el delgado rayo luminoso le hubiera infundido vida. Supe que no podría volverlo a dejar en el cofre de Freya. Pero algo empezó a agitarse en mi mente, el germen de una idea, el esbozo de un plan y volví a echar la joya en mi bolsa, cerré la tapa del cofre y lo coloqué de nuevo en su escondite, bajé la tapadera, esparcí la tierra por encima y salí de la habitación con pasos sigilosos hacia la cruda luz del sol invernal y los chillido de agonía de los puercos condenados.



Entregué a Cat mi virginidad aquella tarde en uno de los graneros, además de un penique de plata, por supuesto. No fue lo que yo esperaba. Cat se arrodilló delante de mí, me levantó la túnica y desató los nudos que sujetaban mis calzas a la cintura. También soltó la cuerda de mis bragas de tela, y mi ropa interior cayó de golpe a la altura de mis tobillos. Mi verga estaba dura como el acero, en su punta brillaba una gota de rocío, y ella agarró aquello y empezó a lamer con suavidad la bolsa colgante del escroto y, arriba y abajo, toda la tensa y desafiante extensión de mi parte más íntima. Sentí una burbuja de calor que fue extendiéndose por mis lomos, encima de las nalgas, y supe que explotaría muy pronto si no detenía de algún modo sus deliciosas caricias. Pero, dulce Jesús, aquella era una sensación celestial. Oleadas de placer corrían arriba y abajo por mi pene. Podía sentir la tensión interna de los

músculos, como cuerdas de un arco, y le rogué entre jadeos que por favor, parara un instante. Ella me dirigió una sonrisa cómplice, cargada de lujuria y plenamente consciente de su poder sobre mi persona, y entonces se levantó la camisa y me mostró el cuerpo desnudo que ocultaba. Era soberbia: una piel blanca cremosa, extrañamente pálida en contraste con la tez morena de su rostro, y con el cuello y las manos; los pechos se movían como frutos maduros de un color rosado, con unos pezones tentadores, grandes, oscuros, de puntas endurecidas por el aire frío. La cintura era tan estrecha que yo podía abarcarla con mis dos manos, pero se ensanchaba en unas caderas llenas y rotundas, con una pequeña mata triangular de vello en su centro. Se tendió sobre la paja y abrió las piernas. Yo caí hacia adelante a cuatro patas, apenas capaz de respirar, y monté encima de su cuerpo, con mi pene rígido al frente, como el hocico de un perro que husmea el rastro de la presa. Después de unos momentos de glorioso forcejeo, con la ayuda de ella conseguí introducir mi virilidad en su ranura..., y casi de inmediato, después de apenas tres latidos, empecé a eyacular chorros calientes de esperma. Fue magnífico durante un instante, pero sólo durante un instante. Cat se puso furiosa.

—Dentro de mí no, bobo —dijo, y me sacó a empujones del interior de su cuerpo. Los escasos momentos de placer inefable quedaron borrados, como lo escrito en una pizarra al pasar una esponja húmeda. Me sentí avergonzado por mi torpeza, por la rapidez de mi eyaculación. Cat me llamaba estúpido mientras se volvía a poner camisa y capa.

—Si me quedo preñada y tengo que ir a ver a Brigida para librarme del pequeño, serás tú quien corra con los gastos —me gritó.

Le contesté que sí, atontado, deseando que se fuera pronto. Me sentí vacío, pueril, un niño que había intentado jugar a ser hombre y había quedado en evidencia. ¿Qué diría Tuck si se enteraba de que había tenido tratos con una prostituta? Cat escupió una última retahíla de insultos y salió del granero. Se acabó el acto amoroso, pensé mientras me limpiaba con un pedazo de tela, me colocaba las bragas, me ataba de nuevo las calzas y me colocaba bien la túnica. ¿Es esto lo que ensalza tanto Bernard con sus hermosas canciones sobre el amor ilícito? Me parecí absurdo.



No se lo conté a nadie más que a Bernard, que quedó encantado e insistió en proponer un brindis por mi masculinidad. Dijo que un día escribiría una canción en la que presentaría una solicitud de *posse comitatus* para recuperar mi virginidad perdida. Cat, al parecer, le contó a todo el mundo mi torpe primer intento de hacer el amor. Durante la cena, Guy provocó una tempestad de risas al beber un buche de cerveza y escupirlo enseguida sobre la mesa, mientras bromeaba a voces y durante largo tiempo

sobre la velocidad de mi eyaculación. Will literalmente se meó de risa..., y por supuesto Guy explicó a todo el mundo que no había hecho más que seguir mi ejemplo de emisión involuntaria. Normalmente sus bufonadas me habrían puesto muy furioso. En verdad, me irrité hasta cierto punto, pero a ese sentimiento se sobrepuso una especie de desinteresada compasión por él: como si yo fuera Dios y contemplara a un desdichado mortal desde lo alto de mi nube. Yo sabía exactamente cómo iba a corresponder muy pronto a sus burlas. El, no.



Pasaron varios días antes de que se descubriera el robo del rubí. Lo primero que oí fue un chillido agudo y repetitivo, casi un toque de clarín, que venía del interior de la casa.

Yo estaba en el patio de ejercicios con Will, practicando las evoluciones habituales con espada y escudo. Los dos corridos de inmediato a la casa principal, en busca del origen de aquel horrible grito. Era Freya, desde luego; estaba en su habitación, arrodillada en el suelo, con el contenido de la caja metálica esparcido a su alrededor. Se había arañado la cara fofa con las uñas y la sangre corría por sus mejillas; ahora se daba tirones a sus cabellos grises, y se arrancaba mechones de pelo grasiento. No cesaba de emitir aquel chillido estremecedor, que tan sólo interrumpía para aspirar grandes bocanadas de aire: *Eeeeeeeeeeee, ah, eeeeeeeeeeee, ah, eeeeeeeeeeee...*

Hicimos todos corro, abarrotando la habitación, alrededor de aquel montón fofo de feminidad de rodillas en el suelo de tierra frente al botín acumulado a lo largo de toda una vida. Era un espectáculo aterrador, una loca cubierta de sangre que aullaba e inmovilizaba a todos con el horror espectral de aquel ruido espantoso.

Entonces Thangbrand se abrió paso entre el corro de mirones y propinó a su esposa una tremenda bofetada en la cara. Freya salió proyectada de lado, chocó contra la pared y a Dios gracias dejó de chillar. Se acurrucó como una enorme bola en posición fetal, y se quedó así, temblorosa y suspirando, mientras Thangbrand nos empujaba fuera de la habitación, hacia la sala. Su mirada lívida se cruzó con la mía cuando salía de la habitación, y proyectó una ferocidad animal tan intensa hacia mí, que involuntariamente retrocedí un paso.

Hugh convocó a todo el mundo en la sala, a mediodía. Su silueta alta y flaca, enfundada en su túnica negra y sus calzas, parecía más que nunca la de un maestro de escuela. Carraspeó.

—Al parecer tenemos a un ladrón entre nosotros —anunció.

Alguien soltó una risita: más o menos a la mitad de los presentes nos perseguía la ley por la rapidez y la falta de escrúpulos con la que nos apropiábamos de la

propiedad del prójimo.

—Silencio —gritó, y sus ojos recorrieron la sala y reprimieron con su negra severidad cualquier intento de broma—. Hay una persona aquí que roba a sus camarada Lo descubriremos ahora mismo y será castigado. Todo el mundo a formar en hilera, ahora, ahora mismo. Poneos en fila con la mano izquierda en el hombro del hombre la mujer que tengáis delante.

Los proscritos, atónitos, formaron una larga hile que serpenteaba de un lado a otro de la sala. Entonces a una orden de Hugh, todos metimos la mano en las bolsas y bolsillos de la persona que teníamos delante.

—Estáis buscando una joya, una joya grande y de mucho valor —dijo Hugh. Yo me sentía enteramente tranquilo. El hombre colocado a mi espalda palpó con sus mano mi cuerpo y rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto. No encontró nada, por supuesto. Podía haber estado loco robar el rubí, pero no era lo bastante estúpido para guardarlo sobre mi persona. No se encontró nada.

Los proscritos, a pesar de las severas miradas de Hugh, se negaban a tomar aquella situación en serio.

—Me parece que tendría que buscar un poco más fondo —dijo un rufián de hombros fornidos a Cat—. Ha muchos sitios en los que podrías haber escondido la joya y aún no los he explorado bien. Voy a echar otra mirada.

Cat meneó el trasero y soltó una carcajada.

—¡No te cobraré el trabajito extra, guapo! —contestó

Thangbrand, con el puño apretado sobre la espada, recorría la sala de lado a lado. Era la personificación de la furia apenas contenida. De vez en cuando me atravesaba con la mirada.

—Buscad en los baúles; y empezad por el de éste —dijo con voz baja y temblorosa por la rabia, antes de señalarme con el dedo.

En mi baúl no había nada, por supuesto, salvo ropa sucia, como pronto pudo comprobarse. Pero Thangbrand siguió mirándome furioso mientras se desarrollaba el registro. Los proscritos empezaron a arrastrar los baúles de sus amigos desde el lugar en que se guardaban, alineados contra la pared de la sala, y a revolver entre las baratijas, los recuerdos, las calzas viejas y malolientes y las gavetas que rechinaban al abrirse. No se encontró ningún rubí. En cambio, flotaba en el aire la hilaridad reprimida de los hombres y mujeres allí reunidos, cuando los proscritos se probaban las ropas de otros y se contoneaban por la sala entre cuchufletas. De pronto Will Scarlet dio un gran aullido triunfal y todo el mundo se volvió a mirarle. Sobre su cabeza, brillante como una gota de sangre, sostenía en la mano el gran rubí.

—¿Dónde lo has encontrado, chico? —preguntó Hugh. Los ojos de Will se abrieron de par en par: demasiado tarde comprendió lo que significaba su hallazgo. No dijo nada, pero miró directamente a Guy, que estaba cerca de la puerta de entrada.

—¿Dónde lo has encontrado, chico? —repitió Hugh, con un deje metálico en su voz—. ¿En qué baúl lo has encontrado?

Will seguía mirando a Guy, y luego alzó un dedo tembloroso y lo señaló. La cara de Guy se puso blanca.

—No, no... —balbució. La conmoción inmovilizó a toda la sala. ¿El hijo Thangbrand? ¿Cómo podía Guy robar a su padre? La furia que sentía daba a la cara de Thangbrand un tinte purpúreo. En el silencio que sobrevino, se oyó con toda claridad el roce de su espada al ser desenvainada. Luego, con ella en la mano Thangbrand dio un paso hacia su hijo, lívido. Guy estaba aterrorizado: levantó las dos manos con las palmas al frente, como para rechazar la acusación silenciosa; para insistir en su inocencia. Pero Thangbrand siguió avanzando, empuñando el arma desnuda. Entonces, de pronto, los nervios de Guy estallaron; se dio la vuelta, veloz como una rata, y salió disparado por la puerta de la casa hacia el patio iluminado por el sol.

Capítulo VIII

Después de una larga vida en la que he cometido muchos pecados, recuerdo aquel momento en la sala de Thangbrand con sentimientos encontrados pero poderosos. Hice una cosa terrible al esconder el rubí en el baúl de Guy; y me propuse a conciencia causar el daño que en efecto provocó mi acción: romper para siempre el lazo de cariño que unía a Guy con su padre Thangbrand. Porque Thangbrand, a su manera ruda, quería a Guy. Lo quiso incluso después de que se descubriera el rubí en su baúl. De no haber echado a correr Guy, de haber conservado la serenidad y negado el robo y aguantado a pie firme, habría sido castigado, pero Thangbrand nunca habría matado a su propio hijo.

He pedido perdón a Dios por lo que hice a Thangbrand y Freya, que habían sido amables conmigo a su manera. Pero no he pedido perdón por lo que le hice a Guy, y nunca lo haré. Era un matón impenitente y un patán, y ese día demostró también ser un cobarde. Me amargó la vida en una época en que yo era débil y vulnerable, y le odié por ello. Fue mi enemigo desde el primer día en la casa de Thangbrand, cuando me pegó y me amenazó. Luego hubo más insultos y golpes más graves, y nunca le podré perdonar sus burlas cuando Bernard cantaba; pero fue después de aquella primera paliza, a poco de llegar a la granja de Thangbrand, cuando empecé a dar vueltas a idea de cómo podría hacerle caer en desgracia. Mi amable esposa, que ahora está con Dios y los ángeles, solía decirme que yo era despiadado, que no tenía compasión; Tuck me dijo una vez que yo era un hombre «frío», pero ninguna de las dos afirmaciones es del todo cierta. Soy capaz de sentir compasión y he perdonado. Pero Guy era mi enemigo, un adversario odiado que me había hecho daño..., y era más fuerte que yo. Lo derroté con una treta, ¿y qué? Lo derroté, es lo que cuenta. El hermano Tuck no estaría de acuerdo, pero Robin lo habría entendido: él lo llamaría venganza, y lo consideraría un deber.



Cuando todos los de la sala nos recuperamos de la conmoción producida por el descubrimiento del «ladrón» y salimos vacilantes de la sala a la pálida luz del sol invernal, ya hacía mucho que Guy había desaparecido en el bosque. Hugh organizó una especie de persecución, pero sin gran empeño: un puñado de hombres a caballo

se internaron en el bosque y volvieron al cabo de una hora más o menos diciendo que no habían visto nada. La verdad es que nadie quería atraparlo. Por lo que todo el mundo sabía, no había hecho daño a nadie más que a su padre. Incluso la furia de Thangbrand se desvaneció hasta cierto punto; el rubí había sido recuperado, Freya estaba acostada acompañada por una jarra de vino caliente, y la perspectiva de hacer un escarmiento en la persona de su propio hijo no seducía al viejo guerrero sajón. De modo que Guy se largó. Buen viaje, dijeron muchos de sus camaradas. Yo mantuve la boca cerrada.

La vida volvió a la normalidad en la casa de Thangbrand. Llegaron los fríos, y los primeros copos de nieve fueron a posarse en las ramas desnudas de los árboles, y llegó a cuajar en el suelo del patio de ejercicios, pero Thangbrand decidió de todas formas suspender el entrenamiento con armas durante el invierno. Parecía haber perdido ánimos con la marcha de Guy y se hizo más apático y perezoso; varias veces se encerró en su habitación durante días enteros, y sólo salía para atender a las urgencias de la naturaleza y para ordenar a gritos que le sirvieran comida en su habitación. También Freya parecía alelada y ausente. Se sentaba en silencio junto al fuego todo el día, hilando la lana sin hablar y casi sin moverse, atenta únicamente al huso.

Yo, por mi parte, me sentía bastante satisfecho. Se acercaban las Navidades, época de festines y de relatos, de beber y cantar y reír. Llegaron rumores de que Robin saldría de su escondite en la gran cueva para venir al sur y pasar las fiestas con nosotros en la casa de Thangbrand. Yo tenía ganas de ver de nuevo a mi señor —parecía que habían pasado siglos desde nuestra aventura en La Peregrinación a Jerusalén—, y tal vez de impresionarle con mis composiciones musicales.

Con mi madre, las Navidades nunca habían sido un gran acontecimiento, pero aquí en Sherwood y en la compañía de los proscritos, con Robin —y sin Guy—, esperaba refocilarme con canciones, buena comida y una alegre compañía.

Como no había entrenamiento de combate que nos ocupara la mitad de la jornada, los hombres y yo con ellos teníamos mucho tiempo a nuestra disposición, y lo empleamos en preparativos para los doce días de celebración de la Natividad de Nuestro Señor. Supervisados por Hug cortamos leña hasta formar una gran pila de troncos a su lado de la sala, colaboramos en la fabricación de cerveza y su almacenamiento en grandes barriles, ayudamos a los cocineros que preparaban las empanadas y el asado para el banquete, y decoramos el edificio con ramas de arce y muérdago.

A pesar de los preparativos para la Navidad, dedique más tiempo que antes a la música con Bernard. Nos sentábamos en su cabaña, lejos de los ruidos de la casa principal, bebíamos vino y tocábamos música juntos toda la noche, a veces con la pequeña rubia Godifa, a la que llamábamos Goody y que nos escuchaba en silencio o

no acompañaba tímidamente en los coros con su hermosa límpida vocecita. A veces cantábamos a dúo nosotros do y Bernard tocaba la viola mientras yo lo acompañaba con una elegante flauta de madera que él había tallado par mí. Me enseñó casi todo su repertorio, desde las cancioncillas obscenas de taberna hasta los grandes romances agridulces que arrebatan los corazones de los oyentes. Otras veces, hablábamos nada más. A Bernard le gustaba habla tanto como la música y el vino: hablaba de las mujeres las que había amado, de la vida de la corte en Francia, de cómo odiaba su existencia de proscrito. Dicho con su mismas palabras: «Aquí estoy, desperdiciando los último años de mi juventud en este desierto, rodeado por rústicos sin oído musical que no distinguen la buena música del regüeldo de un fraile».

Rara vez estaba triste, salvo cuando había bebido mucho, y entonces hablaba y hablaba sobre el amor, sus maravillas y sus penas. E incluso entonces, se daba cuenta muy pronto de que se estaba poniendo pomposo, y se burlaba a sí mismo. A mí me gustaba su compañía y empecé a quedarme en su cabaña más y más tiempo, y a dormir envuelto en mi capa encima de un montón de heno en un rincón de la habitación, cuando el fuego se había apagado y se acababan el vino, la música y la conversación. Era mucho más penoso, ya de noche cerrada, volver a trompicones a la casa y buscar un hueco entre proscritos que roncaban. De vez en cuando Hugh me reñía por descuidar mis tareas de la tarde. Pero lo cierto es que sobraba gente para echar una mano y casi nadie notaba mi ausencia cuando me quedaba a pasar la noche en la cabaña. A Bernard no parecía importarle lo más mínimo que, en la práctica, yo me hubiera trasladado a vivir con él. Por otra parte, mi pereza iba a salvarme la vida.

Por las mañanas, me sacudía el heno de la ropa, me salpicaba la cara con agua fría y corría media milla más o menos hasta la casa de Thangbrand para empezar a trabajar en mis obligaciones matinales. Luego volvía a mediodía y empezábamos una nueva ronda de música y charla hasta bien entrada la noche. A veces Goody se quedaba a pasar la noche en la cabaña de Bernard, cuando nos había estado acompañando hasta pasada la medianoche. Formábamos un grupo feliz: Goody siempre estaba ansiosa por complacernos, y le encantaba hacer recados para Bernard y para mí. Bernard estaba borracho casi de forma permanente, aunque podía consumir grandes cantidades de alcohol, seguir sobrio en apariencia y tocar la viola con delicada maestría. Yo no tenía una cabeza tan firme —a pesar de haber cumplido catorce años aquel verano y considerarme a mí mismo un hombre hecho y derecho—, de modo que mezclaba mi vino con agua de la fuente, como solían hacer los griegos y los romanos, según me dijo Bernard.

Por Nochebuena tocamos juntos delante de toda comunidad: por lo menos media docena dé piezas para flauta y viola, más dos compuestas por mí e interpretadas como solista, y un poema épico del rey Arturo que Bernard musicalizó y representó. Acabó la función con una antigua balada muy pegadiza, una serie de acordes agridulces que

ponían la carne de gallina, y una endecha que canté sobre una mujer que llora a su amante muerto en el campo de batalla. Fue un éxito: incluso Thangbrand aplaudió y sonrió por primera vez en muchas semanas. Hugh hizo un bonito discurso y describió a Bernard como un brillante ornamento de nuestra comunidad.

—Hace que me sienta como un broche o un pendiente de oro, o algo así — murmuró Bernard a mi oído.

También Hugh dirigió las oraciones de medianoche, porque había sido fraile novicio y seguía siendo profundamente piadoso, y no contábamos con ningún clérigo en nuestra comunidad. Yo había esperado que Robin estuviera con nosotros, pero al parecer algún problema le entretuvo en el norte, y con él a Tuck. Todos salimos en pelotón de la sala caliente a medianoche. El vapor de nuestro aliento formaba nubéculas que la luna iluminaba y blandos copos de nieve revoloteaban en el aire mientras dábamos las gracias por el nacimiento de Nuestro Salvador. Hacía un frío terrible, demasiado para quedarse mucho rato allí fuera después de murmurar un apresurado paternóster y un avemaria, de modo que todos volvimos enseguida al calor de la sala. Fue el único elemento religioso de toda la Navidad, pero para entonces yo ya me había acostumbrado a la escasa piedad de la banda de Robin. Sin embargo, la oración mantiene alejado al diablo, y más tarde me pregunté si tal vez, sólo tal vez, de haber estado más atentos nuestras almas aquella Nochebuena, habríamos podido evitar el horror que muy pronto iba a caer sobre nosotros.

Después de aquellos breves rezos, el vino volvió a correr a raudales, toda aquella noche y los días y noches siguientes. La Navidad se convirtió en una especie de aberración. Grandes barriles de cerveza calentada con hurgones al rojo y endulzada con miel y especias, se dejaban abiertos en el centro de la sala, junto al fuego, de modo que su contenido se mantuviera agradablemente templado. Hombres y mujeres se servían con total libertad grandes jarras y las bebían a largos tragos hasta que el líquido les corría por las mejillas. Un bobo incluso se cayó dentro de uno de los toneles, y hubo de ser sacado de allí tosiendo, riendo a carcajadas y chorreando cerveza. Los proscritos iban de un lado para otro tambaleantes, entre gritos, risas y persecuciones a las mujeres; algunos tenían la gentileza de salir al exterior a mear o cagar, y otros lo hacían allí donde estaban, añadiendo más basura al suelo resbaladizo.

La larga mesa de la sala, que por lo general se desmontaba diariamente después de la comida del mediodía, estuvo puesta de forma permanente durante los doce días. Los proscritos más sobrios se atiborraban de la comida que las criadas llevaban a la mesa: puerco asado o en salazón, bandejas humeantes de estofado de buey, lonchas de venado y hogazas de pan caliente recién salido del horno, empanadas de pichón, lampreas hervidas y conservadas en sal, oca asada en el espetón, quesos... Al final de cada día las criadas, las que aún seguían sobrias, retiraban las bandejas vacías y los

restos de comida y dos hombres forzudos arrastraban a un lado a los durmientes para despejar el paso. Entonces llegaba el momento de empezar a contar historias. Los hombres contaban cuentos fabulosos de gigantes, magos y monstruos; de los hombres con cabeza de perro del Extremo Oriente y de los unípedes; seres que tenían sólo un pie gigantesco bajo el que podían resguardarse de la lluvia o del sol, tendidos boca arriba y utilizando su pie como techo. Luego estaban las sirenas, muchachas que vivían en los grandes océanos y tenían cola de pez en lugar de piernas. Según algunos de los proscritos, también existía un monstruo que merodeaba por las cercanías de Sherwood, el hombre lobo. Era un hombre maligno que podía convertirse en fiera y que asaltaba a otros hombres y se alimentaba con su carne. Por más que yo sabía que aquello sólo era un cuento de viejas para asustar al auditorio, sentí que un escalofrío me recorría la espina dorsal y justo en ese momento, mientras escuchábamos la historia, se oyó en el bosque el aullido de un lobo y uno de los hombres, un rufián malcarado llamado Edmund, se inclinó hacia mí, me miró a los ojos y me dijo:

—Es él. Es el hombre lobo, y esta noche está sediento de sangre humana.

Su hermano Edward, que estaba sentado a mi lado, me agarró por sorpresa de los hombros, y di un respingo tan fuerte que volqué mi cerveza encima de mi ropa. Los proscritos se revolcaban de risa, literalmente daban vueltas por aquel suelo mugriento sin poder controlar las carcajadas. A mí no me pareció nada divertido. Entonces mi vecino, el que me había asustado, me dio una palmada en la espalda y alguien me trajo otra jarra de cerveza, y las historias continuaron.

Hubo tres peleas que yo sepa aquellas Navidades, una de ellas con resultado fatal; una discusión estúpida sobre quién había de gozar primero de los favores de Cat, que acabó a cuchilladas. En el alboroto de la discusión yo me llevé en silencio a Cat a los establos, y mientras dos proscritos luchaban a muerte por el derecho a su cuerpo, tomé posesión de ella con un resultado bastante más satisfactorio que en mi anterior e inexperta intentona. Bueno, satisfactorio al menos para mí. Ella, al menos, también se alegró al recibir su penique de plata.

El hombre muerto fue arrastrado fuera y dejado a la intemperie junto al montón de leña, para congelarlo. Ahora el suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve y no iba a ser posible enterrarlo hasta que la tierra se ablandara con el deshielo y los hombres se encontraran de nuevo lo bastante sobrios para cavar un hoyo: eso podía significar muchas semanas. Thangbrand dictaminó que había sido una pelea limpia, se destapó otro barril de cerveza, se brindó por la memoria del muerto y la fiesta continuó.

Incluso Bernard estaba harto de aquello al llegar el sexto día, y eso que había rugido, tragado y vomitado como el que más, de modo que llenamos un saco con comida de la larga mesa e hicimos rodar un barril de vino hasta su cabaña para celebrar allí nuestra fiesta particular. Dios sea loado, aquella decisión nos salvó la

vida.

Durante dos días bebimos, cantamos y contamos historias puercas, a veces acompañados por respetables huéspedes de la granja, invitados por Bernard, y otras veces con Goody como único auditorio. Hugh nos hizo una breve visita y se trajo un cerdo entero asado, pero estuvo distraído y algo incómodo, y se despidió al cabo de un rato sin haber llegado a emborracharse. Seguimos la juerga sin su compañía. Luego, una mañana temprano, a comienzos del mes de enero, me vi despertado de mi modorra etílica por Goody, que me sacudía el hombro con todas sus fuerzas. Me la quedé mirando por entre las legañas de mis ojos.

Apenas había amanecido, era demasiado temprano para levantarse, y más después de los excesos de la noche anterior. Entonces me di cuenta de que su carita estaba pálida y de que lloraba, y las lágrimas rodaban por sus mejillas sucias y abrían canales húmedos en la mugre.

—Esos jinetes, esos hombres están matando a todos..., es horrible, horrible. La casa está ardiendo —balbuceaba, mientras tironeaba de mi ropa con todas sus fuerzas—. Todos ellos: madre, padre, Hugh... todos... están ardiendo.

Rompió a llorar sin consuelo, abrí instintivamente los brazos y la niña cayó en ellos. Luego se incorporó y se puso a darme puñadas en el pecho.

—Ven ahora, *tienes* que venir *ahora* —gritó.

Aún estaba atontado por el vino y el sueño, pero entonces lo oí: un efluvio apenas insinuado que hizo que mi sangre se helara. El aire traía olor a madera quemada y a carne chamuscada.



Con una aprensión en aumento y dedos hinchados por el frío, me abroché el cinto con el puñal y la bolsa atados a él, y me calcé las botas. Mi espada, recordé, estaba en la casa. Pude oír a Bernard roncando como una trompeta en su habitación, y decidí que despertarlo antes de haber averiguado lo que ocurriría sería perder el tiempo. De modo que salimos al frío de la mañana. Goody iba delante, por el camino familiar y bajo la nieve hacia la casa de Thangbrand, tirándome de la mano para que fuera más deprisa. Yo me resistía; me daba cuenta de que caminaba hacia la catástrofe. El olor a humo era cada vez más intenso, y el aire de la mañana trajo a mi oído débiles gritos indistintos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —me rogaba Goody, e intentaba tirar de mí hacia la casa. Vi una gruesa columna de humo que se elevaba en el lugar en el que estaba situada la casa principal. Entonces me detuve y me agaché hasta la altura de Goody. Miré sus grandes ojos azules asustados.

—Quiero que te quedes a mi lado y, suceda lo que suceda, que estés muy, muy

callada. —Ella asintió, aturdida—. Hemos de salir fuera del camino —dije, y seguido por Goody, me interné en la nieve en ángulo recto al camino hasta que nos situamos los dos al resguardo protector de los árboles. Nos llevó casi media hora rodear el grupo de edificios, con la nieve por encima de las rodillas en algunos puntos, a fin de acercarnos a la casa desde el sur, por el camino principal. Luego, ocultos detrás de los árboles, con Goody bien sujeta por mi brazo, y mientras la nieve caía suavemente, miramos a través de la puerta principal de la empalizada, que había sido forzada y colgaba de los grandes goznes, y contemplamos una escena de pesadilla.

El patio estaba cubierto de cuerpos caídos en posturas extrañas, con brazos y piernas extendidos, esparcidos como muñecos arrojados por un niño. Pero no eran muñecos: incluso desde detrás de los árboles, a un centenar de pasos, pude ver las heridas abiertas, las túnicas y las calzas teñidas de rojo, los grandes charcos de sangre en el suelo del patio de ejercicios donde tantas veces habíamos repetido los mismos movimientos mecánicos a las órdenes de Thangbrand. Jinetes enfundados en malla de acero caracoleaban entre los muertos amontonados. Esos hombres llevaban los colores de sir Ralph Murdac —negro y rojo—, y sus espadas y las puntas de sus lanzas estaban tintas en sangre fresca y seca que repetían como en un extraño eco los distintivos de los escudos.

Él también estaba allí, en persona. A lomos de un poderoso corcel negro, la cabeza descubierta, el rostro bien parecido iluminado por la euforia de la batalla. Daba órdenes a su caballería, y ellos formaron en línea en el patio de ejercicios frente a la puerta de la casa. La puerta, tres pulgadas de madera sólida, estaba cerrada a cal y cante pero a su alrededor había un círculo de hombres muertos; eran de los nuestros. Habían prendido fuego a la paja del techo, y delgados hilos de humo se elevaban desde de bajo de los aleros y ascendían hasta unirse a la gran nube de humo negro que cubría el cielo. También las dependencias y las Cabañas vecinas ardían; en los establos, los caballos desjarretados y acuchillados se asaban entre la llamas. Aquí y allá, algunos sectores de la paja del techo se encendían espontáneamente con una llama muy vi e incluso las paredes de troncos y argamasa humeaban Entonces me di cuenta: la puerta cerrada, los hombres de sir Ralph formados en un *conroi*, preparados para cargar... ¡Claro, había muy pocos cadáveres! Tan sólo una docena de cuerpos, cuando nuestra comunidad estaba compuesto por más de cincuenta personas. No todos habían muerte Thangbrand, Hugh, los hombres de armas, estaban atrincherados dentro de la casa. Pronto saldrían y... Tuve un atisbo de esperanza, que desapareció al instante. Los hombre de Murdac cerraron su formación. Más jinetes se unieron a ellos. Al otro lado de la casa se estaba formando un segundo *conroi*. Esperaban la salida. Esperaban para matar en masa a los proscritos cuando escaparan de la casa en llamas. Pude imaginar el horror que debía de desarrolla se en el interior, el ahogo por la densa humareda, las pavesas que caían ardiendo del techo, la

conciencia de que fuera les aguardaba la muerte, la amarga desesperación, el llanto de mujeres y niños, las cabezas envueltas en ropas empapadas en cerveza, Thangbrand dando órdenes tranquilo y valeroso, los hombres ajustándose los cinturones, empuñando las espadas, secándose el sudor y el lagrimeo provocado por el humo y esperando, esperando la orden de cargar...

Cuando finalmente se produjo la salida, para mi sorpresa y la de los hombres del sheriff no fue por la humeante puerta principal, sino por el extremo contrario de la casa, donde Thangbrand y Freya habían tenido su dormitorio. Toda la pared de aquel lado del edificio se derrumbó de golpe con un enorme estruendo, y los proscritos salieron por allí en una feroz estampida. Un círculo de hombres armados con espadas que gritaban y aullaban, con las ropas chamuscadas y los rostros ennegrecidos, rodeando a nuestras mujeres y niños. Se mantuvieron bien, codo con codo, veinte o treinta hombres que trotaban como un grupo compacto hacia la puerta rota de la empalizada, resbalando en el fango, tosiendo por el humo y lanzando gritos de desafío y procurando no tropezar con los cadáveres caídos en el suelo. Fue entonces cuando cargó la caballería de Murdac.

Los jinetes revestidos de acero chocaron con el círculo de chamuscados proscritos como un puño de hierro atraviesa un cestillo de juncos podridos. De inmediato la cohesión del círculo desapareció. Los proscritos huyeron en todas direcciones, perseguidos por los hombres a caballo. Fue sencillamente una matanza sangrienta. Algunos hombres corrieron hacia la empalizada y empezaron a trepar por los troncos con la intención de saltar al otro lado y ocultarse en el bosque. Muy pocos lo consiguieron. Los jinetes los mataban golpeándolos por la espalda mientras trepaban, y clavaban los cuerpos en la madera con sus lanzas. Quienes quisieron resistir en el patio de ejercicios pronto fueron abatidos. Los jinetes avanzaban al trote y con sus espadas segaban cabezas y hombros al pasar, aplastaban cráneos con la maza o el hacha, y daban media vuelta para una nueva pasada acuchillando o machacando cuerpos.

Apenas hubo resistencia y los jinetes aniquilaron a nuestra pequeña banda — hombres, mujeres e incluso niños— casi sin esfuerzo, en una sangrienta carnicería. Vi a Cat, a la hermosa, lasciva, pecadora Cat, con sus cabellos rojos flotando libres, correr perseguida por un jinete que la alcanzó y le aplastó el cráneo con su maza; el hierro puntiagudo penetró a través de la mata de pelo rojo y la dejó tambaleante, bañada en sangre, con la cabeza grotescamente deformada, antes de caer para no levantarse más. Un puñado de hombres y mujeres, no más de una docena, se reagruparon junto a la puerta en torno a Thangbrand, erguido junto a una Freya encogida y blandiendo con ambas manos una gran espada, desafiando con su grito de guerra a los jinetes que lo rodeaban. Los proscritos que aún se sostenían en pie, algunos de ellos con heridas tremendas, brazos rebanados y rostros abiertos por tajos

profundos, cerraron filas a su alrededor, arrodillados a sus pies y encarados hacia afuera en un círculo laxo, cubriéndose con los escudos si los tenían, o empuñando espadas y lanzas, desafiando al enemigo con un valor desesperado. Durante unos segundos, la formación se pareció a lo que pretendía ser: el erizo, una antigua maniobra defensiva contra la caballería que Thangbrand había inculcado en nuestras cabezas a lo largo de muchas horas en aquel mismo patio de ejercicios. Pero duró sólo un instante. El segundo *conroi* pasó por encima del erizo como una gran riada de caballos y hombres, de cascos herrados y espadas silbantes, y lo arrastró todo consigo en un baño de sangre. Vi a Thangbrand forcejear con una lanza que le atravesaba el cuello y lo había dejado clavado al suelo. Al instante los proscritos se dispersaron de nuevo y los jinetes también con las puntas escarlata de sus espadas alzándose y cayendo una y otra vez sobre las figuras que corrían, mientras la sangre salpicaba los flancos y las crines de los caballos, que piafaban y caracoleaban para evitar pisar los cuerpos de los muertos y los moribundos.

Yo sujetaba a Goody, con mi capa cubriéndonos a los dos, y le tapé los ojos con mi mano cuando su padre exhaló su último aliento con una bocanada de sangre en aquel fangal de sangre y nieve.

—Tenemos que irnos —le susurré—. Muy pronto empezarán a buscar supervivientes y, si nos encuentran, nos matarán.

Goody no dijo nada. Se limitó a mirarme con sus grandes ojos azules que destacaban en la cara mortalmente pálida, y asintió. Era una chica valiente. Tiré de ella y emprendimos el camino de vuelta a la cabaña de Bernard.

Lo empujé fuera de la cama y me envió al infierno y más allá. Le puse las botas en las manos y le hice comprender a gritos y bofetadas en su cara beoda que teníamos que salir corriendo, ahora, y que no había tiempo para explicaciones. Agarré una hogaza de pan y los restos fríos del jamón asado, hice un lío con todos los mantos y capas que colgaban de un clavo detrás de la puerta, y mientras salíamos de la cabaña a la luz cegadora del día, miré a mi alrededor y el corazón se me agolpó en la garganta cuando vi acercarse al trote por el sendero al primero de los jinetes, seis en total, ceñudos y salpicados de sangre. Corrimos hacia la línea protectora de los árboles, Bernard delante sujetando con fuerza a Goody por el brazo, a veces incluso alzándola en vilo mientras seguíamos corriendo. Yo les seguía con los brazos cargados de comida y ropas, a trompicones, resbalando en la nieve blanda que parecía querer succionar mis botas. Imaginé que oía el golpeteo sordo de los cascos a mi espalda, y el silbar en el aire de una espada invisible dirigida contra mi cabeza. Corrimos con el corazón desbocado y el aliento quemándonos la garganta, sorteando la maleza hasta refugiarnos en la seguridad del bosque. Allí seguimos corriendo, con los pulmones doloridos por el esfuerzo, cada vez más lejos de la cabaña y del claro del bosque, internándonos más y más en las profundidades de Sherwood. Al fin nos detuvimos y

nos acurrucamos bajo un antiguo acebo de grandes dimensiones, cuyas hojas puntiagudas nos arañaron la cara al arrastrarnos bajo sus ramas para descansar, sin resuello, agazapados en torno al grueso tronco del árbol. No se oía más ruido que el de nuestras respiraciones jadeantes. Casi no podíamos ver nada a través de la espesa capa de follaje verde oscuro. Pero si no podíamos ver, tampoco podíamos ser vistos.



Debajo de aquel viejo y hermoso acebo el suelo estaba seco, de modo que nos arrebujamos en nuestros mantos y esperamos a que nuestros corazones recuperaran su ritmo normal. Por dos veces en las dos horas siguientes oímos pasar a jinetes muy cerca, y pudimos ver las patas de sus monturas a través de la cortina espinosa de nuestra madriguera. Comimos el pan y la carne y masticamos puñados de nieve, también nos miramos unos a otros con aprensión, pero sin atrevernos a pronunciar una sola palabra. Yo saqué a medias el puñal de su vaina en mi cinto. La nieve caía veloz y espesa, posando una gruesa manta blanca sobre el árbol; y podíamos ver aún menos del mundo exterior. El frío empezó a agarrotar mis dedos, de modo que los apreté bajo mis sobacos. Cambiamos de posición para apretarnos más y envolvernos juntos en las capas y mantos de que disponíamos. Goody parecía estar conmocionada, y unos arañazos rojos le cruzaban la cara blanca y descolorida; la de Bernard estaba gris y ojerosa, con la nariz roja por el vino y el frío, aunque aún no había cumplido treinta años se transparentaba ya en su rostro el viejo en que se iba a convertir. Atisé de nuevo por entre las hojas y me pregunté si alguien más habría sobrevivido a la matanza y si nosotros mismos llegaríamos a ver el día siguiente. Entonces, después de transcurrida tal vez una hora más, cuando a pesar del frío y del terror había conseguido amodorrarme un poco, oí un retumbar de cascos y el ruido metálico de armas y corazas, y mi corazón se disparó de nuevo. Los ruidos cesaron y pude ver, a través de la cortina de hojas de acebo, las patas y los cascos de una numerosa fuerza de caballería parada a menos de diez metros de nuestro escondite. A continuación oí una voz, alta, clara y tan atterradoramente próxima que podía haber sonado junto a mi oído.

—Os haréis cargo de este sector, capitán. —La voz hablaba en francés y denotaba una excitación febril y un ligero ceceo—. Quiero que registréis cada árbol, cada arbusto, cada hoja. Quiero muerta a toda esa plaga, ya me habéis oído. Si los prendéis vivos, ahorcadlos. Uno por uno. Son proscritos y sus vidas no les pertenecen. No quiero que escape ni uno siquiera, no deben esparcir su veneno en mi condado.

Conocía esa voz, la había oído antes en Nottingham cuando me debatía sujeto por el puño de un soldado, y su amo me llamó «carroña». Pertenecía a sir Ralph Murdac.

Capítulo IX

Acurrucado junto a Goody y Bernard, rígido de terror, bajo la endeble protección del acebo, oí como sir Ralph Murdac, a escasos pasos de mí, daba a sus mesnadas la orden de matarnos. Podía ver los cascos manchados de sangre de su caballo a escasos pies de mi nariz, pero, sin dejar de sentir miedo, el ceceo francés de su tono me sublevó y me provocó una ira que dejó un regusto amargo de bilis en mi lengua. Allí acurrucado, pude imaginar su cara de guapo desdeñoso mientras ordenaba a sus secuaces que nos cazaran uno por uno y acabaran con nuestras vidas. Recordé el dolor que me produjo al cruzarme el rostro con su látigo. Incluso creí percibir su perfume por encima del hedor a caballo, a sudor y a sangre seca: un repugnante aroma a lavanda. Asustado como estaba, furioso como estaba, empecé a sentir en mi nariz un hormigueo y una casi abrumadora necesidad de estornudar.

El más ligero ruido habría significado la muerte inmediata para todos nosotros, y sin embargo la necesidad de estornudar se me hizo insoportable, el hormigueo de mi nariz empezaba a resultar doloroso y sentía como si me hubieran frotado los ojos con un conjugo de cebolla. No pude hacer nada para detenerlo; me metí el borde de mi manto en la boca y hundí la boca en la capa de hojas que cubría el suelo, y entonces llegó la explosión: un estornudo que hizo temblar todo mi cuerpo. En mi cabeza el ruido fue ensordecedor, pero al levantar la cabeza..., no oí nada. Murdac guardaba silencio y escuchaba, supuse, para con firmar el origen del ruido que había oído. Un caballo se removi6, resonaron unas mallas de acero al entrechocar. Sentí el corazón en la boca, y todos los músculos en tensión. Estaba decidido a echar a correr si éramos descubiertos. No me quedaría quieto para que me colgaran como a mi padre. En el silencio que siguió, relinchó un caballo y un hombre rió y dijo algo en voz baja a su vecino. Murdac llamó al orden a sus hombres y continuó dando órdenes con su ceceo afrancesado. Noté que mi cuerpo se relajaba y me volví hacia Goody y Bernard; sus caras me miraban con horror e incredulidad. Era una expresión tan cómica que me entraron ganas de echarme a reír. En cambio, lo que hice fue estornudar de nuevo.

El ruido fue mucho más fuerte que la primera vez, en que había quedado ahogado casi por completo por mi manto. Y no esperamos a ver si nos descubrían. Tan veloz como un conejo asustado, Bernard salió de debajo de las ramas del acebo, seguido por Goody y por mí. Salimos por la parte de atrás del árbol y echamos a correr hacia

el interior del bosque. A nuestra espalda oímos gritos y toques de trompeta y un estruendo de cascos, y corrimos hacia la parte más espesa de la floresta mientras las ramas de los árboles azotaban nuestros rostros y las zarzas nos arañaban brazos y piernas.

Tardaron en empezar la persecución, sorprendidos sin duda por lo repentino de nuestra aparición. Pero una carrera entre un hombre a caballo y otro a pie no puede llamarse carrera en absoluto. Excepto, claro está, si tiene lugar en el corazón de un bosque espeso. Nos salimos del sendero y nos adentramos en un terreno virgen desde muy antiguo, sorteando los troncos apretados de los árboles, hundiéndonos en la nieve, tropezando con las ramas caídas, entre zarzales y tallos de hiedra. Los tres nos empujábamos entre nosotros y nos abríamos paso en la nieve profunda, espoleados por el pánico, avanzando siempre más o menos en la misma dirección, Bernard delante y yo cerrando la marcha. Oíamos el ruido de los jinetes a nuestra espalda pero, al mirar hacia atrás entre los arbustos, pude ver que nos distanciábamos más y más de la media docena de hombres que nos perseguían. Habían desenvainado las espadas y cortaban con golpes furiosos las ramas y las frondas que cerraban el paso a sus monturas, pero sólo conseguían avanzar al ritmo de un caminante, mientras los ollares de sus corceles despedían nubéculas de vapor. Volví a mirar atrás y calculé que se encontraban ya a más de cincuenta metros, y casi se habían perdido de vista. Sentí que crecían mis esperanzas, pero entonces miré a mis compañeros y vi que los dos tenían problemas. Bernard se tambaleaba agotado por aquel ejercicio desacostumbrado; Goody temblaba de frío y parecía a punto de derrumbarse. Corrí hacia ellos y, después de un rápido vistazo para comprobar que estábamos fuera del alcance visual de nuestros perseguidores, tiré de ellos en ángulo recto respecto de la dirección que seguíamos hasta entonces y nos adentramos en una zona de matorral espeso y cargado de nieve, abriéndonos paso por entre aquella cubierta helada en la que nos hundíamos hasta las rodillas. Después de avanzar unos treinta metros de ese modo, nos dejamos caer el resguardo de una zanja en el terreno, y allí nos quedamos tendidos, con la respiración entrecortada, los corazones latiendo a un ritmo frenético y el oído atento a los ruidos de nuestros perseguidores.

Nada. Sherwood parecía enteramente privado de vida. Un desierto blanco. Pero nuestro rastro a través de la nieve era fácil de ver y conducía en línea recta a nuestro húmedo, embarrado y jadeante grupo. No podíamos quedarnos allí más tiempo del indispensable para recuperar el resuello. Levanté la vista al cielo gris; había empezado a nevar de nuevo, y sólo quedaban dos o tal vez tres horas de luz en aquel corto día invernal. Si podíamos esquivar a los jinetes hasta el anochecer, estaríamos a salvo. Probablemente. Así pues, cargué a Goody sobre las espaldas de Bernard y arranqué una rama muerta de un pino, con un crujido cuyos ecos resonaron en todo el bosque. Todos nos quedamos quietos y escuchamos, aterrorizados. Luego, al no oír

nada salvo el silencio fantasmal del bosque cubierto por un sudario de nieve, Bernard preguntó en un susurro:

—¿Hacia dónde?

Me paré a pensarlo. Robin estaba Dios sabe dónde en el norte, la casa de Thangbrand no era a estas alturas más que una ruina humeante, mi madre estaba muerta y mi aldea había sido destruida, pero de algún lugar me vino de pronto a la mente la imagen de Marian. Sabía que ella se encontraba en Winchester, muy lejos de Murdac y sus jinetes asesinos. Ella podría ponernos en contacto con Robin.

—Vamos al sur —dije, intentando parecer convencido, y extendí el brazo en la dirección que supuse que conducía a Winchester. Bernard dio media vuelta sin decir una palabra, con Goody agarrada como un mono a su espalda, y empezó a zancajear por entre la nieve. Yo les seguí de espaldas, tratando de borrar tan bien como pude con la rama de pino las huellas que dejábamos a nuestro paso en la nieve, y dando gracias a Dios por la nieve que volvía a caer y que, si pasaba el tiempo suficiente, haría desaparecer totalmente nuestro rastro.



Durante todo aquel atardecer helado, mientras nevaba cada vez con más fuerza, seguimos avanzando a través del bosque. A veces cargábamos a Goody a nuestras espaldas, y otras ella caminaba por sí misma. Nunca se quejó mientras avanzábamos por aquel paisaje blanco y silencioso. Yo estaba seguro de que nuestras huellas quedarían borradas por la nieve, y después de una hora de marcha silenciosa me atreví a suponer que los jinetes habían abandonado la caza. La única cosa viva que vi fue la figura baja y esbelta de un lobo, una sombra gris que corría a través del bosque en paralelo a nuestro grupo. En Sherwood, recordé, enero era conocido como el Mes del Lobo; había historias sobre bebés arrebatados de sus cunas por lobos hambrientos en enero, e incluso una sobre un lobo que saltó por sorpresa sobre un hombre a caballo y de una dentellada arrancó un pedazo de carne de la grupa del caballo antes de desaparecer de nuevo en el bosque.

Recogí del suelo una rama rota y la arrojé en dirección a la fiera gris y furtiva, que se apartó de un salto para desaparecer al instante en la penumbra del bosque. Seguimos adelante sin sentir apenas las piernas, a causa del frío. Estábamos calados y exhaustos. Cuando empezó a anochecer, me di cuenta de que teníamos que encontrar un lugar seguro donde descansar: los dedos y la nariz de Goody estaban azules de frío, y la cara de Bernard había adquirido un tono amarillento enfermizo. De pronto, justo delante de nosotros sonó un toque de trompeta. Azuzados por el miedo, nos tumbamos en una hondonada cubierta de nieve, ocultos detrás de las raíces blancas de un haya mientras pasaban al galope delante de nosotros dos jinetes con los colores

rojo y negro de Murdac. Yo estaba seguro de que no nos habían visto y en efecto siguieron adelante como una exhalación, pero lo que me preocupó es que venían de frente, y no por detrás. Desesperado, me di cuenta de que había perdido por completo el sentido de la orientación y, en la penumbra del anochecer, debíamos de haber estado caminando en círculo. Espantado, me di cuenta de que no tenía idea de dónde nos encontrábamos ni de la dirección que debíamos tomar. El frío había nublado mi mente y, mientras la nieve seguía cayendo, llegué a la conclusión de que, a pesar de la amenaza de los hombres de Murdac, si no encontrábamos pronto un refugio caliente, tal vez no sobrevivieramos a la noche que se avecinaba.

Después de otro cuarto de hora de penoso caminar por el bosque nevado, con las últimas luces del día encontramos el lugar perfecto para acampar. No es mi intención blasfemar, pero ha habido ocasiones en mi vida en las que me he sentido como si Dios Todopoderoso hubiera ordenado el mundo exclusivamente en beneficio mío. Mientras nos tambaleábamos bajo la nevada, entumecidos por el frío, el miedo y la fatiga, llegamos a un pequeño claro en el bosque, en el centro del cual se erguía un viejo roble de varios metros de altura cuyo tronco se había ahuecado con el paso del tiempo y había dejado en su interior un espacio tubular suficiente para que durmieran tres personas. No éramos los primeros en haber utilizado aquel refugio: al apartar la nieve que cubría la entrada, encontramos los restos de una hoguera, con algunas piedras ennegrecidas colocadas para dirigir el calor, y cenizas encharcadas. También en el interior del tronco hueco, bien apilados, había un pequeño montón de leña menuda seca y otro de ramas más gruesas cortadas a un tamaño parecido. Sabíamos que representaba un riesgo y que la luz sería visible en cientos de metros en todas direcciones, pero necesitábamos el calor de un fuego. De modo que utilicé la yesca y el pedernal que llevaba en mi bolsa, nos apretujamos al resguardo del tronco de nuestro árbol y esperamos a que nuestros cuerpos entraran en calor. No teníamos comida —habíamos dejado los restos de pan y de jamón asado debajo del acebo por la mañana—, pero a medida que el calor iba invadiendo el interior del tronco hueco, mi ánimo empezó a mejorar. Goody, que no había dicho nada desde que vio a su madre y a su padre acuchillados en la granja de Thangbrand, se acurrucó a mi lado y empezó a llorar en silencio. Yo abracé su cuerpo flaco y acaricié su hermoso cabello dorado hasta que se quedó dormida. Bernard, por su parte, en lugar de relajarse, parecía ponerse más irritable y picajoso a medida que su cuerpo recuperaba el calor. Parecía haber olvidado nuestra terrible aventura y pronto se recobró lo bastante para quejarse de la falta de vino.

—Había un pellejo de vino casi lleno a la puerta de la cabaña; ¿por qué diantre no te lo llevaste cuando nos marchamos? —me preguntó, furioso. Mi estómago rugía y mi boca estaba seca, pero no teníamos nada que comer, y tampoco el vino de Bernard, de modo que mastiqué unos puñados de nieve y me quedé sentado mirando

el fuego, dejando que mis ropas se secaran y pensando en aquel día terrible. ¿Había sobrevivido alguien, además de nosotros? ¿Había más personas dispersas por el bosque, heridas o incluso agonizantes en medio de aquel frío? Thangbrand estaba muerto, yo había visto aquel horror; y Freya, sin la menor duda, había sido asesinada con los demás. Pero ¿dónde estaba Hugh? ¿Había conseguido escapar?

De pronto me incorporé con un respingo. Había estado dormitando. Bernard dormía, tendido y un poco encorvado para aprovechar el respaldo curvo del interior hueco del tronco. Goody estaba acurrucada a mis pies, bajo la capa. ¿Qué era lo que me había despertado? Algún tipo de peligro. El fuego casi se había apagado, una luna casi llena brillaba en el cielo. Coloqué otro leño en el hogar y, mientras veía volar chispas y revivir la llama de entre las cenizas, vi en el borde más alejado del claro y a la luz de la luna la figura de un hombre. Se estaba acercando a nosotros.

Mi mano voló al cinto y se posó en el tranquilizador pomo del puñal. Di un puntapié a la silueta dormida de Bernard. El hombre caminó a través del claro dirigiéndose directamente al fuego. Estaba flaco como un esqueleto, tenía la cara enjuta con las mejillas hundidas y cubiertas casi hasta los ojos por una barba gris. El cabello largo y sucio le caía sobre los hombros. Sus labios se torcían en una mueca de saludo, y entre ellos asomaban unos pequeños dientes amarillos y afilados. Cuando se acercó más, pude ver que iba vestido con una especie de capa de piel de lobo y un faldellín del mismo material, y los pies envueltos en trapos grises. El pecho desnudo con las costillas salientes asomaba bajo la capa —por Dios, qué frío debía de estar pasando—, y la piel aparecía sucia y cubierta de cicatrices y arañazos a medio cerrar. Llevaba un pesado garrote de madera al hombro y, cuando llegó junto al fuego, vi que temblaba. Levantó la mano libre para saludar.

—Buenas noches, señores —dijo. Hablaba de forma vacilante, como si no estuviera acostumbrado al habla humana, pero algo en él me resultó familiar—. Tened la bondad de permitir a un pobre hombre disfrutar de vuestro fuego... y de un bocado de vuestra carne, si algo os sobra.

Miré a Bernard, que se limitó a encogerse de hombros y a apartar las piernas para que el hombre pudiera colocarse del lado de la hoguera en el que estábamos nosotros, al resguardo del viejo roble.

—No tenemos comida —dije—. Pero puedes calentarte con nuestro fuego.

Llegó al arrimo del árbol, dejó el garrote en el suelo, se agachó y tendió las manos hacia el fuego. También sus brazos eran flacos hasta un punto penoso y estaban cubiertos de viejas cicatrices y magulladuras recientes. Lo observé con suspicacia. Me daba vueltas a la cabeza la idea de que lo había visto antes. ¿En Nottingham, quizá?

Después de varios minutos de silencio, y con Bernard dormido de nuevo, el hombre dijo:

—¿Puedo preguntar, señor, qué ha traído a tres jóvenes como vosotros al bosque en una noche tan fría..., y sin comida ni caballos?

—Eso es asunto nuestro —contesté en tono seco—. No tuyo.

No quería contarle nada acerca de nosotros. Había algo en él, un salvajismo, que me puso en guardia. En silencio me juré no dormirme mientras él estuviera en nuestra compañía.

—Es asunto vuestro, señor, y yo soy sólo un invitado. Lamento mi imprudencia y os pido perdón.

Parecía tímido y desolado cuando pronunció esas palabras, y me sentí un poco culpable por haber sido tan áspero con él. Pero seguía sintiéndome incómodo por tenerle a nuestro lado en el árbol hueco. Además, cada vez estaba más seguro de haberle visto antes.

—Voy a dormir ahora, señor, con vuestro permiso —anunció el hombre. Yo asentí con un gesto e intenté sonreírle para paliar mi anterior descortesía. El me dirigió una mirada demasiado larga para resultar tranquilizadora, que me permitió fijarme en sus ojos, de un tono castaño tan claro que era casi amarillo. Luego se arrebujó en su capa de piel de lobo, que le daba el aspecto de un gran perro escuálido, y se tendió a dormir.

Bernard roncaba con suavidad y Goody no había movido un solo músculo desde que aquel hombre extraño apareció en nuestro campamento. Seguía envuelta de la nariz a los pies en un manto, tendida e inmóvil a mis pies. Puse otro leño en el fuego, me envolví los hombros en mi capa y decidí permanecer despierto.

A veces no es suficiente la voluntad de un hombre. En nuestro pequeño refugio del árbol el ambiente era templado. Las piedras del hogar irradiaban el calor hacia las paredes de madera, y los suaves ronquidos de Bernard tenían un efecto relajante. El horror, y luego el terror, de aquel largo día sin duda habían causado un fuerte impacto en mí, y pronto noté que mis párpados se cerraban. Me levanté, salí al frío del exterior del refugio y me froté la cara con nieve. Sin embargo, cuando volví a sentarme, no tardé en cabecear de nuevo y me deslicé hacia un extraño mundo de sueños.

Yo cabalgaba detrás de Robin en una columna de soldados. Cabalgaba junto a su hombro izquierdo, el lugar de honor. Delante y por encima de mí, su bandera ondeaba orgullosa al viento: una cabeza de lobo gris sobre fondo blanco. Miré hacia la estilizada imagen del lobo de la bandera que se mecía en la brisa y entonces, de pronto, la imagen cambió y el rostro del animal adquirió vida, las pinceladas negras y grises sobre la tela blanca se convirtieron en piel auténtica, con orejas puntiagudas y dientes afilados, y el animal me miraba con atención. Entonces saltó con un rugido, fuera de la bandera, directamente hacia mí. Y desperté con un sobresalto.

Garrote en mano, el hombre extraño estaba inclinado sobre el cuerpo dormido de

Bernard. En el momento en que abrí los ojos, el arma descendía y fue a estrellarse contra la cabeza del *trouvere*. Di un grito inarticulado y busqué mi puñal en el cinto. Él se volvió y me impresionó la transformación del hombre canijo y humilde que me había pedido perdón hacía tan sólo unas horas. Se había convertido en una bestia, una fiera: sus ojos amarillos relucían en aquel peludo hocico grisáceo, tenía la boca ligeramente abierta y un hilo de baba colgaba de sus labios.

—Carne —dijo, casi en un susurro—. Carne fresca. Ha venido hasta mi casa y, sin pedirme permiso, ha encendido fuego. Un fuego para asarse a sí misma.

Se echó a reír, una carcajada maníaca. Supe entonces que el diablo había entrado en él, y que estaba loco. Avanzó hacia mí agachado, empuñando el garrote con las dos manos, el extremo más grueso balanceándose de un lado a otro.

—Ven aquí. Ven a cenar —dijo, y soltó una carcajada.

Sentí mi mano húmeda en el pomo del puñal; me puse en pie, atento en todo momento a los movimientos del garrote. Eran hipnóticos, y sólo gracias a un esfuerzo considerable pude apartar los ojos y mirarle a la cara. Me sentía atemorizado, temblaba por horribles pavores ancestrales, pero tenía experiencia suficiente para esperar y vigilar aquellos terribles ojos amarillos hasta leer en ellos la intención de atacar.

Goody despertó y asomó la cabeza por el borde del manto. Estaba tendida en el suelo, entre el salvaje y yo. Él la miró.

—Bonita, muy bonita —susurró—. Dulce y jugosa. Bienvenida a mi cocina, señorita.

Lamió el hilo de baba que colgaba de su boca, lo tragó y chasqueó los labios. Yo avancé un paso con el puñal en mi mano derecha con la intención de proteger a Goody, pero al hacerlo tropecé y me desequilibré. Entonces él atacó, con la rapidez del relámpago. Amagó un golpe de arriba abajo a mi cabeza con el extremo más grueso del garrote, y cuando me eché atrás para esquivarlo, cambió la dirección del arma y fue a golpear mi muñeca derecha. El puñal saltó de mis manos y rebotó hacia un rincón del árbol hueco. Al acto él se abalanzó sobre mí, que tenía aún los pies enredados en el manto de Goody, y los dos rodamos por el suelo.

Era asombrosamente fuerte para ser tan flaco; tal vez la fuerza le venía de su locura, porque mientras rodábamos por el suelo me sujetó con facilidad, e intentó morderme en la cara y en el cuello. Conseguí mantenerlo a distancia, pero sólo a costa de un enorme esfuerzo. Podía oler su aliento, un extraño hedor a heces, y sus ojos amarillos brillaban como llamas en su cara demacrada. Me ayudó el miedo: así su cuello con las dos manos y, con la energía que me prestaba mi terror, apreté para salvar mi vida, mientras él se retorció, me daba puntapiés y me arañaba la cara y el cuerpo. Aun así, era demasiado fuerte para mí, se liberó de mi presa y se me echó encima, con su boca roja abierta, babeando y buscando las grandes venas de mi

cuello. Lo único que podía hacer era mantener apartados de mí sus dientes afilados, empujando hacia atrás su pecho y sus hombros resbaladizos por el sudor. Mi resistencia se debilitaba y su cara estaba cada vez más cerca de mi piel.

—¡Goody, el puñal! —grité, y con un empujón en el que puse todas las fuerzas que me restaban, lo descabalgué de mi cuerpo y conseguí inmovilizar uno de sus brazos con mi rodilla, mientras él se retorció con la espalda en el suelo. Sujeté su brazo derecho libre con mi mano izquierda y durante un segundo miré la horrible cara de aquel hombre-bestia. Sus ojos se apartaron de pronto de los míos y miraron más allá, por encima de mí y a mi derecha, y entonces sentí un soplo de aire junto a mi cara y dos delgados brazos infantiles, que sostenían a dos manos el mango del puñal y empujaron hacia abajo la punta afilada a través de su ojo izquierdo hasta el interior de su torturado cerebro. La bestia tuvo una sacudida de todo el cuerpo, dos, y quedó inmóvil: el cuerpo flácido, los brazos extendidos en forma de cruz... y la cabeza clavada al suelo por un palmo de frío acero español.

Caí hacia atrás, jadeante y exhausto. Goody se refugió en mis brazos y la acuné con suavidad mientras miraba al hombre muerto; porque lo cierto es que, una vez muerto, ya no se parecía a un animal. Su faldellín de piel de lobo se le había subido durante la lucha y me di cuenta de que entre las piernas tenía..., no tenía nada. Sólo una fea cicatriz negra. Fue entonces cuando lo reconocí: era Ralph, el violador que había sido azotado, Castrado y expulsado de la granja de Thangbrand en las primeras semanas de mi estancia allí. Bien, *requiescat in pace*, pensé. Que Dios te haya perdonado tus terribles pecados.



Tuve a Goody en mis brazos largo rato, y contemplé a muerto mientras ella lloraba en silencio sobre mi pecho. Luego la envolví en su manto, atendí a Bernard —estaba inconsciente pero su respiración era normal—, aticé el fuego y finalmente me ocupé de mí mismo. Mi brazo derecho estaba hinchado y me dolía, pero sólo tenía magulladuras. Lo froté con nieve para reducir la hinchazón y el frío ayudó a calmar el dolor, en alguna medida. Luego arranqué el puñal de la cabeza de Ralph, y lo limpié en su falda antes de arrastrar el cadáver fuera del árbol hueco hasta la línea de los árboles, más allá del claro. No tenía fuerzas para cavar una tumba, ni siquiera para enterrar el cuerpo con piedras. De modo que lo dejé allí, a treinta metros de nuestro campamento, oculto entre los árboles. Mientras volvía al calor del fuego oí el primer aullido, un sonido solitario y doliente en el silencio del bosque..., y me apresuré a regresar al lado de Goody y Bernard.

Dormité hasta el alba, con Goody abrazada a mí, mientras los lobos proyectaban a nuestro alrededor su música fantasmal desde el bosque. Con las primeras luces me

froté la cara con nieve y busqué en nuestro escondite de madera cualquier cosa que pudiera sernos útil, a la débil claridad que se filtraba desde el exterior. Encontré una vieja olla de hierro y la puse al fuego después de echar dentro unos puñados de nieve. Pero aparte de eso, no encontré nada más que algunos harapos de tela mohosa y unos huesos viejos de un aspecto inquietantemente humano. Recogí los huesos y los llevé al lugar donde había dejado el cadáver de Ralph, en el extremo del claro. Sin embargo, no había rastro del cuerpo. El suelo aparecía pisoteado por las patas de docenas de lobos, y habían quedado una pequeña mancha de sangre en la nieve y algunos pedazos de cuero, pero nada más. Era el Mes del Lobo en Sherwood, y esos animales famélicos se comían incluso las botas viejas si alguien las dejaba fuera de la cabaña por la noche.

Bernard seguía inconsciente, con un gran chichón en la sien causado por el garrote de Ralph. Pero después de palparlo con cuidado, me pareció que el hueso no se había roto y que se despertaría sin novedad. Goody dormía otra vez, y teniendo en cuenta lo que había pasado durante el día y la noche últimos —primero fue testigo de la muerte de sus padres, y luego ella misma mató a un monstruo con sus manos—, me alegré de que pudiera descansar un rato. Decidí que no iríamos a ninguna parte aquel día. No podía cargar con Bernard y Goody, y pensé que sería preferible quedarnos al calor del refugio del árbol en vez de vagar por el bosque sin saber dónde estábamos ni adónde íbamos. De modo que me dediqué a recoger más leña, a romper ramas secas y a llevarlas a nuestro refugio. El trabajo me abrió el apetito, y en una o dos ocasiones oí aullar a los lobos, de modo que me apresuré a volver con mi brazada de leña a la seguridad del campamento.

Hice una buena fogata, amontoné una considerable pila de leña para la noche y pude dormir algunas horas con un sueño inquieto. El hambre me atenazaba el estómago: llevábamos un día y una noche sin haber comido más que unos mordiscos de jamón asado y un pedazo de pan seco debajo del acebo. Incluso empecé a envidiar a Bernard, que seguía inconsciente y por tanto libre de las urgencias del hambre. Estaba pálido, pero su corazón latía de forma regular. Lo cubrí con su manto y le dejé dormir. Goody se despertó a media tarde, pidió de comer y aceptó en su lugar unos sorbos de agua caliente. Sentí crecer mi respeto por ella: a los diez años estaba afrontando aquella, situación como una mujer madura, o más bien como un soldado veterano. Yo todavía no acababa de asimilar el hecho de que hubiera despachado fríamente a un loco con un solo golpe de mi puñal. Pero era la hija de un guerrero y se había criado entre proscritos. Una muerte violenta no era algo tan extraordinario en la casa de Thangbrand.

Cuando empezó a anochecer en el claro del bosque, los lobos volvieron a entonar sus agudos lamentos. Primero fue uno, luego otro se sumó al coro. Luego el tercero y el cuarto. Se estaba convocando a la manada, y, como si yo mismo fuese un lobo, se

me erizaron los pelos de la nuca.

—Es un canto realmente hermoso, ¿verdad? —dijo Bernard—. Casi en armonía, aunque no del todo. Y tan triste...

Me alegré tanto de tenerle de vuelta con nosotros que corrí a abrazarlo.

—Me estás asfixiando, chico —dijo, irritado—. Y para de lloriquear como un bobo.

Exageraba, desde luego. En mis ojos apenas había un ligero velo de humedad. Pero me sentí muy feliz al oírlo de nuevo en el país de los vivos. Gruñó al incorporarse y palpar el chichón de la sien.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. La cabeza me está matando, y siento que llevo una vida entera sin beber un trago.

De modo que se lo conté, tartamudeando: el hombre que parecía un lobo, el garrotazo en la cabeza cuando dormía, la pelea y la puñalada de Goody que me salvó la vida, y el cuerpo del loco comido por los lobos.

Bernard asintió, y el movimiento de la cabeza le hizo encogerse de dolor.

—Eres una chica muy valiente —dijo a Goody, que se ruborizó—. Entonces, ¿qué planes tenemos? —me preguntó a mí.

Analizamos juntos la situación: se estaba haciendo de noche pero ya no nevaba; no teníamos comida, pero sí fuego y un refugio; también existía la posibilidad de que los hombres de Murdac aún nos buscaran; y la posibilidad de que otros supervivientes necesitaran nuestra ayuda. ¿Era preferible quedarnos quietos? ¿O caminar hacia el sur con la esperanza de encontrar alguna cabaña en la que pedir ayuda? También estaban los lobos... Nuestras discusiones se habían visto puntuadas por aullidos de un volumen cada vez más alto, y más cercanos. Entre los árboles del borde del claro veíamos de vez en cuando el brillo de unos ojos en la oscuridad, al reflejo del fuego. Aquí y allá, formas grises se movían entre los árboles.

Bernard detuvo mi charla levantando una mano.

—Me parece claro que hemos de quedarnos aquí esta noche si queremos seguir enteros.

Señaló el bosque oscuro en el que se veían ahora tres pares de ojos de animales. Tenía razón. Los aullidos habían cesado. La manada de lobos se había reunido delante de nuestro refugio, y no nos permitiría ir a ninguna parte.

Alimentamos el fuego, y durante media docena de horas no ocurrió nada aquella noche. Dormitamos, bebimos agua caliente y observamos los ojos que iban y venían al resguardo de los árboles. Luego, pasada ya la medianoche, una sombra furtiva se recortó contra el fondo oscuro del bosque y un lobo cruzó el claro iluminado por la hoguera y desapareció en el lado opuesto. Era un animal grande pero flaco, y nos dirigió una mirada malévolamente al pasar delante de nuestro patético refugio. Luego, solos o por parejas, con mayor atrevimiento después del paso del primer lobo, otros

salieron de entre las sombras y empezaron a acercarse a nuestro campamento. Echamos más leña al fuego y, al principio, los lobos se alejaron de aquel calor rugiente. Pero, poco a poco, volvieron. Un lobo se sentó sobre las patas traseras a menos de doce pasos del árbol. Dio un largo bostezo y pude ver con toda claridad su gran lengua y los dientes que relucían a la luz de una gran luna llena.

Nos quedamos mirando al enorme animal en silencio. Bostezó de nuevo, y echó atrás los belfos negros mostrando los grandes dientes afilados. Yo extraje una rama del fuego, la agité para que la llama prendiera bien en la otra punta y después la arrojé contra el lobo. Hizo un quiebro elegante y se alejó algunos pasos..., para volver luego exactamente al mismo lugar. Luego, sus hermanos fueron a reunirse con él; eran más de una veintena de esbeltos animales de pelaje gris.

—No desperdicies así la leña —advirtió Bernard—. Probablemente vamos a necesitarla.

Miré el montón de leña colocado a un lado en el refugio del árbol y el corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que tenía razón. Aunque el alba no podía tardar mucho en llegar, apenas íbamos a tener leña suficiente para mantener una fogata pequeña ardiendo durante el resto de la noche. Me maldije a mí mismo por no haber recogido más. Los lobos se juntaron en un amplio círculo en el límite del terreno iluminado por las llamas; parecían demonios del infierno con sus grandes colmillos, sus ojos relucientes y su hambre salvaje. Después de la fantasmal belleza de sus aullidos de las primeras horas de la noche, ahora guardaban un extraño silencio. Sin embargo, no estaban quietos: algunos paseaban para investigar lo que había detrás de nuestro árbol hueco y otros cambiaban de posición para observarnos desde más a la izquierda o la derecha con sus malignos ojos amarillos. Bernard y yo nos habíamos provisto de garrotes; Bernard empuñaba una gruesa rama de un árbol y yo el arma de Ralph. Nos colocamos a uno y otro lado del fuego, en la entrada del refugio del árbol, a la espera del ataque que sabíamos que iba a llegar. Pero los lobos no parecían tener prisa. Con el puñal a mano, Goody se colocó detrás del fuego, y lo alimentaba de vez en cuando, tan parcamente como podía, porque la pila de leña iba menguando con rapidez. Los lobos corrían ahora atrás y adelante por el claro enfrente de la hoguera, manteniéndose lejos del alcance de nuestros garrotes y del fuego, pero acercándose un poco más a cada nueva pasada. A veces uno corría directamente hacia nosotros, una carrera corta de ensayo de unos pocos metros, y se acercaba más y más hasta que reaccionábamos y amenazábamos a la bestia con los garrotes. Entonces el animal hacía un quiebro, cambiaba de dirección y desaparecía en la oscuridad. Parecían ponernos a prueba, probar nuestra fuerza, y tal vez intentaban asustarnos para hacernos salir de nuestro refugio y de la seguridad del fuego. Pero no teníamos ningún lugar adónde correr, y con el árbol hueco a nuestra espalda y el fuego entre nosotros, Bernard y yo estábamos en la mejor posición imaginable dadas las

circunstancias.

De todas maneras, admito que estaba asustado. Si conseguían penetrar entre nosotros, aquellas grandes fieras podían convertirnos en piltrafas ensangrentadas en un instante. Intenté no pensar en aquellos colmillos puntiagudos clavados en mi carne, desgarrándola, abriéndola en dos. Yo estaba asustado, pero los lobos no parecían tener miedo. Las carreras de prueba continuaron, y los animales siempre se detenían a un paso del peligro; y luego, cuando Bernard y yo nos hartamos de aquel juego, un lobo vino correteando hacia mí y de pronto se lanzó en un gran salto en busca de mi garganta.

Casi me cogió desprevenido; estaba tan cansado después de docenas de aproximaciones parecidas que siempre acababan en una rápida retirada, que cuando llegó el verdadero asalto no estaba alerta. Pero, a Dios gracias, reaccioné a tiempo cuando aquella enorme sombra gris cayó sobre mí. Di un paso atrás y mi garrote trazó un arco corto y alcanzó a la bestia de lleno a un lado del hocico cuando aún estaba en el aire. Cayó de lado con un gáñido de dolor, pero aterrizó sobre sus patas como un gato y rápidamente se retiró detrás del grupo de sus hermanos, lamiéndose el hocico y con aspecto de estar más avergonzado que herido. Sin embargo, aquel primer movimiento había roto la tregua.

Otro lobo se acercó a la carrera y se abalanzó hacia mi cara con un gruñido ronco, malvado, y otro más vino trotando detrás de él; y por el rabillo del ojo vi que un bulto gris saltaba hacia Bernard al mismo tiempo. Hice revolear el garrote con todas mis fuerzas y alcancé en el cuerpo al primer lobo, con un crujido de costillas rotas. Golpeando de revés, di al segundo en la paletilla, y los dos se retiraron entre gáñidos fuera del radio de acción de nuestros garrotes. Bernard tenía los dientes de su lobo clavados en la rama, que sostenía en posición horizontal con las dos manos, como si fuera una barra de hierro. El *trouvere* arrojó de pronto el arma lejos, haciendo caer al animal sobre la nieve, y se agachó para agarrar por el extremo una rama que ardía en el fuego, y plantarla en la cara del sorprendido asaltante. Hubo un siseo de carne chamuscada y un aullido, y la fiera retrocedió, pero a Bernard se le había calentado la sangre. Sacó otro leño del fuego y con gritos furiosos, agitando las dos ramas llameantes por encima de la cabeza, cargó contra toda la manada. Fue un movimiento suicida, porque abandonaba la seguridad de nuestra posición, pero funcionó. Los lobos huyeron a la desbandada delante de él, para ponerse a salvo de aquellas antorchas llameantes.

El susto no les duró mucho tiempo. Vi a un gran lobo negro que daba un rodeo para colocarse a su espalda mientras él seguía ahuyentando a sus hermanos de manada con las ramas encendidas, y entonces también yo salté fuera de la protección del fuego y en tres zancadas llegué junto al animal y le di un garrotazo en el centro de la espina dorsal. Se oyó un crujido siniestro y la fiera negra, con las patas traseras

paralizadas y aullando de rabia y de dolor, se arrastró sobre sus patas delanteras fuera del círculo iluminado por el fuego. Que, de pronto, noté que se había hecho mucho más pequeño.

—Por favor, no volváis a hacerlo —dijo Goody a nuestra espalda—. Por favor, no me dejéis sola para que ellos me coman.

Me volví para mirar a ella primero y luego a Bernard. Estaba sin resuello después de su insensato alboroto, y se reía en silencio de sí mismo.

—No te preocupes, bonita —dijo con un bufido—. Estamos todos metidos en esto, me parece. Si cogen a uno de nosotros, nos cogen a todos.

Fruncí la frente. No me pareció que la observación de Bernard nos sirviese de gran ayuda.

—Falta poco ya para que amanezca, Goody —dije—. Y recuerda que están tan asustados de nosotros como nosotros lo estamos de ellos.

Era ridículo decir una cosa así, y en medio de nuestro pavor y nuestro agotamiento, los tres rompimos a reír. Bernard estaba doblado en dos, apoyado en un bastón o rama a medio quemar, y le corrían las lágrimas por las mejillas mientras reía y chillaba a todo pulmón. Lo cierto es que los lobos parecieron ponerse nerviosos al oír los ruidos extraños que hacíamos sus presas, y se movían incómodos dentro y fuera del círculo de luz. Pero aquello no duró mucho. Pronto comenzó de nuevo el asalto. Esta vez, en serio.

Se repitió la misma pauta anterior: los lobos daban carreras cortas de aproximación, de dos en dos o de tres en tres; nosotros hacíamos volar los bastones y ellos esquivaban con ligereza los golpes. Resultaba agotador. De vez en cuando, Bernard o yo alcanzábamos a una de las bestias y oíamos un crujido satisfactorio. Pero era raro, y nuestros brazos estaban cada vez más cansados, mortalmente cansados por el continuo manejo de los pesados garrotes. Y todavía teníamos un problema más grave que el cansancio: el fuego.

El fuego estaba cada vez más bajo y me volví a mirar a Goody para reprochárselo. Era su trabajo, mantener las llamas altas. Ella señaló sin decir nada el montón de leña y vi nuestra condena en el patético puñado de ramas que quedaba.

—Falta poco para que amanezca —dijo Bernard. Nos habíamos estado diciendo lo mismo el uno al otro desde hacía ya varias horas. Pero lo cierto es que no sabía qué diferencia nos iba a traer la luz del día.

Los últimos restos de leña fueron a parar al fuego. Nos miramos unos a otros. Goody apretaba el puñal en la mano y se había acurrucado al fondo del refugio. Los lobos se relevaban para atacar ahora de forma casi continua. Uno saltaba y lo golpeábamos, pero mientras estábamos enzarzados con el primer animal, ya teníamos otro delante. Le dábamos también, y ya otro saltaba tratando de mordernos la cara. Rara vez nuestros golpes daban en el blanco. Era como un juego, un juego mortal de

bestias que saltaban y colmillos que relampagueaban y bastones que volaban; y entre tanto el fuego languidecía más y más, y notábamos nuestros brazos más y más débiles, y los lobos no nos daban respiro. Sabía que si bajaba la guardia durante un segundo, un lobo cruzaría la línea de defensa y se abalanzaría sobre Goody, y le seguiría una oleada de vértigo feroz y de dentelladas que nos harían trizas a los tres en un instante. Un animal, más flaco que los otros, aguardaba al acecho hacia el lado derecho del tronco hueco del árbol. Pude verlo con el rabillo del ojo y, cuando los otros lobos me dejaron una pausa momentánea, le dirigí un garrotazo que obligó a la bestia a retirarse a la oscuridad. Pero entonces una sombra gris se abalanzó directamente sobre mí y, cuando le aticé con fuerza en los cuartos traseros, el animal que venía detrás saltó desde las sombras y hundió sus dientes en mi antebrazo derecho. Grité de horror y de dolor; sentí el temible peso del animal que tiraba de mí hacia abajo, hacia el suelo en el que me vería de inmediato aplastado por la manada. Pero casi al instante Goody, la hermosa, la valiente Goody, estuvo a mi lado y hundió el puñal en el cuerpo de la bestia. Esta aulló cuando la punta desgarró su costado y soltó la presa en mi brazo, y yo, de rodillas y con la sangre que brotaba en el aire helado, golpeé con el garrote en la mano izquierda otra forma gris que volaba en dirección a mi cabeza. Por bondad de Dios la manada retrocedió entonces y pude ver media docena de bultos inmóviles sobre la nieve mientras me ponía de nuevo de pie, jadeante, con la sangre filtrándose entre mis dedos empapados.

El fuego estaba ya casi apagado, pero una claridad gris empezaba a inundar el entorno. Al apoyarme en mi bastón, sin aliento y exhausto, vi que aún quedaban unos quince animales babeando en semicírculo alrededor del árbol. ¿Era el final? ¿Era mi destino caer vencido por aquellos monstruos, y ser luego despedazado y devorado por ellos? Levanté el garrote con mucha dificultad y lo agité débilmente delante de un lobo que fintaba para atacarme. Sus hermanos no se movieron. Sus grandes lenguas rosadas asomaban entre sus mandíbulas, y parecían reírse de nuestros débiles intentos de ahuyentarlos. Goody empezó a vendar mi brazo herido con una tira de tela arrancada de su falda, y de pronto, como obedientes a una señal silenciosa, todos los lobos avanzaron juntos. Yo levanté el garrote, mordiéndome los labios por el dolor agudo que recorrió mi brazo. Bernard consiguió dar un buen golpe en el cráneo a un lobo grande y el animal aulló y se apartó de un salto fuera de su alcance. Entonces, de pronto, todos al tiempo, los animales se quedaron paralizados y se volvieron hacia el extremo más alejado del claro. Fue casi cómico ver a los animales absolutamente quietos en actitud de atacar, como si se hubieran quedado de piedra. Me volví a mirar en la dirección a la que se habían vuelto todos, y el corazón brincó en mi pecho al ver aparecer, saliendo de la línea de los árboles, a los dos perros más grandes que jamás he visto. Dos mastines del tamaño de un ternero, de pelaje rojo y gris, con cabezas cuadradas macizas y mandíbulas terribles, capaces de abarcar la pierna de un hombre,

cruzaron a la carrera el claro del bosque y un instante después se habían arrojado encima de los lobos. Aunque estaban en una desventaja numérica de ocho contra uno más o menos, no hubo lucha. Uno de los enormes mastines cerró sus mandíbulas sobre la cabeza de un lobo joven y de una dentellada le rompió el cráneo. El otro bajó la cabeza y hundió los colmillos en el vientre de otro lobo, que desgarró dejando un rastro de sangre roja y tripas amarillentas, antes de revolverse con ferocidad contra otra silueta gris encogida. También aparecieron hombres en el claro. Unos a caballo, otros a pie. Los lobos se batían ahora en retirada, y huían a través de la nieve perseguidos por los dos mastines. Un jinete, armado con un arco de batalla, apareció al galope, se inclinó sobre su montura y, sin detenerse a respirar, colocó y lanzó una flecha que alcanzó en el cuerpo a un lobo en fuga y lo dejó pataleando y aullando, tendido en la nieve. El jinete era Robin, lo reconocí con una explosión de alegría. A su lado estaba Tuck, disparando flecha tras flecha a la manada que se esfumaba; y con él, la maciza silueta de Little John y media docena más de nuestros amigos tan añorados.

—Ya era puñetera hora —murmuró Bernard, y dejó caer su rama antes de derrumbarse sobre la nieve helada pisoteada por los lobos.

Capítulo X

Caí de rodillas en la nieve, solté el garrote y por fin pude relajar mis brazos doloridos dejándolos colgar laxos de los hombros. Robin estaba aquí. Yo no sabía por qué ni cómo había aparecido en el último instante para salvarnos de una muerte segura, y tampoco me importaba debido al inmenso alivio que me invadía.

Tuck se acercó y me ayudó a ponerme en pie. Me envolvió en sus brazos fornidos y agradecí el calor y la fuerza que me transmitía con su contacto. Curó mi brazo, limpiándolo y colocando un vendaje nuevo. Robin vino a saludarme, me miró con sus grandes ojos de plata y me felicitó por haber sobrevivido. Parecía contento al verme y yo sentí la ya familiar corriente de afecto hacia él. Luego me dio las gracias por haber salvado a Godifa.

—Ha sido ella la que me ha salvado a mí —dije, con voz insegura por el alivio. A continuación les conté a todos cómo había dado muerte a Ralph, el hombre del bosque, y cómo me ayudó a luchar con los lobos, manejando mi puñal. Goody estaba ahí sin decir nada y con la cabeza gacha, más culpable que heroica, pero los hombres estuvieron muy efusivos con ella y le dijeron que era digna hija de su padre y que él se habría sentido orgulloso de ella, lo que provocó un sollozo ahogado.

Lo mejor de todo es que los hombres de Robin venían cargados de provisiones. John extendió unas gruesas mantas de lana sobre la nieve, y nos lanzamos sobre la carne fiambre, el queso y el pan que traían en las alforjas. Bernard descubrió un pellejo de vino y pareció que se proponía beberlo entero de un solo trago. Tuck había examinado el chichón que tenía en la cabeza, y anunció que probablemente Bernard no moriría de inmediato. De hecho, el vino y la comida revivieron a Bernard hasta tal punto que, sentado en la manta cubierta de migas en aquel claro nevado, incluso empezó a componer la que más tarde sería conocida como la *Canción de la muerte del hombre lobo de Sherwood*, una melodía extraña que imitaba los aullidos de los lobos y en la que hablaba de la fiera que se esconde en el corazón de todos los hombres. Le oí canturrear para sí mismo entre trago y trago de vino. Estrenó la canción unas semanas más tarde, en una cómoda cueva iluminada por una fogata y rodeado por docenas de compañeros de Robin; e incluso en medio de aquellos robustos guerreros, sentí que un escalofrío de terror recorría mi interior.

Hubo un incidente que me produjo cierta extrañeza, sin embargo. Robin había traído consigo un prisionero, un soldado común de edad mediana o incluso algo

mayor, con una expresión infeliz y asustada en su cara flácida, y una herida de flecha de mal aspecto que le impedía levantar el brazo derecho para defenderse. Robin me dijo que se había tropezado con un pequeño grupo de hombres de Murdac cuando buscaba supervivientes de la matanza de la casa de Thangbrand. Habían aniquilado en un momento a aquel puñado de soldados enemigos pero, en contra de la costumbre usual de ejecutar limpia y rápidamente a todos los prisioneros, Robin había insistido en mantener con vida a aquel hombre. Lo miré, y me acordé de sir John Peveril. Reprimí un escalofrío. Sentado a lomos de su caballo, con los pies atados bajo el vientre del animal y la mano buena sujetando el pomo de la silla de montar, su figura resultaba patética. Me acerqué con la intención de hablarle, pero Robin me detuvo colocando una mano en mi hombro.

—No le hables, Alan; es más, tampoco lo mires —dijo—. Deja que crea que no existe, que es sólo un fantasma.

Me lo quedé mirando. ¿Estaría planeando otra repugnante mutilación? Sin embargo, no me atreví a desobedecerle, de modo que evité cualquier contacto con aquel pobre hombre. Dios se haya apiadado de su alma.

Mis recuerdos del rescate se borran en ese punto. Tal vez fue la conmoción de los días pasados lo que creó esa laguna en mi memoria, o pudo ser el mordisco del lobo o mi agotamiento total. También puede que sea simplemente el precio de haber vivido tantos años: ahora soy viejo desde todos los puntos de vista, y los detalles de algunos episodios de mi vida se nublan, o incluso desaparecen por completo de mi memoria. En cambio, otros recuerdos son tan claros como un cristalino arroyo de montaña, y uno de ellos es el de mi primer consejo de guerra con los hombres de Robin en las cuevas.

Debimos de empaquetar nuestras cosas en el claro, por más que no lo recuerde, y montar a caballo. Tuck debió de llamar a sus mastines y atraillarlos: sus nombres eran *Gog* y *Magog*, me explicó más tarde, e insistió en que todavía no eran más que unos cachorros. Un amigo se los había regalado, dijo, y los estaba entrenando para la guerra. Pero cachorros o no, nunca me sentí del todo tranquilo en su presencia, consciente de que sus largos colmillos podían arrancarme un brazo sin más esfuerzo que el que me llevaría a mí retirar el espetón que atraviesa la carne de un capón.

Sin duda cabalgamos por el bosque durante muchas horas, pero no recuerdo nada de aquel viaje. Es de suponer que cuando por fin llegamos al cuartel general secreto de Robin, media docena de grandes cuevas en el corazón de Sherwood, alguien curó mi brazo herido y me fue asignado un lugar donde dormir. Asimismo, debí de pasar varios días recuperándome de mi reciente experiencia, pero también eso se ha desvanecido de mi memoria: mis recuerdos retornan ante una larga mesa cargada de comida y bebida, tres o cuatro días después de la lucha con la manada de lobos. Robin estaba sentado a la cabecera, con Hugh y Little John a uno y otro lado. Los

bancos de los laterales de la mesa estaban ocupados por guerreros proscritos que despachaban un almuerzo de asado de ciervo dispuesto en unas bandejas de oro que desviaban hacia el techo el reflejo de la luz que se filtraba por la entrada de la cueva. Nunca antes había visto yo tanto esplendor, y me chocó la indiferencia con la que aquellos hombres golpeaban las bandejas y las rascaban con sus cuchillos. En el otro extremo de la mesa nos sentábamos Will Scarlet y yo, delante de un capón guisado con salsa de cebolla. Tuck no estaba: casi nunca asistía a los consejos de Robin, porque decía, bromeando tan sólo a medias, que ofendía sus sentimientos cristianos prestar oído a los planes malvados de unos hombres viles.

Tampoco Bernard tomó parte en nuestras deliberaciones; Goody y él estaban en otra cueva, y allí daban los últimos retoques a la *Canción de la muerte del hombre lobo de Sherwood*, en la que Goody acompañaba la melodía con unos escalofriantes aullidos lobunos. Se había recuperado con una rapidez asombrosa de su aventura y tenía otra vez un aspecto satisfecho y alegre, aunque insistía en que o bien Bernard o bien yo la acompañáramos en todo momento, y en una o dos ocasiones la oí sollozar debajo de las mantas, cuando los dolores de mi brazo herido me impedían dormir.

Hugh y Will Scarlet, por lo que pude averiguar, habían sobrevivido a la matanza de la casa de Thangbrand por pura casualidad. Al amanecer del día del ataque de los hombres de Murdac, Will había estado agachado junto a la zanja, parcialmente cubierta con tablones, que nos servía de letrina. Vio irrumpir por la puerta de la empalizada a los primeros jinetes y, sin preocuparse ni siquiera de volver a colocarse bragas y calzas en su lugar, corrió derecho hacia el bosque y se escondió en lo alto de un árbol durante un día y una noche. Los hombres de Robin, que cabalgaban hacia el sur para celebrar con Thangbrand el final de las fiestas de la Navidad, encontraron a Will entre las ruinas carbonizadas de la sala del viejo sajón, acurrucado en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho, balanceándose atrás y adelante y llorando sin consuelo. Conmigo se portó de un modo tal que parecía una persona diferente: amable y servicial en todo. Los días de nuestras antiguas peleas parecían enteramente olvidados. Sin embargo, cada vez que él me sonreía yo veía la mella en el diente central que había mordido el clavo que puse en el mendrugo de pan, y llegué a preguntarme si de verdad me habría perdonado o si algún día, cuando yo menos lo esperara, querría vengarse.

También Hugh se había estado aliviando en la parte de atrás de la casa de Thangbrand cuando llegaron los jinetes enemigos. Dio a gritos la alarma a los que dormían en la sala, se hizo con una espada y corrió a los establos con la intención de combatir a caballo. Pero cuando pudo montar, los proscritos se habían encerrado dentro de la casa, y todos los que salieron estaban ya muertos. De modo que también él huyó al bosque y cabalgó a rienda suelta en dirección norte hasta encontrar a los hombres de Robin a la caída de la tarde.

Robin dio comienzo al consejo golpeando la mesa de madera, con una copa de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Se hizo un silencio expectante entre los reunidos y yo no pude reprimir un escalofrío de emoción. Por primera vez participaba en las deliberaciones del más importante proscrito de Inglaterra. Me parecía haber alcanzado el rango de sus hombres de confianza. Sentía como en la cara, sudaba mucho y el corazón me latía muy aprisa.

—Caballeros —anunció Robin—. Antes de empezar, quiero proponer un brindis por Thangbrand, un buen amigo y un gran guerrero. Juro aquí y ahora, por mi honor, que su muerte será vengada. Caballeros: por Thangbrand *el hacedor de Viudas*.

Todos murmuramos el nombre del muerto y bebimos. Robin apuró la copa enjoyada y la dejó sobre la mesa. Puede que fuera por la cantidad de personas que abarrotábamos la cueva, pero en ese momento empecé a sentirme ligeramente mareado. Me dolía la cabeza, y sentía el pulso como el redoble de un gran tambor.

—Lo cual nos lleva al punto siguiente —continuó Robin—. Creo que fuimos traicionados en la granja de Thangbrand. Alguien condujo a Murdac y a sus hombres hasta la casa. La pregunta es: ¿quién?

—Puede que no fuera nadie en particular —dijo Hugh—. Un campesino de las cercanías, un aldeano descontento con algún pleito sentenciado por Robin...

—Todos nos tienen demasiado miedo —le interrumpió Little John—. Por los rizos de la barba de Dios, nos hemos tomado bastantes molestias para atemorizarles. ¿Quién nos traicionaría y se arriesgaría a la tortura y la muerte para él mismo y su familia?

—Hay un candidato —dijo Hugh despacio—. Wolfram, o Guy, como se llama a sí mismo. Robó una gran joya de Thangbrand y huyó de la granja por miedo a la ira de su padre.

—¿Traicionaría a sus propios padres? —preguntó Robín—. Robarles..., bueno, sí. Pero guiar a la tropa hasta la puerta de la casa de su madre y su padre, sabiendo que los van a asesinar..., no lo sé. Haz averiguaciones, ¿quieres, Hugh? Quiero saberlo deprisa, y si ha sido Guy, lo quiero muerto. Pero para eso no tendré tanta prisa...

»El siguiente problema es qué hacemos con Murdac —prosiguió Robin—. Durante muchos años hemos mantenido con nuestro sheriff un pacto que funcionaba a la perfección: yo no molestaba a sus hombres, dejaba que sus funcionarios cumplieran con sus obligaciones en paz, y él no se metía en mis dominios. Ese pacto está roto. Ha matado a mis amigos y robado mis propiedades. Ha dejado de observar el debido respeto a mis operaciones y ha demostrado, de la manera más brutal, que no teme mi venganza. Así pues, caballeros, ¿alguna idea? ¿Qué vamos a hacer con sir Ralph Murdac, vasallo de nuestro noble rey Enrique y condestable del real castillo de Nottingham?

Se produjo un silencio que se prolongó durante algunos instantes, hasta que uno de los proscritos habló.

Era un hombre grueso y bobo llamado Much, hijo de un molinero de Nottingham que se había visto forzado a vivir al margen de la ley después de matar a un hombre en una riña de taberna.

—¿Por qué no matamos a ese hijo de puta? —murmuró.

Robin le sonrió sin ninguna expresión en la mirada,

—Te escucho... —dijo el señor de Sherwood.

Much, claramente incómodo por tener la atención de todos concentrada en él, sacudió la cabezota y dijo en voz baja:

—Metemos a algunos hombres en el castillo de Nottingham, yo lo conozco bien, solía llevar allí la harina... Aguardamos en un pasillo oscuro cerca del cuerpo de guardia, aparece Murdac, cuchillo a la garganta y se acabó el problema. —Sus palabras fueron recibidas con un silencio cargado de incredulidad. El añadió, tartamudeando—: O tal vez un arquero hábil colocado en las almenas podría... Es un tiro largo, pero bastaría una flecha...

—Cierra la boca, estúpido —dijo Little John—. No podemos entrar ahí. ¿No sabes que hay más de trescientos hombres de armas en el castillo? ¿Y qué pasará luego? ¿Cómo podrán los hombres salir vivos de allí con el revuelo que se armará? No, no, no. Hemos de esperar a que salga de su madriguera y acabar con él en Sherwood. Traerle a nuestro terreno, y no ir a luchar al suyo.

—¿De verdad queremos que muera? —le interrumpió Hugh. Hubo un silencio asombrado—. Lo que quiero decir es: ¿no será preferible darle una buena lección? Si nos vengamos y al mismo tiempo le damos una lección, puede que se comporte como una persona más tratable. Más dispuesto a cerrar otro pacto con nosotros, que ofrezca ventajas para las dos partes.

La cabeza me dolía cada vez más. Bebí un sorbo de cerveza de una copa de plata y sus elegantes líneas se desenfocaron y se hicieron borrosas cuando quise mirarlas. Intenté desesperadamente concentrarme y atender a la discusión.

—¿Qué hay de su familia? —dijo Will Scarlet, sentado a mi lado.

—No vamos a matar a mujeres y niños —dijo Robin—. Pese a lo que dice la gente, no somos monstruos.

Paseó su mirada por la mesa para asegurarse de que todos los presentes habían comprendido ese punto.

—No estaba pensando en la esposa y los pequeños de sir Ralph, señor... Su esposa murió el año pasado y los niños están en Escocia. Pensaba en su primo William Murdac, el recaudador de impuestos. ¿Le conocéis? ¿El que vive fuera de la ciudad, en Southwell?

—Es posible —dijo Robin.

—¿Posible? ¡Es perfecto! —Hugh dio un golpe en la mesa con el puño cerrado, que repercutió penosamente en mi cerebro—. Ese hombre es odiado, todo el mundo lo aborrece: el empeño que ponía en recaudar el diezmo de Saladino bordeaba la locura, y dudo que haya pasado todo el dinero recogido a su primo. ¿Qué recaudador de impuestos lo hace? Nos consta que el propio Murdac deja de entregar al rey una parte bastante respetable del dinero que recauda. Seguro que los cofres de su primo también están llenos a rebosar.

El hermano de Robin echó atrás su taburete y se puso en pie, con los puños cerrados apoyados en la superficie de la mesa. Irradiaba seguridad.

—Su palacio está bastante apartado, yo lo visité en una ocasión —dijo, y los ecos de su voz firme amplificadas por las paredes de la cueva resonaron dolorosamente en mis oídos—. Sólo tiene un puñado de guardias apostados de forma permanente en la casa. Además —hizo un floreo como un jugador al enseñar el as de triunfo—, es soltero. No tenemos que preocuparnos de mujeres ni de criaturas.

Hugh volvió a sentarse y dirigió a Robin una mirada triunfal.

—Sí. Bueno. Bien pensado, Will —dijo Robin, con una inclinación de cabeza dirigida a través de la mesa al pelirrojo, cuyo rostro se iluminó con una gran sonrisa mellada. Luego, dirigiéndose a Little John, añadió—: ¿Podrás encargarte de eso?

John asintió, y Hugh frunció el entrecejo.

—Quiero que me traigáis aquí la cabeza de ese William de Southwell —concluyó Robin—. Quiero entregársela a Murdac con un mensaje personal. Llévate a Will Scarlet, puesto que conoce el lugar.

El gigante asintió de nuevo. Robin se volvió entonces a Hugh.

—No te enfades, hermano. Quiero que organices otra cosa para mí, más importante que una expedición de castigo...

Hugh hizo una seña afirmativa, pero parecía todavía dolido.

—Muy bien. Punto siguiente —siguió diciendo Robin—. Quiero instalar en la granja de Selwyn la nueva escuela de adiestramiento, y quiero centinelas apostados día y noche en todos los caminos que pasan por allí. No quiero que se repita lo de Thangbrand. —Se dirigió entonces a Hugh—: ¿Tienes aún gente tuya en el castillo? Bien. Asegúrate de que nos den la alarma cuando una tropa de más de, digamos, por lo menos cincuenta jinetes salga de Nottingham...

La conferencia continuó, pero yo me sentía cada vez más enfermo. Me dolía el brazo mordido, no había cicatrizado bien a pesar de que Tuck lo vendó con gasas empapadas en agua bendita. La cabeza me daba vueltas y no era capaz de enfocar bien la vista. Vi entre nieblas a Robin mientras escuchaba las opiniones de sus hombres, tomaba decisiones y pasaba al punto siguiente. Era siempre exquisitamente amable, e incluso cuando le proponían los mayores disparates se limitaba a contestar: «Me parece que esa idea no es la mejor que hemos escuchado hoy».

No necesitaba ser cruel: Little John siempre estaba dispuesto a abochornar a quien decía alguna tontería, y el análisis de Hugh de una propuesta idiota era implacable, como yo sabía muy bien desde los días en que fui alumno suyo.

A pesar de que ponía toda mi voluntad en atender, mi atención se dispersaba. Las palabras se me hacían confusas, y en medio de mi mareo y de mis dolores empecé a pensar en las relaciones que unían a aquellos hombres. Todos parecían tener papeles muy definidos en la banda: Hugh era quien controlaba el dinero y los aspectos relacionados con la información sobre las operaciones; poseía una mente sutil, un enfoque filosófico de sus actividades. John era el encargado de hacer cumplir la voluntad de Robin, y el responsable de la instrucción de los hombres en el uso de las armas. Robin era el juez: tomaba decisiones, daba órdenes, y en él se equilibraban las dos fuerzas, mental y corporal, representadas por su hermano y por John. ¿Y Tuck? Tuck era un enigma. ¿Qué hacía, mezclado con aquella rústica compañía?

La conferencia terminó, y después de despedir a los hombres Robin se quedó sentado a la mesa, comentando alguna cuestión en voz baja con Hugh. Observé a los dos hombres mientras hablaban. La cara de Hugh se iluminó de alegría al oír las instrucciones secretas de Robin. En la penumbra los dos se parecían, aunque el rostro de Hugh era más alargado, más viejo y en cierta forma más triste. Pero estaba claro que Hugh adoraba a su hermano menor; su expresión mientras escuchaba era de devoción absoluta. Robin puso una mano sobre el hombro de Hugh y los dos se levantaron de la mesa; Hugh salió a toda prisa de la cueva, feliz y decidido. No volví a verle en varias semanas.

Robin se acercó al lugar donde aguardaba yo cruzado de brazos, junto a la entrada de la cueva, con la esperanza de que me diera alguna misión o alguna tarea difícil de realizar. Me miró con atención a los ojos, preocupado.

—Tú no estás bien —dijo—. Déjame ver tu herida.

Me llevó de nuevo a la mesa y me hizo sentar, porque las piernas me temblaban. Mientras desenrollaba con cuidado las vendas, advertí por primera vez el olor, una vaharada corrompida, un hedor a carne podrida. Cuando apartó las últimas gasas sucias de sangre y de pus, rompió la costra a medio formar sobre las heridas hechas por los dientes del lobo, y yo di un grito agónico al sentir una punzada de dolor insoportable que recorrió mi brazo y fue a alojarse en mi cerebro. Luego, ya no supe más.



Soñé con mujeres, y con el bosque virgen. Estaba tendido boca arriba en el bosque moteado por la luz del sol, y oía una voz que cantaba la *Canción de la doncella*. La voz pertenecía a una muchacha de una belleza casi imposible: esbelta y flexible como

un sauce joven, con un vestido blanco que se ajustaba a su cuerpo ligero y a sus pechos pequeños y dulces. Cantaba y bailaba al mismo tiempo, y evolucionaba entre los árboles como si ellos fueran sus compañeros de danza. Me puse en pie de un salto y eché a correr detrás de ella, gritándole que me esperara. Mientras corría a tropezones por el bosque con la muchacha casi al alcance de mi mano extendida, el cielo empezó a oscurecerse y yo salí de la espesura a un amplio claro de suelo pantanoso y despejado, y allí me detuve. Atrajo mi mirada una gran roca gris, casi de la altura de un hombre pero colocada en ángulo oblicuo, como un árbol parcialmente desarraigado. La muchacha vestida de blanco bailaba junto a la roca pero sus pasos eran más lentos, más solemnes. Me hizo una seña para que me acercara, pero no pude moverme y ella, con un encogimiento de hombros, siguió bailando alrededor de la roca gris, y empezó a acariciarla. Luego trepó por la roca y montó sobre ella a horcajadas como lo habría hecho en un caballo, apretando la piedra gris entre los muslos. Entonces la roca se transformó en un gran corcel gris que pateaba el aire con sus enormes cascos. La muchacha dio un sonoro grito y ella y su montura se elevaron en el aire. Volaron por encima del claro mientras ella lanzaba gritos salvajes al pasar por encima de mi cabeza. Luego, con tanta suavidad como cae al suelo una hoja seca, volvieron al suelo y el caballo se convirtió de nuevo en roca. La muchacha se deslizó por su lomo y se quedó tendida, acurrucada, en la base de la roca, dormida al parecer. Me quedé mirándola, y la palidez de su rostro se coloreó y ella se llevó una mano al vientre y empezó a gemir. De nuevo intenté moverme, acudir en su ayuda, pero no pude. Amanecía, y cuando miré mis pies vi que habían echado raíces como los árboles. Volví a mirar a la muchacha blanca y vi que ya no era una muchacha. Estaba tendida boca arriba desnuda, en un charco de sangre que se rizaba, cambia de forma y se convertía en los pliegues de una manta colocada bajo su cuerpo. Los pechos le crecían y colgaban a ambos lados de su pecho; el vientre también se había hinchado y ahora era redondo y maduro; y mientras la miraba, su vulva se abrió como una flor enorme y, con un largo gemido de la mujer, un enorme bebé cubierta de sangre asomó entre sus piernas. Quise extender ha ella mi brazo derecho, pero me resultó imposible levantarlo, y vi que se había convertido en una rama delgada rematada por unos vástagos retorcidos en el lugar donde habían estado mis dedos. El brazo se incendió de pronto y un ramalazo de dolor lo recorrió. Las llamas crecieron y empezaron a ascender hacia mi hombro.

A la sombra de la gran roca, la mujer del sueño sostenía en alto a su pequeño, envueltos los dos en la manta escarlata. Miró en mi dirección, sonrió y de inmediato me sentí aliviado; era una sonrisa venida a través de los tiempos, una sonrisa eterna de consuelo. Las llamas de mi brazo de madera se apagaron de pronto, como si lo hubieran metido en un cubo lleno de agua, y las quemaduras de la corteza fueron desapareciendo hasta convertirse en una línea negra que me cruzaba el antebrazo.

Volví a mirar a la madre y vi que se estaba transformando de nuevo. La manta escarlata empezó a oscurecerse y tomó un color pardo, y luego negro; también la mujer cambió de forma, su espalda se curvó, sus pechos se arrugaron. Los dientes cayeron de su boca como los pétalos de una flor muerta y la piel de la cara se cerró sobre sí misma. El niño que tenía en las rodillas se oscureció y empezó a cambiar de forma. Su piel empezó a cubrirse de vello, que fue espesándose hasta convertirse en un pelaje oscuro, y una gran cola negra brotó de su espalda. Estaba viendo a una anciana con un gato negro que parpadeaba en su regazo. De nuevo me miró y sonrió: una mueca desdentada en una cara arrugada como la cáscara de una nuez. Levantó una mano, extendió un dedo huesudo y me llamó por señas. Yo grite, invadido por un terror masculino innombrable.



Cuando desperté, estaba tendido sobre un jergón de paja en una cabaña a oscuras, desnudo bajo una gruesa manta que olía a humo y a sudor rancio. La única luz venía de un fuego encendido en el centro de la habitación. Una olla de hierro oscurecido colgaba de una cadena sobre el fuego, y una mujer vigilaba la olla y canturreaba para sí misma entre dientes. Por su perfil, me di cuenta de que era la mujer del sueño, de alguna manera todas ellas, la doncella, la madre y la vieja, las tres en una. Del techo colgaban atados de hierbas secas, y en los rincones de la cabaña habían amontonado distintos trastos: espadas y escudos viejos cubiertos de telarañas, la cornamenta de un gran ciervo, líos de ropa usada y polvorienta, y lo que parecía un esqueleto humano. La mujer, al ver que estaba despierto, vertió en un tazón un poco de caldo del que hervía en la olla y lo acercó a mi jergón.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, con un curioso acento cantarín. Balbuceé que me sentía mejor y me di cuenta de que estaba hambriento y empecé a tragar la sopa a sorbos. Ella me observó mientras comía y yo sostuve su mirada y continué sorbiendo y relamiéndome como un bebé ansioso. La examiné despacio. Tendría unos veinte años de edad, a lo que me pareció, y unas facciones ovales bastante comunes, pero en las que se insinuaban ya las líneas que iban a marcarla durante el resto de su vida. Llevaba el cabello castaño estirado hacia atrás, y sujeto en la nuca en forma de cola de caballo. No llevaba capucha ni cofia y parecía vestir únicamente un saco informe de arpillera parda. Colgado al cuello de una correa de cuero llevaba un curioso amuleto, con la forma del hueso de la suerte de los pollos o de la letra «Y». La miré de nuevo a la cara y vi que tenía unos ojos amables de color avellana, y, aun que sólo tenía unos pocos años más que yo, me recordó mi propia madre.

Cuando hube acabado de comer, se llevó el tazón me dio un vaso con una infusión de hierbas ligeramente amarga pero refrescante.

—Déjame ver ese brazo —me pidió, y empezó a desatar la venda de tela blanca y limpia—. Llegamos a pensar que lo perderías, porque la infección era muy mala, pero gracias a la bendición de la Madre y a las pocas habilidades que tengo, parece que se va arreglando bien.

Retiró la última venda y yo grité alarmado. Había cuatro punzadas profundas en el brazo, cuatro heridas rojibeteadas de negro que supuraban un líquido amarillo, y en cada una de ellas se removía un par de gusanos gordos y rosados.

—No te asustes —dijo, con una sonrisa—. Ellos te curan. Se comen la carne podrida y dejan sólo la sana. Le debes el brazo a mis gorditas preciosidades.

Con un cuidado infinito fue sacando los gusanos uno por uno y los dejó caer en una pequeña caja de madera. Luego lavó la herida con un líquido amarillento y cubrió con mucha suavidad cada una de las heridas con un emplasto de telarañas, antes de envolverlas de nuevo en vendas limpias.

—Ahora tienes que dormir —dijo—. El descanso te devolverá la salud...

Y antes de que acabara de hablar, yo ya me había dormido.

Cuando desperté de nuevo, Robin estaba allí.

—Brigid dice que te estás curando bien —me dijo con una sonrisa.

Yo me lo quedé mirando.

—¿Quién?

—Brigid, la sacerdotisa; la mujer que cuida de ti. Esa irlandesa que no ha tenido escrúpulos en hacerte comer ojos de sapo y rabo disecado de murciélago durante toda la semana pasada. —Sonreía—. Aunque debo confesar que al parecer te han sentado bien.

Sí que me sentía bien. Tenía otro vendaje limpio en el brazo y sentía un hormigueo al flexionar los músculos, pero aparte de eso me sentía curado. Un poco débil quizá, pero bien. Muy bien, incluso.

—Bueno, ya llevas demasiado tiempo calentando la cama. Lo que necesitas es aire fresco, ejercicio. —Robin me sonrió de nuevo—. Sé que eres aficionado a robar, de modo que vamos a robarle unos cuantos ciervos al rey.

Aquella tarde y muchos de los días siguientes salí a cazar ciervos con Robin. Aunque al principio me sentía débil, las fuerzas volvieron al cabo de un par de días, y me sentí muy feliz. De hecho, nunca había sido más feliz. Cabalgábamos por el bosque hasta un lugar donde los cazadores habían visto pequeños grupos de ciervos rojos, y allí continuábamos a pie; acechábamos a los animales a través de la maleza espesa, armados con arcos de batalla. Esas armas de madera de tejo tenían un alcance muy superior a la de los arcos ligeros de fresno que utilizaba la mayoría de la gente pero yo no podía ni siquiera tensarlos, debido a mi brazo herido... Para ser sincero, nunca llegué a dominar bien el arco largo, ni siquiera después de años de convivir con los mejores arqueros del mundo. En cambio, podía rastrear las piezas como si

hubiera nacido en el bosque, moverme sin ruido por la maleza, vigilar cada paso para evitar quebrar una rama que crujiría bajo mis pies y ahuyentaría la caza. Nos acercábamos a los ciervos avanzando despacio, no sin dificultad, con el viento de cara para que los animales no percibieran nuestro olor. Después de cada paso hacíamos una pequeña pausa y permanecíamos inmóviles como estatuas para asegurarnos de que no nos habían detectado. Cuando nos habíamos aproximado lo suficiente para tenerlos a tiro, a una distancia de unos cincuenta metros, digamos, o menos incluso si la espesura era muy densa, entonces Robin, o a veces otro de sus hombres, disparaba una flecha, apuntando un palmo por debajo de la paletilla para alcanzar el corazón o los pulmones. Robin era un magnífico arquero, pero siempre había una desbandada cuando la pieza había sido alcanzada y se lanzaba a una carrera mortal. Cada cual a su aire, nos abríamos paso entre los arbustos siguiendo el rastro de manchas de sangre de un rojo brillante hasta que alcanzábamos al animal jadeante, exhausto, moribundo. Entonces los cazadores lo remataban con sus lanzas.

Si el animal era un macho con una gran cornamenta, los hombres separaban con cuidado los cuernos del cuerpo y los empaquetaban con especial cuidado, mientras que la carcasa, limpia del paquete de vísceras, era cargada a lomos de caballo para el viaje de vuelta a casa. Me di cuenta de que la muerte de cada ciervo afectaba a Robin de una manera especial. En cada ocasión, inclinaba la cabeza y rezaba en silencio una plegaria por el animal antes de que los cazadores empezaran a desollarlo. Es más, con cierta frecuencia, me pareció ver húmedos sus ojos delante de un ciervo muerto. Era un comportamiento extraño, habida cuenta de lo que era capaz de hacer con sus congéneres, los seres humanos. Aun así, su tristeza ante los animales abatidos nunca pareció afectar a su entusiasmo por la caza.



Yo disponía de mi tiempo a mi antojo en las cuevas de Robin; no había lecciones oficiales, ni tareas que cumplir. Cuando no iba de caza con Robin, practicaba un poco de esgrima con Little John. Este había vuelto de su misión a Southwell con un saco pesado y goteante que había dejado a los pies de Robin. Yo me excusé y salí de la cueva antes de que examinaran el contenido del saco, pero oí que Robin había hecho entrega de la cabeza cortada a Murdac durante uno de sus banquetes, con un pedazo de pergamino metido dentro de la boca.

Little John pareció impresionado por mi habilidad con la espada, aunque mientras esgrimíamos con armas prestadas —porque la mía, supongo, debió de fundirse en el incendio de la granja de Thangbrand, y John solía utilizar en las batallas una enorme hacha de dos filos—, me di cuenta de que me daba ventaja y, por mucho que lo intentaba, nunca conseguía desmontar su guardia. John me imponía cierto temor, la

verdad sea dicha; se había mantenido apartado de mí en anteriores encuentros, pero nuestras sesiones de esgrima en las cuevas nos aproximaron y noté que procuraba mostrarse amable. A pesar de su enorme estatura, de su rudeza y de sus aterradores juramentos blasfemos, me gustó.

Un día, sentados los dos a la gran mesa y mientras limpiábamos nuestras armaduras salpicadas de barro después de una sesión de práctica en el bosque, mientras el viento gemía fuera de la cueva y la lluvia empapaba el suelo de la entrada, John me contó la historia de cómo se había unido a las filas de los proscritos de Robin.

—Estaba al servicio de su padre, ¿sabes?, el viejo barón de Edwinstowe —me explicó mientras frotaba una mancha de orín en su cota de malla—. Era el maestro de armas del castillo, como lo había sido antes mi padre, Dios le tenga en su seno, y mi cometido era enseñar al joven Robin a combatir. Tenía más o menos tu edad, tal vez un poco más joven, y en aquella época era un pecador y un desvergonzado. —Rió por lo bajo al recordarlo—. Pero era un chico guapo, y tenía fuego en su interior..., y también coraje. Me gustan los hombres valientes, siempre ha sido así y siempre lo será. —Hizo una pausa en su relato y utilizó una navaja pequeña para rascar un pegote de orín que se resistía a desaparecer de su enorme cota de malla. Luego continuó—: Empezamos su entrenamiento de la forma correcta, con la barra. El barón puso reparos, dijo que era un arma de campesinos, un simple pedazo de madera. Pero yo insistí, porque se necesita una gran destreza para luchar con la barra; no cuesta nada hacerlo, y en una situación desesperada un bastón sólido puede salvarte la vida.

Pensé en el garrote de Ralph en la noche de los lobos, y asentí en silencio.

—Era rápido y fuerte, y aprendía deprisa. También tenía redaños. Solíamos practicar en el puente levadizo del castillo. Los dos en el puente tendido sobre el foso, con la mitad de los criados del castillo asomados a las almenas, mirándonos. Yo le arrojaba al agua nueve veces de cada diez, pero salía gateando del barro y la basura y volvía a empuñar su barra. Después de un mes más o menos, ya conseguía tirarme al foso algunas veces, y decidí que estaba listo para pasar a la lucha con el acero.

»El caso es que, aunque nos golpeábamos el uno al otro con bastante fuerza con las barras, él siempre tenía más moretones que yo cuando nos quitábamos la camisa para lavarnos después de un asalto, y a veces también tenía magulladuras en la cara. Le pregunté por ellas en alguna ocasión, y se limitó a sacudir la cabeza y a decir que era yo quien le había pegado en nuestra última sesión. "Eres un hombre cruel y brutal, John Nailor", me decía en broma. "No conoces tu propia fuerza." Mentía, por supuesto, y yo lo sabía. Pero si él no quería contármelo, no había gran cosa que pudiera hacer...

John calló, dio un gran trago de su jarra de cerveza y metió su cota de malla en un

cubo de madera. Añadió dos puñados de arena, un poco de agua y de vinagre, y se puso a revolver la mezcla con un grueso bastón.

—El caso es que a mí el chico me gustaba —dijo, alzando la voz por encima del ruido de la arena al ludir con el acero—. Ya podías derribarlo una y otra vez, que volvía a levantarse en un santiamén. Nunca se quejaba, nunca. De modo que sentí curiosidad por ver quién era el que le pegaba. ¿Quién se atrevía? Era el hijo menor de un barón normando, un descendiente del gran obispo Odo, que acompañó al Conquistador. Su hermano mayor William pasaba la mayor parte del año fuera, como su padre, acompañando al rey. Hugh, que sólo era uno o dos años menor que William, ejercía el cargo de chambelán de la familia Brewister, en el Lincolnshire. No podía ser ninguno de sus dos hermanos mayores quien le pegaba. Tampoco podía ser ninguno de nuestros criados ni mesnaderos. De hecho, cuando pensé en ello, supe que sólo podía ser un hombre, pero no le creí capaz de propinar a Robin un castigo tan severo. Era el padre Walter, un sacerdote, un hombre de Dios, que había sido enviado por el obispo para ser el tutor del joven Robin.

Dejó de restregar la cota de malla en el cubo de arena, la sacó chorreante, la examinó, vio que aún quedaba una mancha de óxido rojizo y volvió a meterla en el cubo. Bebió otro trago de su jarra y empezó a revolver de nuevo el cubo moviendo el bastón en círculos regulares, con un ruido considerable.

—Un día, cuando Robin vino a entrenarse conmigo, estaba claro que le dolían las costillas. Insistió en que no era nada, pero le obligué a levantarse la camisa y enseñarme el costado. Todo el torso estaba lleno de magulladuras, y por lo menos tenía tres costillas rotas. De modo que me fui a cambiar unas palabras con el padre Walter.

»Era un hombre alto y flaco con una gran nariz curva que parecía el pico de un ave, y una expresión afligida y piadosa. Empujé la puerta de su habitación, en el piso alto del castillo, y lo encontré en oración, arrodillado sobre las frías losas de piedra del suelo, delante de un ventanal abierto y sosteniendo contra su pecho un gran crucifijo de madera. Rezaba en voz alta, y oí el final de su plegaria: "... perdona su debilidad a este miserable pecador; aparta los señuelos de la tentación de su camino y dale fortaleza para resistir. Guárdame del fuego de la condenación eterna. Te lo pido en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, el único y auténtico Hijo de Dios, amén".

»Se irguió con esfuerzo sobre sus rodillas y se volvió a mí: "¿En qué puedo ayudarte, hijo mío?". Yo vacilaba en el umbral: "Es sobre el chico, Robert", le dije y le comenté que en mi opinión estaba siendo demasiado duro con él. Le hablé de las magulladuras y de las costillas rotas y sugerí, en un tono cortés y amistoso, que debería tratarle con menos rigor en adelante.

»El padre Walter se irguió en toda su estatura, y no era mucho más bajo que yo, aunque sí muy flaco. "¿Tú, buey insolente, te atreves darme consejos a mí sobre el

castigo que merece un pecador?" Me hablaba a gritos, tronaba como si fuese la ira de Dios, y admito que me desconcertó. "Cálmese, padre, únicamente sugiero que..." Pero él me avasalló: "Pobre imbécil, crees que unas pocas señales en el cuerpo tienen importancia. El es un diablo enviado por el infierno para apartar a los hombres justos del sendero de la virtud y lo castigaré hasta derramar su sangre, si así lo decido, para arrancar la horrenda mancha del orgullo de su alma". Siguió despotricando en el mismo tono, y mi paciencia empezó a agotarse. Sus gritos habían atraído a un par de criadas que se pararon para oír nuestra discusión, con la boca abierta, al otro lado de la puerta. "Por las alhajas de familia de Cristo, Padre, una cosa es castigar y otra muy distinta azotar a un muchacho un día sí y otro también hasta hacerle sangrar, y..." Me interrumpió otra vez: "¿Tú osas criticar mis actos? ¡Arrodíllate ante mí e implora mi perdón, o haré que tu alma descienda a lo más profundo del infierno donde tu carne será mordida para toda la eternidad por ríos de fuego!".

»Entonces perdí el control de mí mismo —me dijo John, con una triste sonrisa ladeada, y por fin paró de remover el cubo—. Nunca había sentido una gran admiración por los clérigos, y no me gustó que uno de ellos me amenazara. De modo que eché mano a ese fanfarrón, le hice cruzar la habitación en volandas y lo dejé colgado boca abajo fuera de la ventana, sujeto por un tobillo. Entonces sí se calló. Se quedó allí colgando, mientras yo lo sostenía por el tobillo huesudo, con los faldones de su túnica revoloteando a la altura de su cabeza y cincuenta pies de aire entre su tonsura y la piedra del patio del castillo. Abajo se había reunido una multitud, pero a ninguno de los mirones se le ocurrió extender una manta para atraparlo si se caía. Puede que también ellos lo odiaran.

»Le dije, con tanta calma como pude: "Si vuelves a ponerle un dedo encima al chico, acabaré con tu miserable vida. Y que mi alma eterna se vaya al infierno. ¿Me entiendes?". El dijo que sí con la cabeza, frenético; tenía la cara roja, congestionada por la sangre, pero juro que nunca he visto a un hombre más asustado. De modo que tiré de él y lo dejé de nuevo en su cuarto. Era incapaz de hablar, por el terror. Creo que nadie se le había enfrentado antes, en toda su vida. Entonces me despedí y él se sentó en su cama tembloroso de miedo y mirándome ofendido. Fue la última vez que le vi vivo.

»A la mañana siguiente estuve esperando a Robin en el patio; teníamos que trabajar las combinaciones de espada y daga, si no recuerdo mal. Amanecía y no había rastro de él, de modo que me puse a buscarlo, pensando que se habría quedado dormido. Su cuarto estaba también en el piso alto del castillo. Cuando pasé por delante de la habitación del cura, eché una ojeada dentro. Por las almorranas hinchadas de Cristo que no olvidaré nunca lo que vi. Y he visto unas cuantas cosas, chico. Y las he hecho, también.

»El cura estaba desnudo y atado a la cama. Tenía un pañuelo embutido en la boca.

Todo su cuerpo estaba marcado con quemaduras; quemaduras en carne viva, de bordes ennegrecidos. Alrededor de la cama había tirados por el suelo una docena de cabos de vela y los restos consumidos de dos hachones de madera de los que normalmente se colgaban de los muros para iluminar un pasillo estrecho. En el aire quedaba un olor como de carne de puerco chamuscada. Parecía que cada pulgada de piel había estado en contacto con la llama, y que aquello había durado varias horas. Incluso ahora tiemblo al pensar en la agonía que hubo de soportar aquel hombre antes de que por fin lo liberaran de aquella tortura rebanándole el cuello de oreja a oreja. Y como insulto final, su propio crucifijo de madera estaba clavado en su ano hasta el travesaño.

»Miré a aquel hombre muerto. Sabía quién lo había matado pero, tan sólo para confirmarlo, eché una rápida ojeada a la habitación de Robin. No había rastro del muchacho, la cama no estaba deshecha y sus ropas y sus armas habían desaparecido. En ese momento me di cuenta de que me iban a echar a mí la culpa de aquello. El día anterior yo había discutido en público con el cura y le había amenazado de muerte..., y hoy estaba muerto. No pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a buscarme.

»Reuní mis pocas pertenencias, ensillé un caballo y cabalgaba a través de la puerta principal en el momento en que se oyeron los primeros gritos en el piso alto del castillo. Encontré a Robin hacia el mediodía. Estaba sentado al borde del camino del sur, comiendo pan y queso con toda tranquilidad. Cuando lo vi allí sentado, tan inocente como un corderito recién nacido, me resultó difícil creer que se había pasado buena parte de la noche torturando a un sacerdote. Él me saludó al verme, yo desmonté y me senté a su lado. Sus ropas desprendían un ligero olor a puerco asado, pero aparte de eso parecía el mismo de siempre. Comimos un rato en silencio, y luego dije: "Bueno, has matado a un hombre de Dios y te colgarán si te atrapan. Y si no te echan la culpa a ti, me la echarán a mí. De modo que, ¿qué vamos a hacer ahora?".

»"No te preocupes, John, he pensado en todo", dijo Robin. "Creo..., creo que voy a conquistar un condado."

»Me eché a reír, incrédulo, y pensé que se había vuelto loco. Después de todo, el chico no tenía ni dinero, ni amigos, y era un fugitivo de la ley por haber matado a un sacerdote. Pero Robin siguió hablando con toda tranquilidad, como si estuviera pensando qué túnica se iba a poner el día siguiente: "Para conseguirlo, necesitaré ser una persona mucho más temida, y luego muy poderosa y también enormemente rica". Me miraba con esos extraños ojos grises, y me di cuenta de que hablaba totalmente en serio. Entonces añadió: "Voy a necesitar que me ayudes, John".»

Capítulo XI

Alan, mi nieto pequeño, tiene fiebre. Le vino cuando aparecían las hojas nuevas en los manzanos; cuando brotaban los renuevos de verdor y de vida después de los meses áridos del invierno. Su madre, Marie, mi nuera y ama de llaves, no se separa de su lado, llena de preocupación; teme que muera, como le ocurrió a su marido. No duerme, se sienta a la cabecera de Alan y procura que coma gachas claras, y le humedece la frente con un paño mojado. Mientras él duerme, ella reza. Pasa horas arrodillada en la iglesia del pueblo, implorando a la Virgen María que cure a su hijo y aburriendo a la Santísima Trinidad con sus oraciones. Sin embargo, no parece que tenga demasiado éxito. El chico pierde peso rápidamente, suda y se quita las mantas de encima en sus accesos de fiebre. Murmura, grita y bracea sin parar... Mucho me temo que pronto hará compañía a Dios.

El padre Gilbert, el cura de la parroquia, ha recomendado ayuno y oraciones para persuadir al Todopoderoso de que salve la vida del muchacho. No tengo nada que objetar, estaré encantado de no comer si eso ayuda a mi nieto; cuando rezo a nuestro Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, le pido que tome mi vida en lugar de la suya. Marie dice que la enfermedad es un castigo. Dice que mis pecados, cometidos en la época en que era un proscrito, son la causa de los sufrimientos del chico. La venganza del cielo, lo llama. Puede que tenga razón; es cierto que desde aquellos días mi alma está manchada por robos, muertes y blasfemias, pero no alcanzo a creer que nuestro Padre misericordioso mate a un niño vivaracho e inocente por las antiguas fechorías de un viejo cansado.

Si Alan no se recupera pronto, he decidido que sacrificaré algo más que mi viejo esqueleto. Pondré en peligro mi alma inmortal. Iré a visitar a Brigid. Vive aún, y no muy lejos de aquí, aunque a estas alturas está más vieja y más destartalada que yo mismo. Aunque sé que es una bruja y una mujer que se entrega a prácticas depravadas y diabólicas, conozco también su poder, y acudiré a ella en busca de ayuda para salvar a Alan.



En las cuevas de Robin, mientras mi brazo recuperaba su fuerza y las cicatrices del lobo se borraban hasta convertirse en cuatro simples botones rosados, vi a Bernard

con mucha menos frecuencia que en la casa de Thangbrand; él vivía apartado después de nuestra aventura en el bosque y había empezado a descuidar su aseo, y a dejarse una barba irregular y enmarañada. El gallito presumido había desaparecido; ahora se parecía más a los otros proscritos y pasaba la mayor parte de su tiempo solo, bebiendo y componiendo música en una de las cuevas menores que formaban parte del extenso escondite de Robin. En su cueva, según me dijo, la acústica era extraordinaria; y es cierto que la música que compuso allí tenía una resonancia y una calidad terrenal muy particulares. Las cuevas de Robin, según decía la gente, habían sido excavadas en la roca viva por duendes mágicos, y podían cerrarse herméticamente, según la leyenda, cuando lo desearan los espíritus del bosque, sin dejar la menor señal del lugar donde habían estado. Lo cierto es que, sencillamente, eran muy difíciles de localizar por encontrarse en un área deshabitada de Sherwood, cuyo paradero nunca revelaré. En una ocasión juré no decirlo nunca, y aunque mi señor Robin ha muerto, no romperé la palabra que le di.

Las cuevas eran muy extensas; en caso de apuro, podían dar refugio a unos doscientos hombres pero, desde luego, no era usual que se concentrara allí tanta gente al mismo tiempo. Robin despachaba de forma continua un flujo de patrullas armadas, cada una de ellas compuesta por una veintena de hombres bajo el mando de un «capitán» fiable, para explorar los alrededores en busca de tropas enemigas y tender emboscadas a los viajeros ricos. Creo que lo hacía para mantener a la gente alerta y ocupada, y evitar las peleas; porque si se les dejaba holgazanear en las cuevas, sus hombres tenían una tendencia irreprimible a sentarse a beber y a jugar, y muy pronto se enredaban en riñas entre ellos. Sin embargo, la disciplina era tan férrea como lo había sido en la granja de Thangbrand. Las reglas eran sencillas: había que mostrar respeto a Robin y a sus oficiales, obedecer sus órdenes sin discutir, no robar a los camaradas, y no soñar siquiera en tocar el cofre lleno de plata colocado al fondo de la cueva, que guardaba la cuota de Robin. Si violabas alguna de esas normas, el castigo era una muerte horrible.

Yo fui feliz allí. Los hombres me aceptaban como el ayudante del *trouvere* Bernard y el protegido de Robin. Cantaba para los hombres por las noches, unas veces acompañando a Bernard y otras, cada vez más a menudo, sol Cazaba casi cada día con Robin, me atracaba de carne de venado y me enredaba en discusiones filosóficas con Tuc cuando aparecía por allí, que era muy pocas veces porque prefería quedarse solo en su celda monacal junto al vado del río. Lo que había sido un lugar de exilio temporal de priorato de Kirklees, se convirtió en su vivienda permanente. Algunos decían que el prior estaba encantado de poder librarse de él. Lo cierto es que a Tuck le convenía De vez en cuando yo seguía practicando la esgrima con John, aunque él estaba muy ocupado en entrenar a los reclutas que aparecían como por arte de magia en las cuevas siempre famélicos, siempre harapientos, y en la mayor de los

casos satisfechos de tener la oportunidad de servir a Robin en la batalla.

Goody se convirtió en la niña mimada de los proscritos y sus mujeres. En el campamento casi todos la malcriaban, y ella iba de un lado a otro bromeando con viejos guerreros canosos y llevándose los aplausos de todos por su ingenio y su buen humor. Se habían enterado del valor que demostró frente al hombre lobo, como oí que llamaban por lo general al salvaje Ralph, y la querían por esa razón. También ella se sentía a gusto en su compañía, porque había crecido en la granja de Thangbrand. Si embargo, sus ropas estaban cada vez más destrozadas y llevaba sucios la cara y el pelo. En aquella sociedad ruda, su nuevo desaliño se adaptaba al entorno como un guante.

Mencioné su aspecto silvestre a Robin un día en que habíamos salido de caza, y estuvo de acuerdo conmigo.

—Necesita una madre —opinó. Habíamos acechado a un grupo de ciervos aquella tarde, pero en el último momento algo los asustó y huyeron al galope; ahora subíamos despacio hacia la cima de la colina donde habíamos dejado los caballos—. Tengo que enviarla a algún lugar adecuado. Y a ti también.

Me miró de reojo. Yo me sorprendí.

—¿Enviarme a otro lugar? ¿Por qué, mi señor?

La perspectiva me fastidiaba. Me había adaptado bien a la vida en las cuevas, y era feliz allí; pensaba haberme ganado la confianza de Robin, tal vez incluso su amistad.

—No puedo dejar que echas a perder tu juventud aquí con nosotros —me aclaró—. Cantar baladas picantes para borrachos todas las noches. Llevas demasiada música dentro para eso, ¿sabes? Bernard ha hecho un buen trabajo al enseñarte.

—Pero ¿adónde vas a enviarme? —quise saber.

—A algún lugar civilizado —contestó, y cambió de tema—. Eres un tipo muy piadoso, Alan, ¿no es verdad?

Sabía que me había visto recitar mis oraciones antes de acostarme en la cueva principal todas las noches. No lo decía en son de burla, parecía realmente interesado.

—Creo que Nuestro Señor Jesucristo es nuestro salvador, y el salvador de toda la humanidad —declaré. El dio un resoplido—. ¿No crees en Nuestro Señor? —le pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Solía —dijo—. Solía creer con todo mi corazón. Pero ahora creo que la Iglesia se ha colocado entre Dios y los hombres, y que su sombra tapa la luz de la bondad de Dios. Creo que el camino hacia Dios no pasa por una Iglesia corrompida y orgullosa. —Calló, pensativo y tal vez para conservar el aliento mientras trepábamos por la empinada colina. Luego, ya cerca de la cima, añadió—: Me parece que Dios está en todas partes, fluye a nuestro alrededor, Dios es esto...

Extendió la mano en un amplio gesto circular que abarcó toda la zona boscosa

que nos rodeaba, y que en aquel día de primavera estaba especialmente hermosa. Habíamos llegado a la cima de la colina y contemplábamos un panorama de verdor lujurioso. Debajo de nosotros, más o menos a veinte metros de distancia, estaban nuestros caballos atados a la sombra de un magnífico ejemplar de carpe, remozado con un nuevo vestido de hojas de un color verde brillante. Bajo el árbol, una alfombra púrpura de campanillas se extendía por el bosque como un mar rizado aparentemente infinito. Era un atardecer dorado; una brisa ligera hacía susurrar las hojas nuevas, y un par de alondras se zambullían y jugueteaban entre las ramas. Justo en el momento en que Robin hablaba, un ciervo macho asomó entre los árboles frente a nosotros. Su noble cabeza estaba adornada con una extensa cornamenta; sus ojos líquidos nos observaban desde detrás de unas pestañas increíblemente largas. Nos quedamos inmóviles. Robin y yo estábamos solos, el resto de los cazadores subían aún trabajosamente la ladera de la colina cargados con nuestro equipo. Robin tenía su arco montado en la mano y en el cinto una aljaba de tela repleta de flechas, pero no se movió. Aquel rojizo y gran animal nos miró, y nosotros le miramos a él maravillados. Era un ejemplar perfecto, en su edad de mayor pujanza: cabeza alerta erguida sobre un largo cuello orgulloso, lomos brillantes y musculosos, y patas largas y finas que acababan en unas perfectas pezuñas negras. Plantado sobre sus cuatro patas, inclinó hacia nosotros su cornamenta como para desafiarnos; cada centímetro de su cuerpo le proclamaba como el rey del bosque. Miré de reojo a Robin, esperando que levantara su arco, pero no se movió. Al rato, después de dirigirnos otra mirada regia, el gran ciervo se alejó al trote y desapareció entre los árboles. Entonces, me di cuenta de que había estado reteniendo el aliento.

—¿No era esa hermosa criatura un buen ejemplo de la presencia de Dios? —preguntó Robin—. Dios hizo a ese espléndido animal, y en él hay mucho de divino. No necesito ningún sacerdote ni obispo que me lo explique.

Por su boca salían las más viles herejías: yo sabía que nadie puede alcanzar la salvación fuera de la Iglesia, pero una parte de mí mismo, una especie de rincón oscuro de mi alma, estaba de acuerdo con él.



Hubo un tema que amargó mi estancia en las cuevas de Robin. Era el soldado cautivo que Robin había capturado justo antes de salvarnos del ataque de los lobos. Lo tenían encerrado cerca de la cueva principal, en una pequeña jaula de madera lo bastante alta para que pudiera ponerse de pie, y de una longitud apenas suficiente para tenderse con las piernas extendidas. Me tropecé con él un día que había salido a dar un paseo. Estaba mugriento, aterido por permanecer a la intemperie, y también casi muerto de hambre, porque le echaban de comer una bazofia que los cerdos habrían rechazado.

En la banda de Robin todos le hacían el vacío, pero yo no podía apartarlo de mi mente. Se llamaba Piers, me dijo, y como me compadecí de él, robaba comida en las cocinas y se la llevaba de vez en cuando, y le hablaba como a un ser humano.

No era un hombre inteligente, sólo un rapaz de Nottingham, un huérfano forzado a pedir limosna y a robar para comer, que incluso durante un tiempo estuvo perseguido por la ley y escondido en Sherwood. Cuando me lo contó me sentí solidario con él pero, luego, una fría consideración se me atravesó como un nudo en la boca del estómago. Me di cuenta de por qué retenían allí a un prisionero sin posibilidad de pagar rescate. Había formado parte durante algún tiempo de la banda de Robin y había huido de la compañía de sus camaradas para incorporarse a la sociedad legal. Con un estremecimiento, supe que estaba viendo a un cadáver. Aun dejando de lado el hecho de que había participado en la matanza de la granja de Thangbrand, era un traidor a la banda, tal como lo veía Robin. Era, como había dicho Robin, un fantasma, un muerto en vida.

Mantuve el rostro impasible mientras me contaba cómo se había enrolado en la guardia de la ciudad y luego, después de algunos años, de muchos sudores y de no pocos golpes y revolcones, había conseguido ascender a las filas de la caballería de élite de sir Ralph Murdac. Era algo de lo que se sentía muy orgulloso. Era, como ya he dicho, un hombre muy estúpido. No tenía esposa, ni hijos, ni apenas conversación, fuera de las quejas continuas sobre la situación en la que se encontraba. Brigid le había curado la herida pero él no le estaba agradecido y la llamaba bruja; por otra parte, sin espacio para ejercitarse y mal alimentado con una dieta miserable, sus músculos se iban consumiendo. La verdad es que era un individuo despreciable pero, a pesar de todo, me inspiraba compasión y deseaba que tuviera un final rápido e indoloro. Mi amistad con Robin podría verse gravemente comprometida, tal vez hasta un punto de ruptura, si era testigo de otro castigo parecido al que sufrió sir John Peveril.

Sólo había otra persona que hablaba con Piers: Tuck.

Un día, cuando fui a ver al pobre hombre, los encontré conversando amablemente. En otra ocasión, al pasar por delante de la jaula, oí cómo Tuck rezaba por el alma de ese desgraciado. Pero aunque sentía compasión por el soldado enjaulado, una parte de mí mismo, para mi vergüenza, empezó también a odiarle un poco. Le odiaba porque era débil, estúpido e indefenso; también porque yo no podía ayudarlo; pero sobre todo odiaba a Piers por haber sido la causa de una disputa entre los dos hombres que más quería y admiraba.

Me había estado ejercitando con la espada, ahora que mi brazo estaba curado por completo, con otros compañeros en el bosque, cerca de las cuevas, y de pronto estalló casi sin previo aviso una fuerte tormenta. Corrimos hacia la cueva principal, calados y renegando, y vi a Robin y a Tuck frente a frente, con las narices casi tocándose. En

la cueva, la tempestad parecía tan furiosa como en el bosque. Tuck, flanqueado por sus dos enormes mastines, *Gog* y *Magog*, gritaba en aquel momento:

—... no me digas que hablas en serio al proponer esa pantomima cruel.

—Ya te he explicado mis razones —replicó Robin con una voz tan fría como una limosna. Los perros, al notar la hostilidad de su amo hacia Robin, empezaron a emitir unos gruñidos sordos casi tan fuertes como los truenos de fuera.

—¿Tú crees que esa exhibición bárbara, blasfema, pagana, te dará más poder ante esa gente, y que te verán como una especie de encarnación de un dios? Estás jugando con la condenación de tu alma inmortal por una tontería, te arriesgas...

—¡No me hables de mi alma, cura! —le interrumpió Robin, con rostro pétreo.

El gruñido de los perros subió de tono, y arremangaron los labios para mostrar los grandes dientes blancos. Recordé lo que habían hecho a la manada de lobos, y me estremecí. Robin ignoró por completo a los animales. Mientras los miraba con el estómago revuelto por la ansiedad, oí un crujido a mi espalda, y al volverme vi a Much el hijo del molinero, con un arco en sus manazas, una flecha enfilada y la cuerda tensada al máximo. Estaba apuntando a los perros. Miré hacia la gran sala de la cueva y vi a media docena de hombres más que, o bien apuntaban a Tuck con sus arcos, o bien se habían llevado la mano a la empuñadura de la espada, dispuestos a desenvainar en un instante y hacer trizas al monje.

Los dos hombres se miraban fijamente, con las caras separadas apenas por unos centímetros, y ninguno de los dos cedía en la disputa. Y al poco, Robin apartó la vista y miró a su alrededor, hacia la cueva. Su rostro agradable tenía una expresión curiosa; durante un segundo me pareció un escolar pillado en falta. Durante aquella discusión privada con Tuck, parecía haber sido enteramente inconsciente de la violencia sangrienta que había estado a punto de desencadenarse. Ahora, al darse cuenta de que toda la cueva estaba en pie de guerra, una mueca irritada asomó a su cara.

—¡Oh, Much, por favor, baja ese arco! —estalló—. ¡Y todos vosotros, guardad las espadas ahora mismo! Aquí todos somos amigos.

Luego volvió a mirar a Tuck con una media sonrisa. El monje sacudió la cabeza y casi sonrió también, y acarició las cabezotas de sus dos guardianes, para apaciguarlos. La tensión se desvaneció en la cueva y los hombres empezaron a circular, y unos se desprendieron de la armadura, otros empezaron a limpiar sus espadas salpicadas de barro, o se secaron la cara empapada de lluvia con paños bastos de lana.

—No puedo quedarme aquí, me niego a participar en esto... —anunció Tuck en voz baja a Robin.

—Lo sé —admitió Robin.

Tuck recogió el lío con sus pertenencias de un rincón de la cueva, llamó a sus perros con un silbido y, sin una palabra de despedida, salió de la cueva y desapareció en la lluvia.



Se acercaba la Pascua, y con ella el comienzo del nuevo año, cuando llegaron buenas noticias: Marian vendría desde Winchester para hacer una visita a Robin en las cuevas. Yo había soñado con ella muchas noches frías, con su hermoso rostro de madonna enmarcado en blanco y azul, y al saber que iba a venir, apenas pude contener mi excitación. Llegué hasta el punto de lavarme todo el cuerpo en un arroyo helado, untarme la piel con una mezcla de cenizas y grasa y frotarla luego con la arena limpia del lecho mismo del arroyo. También lavé mi ropa, a pesar de que era tan sólo una penosa colección de harapos, después de tanto tiempo en aquel desierto. Necesitaba vestidos nuevos, y había en las cuevas piezas y más piezas de la lana de color verde oscuro que los hombres de Robin llevaban como signo de lealtad a su señor. Un día le pedí un corte de ese paño para coserme una nueva sobreveste, y él me llevó a una cámara situada al fondo de una de las cuevas pequeñas, que servía de almacén. Robin me enseñó un rollo de paño fino de color verde y me dio permiso para llevarme tanto como deseara. Le di las gracias, pero restó importancia a su generosidad con un gesto y se marchó, dejando que cortara yo la ropa.

Había dos hombres más en la cámara, dedicados una tarea curiosa. Utilizaban la misma tela, verde Lincoln había oído en alguna ocasión que la llamaban, para cortar cintas muy delgadas, de menos de media pulgada de ancho, pero de unos diez metros de longitud. Cuando pregunté a esos hombres qué estaban haciendo, me respondieron que cortaban «cintas de convocatoria». Les dije que no sabía qué era eso, se echaron a reír y me contestaron que le averiguaría a su debido tiempo.

Marian llegó casi sin ser anunciada, con una escolta de una docena de soldados gascones, compatriotas de su señora la reina Leonor. El efecto que tuvo su aparición en el campamento fue inmediato. Me dio un beso afectuoso en la mejilla, admiró el desarrollo físico varonil que me había proporcionado el ejercicio, me preguntó por el canto —que, para ser sincero, había descuidado bastante desde mi llegada a las cuevas de Robin—, y me dejó más enamorado de ella que nunca. Fue presentada a Goody, tomó buena nota de su cara sucia y sus ropas destrozadas, y ordenó que pusieran a calentar un gran caldero de agua en una zona que había de ser aislada con cortinas. Después de que Goody fuera obligada a lavarse —hubieron de meterla, pataleando, en el agua caliente, y restregarla a viva fuerza—, Marian hizo desaparecer su malhumor cuando dio órdenes a un sastre proscrito de que le cosiera un traje nuevo de seda, y le colocó unas cintas de raso en el pelo. Pasados uno o dos días, Goody se había convertido en su diligente esclava.

Robin parecía inmensamente más feliz ahora que ella estaba por fin a su lado. Era una sensación extraña y desagradable, verlos juntos. Descubrí en mi interior un poso de rencor hacia Robin porque poseía el amor de ella. Mi señor había suscitado

muchas emociones en mi corazón durante el año que había pasado desde que lo conocí: temor, miedo, disgusto; pero también respeto, afecto y tal vez en cierto modo amor. Ahora estaba furioso con él por pasar tanto tiempo a solas con una mujer por la que yo me sentía capaz de hacer cualquier cosa. Me pidieron que cantara con ellos una noche, poco después de la llegada de Marian, pero no me sentí capaz de soportar la idea de vernos juntos a los tres, y me excusé diciendo que estaba resfriado y no tenía buena voz. Observé que Marian se sentía dolida por mi grosera negativa; también Robin parecía consternado.

Sabía que mi comportamiento era infantil, y me regañé a mí mismo por mi estupidez, pero no pude evitarlo. Al verlos juntos me di cuenta de que se querían de verdad, y eso me hirió como una llamarada de fuego frío. En la comida ella tomó asiento a su lado, y mientras Robin intercambiaba bromas groseras con otros proscritos, le vi acariciar la mano de ella por debajo de la mesa. La presencia de Marian pareció transformar la conducta habitual de Robin; a su lado, estaba más alegre, incluso juguetón. De hecho, todos parecían contentos por tener a Marian en el campamento; había más risas alrededor de las cuevas, y los hombres cumplían sus tareas de mejor humor y tarareaban canciones. Yo era el único triste.

Por fortuna, tenía muchas cosas en las que ocuparme mientras meditaba tristemente en la vida y el amor: Robin planeaba una gran reunión por Pascua, y todos los hombres y mujeres que le servían en Sherwood, o que no deseaban ofenderle, habían de ser convocados a una gran fiesta en el corazón de Sherwood para celebrar el comienzo del año nuevo. Little John nos había reclutado a otros proscritos a mí para construir una mesa en forma de anillo tan grande que pudieran sentarse a ella quinientos proscritos en el gran banquete de Pascua. Además de cantidades enormes de comida suficientes para que todo el mundo se hartase, habría juegos y concursos, intercambio de regalos, música y baile, y exhibiciones de destreza en la lucha.

Hugh volvió a las cuevas al día siguiente de la llegada de Marian, y trajo con él una gran carreta tirada por bueyes y llena de cestos de juncos. Los cestos contenían cientos de palomas, y cada cesto estaba marcado con una letra toscamente pintada sobre la tapa de junco. Fui a saludar a Hugh, que parecía muy satisfecho de sí mismo, y le pregunté para qué eran las palomas.

—¿Nos las vamos a comer en la fiesta?

Me miró, consternado.

—Claro que no. Estas palomas son muy especiales, aman su hogar, y las utilizaremos para la convocatoria. —Estaba confuso, pero él me explicó—: Estas palomas saben dónde está su casa, dónde tienen la compañera y el nido, y son capaces de encontrarlo incluso a cientos de millas de distancia. Los califas de Bagdad las usan para enviar mensajes en unas pequeñas tiras de pergamino que atan a las

patas. Pero como en estas tierras son pocas las personas que saben leer, las utilizaremos para comunicar un mensaje más sencillo.

Yo no tenía idea de lo que era un califa y nunca había oído hablar de Bagdad, pero me gustó la idea de comunicarse por medio de pájaros.

—Traemos a las palomas lejos de su hogar y luego las soltaremos con una fina bandera verde atada a la pata, —continuó Hugh—. Los pájaros podrán ser observados a lo largo de muchas millas en su viaje de vuelta a casa, con la bandera flotando en el aire detrás de ellos. Un pájaro que vuela hacia su casa con una bandera verde es un mensaje; lo que quiere decir es sencillamente que Robin de Sherwood te convoca. Entonces todos los que le sirven sabrán que han de tomar sus armas y viajar en la dirección exactamente contraria a la del vuelo de las palomas.

Yo debía de tener un aire confundido, porque Hugh frunció el entrecejo.

—Es muy sencillo, chico, presta atención... —insistió.

Exactamente igual que cuando era mi maestro. Luego sacó la daga de su cinto y empezó a dibujar en el polvo, a mis pies. Clavó la daga en el suelo seis veces, y las señales venían a trazar un círculo aproximado.

—Cada una de estas señales es una granja con un palomar, utilizada por Robin como refugio. Aquí, por ejemplo —señaló una de las marcas con la daga—, está la de Thangbrand, descanse en paz. Aquí —e indicó otra marca—, está la granja de Selwyn; y esto —de nuevo clavó la daga en el suelo— es el priorato de Kirklees.

Me miró para ver si había captado la idea; y en efecto, empezaba a hacerme una idea de la elegancia de aquel sistema. Luego clavó la punta de la daga en el centro del círculo.

—Aquí están las cuevas de Robin, y tenemos con nosotros palomas que vienen de todos estos otros nidos. —Señaló las marcas en el círculo dibujado en el polvo—. Cuando soltemos las palomas, volarán hacia su casa ondeando las banderas verdes. —Trazó unas líneas que unían el centro del círculo con todas las marcas exteriores, formando una estrella—. Un hombre leal que ve volar la paloma sabe que tiene que marchar exactamente en la dirección contraria al vuelo del pájaro, y encontrará a nuestras patrullas, que les guiarán a él y a quienes le acompañen hasta el campamento. Sencillo, ¿verdad?

Lo era. Estaba impresionado.

—Pero ¿no se enredarán las banderas en las ramas de los árboles y dejarán atrapadas a las palomas?

Él asintió.

—Ocurre algunas veces, y por lo general las liberan los granjeros, que a veces se comen la paloma. Otros la devuelven a Robin, y él tiene buen cuidado de recompensarles. Otras se las comen los halcones. El sistema no es perfecto, pero funciona. Convoca a los hombres de Robin a distancias superiores a cincuenta millas

a la redonda.

Pocos días más tarde, vi el sistema en funcionamiento. Hugh y yo, con algunos otros proscritos, llevamos la carreta de las palomas hasta el amplio claro del bosque en el que habíamos de celebrar la fiesta al cabo de pocos días, y después de atar una bandera a cada paloma, lo que nos llevó un tiempo sorprendentemente corto —los pájaros se quedaban muy quietos en mis manos mientras ataba la tira de tela verde en su pata rosada con un nudo sencillo—, las soltamos y las vimos elevarse en el cielo, dar vueltas sobre el claro hasta encontrar la dirección correcta, y luego encaminarse hacia el norte, sur, este y oeste, arrastrando tras ellas las estrechas cintas verdes.

—Dentro de unos días —dijo Hugh—, tendremos una multitud aquí.

Así fue. A los dos días, las patrullas empezaron a escoltar a gente de Sherwood. Acudía a la reunión una humanidad variopinta: la mayoría eran proscritos, gentes marginadas y siervos fugitivos de sus amos, que se buscaban la vida en Sherwood pero no eran miembros de la banda de Robin. Muchos de ellos llevaban al cuello el mismo amuleto en forma de «Y» de Brigid, pero no todos. Algunos querían entrar al servicio de Robin como hombres de armas o arqueros; otros, tan sólo buscaban una comida decente y bebida abundante. Pero también había otra clase de personas: granjeros bien alimentados con una vara en sus manos carnosas y a los que Robin había hecho un favor en alguna ocasión; aldeanos que querían justicia o un pequeño préstamo o bien ayuda contra la brutal opresión de su señor; aprendices de las ciudades, que se habían escabullido de la vigilancia de sus maestros artesanos para tomarse una fiesta ilícita; mercaderes al por menor que intentaban colocar su mercancía, y, los más extraños de todos, dos hermanos que vivían en las profundidades de Sherwood y no encajaban en ninguna categoría. Esta extraña pareja, que sólo se vestía con pieles de animales, no eran proscritos como nosotros, ya que nunca habían tenido problemas con la ley. Los dos llevaban el amuleto en forma de «Y»; eran paganos, que adoraban a los antiguos dioses del bosque: Cernunnos, el dios con astas de ciervo, y su consorte la Triple Diosa, doncella, madre y anciana a la vez, y la deidad a la que servía la bruja irlandesa Brigid. Evitaban cualquier clase de relación con iglesias y con tribunales, a menos que tuvieran una necesidad absoluta de ellos. Me intrigaron e hice amistad con ellos: eran un viejo cazador canoso llamado Ket the Trow y su hermano, conocido como Hob o' the Hill, que era carbonero y siempre desprendía un olor acre, a humo. Ninguno de los dos me llegaba al hombro, a pesar de que yo no había acabado aún de crecer. Pero eran unos imitadores soberbios, capaces de reproducir el canto de todas las aves del bosque con una gran precisión, y sabían cazar y seguían un rastro mejor que nadie en Sherwood. Eran devotos de Brigid, y Hob en particular parecía muy impresionado por la corta fila de cicatrices de mi brazo, secuela de la noche de los lobos.

—La mordedura de un lobo es muy peligrosa —dijo Ket, y Hob cabeceó con aire

entendido a su espalda—. Nuestro tío fue mordido por un lobo, y murió una semana más tarde.

—Se cayó de un árbol cuando recogía muérdago, y se abrió la cabeza —dijo Hob, mirando a Ket con desaprobación.

—Sí, pero ¿por qué quería el muérdago? Para curarse la mordedura del lobo, que se le había infectado.

Las cuevas de Robin se transformaron con la multitud que empezó a llegar el sábado de Pascua por la mañana con la decidida intención de pasarlo bien. Toda aquella zona del bosque, habitualmente desierta y silenciosa, pronto fue tan concurrida, abigarrada y ruidosa como las ferias de Nottingham. A todos los recién llegados que aparecían con una de las palomas de la convocatoria, Robin les pagaba puntualmente un penique de plata, les daba las gracias y recibía de sus manos el pájaro, que después era depositado en el cesto correspondiente. Algunos visitantes se traían sus tiendas de campaña; otros levantaban con rapidez toscas chozas con ramas de árboles y barro, para cobijarse por las noches, y luego corrían a una de las cuevas mayores, donde Little John servía grandes jarras de cerveza gratis a todo el que se lo pedía. Buhoneros cargados con bandejas repletas de géneros de pacotilla, cintas de colores brillantes, pitos, amuletos de la suerte y confites, iban de un lado para otro gritando «¿quién compra?», a la espera de colocar su mercancía. Había peleas de perros y desafíos de lucha libre, carreras a pie y concursos de tirar de la cuerda. También hubo un concurso de tiro con arco que ganó Robin, lo cual no fue una sorpresa para nadie. Superó incluso a Owain, el capitán de sus arqueros galeses, que fue quien le enseñó a manejar el arco de batalla. Los jinetes gascones de la reina Leonor hicieron una exhibición de su destreza al ensartar con sus lanzas al galope unos repollos colgados en el extremo de unas cuerdas, a la altura de sus cabezas. Bernard hizo de juez de una competición de canto infantil y luego se emborrachó y cantó coplas obscenas durante horas delante de un auditorio de juerguistas tan borrachos como él. Un narrador de historias ambulante, un hombre anciano llamado Wygga, con una barba gris y puntiaguda y una sonrisa maliciosa, entretuvo a un gran grupo de oyentes con sus relatos maravillosos de antiguas batallas. Yo estuve sentado a sus pies durante horas, subyugado por las valerosas hazañas del rey Arturo y de sus caballeros, y me prometí a mí mismo recordar aquellas historias fabulosas y utilizarlas para componer mis propias canciones sobre ellas, algún día.

El domingo de Pascua, hubo una gran fiesta al mediodía. Todo el mundo tomó asiento en los toscos bancos arrimados a la enorme mesa en forma de anillo que había ayudado a construir con tablones aserrados, en un claro del bosque próximo a las cuevas. En total éramos más de quinientas almas. Se asaron en espetones dieciocho ciervos rojos y una docena de jabalíes, que luego fueron devorados por la multitud hambrienta hasta no dejar más que los huesos mondos. Un centenar de gallinas y

doscientas hogazas de pan aparecieron en la mesa acompañadas por grandes pucheros de potaje. El vino y la cerveza manaban como ríos; y todo era regalo de Robin. Todos comieron hasta saciarse y bebieron hasta un estado de alegre ebriedad. Era maravilloso; algunos de los invitados más pobres parecían no haber hecho una comida decente en semanas, y por la gran mesa redonda se difundía un espíritu de estridente armonía, con gentes de todas las partes del país reunidas en paz. Sólo había una cosa que me preocupaba. Mencioné mis temores a Hugh, que estaba sentado a mi lado jugueteando con una celada mientras picaba de un cuenco con verduras y hierbas hervidas frías, y bebía largos tragos de vino.

—Con tanta gente aquí, seguro que este lugar ya no es un secreto para nadie. ¿No sabrá sir Ralph Murdac dónde encontrarnos?

Hugh sacudió negativamente la cabeza.

—Ahora somos demasiado fuertes —dijo, arrastrando un poco, pero sólo muy poco, las palabras—. Habrá aquí en este momento unos trescientos hombres de armas, comiendo la carne de Robin. Murdac tendría que vaciar Nottingham para poder igualar por lo menos esa cifra. No. Si quisiera atraparnos tendría que reunir un auténtico ejército, de mil hombres o más, y nos habrían llegado noticias mucho antes de que estuviera listo para la expedición.

Su explicación me tranquilizó, y me dediqué con entusiasmo a mi plato de jabalí asado con salsa de moras en conserva. Mientras masticaba se me ocurrió otra idea, y miré de reojo al hermano de Robin.

—Hugh —dije, y envalentonado al ver su cara congestionada por la bebida me atreví a hacerle una pregunta personal—, ¿por qué eres un proscrito? Sin duda un hombre de tus conocimientos podría encontrar trabajo en una mansión noble. Tal vez podrías incluso entrar al servicio del rey, y cuidar de su seguridad para tenerlo a salvo de sus enemigos como estás haciendo con Robin.

Hugh suspiró, y pude oler los dulces vapores del vino en su aliento.

—Tú no tienes familia, Alan, ¿verdad? —me preguntó. Yo negué con la cabeza—. La familia es una bendición, pero también una carga —expuso en tono profesoral, como si estuviera dando una lección—. Una familia es como un gran castillo; una fuente de poder y de fuerza..., pero también una prisión.

Escancié más vino en su copa y él me hizo una seña de agradecimiento antes de continuar.

—Nuestro padre murió muy poco después de publicarse la proscripción de Robin. Algunos dicen que aquello le partió el corazón. El anciano barón quería a Robin más que a sus otros dos hijos, a pesar de ser el más joven. Nunca se preocupó gran cosa de William y de mí, y de haber vivido lo bastante, seguro que el viejo bastardo habría convencido al rey de que perdonara a Robin. Pero el arzobispo de York, el piadoso Roger de Pont l'Évéque, insistía en que cayera sobre Robin todo el rigor de la ley, por

haber dado muerte alevosa a uno de sus sirvientes. Y como Robin no regresó del bosque para presentarse al juicio, fue declarado proscrito por el arzobispo. Poco después el anciano barón sufrió un ataque y murió, y William, nuestro hermano mayor, heredó sus posesiones. Luego murió el arzobispo Roger. Pero para entonces, Robin tenía ya a su nombre una retahíla de delitos graves de un metro de largo, y sir Ralph Murdac quería su cabeza.

»Ni Robin ni yo simpatizamos con William, a pesar de que sólo tiene dos años más que yo. Es todo lo contrario que Robin: piadoso, mezquino, tímido, cauteloso y respetuoso con la autoridad. En pocas palabras, una comadreja de mierda.

Me sobresalté un poco al oír a Hugh calificar de esa manera a su hermano mayor. Y pareció darse cuenta, por entre los vapores del vino.

—Dicho sea en honor de William —continuó Hugh—, ha hecho una oferta a Robin y la mantiene en pie: si se entrega, él intercederá ante las autoridades e intentará conseguir una sentencia benévola. A Robin no le conviene, por supuesto; prefiere con mucho negociar desde una posición de fuerza, y por esa razón hace todo esto. —Con un amplio gesto de la mano señaló a izquierda y derecha, hacia los cientos de caras felices y encendidas que nos rodeaban—. Robin prefiere tener un ejército privado que le respalde, un par de cientos de hombres de armas leales y una docena de cofres llenos de plata para repartir, cuando solicite el perdón real. Y tiene toda la razón. —Bebió un largo trago de vino—. Siempre tiene razón, ¿sabes? Siempre. No como yo, que siempre me equivoco. Todo lo hago mal.

Su borrachera estaba entrando en la fase de la autocompasión.

—¿Y por qué razón fuiste a reunirte con Robin en el bosque? —insistí.

—Por una mujer, claro está —dijo Hugh. Y se echó a reír, con la cabeza balanceándose entre los hombros, una risa contenida que acabó por parecerse más a un sollozo. Luego se frotó la cara con la manga, me miró con ojos legañosos y me preguntó: ¿Has estado enamorado alguna vez, Alan? —No esperó mi respuesta—. Vosotros los *trouvères* soléis pensar que el amor es algo divertido, un pasatiempo entretenido. Pero no lo es. —Levantó su mirada legañosa y buscó la mía—. Amor es dolor —dijo con una voz perfectamente neutra—. El amor es una agonía que ahuyenta el sueño y convierte el pan en cenizas en tu boca. Yo he amado, y sé de lo que hablo.

Hizo una pausa sin dejar de mirarme, pero no dije nada. Quería que continuara pero noté la beligerancia del tono, la truculencia del borracho que se compadece de sí mismo, y preferí tener la boca cerrada.

—Me enamoré —siguió, pasado un rato— de la mujer más hermosa del mundo. La mujer más hermosa del mundo. Se llamaba Jeanne y era la hija de sir Richard Brewister. ¡Oh Dios, qué hermosa era! —Tomó otro sorbo de vino y enderezó los hombros, en un intento de mantenerse sobrio—. Yo era el chambelán de lord

Brewister. Dirigía su hacienda, le llevaba las cuentas..., bueno, hará ya cinco o seis años de eso, y fue allí donde me enamoré de Jeanne. Ella me correspondía, y cuando se quedó embarazada quise casarme con ella, pero sir Richard no quiso oír hablar de matrimonio. Había puesto sus miras en un nivel más alto, un conde o un duque, no el segundo hijo de un barón menor, un simple escribano. Me despidió, de malos modos; aquel bastardo insensible me envió de vuelta con William. Y a ella la metió en un convento para que tuviera el niño a escondidas de todos. Era un chico. Pero me enteré..., me contaron..., que Dios se los llevó a los dos en el parto.

Se había desmoronado y ahora lloraba abiertamente, las lágrimas corrían por su cara alargada y yo me sentí avergonzado por él. Mientras fue mi severo preceptor, en la granja de Thangbrand, nunca le vi borracho, nunca tan vulnerable. Quise apartarme de él, desentenderme de su humillación, pero en cambio le pasé torpemente el brazo por los hombros, y él pareció encontrar algún consuelo en mi gesto. De modo que le pregunté qué ocurrió luego.

—Me sentí tan infeliz cuando ella murió, que no pude soportarlo. En Edwinstowe yo no era más que un caballero ocioso, el hermano pequeño del señor. Nunca heredaría nada, él no me permitiría casarme, me vería obligado a vivir la vida entera a su sombra, dependiendo de su generosidad, de las migajas sobrantes de su mesa. Me sentí desesperado. Pensé en profesar en las órdenes sagradas siempre he intentado amar a Dios con todo mi corazón y servirle, pero William no me lo iba a permitir. Quería tenerme bien sujeto a su lado, como un criado agradecido, viviendo de su generosidad para siempre. Creo que en lo más hondo de su ser, me odia. Pero entonces Robin vino a buscarme. Salió del bosque para salvarme.

Hugh hizo un esfuerzo para recuperarse. Sorbió, y se frotó los ojos enrojecidos con la punta del mantel. Luego se sonó la nariz con un sonoro trompeteo.

—Robin me necesitaba, ya ves. Su banda había crecido mucho; primero eran sólo él y unos pocos amigos que asaltaban a los viajeros que cruzaban Sherwood, y la cosa ha acabado en el circo que puedes ver: con refugios seguros, espías, y ese tribunal itinerante que imparte justicia al pueblo llano. De hecho es como un rey que decide sobre el destino de cientos, tal vez miles de personas, que ha acumulado una riqueza considerable, que presta dinero a caballeros en apuros y a mercaderes, que tiene un ejército propio... Y me pidió *a mi* que le ayudara. No me lo pensé dos veces. La alternativa era vivir como un caballero sin blanca y dependiente, un mendigo de alta cuna en la práctica, o bien convertirme en el primer ministro de un rey, aunque sea el rey de los proscritos.



La fiesta continuó a lo largo de la tarde y de las primeras horas de la noche, con

juglares, acróbatas y tragafuegos que entretuvieron a los comensales mucho rato después de que estuvieran llenos hasta reventar. Cuando la luna llena empezó a ascender en el cielo nocturno, me levanté tambaleante de la mesa, con el estómago tirante como la piel de un tambor, y me volví a la cueva a dormir en mi cálido jergón de paja. Dejé a Hugh roncando junto a la mesa, con su cabeza alargada y medio calva apoyada en los brazos.

Me desperté al cabo de pocas horas. La luna estaba muy alta en el cielo fuera de la cueva, pero no fue su luz lo que me despertó. Algunos hombres circulaban de un lado a otro por la cueva, en silencio, casi sigilosamente, y después de vestirse con ropas de abrigo salían a la noche, de uno en uno o de dos en dos. Todo estaba en silencio a excepción del roce suave de los mantos de piel y las sobrevestes de lana que los hombres se echaban encima antes de salir al bosque iluminado por la luna. Me entró la curiosidad. ¿Dónde iban, a aquellas horas? Muchos proscritos seguían acurrucados en sus jergones, roncando despreocupados, pero decidí seguir a aquellos hombres y ver qué se traían entre manos. De modo que me levanté, me puse sobre la camisa un gran manto con capucha y mangas amplias, y les seguí.

Debían de pasar del medio centenar los hombres y las mujeres que salían de la cueva y de las precarias chozas de los visitantes y se adentraban en el bosque. Era una visión fantasmal después de aquel día turbulento, pero todos estaban silenciosos y mostraban una actitud casi reverente mientras se alejaban de las fogatas y parecían ser engullidos por el bosque salvaje y oscuro. Con una sensación de nerviosismo, tiré de la capucha de mi manto para que me ocultara por completo la cara, y seguí aquella procesión silenciosa. Sentía que formaba parte de un secreto grande y solemne mientras caminaba a la zaga de de proscritos a los que conocía vagamente, a través de los bosques, siguiendo un antiguo sendero obstruido a medias por enredaderas y zarzas; señalaban el camino pequeñas candelas fijadas en la horquilla de los árboles a intervalos regulares. Cuando nos hubimos adentrado más en el bosque me uní a dos hombres, y ellos me saludaron con inclinaciones de cabeza pero sin hablar, y de alguna manera supe por instinto que no debía enturbiar la noche con mis preguntas. Caminamos durante cerca de una hora en silencio, siguiendo el camino marcado por las lumbres, y cuando de pronto salimos del bosque a una amplia llanura pantanosa, no pude reprimir un sobresalto de sorpresa. Era la llanura de mi pesadilla febril en la cabaña de Brigk con la gran roca gris en el lugar exacto donde la había soñado, y la silueta oblicua de la roca apuntaba al cielo en el mismo ángulo. Pero ahora había también las formas de unas cincuenta figuras envueltas en ropas oscuras, encapuchadas y solemnes, rodeando el altar antiguo ante el que ardía una gran hoguera; y atado a la gran roca de granito, desnudo, amordazado, iluminado por la luz móvil de la llamas y con los ojos desorbitados por el terror, estaba el prisionero Piers.

Capítulo XII

Mientras miraba a Piers, empezó a sonar un tambor: una percusión lenta y regular, parecida al latir de una bestia gigante. Me alegré de que la capucha de mi manto fuera tan honda, y tiré de ella todavía más adelante, porque no deseaba ser reconocido por aquel infeliz. Ni que nadie me mirara a la cara. Por vergüenza, supongo. Ahora sabía por qué Robin había conservado la vida de aquel soldado enemigo, aquel antiguo proscrito traidor, y la sangre se heló en mis venas al darme cuenta de la crueldad blasfema que iba a perpetrarse esta noche. Pero por alguna razón no pude moverme de allí, no pude protestar. No hice nada más que mirar con un horror creciente el ritual impío que tenía lugar ante mis ojos. Y cuando todo acabó, cuando me sentí atormentado por la voz de mi conciencia, me excusé con el argumento de que no podría haber hecho nada para salvar su vida en medio de una multitud de más de cincuenta paganos sedientos de sangre; que intentar interrumpir aquella ceremonia satánica podía significar mi propia muerte, y carecía de la menor perspectiva de éxito. Pero la verdad es más oscura aún. No hice nada más que mirar porque una parte de mí, un rincón podrido y corrupto de mi alma, deseaba observar aquel ritual. Me repetía a mí mismo una y otra vez que aquello era brujería, que aquella noche un sortilegio me tuvo inmovilizado, pero lo cierto es que, como todos los demás participantes, sentía curiosidad y una parte de mí quería ser testigo de la ofrenda de la sangre de Piers a los antiguos dioses.

Al retumbar profundo del gran tambor se unió otro más agudo que le servía de eco, y luego un tercer tambor, cuyos golpes se anticipaban ligeramente a los de los otros dos. En conjunto, aquel espantoso ritmo combinado anunciaba la muerte del aterrorizado hombre que estaba atado a la antigua roca: *ba-boom-boom; ba-boom-boom; ba-boom-boom...* Me di cuenta de que, en contra de mi voluntad, me balanceaba al ritmo de los tambores, oscilando a uno y otro lado con la conciencia adormecida, emborrachado por aquel batir rítmico. Miré a mi alrededor y vi que los demás hombres y mujeres también se mecían. Luego empezaron a cantar: un himno grave con una melodía obsesiva que nunca había oído antes. Sin embargo, tenía una belleza majestuosa, era una alabanza a la diosa Tierra de la que toda la vida brota, la fuente de toda fertilidad. No conocía la letra, pero el canto era poderoso, irresistible, y yo también me sentí envuelto por el gozo de aquella música. Cuando el himno acabó con un crescendo rematado por un gran grito, también me encontré cantando

con la multitud: «¡Salve, Madre... Salve, Madre... Salve!».

Al sonar el grito final de «¡salve!», una figura se adelantó del círculo de adoradores hasta el espacio central junto a la hoguera. Era una mujer vestida con una larga túnica de lana negra bordada con figuras de estrellas, liebres y medias lunas. Su faz, parcialmente oculta por la capucha de su túnica, estaba pintada de blanco, y llevaba un pequeño caldero redondo de hierro en una mano y un ramo de muérdago en la otra. Avanzó con movimientos graciosos hasta colocarse junto al fuego, delante de la gran roca. Alzó en el aire caldero y muérdago y pareció mirarme únicamente a mí cuando dijo en voz alta y clara:

—¿Estáis preparados para comparecer en presencia de la Diosa, la Madre del mundo?

—¡Estamos preparados, Madre, estamos preparados! —contestó la multitud con una sola voz, unánime y terrible.

La sacerdotisa se arrodilló junto al fuego y, después de murmurar una plegaria, arrojó un puñado de hierbas al fuego, del que se alzó una llama de un color verde azulado. Luego, con los ojos cerrados pasó muy despacio por tres veces el caldero de hierro por encima de las llamas. Se irguió, abrió los ojos, paseó despacio delante del círculo de espectadores, introdujo el muérdago en el caldero y fue asperjando de agua a los asistentes, mientras gritaba:

—¡Por el fuego y el agua, estáis purificados!

Mientras recorría el círculo sumergiendo el muérdago en el caldero y asperjando, temí el momento en que llegara delante de mí. Sólo era Brigid, lo sabía, revestida con aquella extraña túnica bordada y con la cara atterradoramente blanqueada con cal. Sólo era la amable mujer que me había curado el brazo, pero en mi interior iba creciendo el horror. Estaba seguro de que una maldad sin nombre se había introducido entre nosotros, y mientras ella se acercaba con el caldero y el muérdago agaché la cabeza, y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sentí que el agua fría salpicaba mi manto.

Cuando la sacerdotisa hubo acabado la purificación de los congregados, entró de nuevo en el círculo de luz de la hoguera y, con ojos relampagueantes, dio un gran grito:

—¡Contemplad a la Madre!

Se desprendió de su túnica con un movimiento rápido y quedó enteramente desnuda, con los brazos extendidos. Su cuerpo estaba pintado con un revoltijo de símbolos que se superponían los unos a los otros: en el bajo vientre tenía tres medias lunas que se cruzaban en forma de estrella doble de un color blanco brillante, y apenas podían distinguirse detrás de las rayas y las espirales rojas, azules y amarillas que parecían crecer de su cuerpo hacia el tórax. Los pechos plenos estaban pintados de rojo con líneas negras en zigzag que parecían brotar de los pezones; en los brazos

extendidos había pintadas serpientes verdes, moteadas con círculos de un amarillo vivo; parecía que las serpientes se enroscaban en sus brazos y que reptaban hacia su corazón. En todos los lugares que quedaban libres en el resto de su cuerpo, había símbolos pintados que representaban los animales de la caza: venados y liebres, perros y halcones... Un jabalí pintado en su cadera gruñía en silencio y mostraba sus grandes colmillos. Ella quedó erguida e inmóvil, dejando que admiráramos los dibujos de su cuerpo desnudo. A pesar de mi repulsión ante aquel despliegue pagano, sentí crecer el deseo en mi ingle. Su cuerpo era hermoso, en la plena sazón de la feminidad: pechos redondos y perfectos, todavía lozanos y pródigos; cintura breve que se ensanchaba en las caderas generosas y en la mata oscura alojada en el pubis entre las piernas largas y delgadas. Sentí endurecerse mi miembro dentro de mis bragas.

Aparté la mirada de su desnudez y la dirigí, como castigo por mi lujuria, a Piers, atado a la roca detrás de ella. También él parecía hipnotizado por aquel cuerpo desnudo; tenía los ojos muy abiertos y oscuros, y sospeché que lo habían drogado. Entonces advertí, en el extremo más alejado del área iluminada por el fuego, y detrás de la gran roca, la silueta de un ciervo. La gran cornamenta extendida y el hocico del noble animal eran apenas visibles entre las sombras móviles. No podía ser real; ningún ciervo se acercaría tanto a una reunión como aquella. Hubo exclamaciones de asombro entre los congregados al ver a la bestia, y corrió de boca en boca un murmullo como el susurro del viento entre las ramas de un sauce: «Cernunnos, Cernunnos, Cernunnos...». Y por detrás de la gran roca gris asomó una criatura que no se parecía a nada que yo hubiera visto antes.

Caminaba sobre dos patas como un hombre, pero el cuerpo era mucho más pequeño y encorvado, cubierto casi hasta el suelo por una pieza de cuero curtido. De su cabeza brotaban grandes cuernos, y se cubría el rostro con una máscara de madera que representaba la cabeza de un ciervo. Pero la forma en que se movía era inequívocamente la de un ciervo, el meneo nervioso de la cabeza, los arranques repentinos y luego esa increíble inmovilidad absoluta que se presenta cuando el animal advierte el peligro y vigila. Cuando empezó a recorrer el círculo de los celebrantes, algo me llamó la atención en su misteriosa realidad: los pasos delicados, la inclinación de la cabeza. De pronto, supe qué —o más bien, quién— era. Era Hob o' the Hill, le había visto imitar al ciervo y a otros animales como diversión el día anterior. Ahora estaba representando el papel de un antiguo dios del bosque. Cuando el hombre-ciervo hubo recorrido todo el círculo, desapareció de un salto detrás de la roca exactamente del mismo modo como lo haría un ciervo macho en el bosque al ver al cazador.

Me volví a observar a la sacerdotisa y vi que ahora estaba armada con un arco y una flecha pequeños, como de juguete; acto seguido, disparó la flecha hacia la

oscuridad que había detrás de la roca. Un gran lamento se elevó de la congregación, y de nuevo comenzó el murmullo de «Cernunnos, Cernunnos», que fue elevándose hasta convertirse en un canto. Por detrás de la roca asomó un hombre, desnudo salvo por un faldellín de piel de ciervo que le cubría el vientre. Tenía la cara pintada de marrón, con los ojos rodeados por círculos blancos que los hacían parecer más grandes, y en la cabeza llevaba plantada la misma cornamenta que había llevado Hob antes que él. Su mano estaba puesta sobre el corazón, y por entre los dedos asomaba el astil de una flecha, y un delgado hilillo de sangre, como de un arañazo, corría por su torso desnudo. Era Robin, lo reconocí con una triste sensación de inevitabilidad. Y cuando el grito de «Cernunnos» llegó a su clímax frenético, él se dejó caer grácilmente frente a la piedra y permaneció inmóvil, con la flecha del corazón apuntando al cielo. Yo contemplé su cuerpo con un torbellino de emociones encontradas, y me chocó un detalle extraño en su cara embadurnada de marrón: la boca. De vez en cuando parecía contraerse un poco. En aquel momento solemne, en el punto álgido de aquella ceremonia sombría que era una ofensa clara para todo sentimiento cristiano y decente, parecía que el cadáver de Robin estaba haciendo esfuerzos para no echarse a reír.

La congregación quedó en silencio —nadie excepto yo pareció darse cuenta de las contorsiones faciales de Robin—, y en aquella repentina quietud Brigid, ahora de nuevo vestida pero con la capucha echada hacia atrás y una expresión feroz y decidida en el rostro, se adentró en el círculo de luz de la hoguera hacia el cuerpo muerto de Robin. Empuñaba una maza de hierro en la mano derecha, y un lazo corredizo además del caldero de hierro en la izquierda; de su cuello, sujeto por una cinta de cuero, colgaba un gran cuchillo negro de pedernal que relucía a la luz del fuego con una malignidad antigua. Se dirigió hacia la gran roca. Piers, atado y amordazado, la miraba con ojos implorantes. Sus ojos se cruzaron, estoy seguro, durante un instante, pero ella no tuvo compasión y, levantando la maza, gritó:

—¡En el nombre de la Madre...!

Y golpeó con la pesada bola de hierro la sien del pobre infeliz.

El se derrumbó de inmediato, con la cabeza caída hacia adelante, y yo sólo sentí un gran alivio. «Está muerto o inconsciente —pensé—. Ahora ya no siente nada». En ese momento me di cuenta de que, en mi mente, había aceptado ya lo inevitable de su muerte, y el remordimiento empezó a fluir, como la sangre de la sien de Piers.

Brigid pasó el lazo corredizo por el cuello intacto, y gritando de nuevo «¡en el nombre de la Madre!», tiró con fuerza del extremo de la cuerda, tensándola hasta que mordió la carne blanda del cuello. Piers no hizo el menor movimiento salvo cuando ella dio unos breves tirones de la cuerda, y yo pensé: «Ahora lo dejaré en paz, gracias a Dios». Me equivocaba.

La sacerdotisa retiró el lazo, inclinó hacia un lado la cabeza de Piers y, colocando

con cuidado el caldero debajo de ella, alzó el cuchillo negro y gritó:

—¡Su vida por la Madre!

Y rebanó el cuello inerte en un tajo profundo hasta el hueso de la columna. Hubo un borbotón de sangre, acompañado por un gran suspiro colectivo de la congregación; el corazón de la víctima, que aún latía, expulsó la sangre en un chorro violento, que fue disminuyendo luego hasta convertirse en un hilo intermitente que bajaba por el hombro desnudo y blanco hasta quedar recogido en el caldero. Yo cerré los ojos y musité una plegaria a Nuestro Señor Jesucristo por el alma del infeliz. Y por la mía.

Brigid untó sus dedos en la sangre que brotaba del cuello de la víctima y, arrodillada al lado de Robin, trazó cuidadosamente la letra «Y» sobre su pecho mientras él seguía tendido en el suelo y simulaba estar muerto. Luego ella mostró las manos ensangrentadas extendidas hacia el círculo de espectadores y gritó:

—Levanta, Cernunnos, levanta Señor del Bosque...

Entonces los reunidos se unieron a aquel grito, en voz baja primero y luego con más y más fuerza:

—Levanta, Cernunnos, levanta Señor del Bosque...

Robin, como si despertara de un profundo sueño, se puso en pie vacilante y alzó los brazos por encima de la cabeza, repitiendo en la forma de su cuerpo la «Y» trazada con sangre sobre su pecho y la de los cuernos que coronaban su cabeza.

El canto había cambiado y ahora decía «salve, Cernunnos; salve, Cernunnos...» con un volumen cada vez mayor, hasta hacerse casi ensordecedor, y los tambores recomenzaron su batir, reforzando el ritmo del canto y acelerándolo luego hasta el frenesí. Al final, Robin bajó los brazos de golpe y el estruendo cesó de inmediato. Un silencio fantasmal se extendió por aquel pantano maldito de Dios, el cuerpo de Piers colgaba flácido, atado a la roca, y los últimos restos de su sangre goteaban en el caldero de hierro. Entonces Robin dijo, con una voz que resonó extrañamente en el silencio:

—Que quienes deseen recibir la bendición de Cernunnos se adelanten, y doblen la rodilla ante él.

Una mujer se adelantó y se arrodilló delante de Robin. Él introdujo un dedo en el caldero de la sangre de Piers e, inclinándose, trazó la señal sangrienta del ciervo, la señal de la «Y», en su frente. Ella tuvo un estremecimiento extático cuando los dedos rozaron su piel y luego se volvió, agarró del brazo a un hombre de la congregación y lo atrajo para llevárselo fuera del círculo de luz, mientras tironeaba de sus ropas en su prisa por copular con él. Otro proscrito se adelantó y fue a arrodillarse delante de Robin, y fue signado con la sangre del sacrificio... A esas alturas yo ya había tenido mi ración de sangre y de ceremonia y de muerte innecesaria, y mientras más y más personas se adelantaban a recibir la bendición de Robin, me retiré a la oscuridad y,

con el corazón cargado de remordimiento, emprendí el camino de vuelta a la cueva. A mi espalda podía oír los aullidos de hombres y mujeres, extraños entre ellos pero inflamados esta noche por la sangre derramada, que se lanzaban a una desenfadada orgía sexual. Supe que nadie me echaría de menos.



Me fui de las cuevas de Robin al día siguiente. No, debo aclararlo, porque encontrara el valor suficiente para apartarme de aquella banda malvada de paganos asesinos. No, sino porque Robin me envió a otro lugar. Me mandó llamar la mañana siguiente al sacrificio. Parecía cansado, y aún había rastros de pintura marrón en su cara. Yo no hice la menor alusión a la ceremonia brutal que había presenciado la noche anterior, a pesar de que hube de morderme la lengua. Como había cuidado de llevar siempre la capucha bajada y me había marchado sin recibir la pagana bendición de sangre de Robin, estaba convencido de que mi señor no sabía que yo había asistido a su ritual maligno, pero si empezaba a hablar del tema y a hacer preguntas, sabía que mi disgusto manaría a borbotones como la sangre de Piers.

—Voy a enviarte a Winchester —me anunció Robin; parecía darse cuenta de mi desaprobación, y el tono de su voz era frío—. Cantas bien, pero Bernard dice que no practicas lo suficiente; en cambio, John me ha contado que te desenvuelves bien con la espada. Pero yo no necesito otro esgrimista, sino un *trouvere* como tu padre, un hombre que pueda viajar de un castillo a otro y entregar mensajes por mí, y pagar su estancia en cualquier mansión noble donde entre con buena música y buenos modales. De manera que creo que es hora de que aprendas algo más de los usos cortesos y tengas un mayor conocimiento del mundo. Y eso es algo que puede proporcionarte la corte de la reina Leonor en Winchester. La condesa de Locksley te llevará allí y te guiará para que no sufras ningún tropiezo en los salones de los poderosos.

Al oír esas palabras, mi resentimiento se evaporó.

—Gracias, mi señor —dije, y lo dije de corazón. ¡Viajaría en compañía de Marian para visitar a la reina! También viviría en la corte junto a la alta nobleza del país. ¡Yo, un mugriento cortabolsas de Nottingham sin familia, me codearía con lores y damas, con la realeza incluso! Me dejé llevar por una loca fantasía en la que el rey me otorgaba su perdón, me llamaba su buen y leal amigo y me nombraba consejero privado o algo por el estilo, cuando me di cuenta de que Robin seguía hablando:

—Godifa tiene que recibir la educación de una dama, cosa imposible aquí, y Bernard, bueno, Bernard se está cayendo a pedazos en estos andurriales. —Hizo una pausa—. ¿Me estás escuchando, Alan? —Yo asentí—. Marian tiene a sus gascones, desde luego, pero quiero que tú te cuides especialmente de ella, en mi lugar. ¿Juras

que la protegerás de todo daño durante ese largo viaje?

Me dirigió una mirada solemne con sus grandes ojos plateados.

—Oh sí, mi señor —afirmé—. Será un honor.

Le habría abrazado. Desapareció de mi cabeza todo recuerdo acerca de Cernunnos y de sacrificios humanos. Él conseguía ese efecto con muchas personas; por muchos males que provocara, era imposible estar furioso con él durante mucho tiempo. Ahí residía su verdadero poder, creo, y no en sus tropas de caballería y en sus arqueros.

Partimos hacia el mediodía y, antes de despedirnos, Robin nos hizo un regalo a cada uno de nosotros. Marian recibió un magnífico collar de cien grandes perlas y dos pendientes a juego con racimos de perlas. A Bernard le devolvió su viola de madera de manzano, rescatada de su cabaña de la granja de Thangbrand. Nuestro pequeño refugio no había sido incendiado por los jinetes del sheriff, aunque sí saquearon el lugar. Sin embargo, milagrosamente la preciosa viola no fue robada —es de suponer que los hombres de Murdac no sentían afición por la música—, y fue rescatada por una de las patrullas de largo alcance de Robin, que se ocupó de enterrar a los muertos y recoger los pocos objetos de valor encontrados.

A Goody le regaló el rubí de Freya. Casi se me desencajó la mandíbula; no había esperado volver a ver nunca aquella gran joya del color de la sangre. Di por supuesto que la había consumido el fuego. Pero Hugh explicó a los hombres de Robin dónde habían de buscar exactamente, y ellos sacaron el cofre de metal de debajo del suelo chamuscado.

—Esta piedra perteneció antes a tu madre —dijo Robin al poner en su mano el rubí—, de modo que te la doy a ti en recuerdo suyo. Pero ten cuidado con ella. Siento en mis huesos que no es una piedra que atraiga la buena suerte. Guárdala bien.

La había montado en un broche que pendía de una fina cadena de oro, y hube de admitir que el resultado era magnífico. Pero Goody, después de hacer una reverencia y dar las gracias cortésmente a Robin, se volvió a Marian y se la ofreció.

—¿La quieres, Marian? —preguntó—. Es una joya demasiado buena para una niña; podría perderla o me la robarían y, en cambio, creo que a ti te quedaría muy bien.

Marian aceptó la gran joya.

—Es hermosa —admitió—. La guardaré para ti hasta que hayas crecido pero, en ocasiones especiales, si me lo permites puedo lucirla.

Goody le sonrió, y las dos se pusieron a examinar más de cerca el rubí.

A mí, Robin me regaló una flauta, un hermoso instrumento de marfil con incrustaciones de oro. Sospeché que antes habría sido propiedad de algún clérigo que tuvo la desgracia de llevarla consigo en un viaje en el que hubo de atravesar Sherwood, pero no dije nada. Me la llevé a los labios y la sostuve en posición vertical

mientras soplabla por la boquilla. Las notas sonaron tan dulces y ricas como la mantequilla, y di las gracias de nuevo a Robin por su gentileza.

—Esto también lo encontramos en la casa de Thangbrand —dijo—. Enterrado debajo de las ruinas de la sala.

A continuación, me tendió un objeto alargado envuelto en una vieja manta. Era mi espada, mi vieja amiga; el mango de madera estaba un poco ennegrecido y en la vaina abollada había algunas zonas chamuscadas, pero era mi espada. El arma con la que maté a mi primer hombre. Mi propia, ajada Excalibur. Los ojos se me nublaron de emoción, y me incliné para ocultar mi rostro.



Un momento antes de partir, Hugh me llevó aparte.

—Robin me ha pedido que te hable de este asunto —dijo, en tono grave; parecía enfermo, sin duda debido al exceso de vino de la víspera—. Mientras estés en Winchester, quiere que seas nuestros ojos y nuestros oídos en el castillo. Procura recoger toda la información que puedas sobre la gente de allí, quién habla con quién, y quién no se habla con otro. Cualquier plan que tenga el rey, cualquier noticia de Francia, y todo lo que se relacione con Robin o con cualquiera de nosotros, para el caso.

Asentí. Sonaba atractivo, Robin me confiaba una grave responsabilidad: iba a ser su espía. Sonreí.

—Me ha parecido que esta misión podría aguzar tu instinto de ladrón —añadió Hugh, devolviéndome la sonrisa—. Mira si puedes hacerte con la correspondencia privada de la reina, o con alguna otra cosa. —La idea me pareció tan absurda que me eché a reír, pero luego me di cuenta de que Hugh hablaba muy en serio. El continuó —: En Winchester vive un hombre llamado Thomas: lo encontrarás en una taberna que tiene como muestra una cabeza de sarraceno. Tiene un solo ojo y es probablemente el hombre más feo de toda la cristiandad, pero te identificarás ante él diciendo: «Soy un amigo del pueblo del bosque». Él te contestará: «Yo prefiero el pueblo de la ciudad». Dale a él el mensaje que quieras que llegue a nosotros. ¿Lo has entendido? Thomas, la cabeza del sarraceno, el pueblo del bosque, el pueblo de la ciudad. ¿Me sigues? —Hice un gesto de asentimiento y él me dijo—: Buen chico.

Luego me dio una bolsa bien repleta de peniques de plata, más dinero que el que yo había tenido nunca en la vida.

—Para los gastos —aclaró. Luego frunció la frente y, con su tono más puro de maestro de escuela, añadió—: No es para que te lo gastes en cerveza holgazaneando por las tabernas, ni en las mozas bien metidas en carnes de Winchester tampoco.

Vaya uno para sermonear sobre la bebida; y tampoco me atraían las mozas

rellenas de Winchester. Iba a cabalgar hacia el sur en compañía de un modelo perfecto de feminidad, y todas las demás mujeres no tenían lugar en mis pensamientos. Nos pusimos en marcha en fila de a dos, a caballo y seguidos por una reata de mulas que cargaban con nuestro equipaje. Cuatro jinetes gascones formaban la vanguardia de la columna, otros cuatro la cerraban, y cuatro más la flanqueaban y galopaban adelante y atrás mientras los demás seguíamos a nuestro ritmo. El camino estaba muy concurrido, por los invitados a la gran fiesta de Robin que volvían a paso lento a su vida de todos los días. Muchos parecían llevarlo bastante a mal, aunque al principio del viaje nos rodeaba aún un ambiente de carnaval. Yo cabalgaba al lado de Marian, y me tomaba muy en serio mi papel de guardaespaldas; Bernard y Goody venían detrás. Bernard tenía el aspecto de un queso podrido; con una horrible resaca, los ojos inyectados en sangre, la cara arrugada y de un color grisáceo. Goody, por su parte, no podía reprimir su buen humor. Sentía que nos dirigíamos a una gran aventura y que al final del viaje le aguardaba un premio resplandeciente. Por eso atormentaba a Bernard con continuas preguntas acerca de cómo era una corte real y qué trato se nos iba a dar a nuestra llegada. La mayor parte de las veces, él contestaba con gruñidos.

Ya avanzada la tarde, empezó a hacer frío y hacia el sur comenzaron a agolparse nubes de tormenta. Los alegres juerguistas desaparecieron, y no pude evitar el presentimiento de que íbamos a meternos en problemas.

Mientras trotábamos envueltos en nuestras capas más cálidas para resguardarnos del viento helado, empecé a preguntar a mi dama sobre su vida cuando no estaba con la banda de Robin.

—Como sabes —me explicó—, soy pupila del rey. Lo soy desde que mi padre, el conde de Locksley, murió hace unos años. Ranulph de Glanville me envió a algunos de sus hombres con una carta del rey, en la que se nombraba a sí mismo mi tutor. Las tierras de Locksley son ricas y extensas, y el rey desea controlar quién se casa conmigo y se convierte en el nuevo conde. Dicen que lo hace para protegerme a mí, desde luego, pero mienten. El propósito principal del rey es enriquecerse. Quien pretenda casarse conmigo (y ruego con todo mi corazón por que sea mi Robin) deberá pagar al rey un precio considerable por ese honor. A veces me siento como una vaca en el mercado, puesta a la venta para ver quién puja más por ella. —Rió, pero en su risa era perceptible una nota de amargura—. Aun así, Robin no puede pujar por mí en esa subasta. El rey Enrique nunca consentirá que me case con un proscrito. Siempre preferirá un pretendiente más aventajado o me convertiré en la manera de recompensar a un sirviente leal, y es por supuesto, descarta a Robin.

Sus palabras tenían un tono tan triste que sentí un punzada de remordimiento por mis celos.

—Debéis de amarle mucho —dije en voz baja, aun las palabras se me

atragantaban.

—Mucho, y sé que él me ama a mí. Siempre le he amado, desde que nos encontramos por primera vez hace diez años. Llegó a la casa de mi padre cuando yo era sol una niña..., pero le quise desde el primer día. Era amable, divertido y guapo. Siempre encontraba tiempo par atender a mi charla enloquecida. Entonces no me amaba como ahora, ¿cómo iba a hacerlo? No era más que un niña que apenas se separaba de las faldas de su madre Pero fue amable conmigo, y ésa es la cualidad que encuentro más atractiva en un hombre.

»Al crecer los dos, cambiaron sus sentimientos hacia mí y se hizo más apasionado. Venía a visitarme cabalgando desde su casa de Edwinstowe y me traía flores recién cortadas y fruta, y me contaba historias maravillosas sobre nuestro futuro juntos, que nos casaríamos felizmente y viviríamos en un gran castillo y tendríamos docenas de hijos y reiríamos y nos amaríamos todos los días de nuestras vidas hasta que un día, ya muy ancianos, moriríamos los dos en el mismo momento exacto, con nuestras manos unidas.

Me sonrió con tristeza y un poco de ironía, como diciendo: «Ah, las locuras de la juventud». Luego, después de una pausa para rodear con nuestros caballos una zonas encharcada del camino, continuó:

—Pero cuando Robin fue declarado proscrito, todo cambió. Mi padre, que por entonces estaba ya enfermo, le prohibió la entrada en el castillo. Cuando dije a mi padre que amaba a Robin, me amenazó con reunir a sus vasallos, armarlos y dar caza a Robin; pero no tenía intención de hacerlo, sólo era un viejo borracho. Y con mi madre todo fue inútil; lo único que me dijo fue que obedeciera a mi padre.

»No obstante, Robin continuó viéndome, a pesar de que corría serio peligro de ser capturado y muerto en cada nueva visita. Empezamos a hacer viajes secretos a Sherwood juntos: una vez, cuando cumplí diecisiete años, organizó un banquete de medianoche para mí en lo más profundo del bosque, en compañía de algunos de sus amigos. Colocaron una larga mesa, adornada con guirnaldas de flores silvestres y servida con manjares exóticos, en un claro en medio de la nada; con músicos, juglares y criados que escanciaban vino y traían una bandeja tras otra cargadas de carnes asadas. Dios sabe dónde cocinaban. Aquella noche me pidió que me casara con él.

»Contesté que sí, por supuesto, pero los dos sabíamos que sería imposible mientras él fuera un proscrito. De modo que nos prometimos en secreto. Robin quería que yaciéramos juntos para sellar el juramento con nuestros cuerpos. Pero yo me negué. Había prometido a mi madre que conservaría la doncellerz hasta el matrimonio. Robin quedó desilusionado, muy desilusionado, pero respetó mi deseo. Así que he guardado mi promesa, contra lo que pueda pensar la banda de Robin.

Me dirigió una mirada de reojo, y yo enrojecí. Como casi todos los demás proscritos, había dado por sentado que entre ella y Robin existía la misma intimidad

que en cualquier otra pareja, casada o no. Vi que también Marian se había ruborizado, y la apremié para que continuara la historia.

—Mi padre falleció poco después —dijo Marian—. Adelgazó más y más hasta casi consumirse. Al final, creo que podría haberle levantado del suelo con una sola mano. Mi madre no tardó mucho en seguirle a la tumba. Creo que ella murió de soledad; me refiero a que quería morir, para volver a estar con él. Siempre dijo que no podría soportar vivir separada de él. Espero que ahora estén los dos juntos en el cielo.

Murmuré que estaba seguro de ello. Un conejo salió disparado de entre los cascos de nuestros caballos y desapareció en el bosque, y nos costó algunos minutos tranquilizar a nuestras monturas asustadas. Luego, Marian reanudó su relato.

—El día siguiente de la muerte de mi padre, con toda la casa en duelo, un caballero vecino llamado Roger de Bakewell vino a presentarme sus respetos. Cuando ya mi padre descansó en paz en el cementerio de la iglesia, sir Roger me llevó aparte e intentó besarme; el aliento le olía a cebolla. Cuando lo rechacé, me dijo que quería casarse conmigo, que había cerrado un trato con mi padre y le había pagado media libra de plata en prenda del acuerdo para obtener mi mano. Me sorprendió, pero creí que decía la verdad. No era imposible que mi padre hubiera hecho una cosa así. Podía haber considerado una buena solución contar con un marido fuerte para protegerme y salvaguardar el condado.

»Pero ¿sabes, Alan?, desde aquel día nunca más tuve ocasión de hablar con ese Roger. La verdad es que procuró evitarme por todos los medios. Una vez, en Nottingham, cuando era ya pupila del rey, me tropecé con él en la plaza del mercado. El iba a caballo, y yo a pie. En cuanto me vio, espoleó a su caballo y galopó (galopó, literalmente) por entre la multitud para huir de mí. Por lo poco que pude ver de su cara, estaba aterrorizado. Me tenía pánico.

»Desde luego, más tarde supe que Robin le había hecho una visita acompañado del gigante John Nailon. El caso es que los dos entraron en su castillo de noche, irrumpieron en su dormitorio y, mientras John le amenazaba con su gran hacha, Robin le hizo comerse media libra de plata, ciento veinte peniques de plata, uno por uno. Robin explicó a sir Roger, en tono muy sensato y razonable, que ahora que le había sido devuelto el dinero que se le debía por mi mano, si alguna vez se le ocurría volver a cortejarme las consecuencias serían muy desagradables. "Ella está bajo mi protección", dijo a sir Robert. "Y quien la moleste se enterará de hasta qué punto me disgusta su conducta."

Todavía me estaba riendo al pensar en aquel fatuo caballero obligado a tragarse una gran bolsa de monedas metálicas, cuando Marian añadió:

—Sin embargo, estar bajo la protección de Robin supone llevar una vida muy solitaria. Los hombres no se atreven ni siquiera a dirigirme la palabra. Quizá por eso disfruto tanto charlando contigo, mi guapo guardaespaldas.

Me sonrió. Yo dejé de reír y creí sentir una ráfaga de viento helado en mi cuello. Me pregunté qué me haría Robin si llegaba a enterarse de los pensamientos que había abrigado sobre Marian.

Ella pareció leer en mi mente.

—Estoy prometida a Robin —dijo—, y mi corazón siempre le pertenecerá. Pero eso no quiere decir que tú y yo no podamos ser buenos amigos.

Le agradecí sus palabras con una sonrisa forzada. Hugh había tenido toda la razón al llorar en su copa de vino, el día de la gran fiesta del bosque. Amar significa, las más de las veces, un gran dolor para una persona.

Capítulo XIII

Aunque gravitaba sobre la ciudad como un enorme puño de piedra, el castillo de Winchester me pareció maravilloso. Nunca en mi vida me había sentido tan contento al ver un símbolo del poder normando. Había crecido en la ciudad de Nottingham y sus alrededores, pero nunca había visto su castillo por dentro; de hecho, de haberlo visto me habría sentido aterrorizado, porque estar dentro de aquella fortaleza significaba, para un ladrón como yo, enfrentarse a la tortura y la muerte. Sin embargo, a medida que nuestro grupo, salpicado de barro y con las narices azules por el frío, se acercaba a Winchester por el camino de Andover, me di cuenta de lo mucho que había cambiado en el año transcurrido con la banda de Robin. Vi por primera vez el castillo al coronar una pequeña loma, y lo único que pensé fue: «Gracias a Dios, ahí encontraré comida caliente, agua templada para lavarme y la posibilidad de cambiarme y ponerme ropas secas».

Luego atrajo mi mirada la altiva majestad de la catedral de la ciudad, famosa por albergar las sagradas reliquias de San Swithin, el santo que trae la lluvia..., y fruncí el entrecejo. Nos había llevado más de dos semanas recorrer las doscientas millas aproximadamente que separan las cuevas de Robin de la ciudad de Winchester, y casi no había parado de llover durante todo el trayecto. Los caminos se habían convertido en lodazales, simples canales encharcados en los que los caballos se abrían paso hundiendo a cada paso los cascos en el suelo embarrado. Allí donde existía esa posibilidad, cabalgábamos fuera del camino, bien por los márgenes, más altos y menos fangosos, o bien a campo través. Pero era fácil perderse, y los soldados gascones estaban inquietos cuando abandonábamos el camino real. De modo que chapoteábamos en el fango la mayor parte de" tiempo, y parábamos por las noches en casas o granjas de amigos de Robin o de Marian, o en conventos en los que los monjes nos acogían con una magra cena, una mirada de sospecha y un jergón en el dormitorio donde descansar. Cada mañana nos levantábamos de nuevo con el alba y volvíamos a cabalgar bajo la lluvia pertinaz.

Marian, Dios la bendiga, conservó el buen humor a lo largo de todo el viaje, y mientras yo me arrebujaba en mi manto y maldecía la lluvia que me resbalaba por el cuello abajo y temblaba a merced del viento que soplaba contra mis calzas empapadas, ella contaba historias a Goody y describía el tiempo espléndido que íbamos a tener en Winchester; las fiestas, los juegos, las risueñas cortes de amor que

la reina Leonor había importado de su nativa Aquitania, en las que poetas y trovadores competían entre ellos por ver quién creaba el mejor poema de amor. Las canciones eran juzgadas por Leonor y sus damas de compañía, y el vencedor era premiado con un beso. Bernard aguzó el oído al escuchar aquello. Había estado deprimido y callado casi todo el viaje, envuelto como yo en su mísero manto de lana empapada, pero cuando Marian mencionó las cortes de amor pareció transformarse, y la acribilló a preguntas. ¿Qué clase de canciones le gustaban a la reina? ¿Hasta dónde podía llegar un músico en la sátira política de los *sirventés*? ¿Eran bonitas las damas de compañía? Cuando acabó su interrogatorio, era un hombre nuevo.

—Al parecer, nos dirigimos a un lugar civilizado —me dijo, casi alegre—. A partir de ahora tenemos que componer buena música. Será mejor que eches atrás tu capucha, Alan, y empieces a practicar con esa flauta de fantasía. En algún momento tendremos que actuar, y no quiero que me abochornes delante de la reina.

Me dirigió una sonrisa burlona y empezó a cantar una de sus *cansos* favoritas en francés, con la voz deformada por su capuchón empapado y casi ahogada por el repicar insistente de la lluvia en el universo enfangado que nos rodeaba.

Entramos en la ciudad de Winchester por la puerta norte, y al instante la guardia nos dio el alto, pero cuando el capitán gascón gritó: «¡Condesa de Locksly!», se alzó la barrera de madera y nos adentramos al trote por las concurridas calles de la ciudad. Winchester parecía más populosa que Nottingham; las casas se apretujaban, arimadas unas a otras, y las calles eran más estrechas y tortuosas. La otra cosa que me llamó la atención, sobre todo después de viajar tanto tiempo por el campo, fue el olor. La ciudad apestaba a mil olores desagradables: a excrementos, carne podrida, basura acumulada y sudor humano. Me tapé la nariz y la boca con la manga empapada de mi manto; y en ese preciso momento, delante de mí una ama de casa se asomó a una ventana y vació en la calle los meados de un orinal. A punto estuvo de rociar la grupa del caballo de Bernard, que se volvió y gritó a la mujer algo en francés; ella se disculpó y cerró los postigos apresuradamente. El contenido del orinal fue a sumarse al arroyo de inmundicias que fluía por el centro de la calle, y nosotros desviamos nuestros caballos hacia los lados para evitar aquella corriente nauseabunda, y procuramos sortear los montones de basura podrida, los perros muertos y los mendigo harapientos que suplicaban una limosna acurrucados en el umbral de la puerta de las casas. Las ratas se escurría por entre los cascos de nuestros caballos, y yo recordé con añoranza el bosque salvaje y limpio de Sherwood.

Cruzamos el puente levadizo del castillo hacia el mediodía, y entramos en un gran patio en el que fuimos atendidos por criados que se hicieron cargo de nuestros caballos y nos condujeron al ala del castillo que albergaba a la reina Leonor y su séquito. Me asombraron las enormes dimensiones del palacio; sólo el patio era tres veces mayor que toda la casa de Thangbrand, y se abrían a él mucho; puertas que

llevaban a un laberinto de cámaras y pasillos, salas menores y, por supuesto, la gran sala en la que la reina Leonor almorzaba con el condestable del castillo y su carcelero nominal, sir Ralph FitzStephen. Lo cierto es que Leonor no sufría un encierro tan riguroso como el de años anteriores, cuando había sido totalmente aislada del mundo exterior y privada de compañía, con la excepción de su sirvienta Amaría. De hecho, hubo una época en la que las condiciones de vida de Leonor eran tan espartanas que se veía obligada a compartir cama con Amaría. Ahora, aunque el rey seguía teniéndola cuidadosamente encerrada por miedo a que prestara ayuda al hijo de ambos, el duque Ricardo, con quien él estaba en guerra en tierras francesas, le proporcionaba todas las comodidades a las que tenía derecho por su rango, incluido un séquito numeroso.

Con todo, el rey estaba viejo y enfermo, desgastado por largos años de guerra con sus hijos, debidos a las disputas de éstos sobre la herencia que les correspondía. Cuando muriera, y algunos aseguraban que aquello iba a suceder muy pronto, Ricardo sería rey y su amada madre Leonor se convertiría en una mujer todavía más poderosa. Así pues, sir Ralph FitzStephen trataba con grandes miramientos a su real prisionera y, aunque no le permitía salir del castillo, cerraba los ojos para no ver los continuos mensajeros que iban y venían de Francia y de Aquitania.

Desde luego, en aquella época yo no sabía nada de todo ese asunto. Me atemorizó la enorme mole de piedra en la que acabábamos de entrar, y me desconcertó el gran número de habitaciones que formaban parte de los apartamentos de la reina. En Inglaterra, la mayor parte de la gente vivía en una sola habitación: madre, padre, hijos y ganado, todos apretujados en un pequeño espacio lleno de humo, de pocos metros de largo; en Winchester había más habitaciones de las que yo había visto nunca bajo un mismo techo, las paredes eran altas y estaban revestidas de tapices o pintadas con escenas de caza, o bien imágenes de la Biblia o de la Virgen María. Los criados nos informaron de que la reina estaba reposando, pero que los baños estarían listos en un instante y nos llevarían ropa limpia y comida a la habitación que nos habían asignado a Bernard y a mí. Goody desapareció, llevada en volandas por otras mujeres de la casa, y Marian se instaló en sus propios apartamentos; pero todos debíamos reunirnos de nuevo al anochecer. De modo que Bernard y yo nos quitamos nuestras ropas de viaje empapadas y nos acercamos al pabellón de los baños. Allí, en unas grandes tinas de madera forrada llenas de agua caliente y colocadas al lado de un fuego crepitante, dejamos disolverse las fatigas del camino. Era una sensación maravillosa: dos criados se relevaban en el vertido de jofainas con agua hirviendo para mantener la temperatura del baño, mientras un tercero me frotaba la espalda, que poco a poco iba entrando en calor. Bernard parecía bullir de excitación a pesar de su cansancio; canturreaba para sí mismo casi todo el rato, y era evidente que componía alguna cosa, una canción de amor según creo, y murmuraba: «No, no, no... ah, pero cómo...».

Hice un esfuerzo por atender a su nueva canción, pero no tardé en quedarme dormido sumergido a medias en el agua caliente.



Fuimos llamados a la presencia de la reina aquella noche. Lavados, cepillados y vestidos con túnica y calzas nuevas de seda verde, cortesía de Marian, fuimos conducidos a la sala menor que utilizaba Leonor para sus reuniones privadas. Era, a pesar del nombre que le daban, una gran sala, con muros de piedra cubiertos con tapices que mostraban, según me pareció, paisajes famosos de Aquitania, y un alto techo abovedado de madera. Aunque era ya primavera, dos grandes braseros ardían en el centro de la habitación y difundían un calor agradable; y una veintena tal vez de hombres y mujeres con hermosos vestidos paseaban por la sala y bebían vino, reían y charlaban entre ellos. Entramos en la estancia, con Marian delante dando la mano a una Goody limpia y bien peinada, mientras Bernard y yo cerrábamos la marcha. Bernard tenía todo el aspecto de un príncipe de sangre: aquella tarde, mientras yo dormía había buscado un barbero en el castillo, y sus cabellos, ahora relucientes y limpios, habían sido recortados en forma de cuenco invertido; llevaba el rostro rasurado e incluso había encontrado tiempo para entretejer unas cintas de color rojo y amarillo en su túnica verde de seda, lo que le daba un aire alegre y festivo. Olía a aceite de rosas y a otros perfumes caros. De nuevo se pavoneaba como un gallito, alegre, brillante y feliz. Su porte era más erguido, parecía encontrarse en su propia casa en aquel castillo enorme y oscuro; sospeché incluso que estaba enteramente sobrio. En comparación yo me sentía torpe, provinciano y nervioso, y le agradecí que me pidiera que le llevara la viola, que había pulido hasta hacerla brillar como un espejo; así me proporcionaba algo detrás de lo que esconderme.

Cuando entramos en la sala, la multitud se apartó dejando ver un gran sitial colocado en el extremo más lejano, en el que estaba sentada una mujer anciana vestida con una espléndida túnica de raso dorado con brocado de joyas y perlas. Debía de tener unos sesenta y cinco años, una edad muy superior a la que alcanza la mayoría de las personas, casi diez años más que los que tengo yo ahora, pero su tez era lisa, apenas sin arrugas, y su expresión vivaz, y los ojos brillaban como los de un gorrión bajo el complicado tocado blanco sujeto a su cabeza con hilo de oro. Era Leonor, la reina, y advertí con emoción que a pesar de su edad avanzada, todavía era hermosa.

Sonrió al ver a Marian, se puso en pie y le hizo seña de que se acercara.

—Bienvenida a casa, hija mía —la saludó en francés. Su voz era cálida, con un deje un poco ronco que añadía un toque sensual. Marian se inclinó en una graciosa reverencia y luego corrió a abrazarla. Leonor tomó la barbilla de Marian en su mano

izquierda y la miró a los ojos—. ¿De modo que has vuelto intacta de ese cubil de ladrones? —preguntó, provocando un leve rubor en Marian.

—Sí, majestad, como veis me encuentro sana y salva.

—Hummm. ¿Cómo está Odo, ese terrible muchacho? —quiso saber la reina.

—Está bien, majestad, y os envía sus más rendidas gracias con este regalo —añadió presentando un grueso anillo de oro adornado con una gran esmeralda del tamaño de huevo de una codorniz.

Leonor lo tomó con una mano ya cargada de anillos, y le dio vueltas para captar en él los reflejos de una antorcha que ardía en un candelero sujeto al muro. Luego se echó a reír; su risa era oscura, íntima.

—Ese chico es terrible; yo misma di este anillo al obispo de Hereford como regalo de despedida, hace dos años. —De nuevo resonó su risa ronca—. De verdad que es un tunante, ¡pero divertido, muy divertido! No me extraña que te hayas enamorado de ese bribón. —Luego se volvió hacia nosotros—. También has traído a unos amigos contigo, ¡qué encantador...!

—Este es Bernard de Sezanne, el famoso *trouvere*, por desgracia exiliado de su país natal —dijo Marian, y Bernard hizo una profunda reverencia y, mirando a Leonor, soltó una larga retahíla en una jerga extraña. Sonaba a francés, pero no lo era; era como cuando oyes hablar a alguien en sueños, y no alcanzas a entender sus palabras. Sin embargo, Leonor pareció encantada al oírle. Le sonrió radiante y le contestó en el mismo dialecto, sin duda en respuesta a la pregunta que él le había hecho. Más tarde supe que habían conversado en *langue d'oc* o *plena lenga romana*, la lengua hablada en Aquitania y en otros países del sur de Europa. Había oído a los gascones hablar así entre ellos, aunque siempre se dirigieron a mí en un mal francés. Descubrí que podía adivinar el sentido de casi todas las palabras, si me concentraba; era bastante parecido al francés, aunque el sentido general de la conversación se me escapó. Pero era la lengua nativa de Leonor, la lengua de los trovadores.

—Permitidme que os presente a Godifa —continuó Marian, en francés—, una huérfana de una buena familia del Nottinghamshire, que está bajo mi protección, y a Alan Dale, un inglés honrado y el juglar personal de Bernard de Sezanne.

Aquello era nuevo para mí. Nunca en mil años habría soñado con que me llamaran honrado, pero me sentí orgulloso de que me calificaran de juglar, que era un actor profesional, un hombre que solía combinar el canto de composiciones de otras personas con el baile, los juegos malabares e incluso el relato de historias divertidas. Su rango era menor que el de un *trouvere*, porque éste creaba, componía su propia música. Pero ser el juglar personal de Bernard sonaba mucho mejor que el chico de los recados y el proveedor de botellas de vino que en realidad era. Me erguí un poco más y luego me incliné en una reverencia profunda delante de Leonor, que me miraba con una ligera sonrisa.

—Ahora ven aquí, niña —dijo la reina a Marian—, y cuéntame tus aventuras en esa selva feroz. Dentro de un rato Monsieur de Sezanne nos recreará con su renombrada música.

Sonrió a Bernard y él se inclinó otra vez. Luego ella tomó de nuevo asiento, y Marian arrimó un taburete al sitial. Muy pronto las dos mujeres se enredaron en una animada conversación y, al parecer, se olvidaron de nosotros.



Recorrí con la mirada aquella reunión de damas y caballeros elegantes, que charlaban y flirteaban alegremente entre ellos, y nos ignoraban. Bernard tomó de mis manos la viola, murmurando algo acerca de afinar las cuerdas. Se alejó a un rincón y se puso a manipular las llaves colocadas en el mango del instrumento. Goody, completamente olvidada de sí misma, se sentó en el suelo junto a las rodillas de Marian, para escuchar la conversación entre la reina y su protegida. Yo me quedé solo, sin la menor idea de lo que debía hacer. Pasó un criado con una bandeja de hidromiel caliente y yo tomé una copa y escondí el rostro detrás de aquel líquido rojo y especiado, tomando pequeños sorbos mientras observaba a los allí reunidos.

Los hombres vestían una desconcertante variedad de estilos de ropa, desde los hábitos oscuros de los clérigos hasta las sedas brillantes de los cortesanos, pasando por la cota de malla de algún que otro caballero. A pesar de mi elegante túnica verde nueva, me sentí fuera de lugar. Sentía un pánico irreprimible al pensar que alguna de aquellas damas tan finas o de aquellos caballeros elegantes pudieran verme como lo que realmente era, un ratero palurdo de Nottingham, y que todos me señalaran entre risas hasta que alguien se me llevara de aquel lugar y me ahorcaran por impostor.

Uno de los guerreros del grupo de invitados, un hombre robusto con una barba negra y poblada, llevaba un atuendo especialmente severo; iba enfundado en malla de acero de la cabeza a los pies y revestido con una sobreveste blanca en cuyo pecho lucía una gran cruz roja. Hablaba con otros dos hombres, ambos vestidos con idénticas lujosas sobrevestes escarlata y oro. Cuando miré al caballero de blanco, debió de notar mi mirada porque se apartó de los dos hombres y se dirigió hacia mí. Para mi sorpresa, su frondosa barba negra se despejó en una gran sonrisa.

—¡Alan! ¡Por la Cruz de Cristo, es el mismísimo Alan Dale! —exclamó y abrió los brazos para darme un abrazo de bienvenida.

Era sir Richard at Lea, al que había visto por última vez en la casa de Thangbrand, y al encontrarlo entre aquellos elegantes desconocidos me sentí tan encantado como sorprendido.

—¿De dónde sales? —me preguntó, mientras me abrazaba—. ¡No me digas que te han perdonado!

Enrojecí.

—Acompaño a la condesa de Locksley —dije en tono esquivo, y sir Richard miró hacia Marian, que seguía enfrascada en una animada conversación con la reina.

—Ya veo —asintió con un gesto—. Todavía estás con Robin, ¿verdad?

Se lo confirmé con un tartamudeo, y él me sonrió y me dijo:

—Deja que te eche una mirada. Me parece que nunca te había visto con ropa limpia. —Me palmeó los hombros y los brazos, y añadió—: Has ganado musculatura; ¿todavía practicas con la espada? —Yo asentí de nuevo—. Bien hecho, tienes talento en ese campo. Déjame presentarte a unos amigos, buenos luchadores también. —Entonces me llevó frente a los dos hombres vestidos de escarlata y oro—. Este es sir Robert de Thurnham, y su hermano sir Stephen; estoy intentando convencerles de que tomen la cruz y acompañen al rey en la gran peregrinación del año que viene. Necesitaremos a muchos y buenos guerreros cristianos para reconquistar Jerusalén a los infieles, como lo ordena Su Santidad el Papa. ¿Tal vez pueda convencerte a ti también? ¿Ofrecerte la salvación segura de tu alma inmortal?

Me miró a la cara, y la sinceridad resplandecía en sus brillantes ojos castaños. No obstante, negué con la cabeza.

—He jurado lealtad a Robin —aclaré.

También me sentí un poco avergonzado. Sería algo maravilloso luchar por Cristo, limpiar mi alma de sus muchos pecados guerreando contra los diablos musulmanes. Sir Richard se volvió a los otros dos hombres, que parecían un tanto sorprendidos al oír la oferta que me hacía.

—El joven Alan aquí presente es un espadachín muy decente: sería un magnífico camarada para nosotros. Lo sé porque... yo mismo lo entrené.

Los hermanos parecieron impresionados; estaba claro que conocían la excepcional destreza de sir Richard en el campo de batalla. Mi amigo de la gran barba vio entonces el puñal que colgaba de mi cintura.

—¿Has aprendido a usarlo ya? —preguntó, señalando el arma.

—En realidad no, pero ya me ha salvado la vida dos veces —contesté, sin mencionar que en las dos ocasiones quien había asestado el puñal era una niña pequeña.

—¡Ya te lo dije! —asintió sir Richard—. ¿Qué te parece un poco de práctica? Te enseñaré algunos movimientos. Puede que incluso te convenza para que te vengas a Oriente. ¿Mañana al amanecer en el patio?

—Será un honor —le sonreí—, aunque dudo que me mantenga en pie mucho rato.

Sir Richard se limitó a resoplar.

—Tonterías. Probablemente me harás rodar por el polvo; en fin, si te acuerdas de cómo has de mover los pies.

Y allí estábamos los dos sonrientes como idiotas, cuando sir Robert de Thurnham soltó una tosecita y dijo:

—Si me disculpáis el atrevimiento, señor, ¿a quién habéis dicho que servís?

Me vi en un apuro. Nunca había sido declarado oficialmente proscrito; no se había puesto precio a mi cabeza, según las noticias que tenía de las autoridades que podían haberlo hecho. Sin embargo, no había duda de que Robin estaba fuera de la ley, y por asociación también lo estaban quienes le servían. Pero ¿qué pasaría en esta parte del sur del país? Me encontraba bajo la protección de la condesa de Locksley, pupila de la reina Leonor; y por consiguiente, a salvo. De modo que alcé la barbilla y miré a los ojos a Thurnham.

—Sirvo a Robert Odo de Edwinstowe —solté.

Su hermano Stephen tragó saliva.

—¿Os referís a Robin Hood, el famoso proscrito? —exclamó sorprendido.

Sir Richard se echó a reír.

—Guárdate esa noticia debajo del casco, Stephen, si no te importa. Y tú, joven Alan, será mejor que te la guardes también para ti solo. —Sonrió a los dos hermanos —: Alan es un buen amigo mío. Nos conocimos cuando Robin me capturó el año pasado; ese sapo escurridizo de Murdac se negó a pagar mi rescate, pero Robin se comportó como un caballero en todo el asunto. ¿Cómo está ese viejo barbián de Thangbrand? —dijo, volviendo a mí su mirada sonriente.

—Ha muerto, señor —dije. Sir Richard frunció el entrecejo, y yo bajé la mirada al suelo, abrumado de pronto por las imágenes de la granja en llamas y la nieve empapada de sangre.

Robert de Thurnham dio un paso hacia mí.

—No son pocos los caballeros que han pasado algún tiempo al margen de la ley, y son sin embargo hombres honrados de corazón —dijo—. Pero decidme, se cuenta que Robin Hood está poniendo en pie un ejército, allá arriba en Sherwood; ¿en cuánto estimáis su fuerza de combate efectiva?

Yo me alegré de que la conversación se desviara de Thangbrand, y me halagó que aquel caballero me pidiera mi opinión sobre un tema militar, pero me sentí incómodo al tener que discutir los asuntos de Robin con un extraño. No obstante, sir Richard respondió por mí.

—Es condenadamente buena, si hemos de juzgar por la escaramuza a la que asistí: Robin sabe cómo utilizar a los arqueros en combinación con la caballería. Pocos generales saben hacerlo. He de decir que se trataba de una fuerza muy eficiente, compuesta por siervos y proscritos desde luego, pero condenadamente buena.

Stephen dio un respingo.

—Seguramente unos simples bandidos... —empezó a decir, cuando fue

interrumpido por el toque de clarín de un heraldo.

Todos nos volvimos y vi a Bernard adelantarse hasta el centro de la sala, empuñando su viola con una mano.

Nunca he oído a Bernard interpretar tan bien como lo hizo aquella noche delante de la reina. La simplicidad de las notas y la pureza de su voz me hicieron recordar su actuación la primera vez que le vi en la granja de Thangbrand. Empezó con una *cansó*, una canción de amor en lengua de oc, de la que por supuesto no comprendí nada en absoluto. Pero a pesar de todo me pareció hermosa: el manejo de la viola fue de una precisión absoluta, y el fraseo de la voz, exquisito. Sentí un nudo en la garganta y me juré allí y entonces aprender aquella espléndida lengua líquida para poder algún día crear una música de tal esplendor. La reina Leonor, doy fe, tenía lágrimas en los ojos.

Interpretó varias canciones más, algunas en francés que arrancaron aplausos de las filas de damas y caballeros allí reunidos, e incluso una en inglés, acogida con más frialdad porque todavía se la consideraba una lengua inculta, inadecuada para una sociedad refinada. Sir Richard aplaudió a rabiar, pero es que él era inglés hasta la médula. Cuando Bernard acabó, la reina le tendió una bolsa de oro, calificó su música de sublime y le invitó a reunirse con ella y sus damas al día siguiente en los jardines.

Mi maestro de música caminaba por las nubes. Más tarde, con una sonrisa de oreja a oreja en su cara resplandeciente, me dijo:

—He triunfado, Alan..., no más cavernas míseras, no más proscritos zafios. — Dio unos pasos de baile por el dormitorio que compartíamos—. La reina, así viva mil años, ama mi música, y yo he triunfado. Nunca volveré a las selvas húmedas y llevaré una vida de príncipe, de *trouvere* de la realeza.

Siguió y siguió hablando en el mismo estilo. Lo más raro era que, aunque había bebido una o dos copas de vino, no estaba borracho. Se sentó muy tieso en la gran cama que compartíamos —era, dicho sea de paso, la mejor cama, con diferencia, en la que haya dormido nunca, con un cabezal de plumas, sábanas finas de hilo y almohadas rellenas de plumón—, y resplandecía de felicidad. Yo estaba agotado y, mientras él repetía en voz alta cada una de las notas de las canciones y me señalaba los momentos de mayor brillo de su genio musical, me hundí en un delicioso y profundo sueño sin pesadillas.



Estuvimos confortablemente instalados en el castillo las semanas siguientes. Mientras la primavera daba paso a un verano temprano, yo practicaba con espada y daga junto a sir Richard en el patio del castillo todos los días al amanecer, y así llegué a ser, si no el guerrero más temible de la cristiandad, sí al menos bastante experto en el uso de

ambas armas. En una memorable ocasión, conseguí incluso hacer rodar por el polvo a sir Richard, trabándole las piernas por detrás cuando estábamos pecho con pecho, y con espadas y puñales bloqueados. Para mi mayor alegría, y suplico a Dios que me perdone si peco de orgullo, Robert de Thurnham nos estaba observando cuando conseguí aquella proeza. Me felicitó y me dijo que si en alguna ocasión quería empleo como mesnadero, estaría encantado de tenerme a su servicio.

Me gustaba sir Robert, pero llegó a hartarme un poco; aunque procedía de Kent, nuestras conversaciones iban a parar demasiado a menudo al tema del ejército de Robin en el Nottinghamshire: ¿con cuántos hombres contaba? ¿Cuál era la proporción de caballería? ¿Cuántos arqueros? Y así sucesivamente. Yo esquivaba sus preguntas lo mejor que podía, alegando ignorancia, y he de decir en su favor que después de algún tiempo pareció darse cuenta de lo incómodo que me hacían sentir sus preguntas.

—Alan, no deseo que traiciones la confianza de nadie —me dijo un día—; créeme si te digo que no tengo mala voluntad a tu señor. Puede que sepas que he tomado la cruz y que una buena compañía de arqueros como la que manda Robert Odo puede ser indispensable en Tierra Santa frente a los feroces arqueros montados de Saladino. No obstante, le ruego que me digas que me ocupe de mis asuntos si te incomoda hablar de esos temas.

Bernard era feliz como nunca le había visto. Veía a la reina casi diariamente, e interpretaba música en el jardín perfumado situado en la parte trasera del castillo para sus damas, incluida Marian. Allí, además de oír música, el séquito de Leonor jugaba a juegos infantiles, como la gallina ciega, en el que alguien con los ojos tapados por un pañuelo intentaba atrapar a los jóvenes caballeros y las damiselas guiándose por el sonido de sus voces. Bernard pronto tuvo varios enredos amorosos con damas de la reina, y con frecuencia yo despertaba en mitad de la noche y veía que había desertado de nuestra cama compartida. Al día siguiente él aparecía cansado pero satisfecho de sí mismo. También asistí a aquellos juegos de jardín en varias ocasiones, invitado por Bernard, y a veces lo acompañé tocando mi flauta de marfil dorado, con grandes aplausos por parte de las mujeres. Sin embargo, encontré un tanto aburrida la compañía diaria de aquellas damas perfumadas y a menudo me escapé para hablar de temas más viriles, militares sobre todo, con los guardias gascones, que también me enseñaron a hablar la lengua de oc. Años más tarde, cuando canté canciones mías en aquella hermosa y sonora lengua sureña, adquirí fama por el lenguaje atrevido, terrenal, de mis canciones de amor; y es que sin darme cuenta utilizaba expresiones malsonantes aprendidas de los gascones. Cosa extraña, la cruda jerga de la soldadesca que yo reproducía sin advertirlo fue aplaudida como un lenguaje nuevo y original que venía a renovar un estilo de música manido, trufado de convenciones y de clichés.

Marian se había lanzado a la empresa de «domar», como ella decía, a Goody, con

una determinación absoluta. A mi pequeña amiga la estaban enseñando a hilar la lana, una tarea inacabable que parecía ocupar todo su tiempo cuando no tenía las manos ocupadas en otra cosa a bordar, a cantar (aunque Bernard ya le había enseñado de forma bastante completa los rudimentos de ese arte en la granja de Thangbrand); a comportarse con recato a caminar con gracia; a servir el vino de forma elegante y a otras mil menudencias necesarias para que una muchacha de clase elevada consiguiera un marido noble. En ocasiones se rebelaba, se escapaba a escondidas del castillo vagabundeaba por la ciudad con una cuadrilla de chiquillos andrajosos de Winchester, haciendo travesuras, peleándose con otros golfos, y regresaba con un rasgón en la falda y la cara sucia y arañada, a recibir la reprimenda de sus amas. La vi poco durante aquella época, pero veía que era feliz; y me di cuenta de que también yo lo era.

Tan sólo gravitaba una nube negra en el horizonte mi promesa de recoger información y enviarla a Robin. El problema es que no tenía nada en especial sobre lo que informar. La primera vez que fui a la Cabeza del Sarraceno, que estaba en la calle de San Pedro, no lejos del castillo, la noche era lluviosa y muy fría. Encontré allí a Thomas y, después de la pregunta y la respuesta ritual sobre la gente del bosque y de la ciudad, me pidió que le contara lo que había averiguado en las semanas pasadas desde nuestra llegada. De modo que le conté el triunfo de Bernard y las aventuras de Goody, y le serví los mejores y más recientes chismorreos de la corte: quién y de qué manera se entendía con quién; que tal cortesano había ascendido en el favor de la reina y tal otro había caído en desgracia.

Thomas era un hombre realmente feo. Aparte de tener sólo un ojo, mientras que el otro era tan sólo una masa rosada atravesada por una cicatriz roja, su enorme cabeza redonda mostraba en la frente y en la coronilla varios bultos del tamaño de bellotas, una nariz chata y aplastada, y unos mechones ralos de pelo negro y rizado. Parecía un *troll* o un monstruo de tierras lejanas, empeñado en destruir a la humanidad. Lo cierto es que era un hombre decente, aunque un poco sardónico..., y leal a Robin. Cuando hube acabado de contarle una historia particularmente jugosa sobre dos jóvenes escribanos varones de Leonor que habían sido sorprendidos desnudos el uno en brazos del otro y castigados con el destierro a Francia por su ignominia, inclinó su cabezota deforme hacia un lado para mirarme con su único ojo oscuro, y me dijo:

—Todo eso es muy interesante, sin duda. Pero también el mozo de esta taberna podía haberme contado los picantes devaneos de los dos escribanos. ¿Qué más tienes que contarme? ¿Qué noticias hay del rey? ¿O del duque Ricardo?

Se me descajó la mandíbula. Sabía que los dos estaban en Francia, y enfrentados, pero nada más. Thomas se dio cuenta de que había herido mis sentimientos, y añadió rápidamente:

—Bueno, tú eres nuevo en este juego; no te preocupes, haremos de ti un espía tan grande como Josué en un santiamén.

Me dio una palmada en la espalda, y pidió otra jarra de cerveza para mí.

Cuando me hube recuperado de mi embarazo, me dijo:

—Lo que tienes que hacer, Josué, es entrar en contacto con Fulcold, el chambelán. ¿Le conoces? Bien. Entonces has de procurar ganarte su confianza y, poco a poco, a través de él, echar un vistazo a las cartas privadas de la reina. Hugh me ha dicho que sabes leer y escribir, que eres un *litteratus*. —Yo asentí, y él continuó—: Eso nos será muy útil. Ve a ver a Fulcold y ofrécete a ayudarlo en sus tareas ahora que le faltan dos escribanos tiene que estar cargado, de trabajo; adúlalo, dile que deseas aprender cómo organiza un hombre inteligente los asuntos de la mayor dama de la cristiandad.

Tomó un breve sorbo de cerveza.

—No fuerces las cosas —dijo—. No hagas demasiadas preguntas. Arrima el hombro, trabaja duro. No te quejes si te encarga una tarea difícil o aburrida, y espera tu oportunidad.

Se había puesto en pie, y se preparaba para irse.

—Robin quiere saber qué le dice Leonor a Ricardo en las cartas que le escribe, y qué le contesta él. Pero no hagas nada demasiado peligroso, joven Josué, no te arriesgues a que te atrapen. Robin dice que eres muy valioso para él, y te tiene en mucho aprecio. Yo tengo instrucciones estrictas de no dejar que te ocurra nada malo. —Me sonrió y me dio una puñada floja en el brazo. Luego siguió—: Te veré aquí a la misma hora del mismo día del mes próximo, y podrás contarme tus progresos. Si tienes necesidad de verme antes, déjame un mensaje aquí. Di que te llamas Bosqueverde. ¿Entendido?

Yo asentí. Nos dimos las manos, y salió deprisa de la taberna para desaparecer en la noche negra y húmeda.

Capítulo XIV

Al día siguiente me presenté a Fulcold, le adulé y le regalé un canario en una pequeña jaula de juncos que había comprado en la ciudad. Maese Fulcold quedó bastante complacido, y me dijo que podía ayudar a su equipo de escribanos a llevar los rollos de las cuentas de la reina y aprender de ese modo cómo se dirigía una gran mansión.

Era un hombrecillo extraño, inmensamente gordo, tímido y sentimental. Adoraba la música y le encantaba la idea de que el juglar de un *trouvere* tan renombrado como Bernard de Sezanne trabajara bajo su dirección. Cuando no tenía algún trabajo que darme, cosa que ocurría con cierta frecuencia, me pedía que tocara mi flauta dorada para entretenimiento de los escribanos.

Además de anotar las cuentas de la reina en grandes rollos de pergamino, los escribanos de la real casa se ocupaban en particular de la correspondencia de Leonor, que escribía y recibía cartas constantemente. Cada mañana, la reina se levantaba al alba, se aseaba, desayunaba y oía la primera misa en la catedral. Después, se ocupaba de su correspondencia. Escribía a todo el mundo, desde su amado hijo Ricardo, duque de Aquitania, y Felipe Augusto, el rey de Francia, hasta oscuros caballeros del Poitou y de Alemania. También ellos le escribían a ella. Pero toda esa correspondencia había de llevarse con discreción, porque en teoría estaba prisionera y el rey había dado órdenes de que se la mantuviera incomunicada. Pero el rey estaba enfermo; a las puertas de la muerte, decían muchos, y si tal suceso ocurría, Ricardo heredaría el trono de Inglaterra.

De modo que cada mañana la reina recorría sus apartamentos mientras dictaba cartas a Fulcold, que garabateaba notas en un pergamino y luego se las llevaba para que sus escribanos pasaran las cartas a limpio. Sin embargo, como yo era un novato, no se me permitía llevar a cabo ese trabajo, no por falta de confianza de Fulcold en mí, sino porque el pergamino o vitela —la piel fina y estirada de una ternera o una oveja joven, sobre la que escribíamos— era muy caro, y si cometía un error o hacía un borrón, echaría a perder un material valioso.

Aquello resultaba frustrante: Thomas habría que do enterarse de todo lo que escribía la reina, pero yo no me atrevía a tomarme demasiadas confianzas con los escribanos, y cuando les preguntaba en tono casual por las cartas de la reina, parecían no haberse enterado de nada de su contenido, como si se limitaran a copiar las

palabras sin atender a su significado. De modo que ahí estaba yo, viendo físicamente las cartas que ella despachaba, pero sin poder leer los mensajes. Temblaba al pensar en mi próxima entrevista con el hombre tuerto.

Pero entonces ocurrieron dos acontecimientos que habían de cambiar mi humor... y el curso de mi vida. Mi trabajo con Fulcold era fácil, y en las tardes de sol seguía acompañando a Bernard en sus conciertos ante las damas en los jardines del palacio. Un día, después de haber tocado juntos y haber sido objeto de halagadores elogios, Bernard sugirió que yo debía debutar como *trouvere* en solitario delante de la corte. Las damas pensaron que era una idea estupenda y la reina comentó que yo podría actuar en una fiesta que había de tener lugar al cabo de una semana aproximadamente, a comienzos de julio, en honor de ciertos personajes importantes que venían a visitar el castillo. Yo actuaría ante sir Ralph FitzStephen, el condestable, por primera vez, y estaba decidido a causarle una buena impresión. El segundo acontecimiento ocurrió cuando uno de los escribanos enfermó y Fulcold me pidió que ayudara en la preparación de palimpsestos. Como he dicho, el pergamino era muy caro incluso para una reina, así que muchas cartas enviadas a Leonor eran rascadas después de leídas, para poder reutilizarlas. Fulcold me encargó esa tarea, y así fue como me enteré de un secreto digno de Thomas.

El proceso era laborioso: se clavaba el pergamino usado en un tablero de madera, y en primer lugar se lavaba con suavidad en leche de vaca fresca, para luego rascarlo con salvado, hasta hacer desaparecer la mayor parte de la tinta seca del escrito anterior. Pero si el escribano había apretado mucho la pluma en la piel del animal, una parte de la tinta quedaba impresa más profundamente en el pergamino, y sólo podía ser eliminada rascándola con piedra pómez, una piedra gris porosa tan ligera que flotaba en el agua. Era una tarea delicada: el pergamino era muy delgado, y si se rascaba con demasiada fuerza la piedra podía agujerearlo; por el contrario, si rascabas con una suavidad exagerada, en el palimpsesto seguía siendo visible el escrito original.

—Serás cuidadoso, querido muchacho, ¿verdad? —dijo el preocupado Fulcold al asignarme un rintero de pergaminos, algunos de ellos limpiados ya parcialmente.

Traté con todo miramiento los pergaminos que me dio ese día, y el chambelán quedó contento con mi trabajo.

Claro está que también leí todos los documentos de arriba abajo antes de borrarlos. Tan bien lo hice, que aquélla pasó a ser mi tarea habitual en la oficina de Fulcold, y me sentí muy satisfecho de mí mismo: aunque todavía no podía leer la correspondencia que enviaba la reina, sí me enteraba al menos de lo que le decían a ella sus corresponsales. Algunas cartas eran muy íntimas. Leonor, al parecer, sentía una curiosidad insaciable por una dama llamada Alice, hija del rey de Francia, de la que se rumoreaba que había sido amante del rey Enrique. Varias de las cartas que vi

tenían la misma letra apretada y describían con detalles minuciosos la vida de la infortunada princesa, prometida ahora a Ricardo: sus comidas, los vestidos que llevaba cada día e incluso el número de veces que visitaba el escusado.

La mayoría de las cartas contenían datos anodinos, un tipo de información que, a mi entender, no ofrecía el menor interés para Robin. Por ejemplo, una carta revelaba que el conde de Algo tenía una hija joven y hermosa, y quien escribía se preguntaba si Leonor podría arreglarle una boda conveniente. La abadía de Alguna parte invitaba a Leonor a ser patrona de la iglesia, que necesitaba un techo nuevo y a cuya reparación tal vez la reina querría contribuir...

Pero a principios de julio apareció una carta que borró de mi mente todas esas trivialidades. Un detalle irritante era que el pergamino en cuestión había sido limpiado ya parcialmente, pero a pesar de todo pude leer varios fragmentos del texto. Se trataba de una carta datada el 11 de febrero de ese año, y la enviaba sir Ralph Murdac.

Iba a venir a Winchester; de hecho, era el huésped especial ante el que yo había de actuar al día siguiente. El corazón me dio un vuelco, pero casi de inmediato me tranquilicé. Era casi imposible que me reconociera: sólo nos habíamos visto en una ocasión cara a cara, hacía más de un año en Nottingham, y entonces yo era un ladronzuelo magullado y mocososo, apresado por el delito de robar una empanada. Tal vez volvió a verme por un instante, por lo menos mi espalda, cuando huía en medio de la nevada de sus jinetes, pero seguro que no me recordaría, seguro que no asociaría a aquel granuja, aquella carroña campesina, con el pulido *trouvere* que iba a actuar (me atrevía a suponerlo) a la perfección ante una corte real. Era imposible, concluí, e incluso empecé a regocijarme de la ocasión que se me presentaba de actuar ante Murdac de modo que el odio que sentía por él exacerbara mi talento.

Pero otros fragmentos del manuscrito de Murdac eran mucho más inquietantes. Después de un párrafo ilegible, la carta seguía: «... formaríamos una pareja muy adecuada, a mi entender; la condesa de Locksley posee propiedades considerables pero necesita un hombre fuerte para gobernar tanto a ella misma como sus tierras. Yo soy ese hombre y tengo intención de hacerle la corte durante mi estancia en el castillo con el mayor entusiasmo; ¿quién sabe la magia que unas palabras dulces y un regalo tentador pueden despertar en el corazón de una muchacha? Confío en contar con vuestro apoyo en esta aventura, aunque advierto que habéis mencionado en vuestra carta que de alguna manera se siente ligada a Robert Odo de Edwinstowe. Debo alertaros, y desde luego informaré a la condesa, de que ese Robert Odo es un canalla sin el menor respeto por las leyes, y de que en el momento mismo en que las fuerzas del rey le pongan la mano encima, será ahorcado como un delincuente común. Ha causado graves daños en el Nottinghamshire, y de hecho en todo el norte de Inglaterra, pero su suerte se le acaba. Conozco cada movimiento suyo antes de que lo

lleve a cabo, y pronto lo tendré en mis manos y juro por Dios Todopoderoso que caerá sobre él, por sus fechorías, todo el rigor de la ley».

Leí la carta dos veces y luego, mientras la lavaba y empezaba a frotar el pergamino con piedra pómez, en mis pensamientos afloró la ira. Aquel insignificante petimetre francés, aquel cerdo perfumado con lavanda, quería poseer a mi hermosa Marian. Imaginé sus garras sudorosas sobre el cuerpo de ella, en el lecho matrimonial; o sobre el cuello blanco, o sobre los pechos. Nunca. Antes lo vería muerto. Me abalanzaría directamente sobre el bastardo en la fiesta y le rompería la viola en la cabeza. Clavaría mi puñal en su negro corazón. Al diablo con las consecuencias. Froté con tanta fuerza que agujereé el pergamino y Fulcold vino cloqueando. Al ver el desgarrón, me relevó de mi trabajo y me envió a tenderme en la cama hasta que recuperara mi sangre fría.

Puse al corriente a Marian aquella noche, pero para mi sorpresa no pareció preocupada.

—Hay muchos hombres que quieren casarse conmigo por mis tierras —dijo—. Algunos estarían dispuestos a forzarme para que me case con ellos. Pero aquí estoy segura bajo la protección de la reina. No te apures, Alan, mientras siga en Winchester estaré a salvo.

Pocos días más tarde, había de recordar esas palabras.



Pasé la mayor parte del día siguiente en preparativos para mi actuación en la fiesta. Utilizaría la viola de Bernard y aquello me preocupaba porque notaba la falta de práctica, de modo que Bernard me ayudó a prepararme para la noche, haciéndome recorrer las escalas y sugiriéndome pequeños cambios de posición para mejorar el manejo del arco. Sólo iba a tocar cuatro piezas, a menos que el auditorio pidiera más: Primero, una canción sencilla que había escrito en alabanza a la belleza de la reina, comparándola con un águila por su visión profética, su mirada altiva y su personalidad descollante. Estaba seguro de que le agradaría. Luego, una *cansó* sobre un joven señor rural enamorado de una dama a la que nunca ha visto; prendado de ella por la fama de su belleza y las historias que le han contado sobre su bondad. Luego interpretaría un *sirventés* satírico sobre los clérigos corruptos y sus criados perezosos, que había compuesto mientras estaba en Sherwood y que había hecho retorcerse de risa a los proscritos cuando lo canté en las cuevas de Robin. Para acabar, Bernard y yo cantaríamos una *tensón*, un debate musical dialogado en el que yo sugeriría en mis versos que un hombre sólo puede amar a una mujer, mientras que Bernard sostendría, en las estrofas alternas, que es posible para un hombre amar a dos mujeres o más, si todas ellas son de belleza y virtud comparables. Al final de la

tensón, pediríamos a la reina Leonor que juzgara quién de los dos había defendido su punto de vista de forma más convincente, y lo declarara vencedor del debate musical.

Ensayamos la mayor parte de la mañana, y luego me bañé, me puse mis mejores vestidos y esperamos en una antesala del gran salón en el que los invitados cenaban armando un gran alboroto. Bernard estaba sobrio e impaciente, y jugueteaba con las cintas entrelazadas en su túnica de seda verde. Yo estaba nervioso, pero seguía pensando en sir Ralph Murdac e intentaba utilizar el odio que sentía hacia él para aplacar mis nervios. Luego apareció Fulcold a mi lado y me dio un toque en el hombro; había llegado el momento de actuar.

Entramos en el gran salón del castillo de Winchester al son de los clarines. Bernard se colocó junto al muro lateral del enorme salón: después de todo, la actuación principal era la mía, y él sólo tenía que acompañarme en la *tensón*. Entonces, con una voz profunda poco natural, muy distinta del tono suave que solía emplear, Fulcold anunció:

—Señores, damas y caballeros, para vuestro placer permitid que os presente al renombrado y talentoso *trouvere* Alan Dale.

Hice una reverencia, me coloqué la viola al brazo y recorrí con la vista mi auditorio.

Los invitados estaban sentados a una larga mesa en forma de «T», en el centro del gran salón del castillo de Winchester. En la mesa alta o de honor, en el travesaño de la «T», se habían colocado la reina Leonor, espléndida en un vestido de hilo de oro con brocado de joyas; sir Ralph FitzStephen de raso negro, Marian con el rubí rojo sangre brillando en su cuello, y sir Ralph Murdac, guapo y resplandeciente pero sentado sobre un cojín grueso para disimular su corta estatura. Todos los cortesanos se sentaban a la mesa baja, que formaba el palo vertical de la «T». Yo me coloqué en el extremo de la mesa baja, y fijé la mirada en los personajes más importantes de la mesa alta. Pasé el arco por la primera cuerda de la viola y empecé a tocar. Canté la primera estrofa y entonces mi voz empezó a temblar, porque hacia la mitad de la mesa baja, mientras cantaba al águila real y su feliz tercera nidada, había localizado una cara embadurnada por la grasa del cordero asado que mordisqueaba, que no esperaba volver a ver nunca. Era Guy. Parecía casi tan sorprendido como yo mismo.

De alguna manera conseguí acabar la canción, aunque supongo que con escaso arte. Hubo un breve aplauso de cortesía y entonces, como en un sueño donde todo ocurre con una excesiva lentitud, Guy se puso en pie, espléndido en su sobreveste de color verde claro y amarillo, extendió un dedo acusador y gritó, con una voz que parecía venir de muy lejos:

—¡Este hombre es un impostor! ¡Arrestadlo!

Todo se aceleró entonces de nuevo, y le oí gritar en voz más alta:

—Es un proscrito, un ladrón, un secuaz de Robin Hood.

Tal como le había ocurrido al propio Guy el día en que fue acusado de robar el rubí, fui presa del pánico. Dejé caer la viola y el arco, y corrí hacia la puerta.

Capítulo XV

El pánico es un gran enemigo. Lo descubrí aquel día en Winchester. Me han dicho que la palabra procede de un dios antiguo de los griegos llamado Pan, un demonio aterrador que tocaba la flauta y tenía las patas traseras y los cuernos de macho cabrío, y el cuerpo de un hombre desnudo. Pero hasta el día de hoy, siempre que pienso en el terror irrazonable que inspiraba aquel espíritu griego muerto hace muchos años, no puedo dejar de recordar a Robin disfrazado de Cernunnos para aquel atroz sacrificio, con el pecho ensangrentado y la cornamenta del ciervo.

Esta primavera brotó en mi corazón un miedo asfixiante que todo lo abarcaba, no exactamente pánico pero muy próximo a él, cuando se agravó la fiebre de mi nieto Alan. Es el último de mi linaje, lo último que queda de mí en este mundo. Al pasar de los días adelgazó hasta tener el aspecto de un esqueleto, incapaz de retener en su interior la comida ni la bebida, silencioso e inmóvil, más y más al borde de la muerte. Admito que bordeaba la locura mientras galopaba por el bosque con mi yegua, con mis viejos huesos crujendo, en busca de una choza de troncos en las profundidades de Sherwood que no había visitado durante casi medio siglo.

Brigid me conoció al momento, a pesar de los años pasados, de mi rostro gastado por el tiempo y de mis cabellos cenicientos, y me pidió examinar mi brazo derecho. Pero yo le puse un cordero recental en el regazo y, dejando a un lado los cumplidos, le supliqué de rodillas que compusiera un hechizo para salvar a mi chico. Ella posó una mano sobre mi cabeza y de inmediato me sentí más tranquilo, aliviado por sus dedos que recorrían mis rizos dispersos.

—Claro que voy a ayudarte, Alan —dijo—. La Madre no consentirá que muera tu pequeño.

Su tono era tan confiado, mostraba tanta seguridad en sus poderes, que sentí que un gran peso se desprendía de mis hombros. Solté un largo suspiro y mis músculos contraídos se aflojaron un poco mientras ella se afanaba junto a una mesa de roble, sobre la que degolló el cordero y recogió su sangre en un cuenco, molió raíces secas, mezcló polvos antiguos y musitó ensalmos para sí misma. Yo miré a mi alrededor, en la choza. Apenas había cambiado en cuarenta y tantos años: los mismos ramos de hierbas secas colgaban del techo, las telarañas de los rincones eran más espesas si cabe, e incluso el esqueleto colgaba aún de la pared del fondo. Sin embargo, a pesar de toda aquella brujería, el lugar me resultó acogedor. Era un sitio que irradiaba

bondad, que curaba. Empecé a relajarme mientras Brigid trajinaba. El poder del antiguo demonio griego empezó a desvanecerse.



Sin embargo, en el castillo de Winchester me encontré a la merced de las garras enloquecedoras de la deidad griega.

Dejé caer la viola, algo que hizo que Bernard estuviese furioso conmigo hasta pasado mucho tiempo, y corrí hacia la puerta del salón. No había recorrido ni siquiera cinco metros cuando media docena de hombres de armas me sujetaron. Correr era a sus ojos una prueba de mi culpabilidad, ya veis. De haberme quedado quieto sin decir nada y pensado un poco, podría haber salido airoso del trance. Pero el instinto de echar a correr, arraigado por años de ejercer de ladrón en Nottingham, fue demasiado fuerte.

Los soldados me arrastraron hasta el lugar desde donde había cantado, y a pesar de mis protestas de inocencia, de mis súplicas a la reina y de mis forcejeos desesperados, me maniataron con una cuerda y me taparon la boca con una mordaza. La sala se había convertido en una babel de gritos. La reina se había puesto en pie y pedía a voces el nombre del hombre que había interrumpido su solaz. Guy gritaba que me había conocido en la granja de Thangbrand y que yo era uno de los peores de aquella banda de asesinos. Los demás invitados preguntaban quién era yo, quién era Guy y qué demonios significaba todo aquello. Marian seguía sentada, inmóvil, mirándome, y el color había desaparecido de su rostro, de modo que el brillo rojo del rubí destacaba aún más sobre la palidez del cuello. Fue sir Ralph Murdac quien restableció el orden gritando «¡silencio!» una, y otra, y otra vez, hasta que todo el mundo calló.

—¿Quién sois vos, señor? —preguntó la reina con voz ronca y agitada, al restablecerse la calma.

—Soy Guy de Gisborne, alteza, un humilde soldado al servicio de sir Ralph Murdac.

«Vaya —pensé—, a pesar de esa humildad que proclamas, has arramblado con un título territorial en tus viajes, escoria». Yo había oído hablar de la mansión de Gisborne, una granja moderadamente rica situada en las cercanías de Nottingham, cuyo señor había muerto hacía pocos años. Al parecer, sir Ralph se lo había regalado a Guy por los servicios prestados. Cuáles fueran éstos, sólo podía adivinarlo, pero de seguro estaban relacionados con la información que le había dado sobre Robin.

—¿Respondéis por este hombre, en tal caso? —dijo la reina, volviéndose a sir Ralph. El hombrecillo sonrió y ladeó su cabeza negra.

—Me ha sido de gran utilidad —dijo con su ligero ceceo—. También es cierto

que antes de entrar a mi servicio fue miembro de la banda de forajidos de Robin Odo.

—En tal caso, continuad —dijo la reina a Guy que, henchido por la importancia que se le daba, contó a los reunidos que había crecido en la granja de su padre en Sherwood, y que su padre se había visto forzado a dar cobijo a proscritos de la banda de Robin. Alan Dale era uno de ellos, dijo a los presentes, un ladrón particularmente depravado de Nottingham, muy dado al asesinato y a la blasfemia.

—Bernard de Sezanne es también un proscrito —añadió—, y..., y..., y la condesa de Locksley está prometida a Robin Hood.

—Imposible —le interrumpió sir Ralph Murdac con frialdad, mostrando a Guy un ceño gélido—. Estáis en un error. La dama Marian es una mujer de la más elevada nobleza, y una amiga íntima personal mía... Es del todo imposible que se relacione con bandidos. Os equivocáis.

—Y Bernard de Sezanne es un noble caballero de la Champaña —remachó la reina—, y mi sirviente, mi *trouvere* personal. Es evidente que también respecto de él estáis equivocado.

—Pero... pero... —tartamudeó Guy. Fue interrumpido por nuestro anfitrión, sir Ralph FitzStephen. Había guardado silencio hasta ese momento, pero ahora quería imponer su autoridad sobre los insólitos acontecimientos que estaban teniendo lugar en el salón.

—Las acusaciones contra la condesa de Locksley y... y Bernard de Sezanne son, por supuesto, ridículas, y serán ignoradas. Pero las alegaciones sobre ese individuo Dale son graves —dijo—, y deben ser objeto de investigación. Llévalo al calabozo y tenedlo encerrado hasta que se aclare el asunto.

De ese modo me vi arrastrado fuera de la habitación y conducido por el interior del castillo, hacia abajo, hasta el sótano más profundo, donde fui empujado a través de la puerta de una mazmorra y fui a caer sobre un montón de paja maloliente. La puerta se cerró a mi espalda con estrépito.



Tendido en la negrura de aquella apestosa celda, con sus muros rezumantes de humedad y su suelo helado, oí las carreras de las ratas. La mordaza que me tapaba la boca se había aflojado, a Dios gracias, pero mis manos seguían atadas con nudos prietos a mi espalda. Estos fueron motivo de una seria incomodidad en las horas siguientes, aunque aquello no fue nada comparado con lo que vino después. Para apartar la mente de mis muñecas entumecidas, medité sobre mi situación: en el lado bueno, contaba en Winchester con amigos poderosos. La reina Leonor estaba enterada de la visita de Marian a Robin, y era de suponer que la apoyaba; y también sabía que nosotros (Bernard y yo) formábamos parte de la banda de Robin, y eso no

la había impedido hacer entrar a Bernard a su servicio. Marian, por su parte, estaba completamente a salvo de las acusaciones de un soldado de fortuna, y yo sabía que intentaría acudir en mi ayuda. En el lado malo, la propia Leonor era una prisionera, aunque privilegiada, y podía verse imposibilitada para ayudarme. Sir Ralph FitzStephen era quien gobernaba el castillo y no podía cerrar los ojos a las acusaciones de que por sus salones paseaban libremente proscritos. Pero lo peor de todo era que Murdac sin duda querría sonsacarme información sobre Robin, y eso significaba tortura, e inmensas cantidades de dolor.

Para controlar mis miedos, representé mentalmente una y otra vez la escena del gran salón: la cara despechada de Guy y su dedo acusador extendido para denunciarme; la mirada temerosa y la conmoción de Marian; la rabia de la reina; la ostentosa galantería con la que Murdac se postuló como defensor de Marian; la confusión de Guy cuando su amo rechazó sus acusaciones.

Todos habíamos dado por supuesto en las cuevas de Robin que Guy fue quien condujo a los hombres de Murdac a la granja de Thangbrand; Guy había sido el traidor, y al parecer había sido recompensado con la mansión de Gisborne. Pero mientras estaba tendido allí sobre la paja húmeda, en la noche permanente de aquella mazmorra, pensando en su traición e imaginando la venganza sangrienta que había de tomarme, me di cuenta de que algo no encajaba. Algo empezó a agitarse en el fondo de mi mente; una frase de la carta que Murdac había escrito a la reina. La recordaba con claridad: «... su suerte se le acaba. Conozco cada movimiento suyo antes de que lo lleve a cabo, y pronto lo tendré en mis manos...».

«Conozco cada movimiento suyo antes de que lo lleve a cabo»; eso implicaba que Murdac tenía un espía en el campamento, un traidor que le informaba de los planes de Robin. ¿Había sido Guy? Así lo parecía. Pero ¿por qué? ¿Cuáles habían sido los motivos de Guy? Hasta que yo lo enredé con el rubí, era un joven satisfecho de sí mismo, por odioso que me resultara. Entonces, como el chasquido repentino de una puerta al abrirse, me llegó de pronto la certeza de que Guy no podía ser el traidor. La carta estaba fechada el once de febrero, es decir dos meses después de que Guy huyera de la granja de Thangbrand. Por lo tanto, la conclusión forzosa era que, si no era Guy el traidor del campamento, algún otro tenía que serlo.

Esa idea me provocó un estremecimiento de horror; alguien, uno de mis amigos queridos, estaba informando de todos nuestros movimientos a Murdac. Podía ser cualquiera: Much el hijo del molinero, Owain el arquero, Will Scarlet, Hugh, Little John, incluso el viejo y querido hermano Tuck. Cualquiera.

Pero me sentí satisfecho con mi conclusión; tendría algo importante que comunicar a Thomas la próxima vez que nos viésemos. Si volvíamos a vernos. De pronto mis ánimos se derrumbaron de nuevo. ¿Me colgarían como un proscrito antes de tener la oportunidad de hablar con el tuerto deforme? ¿Dónde estaban mis amigos?

Llevaba horas tendido en aquel agujero negro y nadie había venido a visitarme. La vejiga me rebosaba, y me dolía. Estaba decidido a no mojarme a mí mismo, pero la perspectiva de una dulce liberación, aunque fuera al precio de unas calzas mojadas y apestosas, casi era demasiado tentadora. Me mordí los labios y aguanté.

Dormité durante un rato y lo siguiente que supe es que la puerta del calabozo se abría, y la luz amarilla de las antorchas me deslumbraba; allí estaban Murdac y su lacayo olvidado de Dios, Guy. Quedaron silueteados en la puerta durante un instante, Guy dominando con su estatura a sir Ralph, y luego entraron en el calabozo apestoso, seguidos por dos soldados. Estornudé con violencia; incluso por encima del hedor de la mazmorra, distinguí el repulsivo perfume a lavanda de Murdac. Se acercó y contempló en silencio mi cuerpo encogido sobre el suelo inmundo. Volví a estornudar. Bajo la supervisión de Guy, los soldados encendieron antorchas y las colocaron en los candeleros de la pared. Uno de los hombres vino cargado ominosamente con un brasero, lo llenó de cisco y de lana empapada en aceite, y le prendió fuego con yesca y pedernal. Supe que no era para calentarme en la larga y fría noche que se avecinaba. El otro soldado sujetó con una cuerda mis brazos atados a un gancho clavado en el techo, y ajustó la longitud de modo que yo quedara parcialmente colgado de las muñecas, todavía sujetas a mi espalda. La tensión de mis brazos era enorme, y sólo podía soportarla volcándome hacia adelante y apoyando las puntas de los pies en el suelo. Luego el soldado rasgó mis vestidos nuevos con la daga y me dejó desnudo como el día en que nací. Sentí vergüenza por mi desnudez y bajé los ojos a la paja esparcida por el suelo. Pero peor que la vergüenza era el miedo. Un terror absoluto brotaba de mi piel y crecía hasta desbordarse como un río en avenida. En algún rincón de aquel calabozo, el demonio griego Pan iba tomando forma. Y reía en silencio. Yo intentaba controlar mi terror, consciente de que Murdac me observaba atento con sus ojos de un azul extraordinariamente pálido.

El brasero ardía alegremente ahora, y Guy puso en contacto con la llama tres gruesos hurgones de hierro. Me miró y sonrió con una mueca desagradable.

—¿Estás asustado, Alan? Yo creo que sí. ¡Siempre fuiste un cobarde! —se burló. Luego se puso un par de gruesos guantes de piel. Yo aparté la mirada de los hierros al rojo y volví a bajar la mirada a la paja esparcida en el suelo. Sabía lo que iba a ocurrir, sabía que sería peor que cualquier cosa que pudiera imaginar, y me di cuenta de que temblaba de miedo. Me mordí la lengua y decidí que resistiría el dolor, me transportaría a un lugar mejor con el pensamiento y me negaría a decir nada a Murdac. Nada, y sobre todo nada acerca de mis sospechas de la presencia de un traidor en el campamento. Eso era algo que había de enterrar profundamente en mi cerebro; tan profundamente como para olvidarlo por completo. Entonces habló Murdac, y su sibilante acento francés resultó ofensivo incluso en aquel antro repugnante.

—Te recuerdo. Sí, de verdad. —Parecía complacido y excitado por haberme hecho un lugar en su memoria—. Eres el ladrón insolente del mercado de Nottingham. Estornudaste encima de mí, sucia criatura. Y escapaste, ¿verdad? Creo recordar que alguien me lo contó. Corriste al bosque para unirme a Robert Odo y toda esa basura. Bien, bien, y ahora te tengo aquí de nuevo. ¡Qué placer, qué inmenso placer!

Soltó una breve carcajada seca, y Guy se sumó de inmediato a su regocijo con una especie de cloqueo demasiado alto. Murdac le dirigió una mirada severa y gritó:

—¡Cierra el pico!

Y a Guy se le atragantó su cloqueo. Las articulaciones de mis hombros ardían, pero apreté los dientes y no dije nada.

—De modo que has pasado este último año con los proscritos de Robert Odo, ¿no? —dijo Murdac, como si estuviéramos de conversación. Yo no dije nada. Murdac hizo una seña a Guy, que vino hacia mí y me dio un puñetazo con toda su fuerza, asestando su puño contra mi estómago desnudo y desprotegido. El golpe me hizo doblarme, pero peor aún, mi vejiga no pudo resistir más y un chorro de orina bajó por la cara interna de mis muslos. El líquido salpicó y formó un charco a mis pies. Guy rió y volvió a golpearme con toda su fuerza, adelantando el hombro, pero enseguida se echó atrás con una maldición contrariada al darse cuenta de que había pisado el charco de mi orina.

—Vas a contestar a mis preguntas, carroña —dijo Murdac en el mismo tono desapasionado, como si se limitara a constatar un hecho. Yo guardé silencio, pero mi mente era un torbellino. El bastardo tenía razón. A su tiempo hablaría, lo sabía; cuando los hierros al rojo hicieran insoportable el dolor yo hablaría. Pero tenía que poner orden a mis pensamientos, para dar primero la información menos importante. Puede que se cansaran de interrogarme, y si era capaz de resistir lo suficiente, tal vez el condestable o la reina intervendrían. Podía suceder cualquier cosa, yo sólo tenía que resistir y guardar silencio.

Guy se apartó de mi cuerpo desnudo y doblado y se acercó al brasero. Mis ojos lo siguieron. Ahora las puntas de los hurgones de hierro brillaban con una intensa luz anaranjada. Empujó uno de ellos para meterlo más en el fuego y sacó el otro, trazando pequeños círculos en el aire con la punta encendida.

Murdac repitió despacio:

—¿Te uniste a la banda de asesinos de Robert Odo?

De nuevo guardé silencio, y Guy se adelantó con el hierro al rojo en la mano.

—Esto hará que cantes, mi pequeño *trouvere* —dijo burlón, y aplicó el metal ardiente a la piel desnuda de mi costillar izquierdo. Un latigazo blanco de dolor atravesó todo mi ser. Retorcí el cuerpo para apartarlo de Guy y grité: un largo aullido de agonía y de miedo, cuyos ecos resonaron en aquella mazmorra de piedra mucho

después de que yo consiguiera controlarme y cerrar herméticamente la boca.

—¿Te uniste a la banda de Robert Odo? —volvió a hablar Murdac—. Es una pregunta muy sencilla.

Yo sacudí la cabeza con los dientes clavados en los labios para impedirme a mí mismo hablar. Guy volvió a tocarme las costillas con el hierro, y se produjo un nuevo brote de dolor indescriptible, y de nuevo grité hasta que los nervios de mis mandíbulas crujieron.

Guy devolvió el primer hurgón a las llamas y sacó otro del brasero crepitante. La punta tenía el color de una cereza madura. Se colocó a mi lado, de modo que sentí en el pecho el calor que desprendía el metal, y susurró a mí oído:

—Sigue callado, Alan. Podemos seguir así toda la noche, si no hablas. Si es por mí, prefiero que no hables.

Soltó una risita. Luego volvió a hablar Murdac, y su voz ceceante se abrió paso por entre el dolor que brotaba de mis costillas.

—¿Te uniste a la banda de Robert Odo?

No dije nada, pero tensé el cuerpo y traté de apartarme de Guy, que seguía a mi lado empuñando en su mano enguantada el hurgón de hierro al rojo. Hizo una pausa de algunos segundos y yo retuve el aliento, y entonces, con toda deliberación, pasó el hierro por mi costado derecho, arriba y abajo, rozando la piel como un hombre que un de mantequilla una rebanada de pan. Aullé como un loe mientras en la piel quemada empezaban a formarse pequeñas ampollas, y mi nariz se vio asaltada por una bocanada de vapor y el olor acre de la carne chamuscada. Apretó con más fuerza el hierro contra mi cuerpo rígido y yo aullé:

—¡Que os jodan! ¡Que os jodan a los dos...!

Guy dio un paso atrás, y volvió a poner el hierro fuego. Miró a Murdac como pidiendo permiso para algo y éste le hizo una seña de asentimiento. Guy agarró un puñado de mi pelo, me echó atrás la cabeza y acercó tanto la suya que nuestras narices quedaron a tan sólo unas pulgadas de distancia.

—No, no, no, Alan —dijo, malicioso—. No es a nosotros, es a ti a quien van a joder.

E hizo un gesto de mando a los soldados.

Los dos hombres me cogieron cada uno de un lado y me separaron las piernas, y las sujetaron a unos grillete de acero. Guy sacó otro hurgón candente del brasero y se colocó detrás de mí. Murdac dijo:

—Por última vez, Alan, ¿te uniste a la banda de Robe Odo? Responde a mis preguntas y se acabará ese dolor, te lo prometo. Depende únicamente de ti. Sólo tienes que contestar mi pregunta; ¿qué daño le puede hacer a nadie que charlemos un poco? Yo conozco ya las respuestas. Responde a mis preguntas y el dolor cesará.

Me mordí el labio y sacudí la cabeza. Entonces los soldados abrieron brutalmente

mis nalgas y pude sentir el calor inmenso del hierro junto a mi escroto encogido y la zona de piel sensible situada entre aquél y el ano; no hubo contacto con el hurgón al rojo, a Dios gracias, pero éste irradiaba un calor ardiente hacia mis partes más íntimas con una intensidad malévolamente. Luego la punta derretida del hurgón rozó apenas la piel fina de la cara interna de mi muslo junto a la nalga derecha, y aunque el dolor fue menor que el de las quemaduras de mis costillas, di un grito tan largo y tan agudo como para despertar a los muertos:

—Sí, sí, por Dios, me uní a su banda. Sí, me uní. —Balbuceaba, temblaba de terror y de dolor, perdido de repente todo mi autocontrol—. Parad, por favor, parad. No lo hagáis. No me queméis ahí, os lo suplico.

Murdac sonrió, Guy soltó una alegre carcajada, y yo sentí un enorme alivio, feliz, cuando el calor del hurgón se alejó de mis partes privadas. Mis nalgas se liberaron de la terrible presa y las apreté con todas mis fuerzas, como si aquello pudiera protegerme. De pronto se abatió sobre mí una ola negra de vergüenza, una tristeza deprimente y fría por mi falta de valor. Quise morir, que la tierra me tragara. Con aquel tratamiento obsceno me habían despojado con toda facilidad de mis últimos restos de dignidad. En verdad era un cobarde; era el traidor del campamento de Robin, de existir uno. Entonces, tan deprisa como había aparecido, expulsé de mí aquel pensamiento. Era un secreto que nunca entregaría, aunque sufriera esta noche todos los tormentos de la condenación. Murdac hizo una nueva pregunta:

—¿Dónde está ahora Robert Odo?

No dije nada. Apreté los dientes. El hombrecillo suspiró: parecía genuinamente decepcionado. Hizo una seña a Guy, que sacó un hurgón del brasero y vino hacia mí. Cuando los soldados volvieron a agarrarme por la espalda y a separar mis nalgas, me oí a mí mismo balbucear:

—Está en las cuevas, en las cuevas, Dios del cielo ten piedad...

Me detuve sorprendido porque la puerta del calabozo se abrió con estruendo, y a través de mis lágrimas de humillación vi a una figura imperiosa en el umbral. Era Robert de Thurnham, revestido de malla gris y con la espada al cinto.

—Caballeros —dijo en voz alta—, os ruego que excuséis mi intrusión. Pero los gritos de este individuo no dejan descansar a la reina. Ordena que cese al instante el interrogatorio y que se reanude mañana a una hora más adecuada.

Se adelantó, desenvainó la espada y cortó la soga que sujetaba mis manos a la espalda. Yo me derrumbé sobre la paja sucia esparcida en el suelo de la mazmorra, y sentí que mis pobres costillas chamuscadas y la quemadura de la nalga entonaban una melodía llena de angustia. Pero por el momento, todo había acabado. Miré de reojo a sir Ralph y vi en sus ojos pálidos una rabia monstruosa que intentaba reprimir. Guy tan sólo parecía irritado por el curso que habían tomado los acontecimientos. Murdac me miró, acurrucado en posición fetal en el suelo, y dijo:

—Hasta mañana, entonces.

Sir Robert le hizo salir de la celda, y también a Guy y a los dos soldados.

—No te pongas demasiado cómodo, Alan, volveremos pronto —dijo Guy con retintín al salir. El caballero se detuvo en el umbral para dirigirme una última ojeada, y a la luz temblorosa del brasero, mientras yo temblaba en aquel suelo inmundo, hundido en el desprecio por mí mismo, me dirigió una palabra claramente enunciada con los labios, pero en silencio: «¡Animo!».



Debí de desmayarme, o tal vez mi mente quiso aislarse en la oscuridad del horror vivido aquella noche, porque cuando recuperé el sentido, Marian estaba a mi lado. Al principio creí que soñaba. Había lágrimas en sus mejillas y, mientras cortaba las ataduras de mis muñecas con un pequeño cuchillo, murmuraba:

—Oh Alan, Alan, ¿qué te han hecho?

Había traído un hábito de monje raído para cubrir mi desnudez, y me vistió y empezó a frotar mis muñecas hinchadas antes de que yo recuperara del todo la conciencia. Mis manos habían perdido la sensibilidad, y las punzadas de dolor cuando las masajé para devolverlas a la vida fueron casi tan malas como los hurgones. Casi.

Cuando vio que había recuperado hasta cierto punto la sensibilidad en manos y brazos, me dijo:

—Vamos, Alan, tenemos que darnos prisa. Antes de que vuelvan los guardias. Les he sobornado para que me dejen unos minutos a solas con el prisionero. Me temo que han pensado que sentía alguna *tendresse* por ti. —Marian se ruborizó al decirlo —. Ven, por aquí —añadió, y me tomó del brazo y los dos salimos juntos, tambaleantes, de aquella mazmorra apestosa a la penumbra del pasillo exterior.

Me llevó a una parte del castillo cuya existencia yo desconocía. Recorrimos pasillos, subimos escaleras y atravesamos un laberinto de caminos tortuosos, hasta detenernos finalmente en un pequeño rellano frente a un pasadizo que descendía. Me asomé a mirar y vi que al final del pasadizo había un portillo de madera practicado en el muro del castillo.

—Thomas espera fuera, al otro lado de esa puerta —susurró Marian. Esa era la buena noticia, pero vi que del lado de acá me aguardaba un problema grave. Dos problemas, para ser exactos.

Sentados en sendos taburetes y jugando a los dados a la luz de una vela que goteaba cera, había dos fornidos centinelas armados con espadas. Reconocí a uno de ellos como el hombre que había llevado el brasero a la mazmorra donde me torturaron, y separado mis nalgas arruinando al mismo tiempo mi dignidad. Al otro

no lo conocía, pero era muy probable que después del revuelo organizado el día anterior, él sí me conociera a mí. Marian susurró:

—Tal vez, si consigo distraerlos...

Negué con la cabeza. Sentía una marea de roja ira que ascendía de mis tripas hacia el pecho. Había sido atado, desnudado, quemado y humillado; torturado y forzado a hablar contra mi voluntad. Pero ahora tenía las manos libres. La cabeza empezó a darme vueltas cuando supe lo que iba a hacer, pero al mismo tiempo el júbilo inundó mi pecho.

—Gracias, Marian —susurré—. Gracias de todo corazón por lo que has hecho, pero ahora me corresponde a mí solo hacer lo que falta.

Me bajé sobre los ojos la capucha de mi hábito de monje y me adentré en el pasadizo, caminando con pasos confiados hacia los soldados, con las manos juntas sobre el pecho en actitud de orar.

Mis pasos eran ligeros, pero sentía el corazón pesado en mi pecho y era consciente de cada pulgada de mi cuerpo, desde mis pobres costillas chamuscadas y la punzada ardiente de la quemadura en la nalga, hasta el sudor de la punta de mis dedos. Me sentía como si en mi interior zumbara un enjambre de abejas, con una furia oscura y jubilosa.

Al acercarme a los dos soldados, los dos se levantaron de sus asientos; uno de ellos agarró los dados y los guardó apresuradamente en su bolsa, para que un hombre de Dios, que es lo que suponían que yo era, no se diera cuenta de que habían estado jugando.

—¿Podemos ayudarte en algo, hermano? —preguntó el hombre que estaba a la izquierda, el más alto de los dos, el que había estado en la celda de la tortura. Yo fui directamente hacia él, eché atrás la cabeza como para verle mejor la cara con mi capucha bajada, y luego, rápido como una serpiente, me impulsé con los pies, lancé la cabeza hacia adelante describiendo un arco y le golpeé en el puente de la nariz.

Fue un golpe colosal, en el que puse toda la rabia de mi reciente humillación, y al venir de quien parecía ser un monje, resultó por completo inesperado. Pude sentir el crujido del hueso y el cartílago cuando mi frente impactó en su rostro, y cayó a mis pies como una piedra. Entonces me volví con la sangre rugiendo en mis venas, y me abalancé sobre el segundo hombre, sujetándolo por los hombros e intentando un segundo cabezazo tan eficaz como el primero. El tenía la boca abierta de par en par por la sorpresa, pero ladeó la cabeza a tiempo de evitar mi golpe, y todo lo que conseguí fue alcanzarle de refilón en el pómulos. Entonces nos encontramos los dos enzarzados en el suelo, forcejeando como dos energúmenos. Mi rabia había encontrado una vía de escape y me di cuenta de que daba gritos incoherentes mientras le golpeaba una y otra vez en la cabeza con los dos puños. Pero era más fuerte que yo, y estaba tan habituado como yo mismo a la lucha callejera. Mientras rodábamos

por el duro suelo me agarró por los antebrazos, los apretó entre sus fuertes manos, y acabó así con la lluvia de golpes que le habían dejado la cara magullada y cubierta de sangre. De modo que levanté la rodilla hacia la horcajadura de sus piernas, mi rótula impactó en su hueso pélvico, y aprovechando la sorpresa le machaqué las pelotas con aquella improvisada mano de mortero. Gritó de dolor, doblado en dos, e intentó protegerse su intimidad herida con las manos, soltando al hacerlo mis brazos. De modo que aferré un mechón de su cabello largo y grasiento y golpeé su cabeza contra el suelo de piedra con toda la fuerza que pude reunir. Quedó sólo ligeramente atontado pero fue suficiente; agarré su cabeza por las orejas con las dos manos, y la golpeé dos veces más contra las losas. Sus ojos rodaron en las órbitas y de pronto me encontré avanzando a gatas, jadeante, con mis costillas quemadas sangrando, mirando a los dos hombres tendidos e inconscientes. Ninguno de los dos había tenido tiempo de desenvainar la espada. Me puse en pie tambaleante, agité una mano para despedirme de Marian, que me miraba espantada con su bonita boca abierta de par en par, descorrí el cerrojo, abrí la puerta y salí a la noche fría para caer de inmediato en los brazos de Thomas.

El echó una mirada de incredulidad a los cuerpos inmóviles de los dos soldados, cerró la puerta de madera a mi espalda y me preguntó:

—¿Puedes caminar?

Y ayudado por él, bajé por el estrecho sendero que descendía del castillo hacia las estrechas callejuelas oscuras de la ciudad de Winchester.



Durante dos días estuve oculto en una habitación trasera de La Cabeza del Sarraceno, curando mis heridas con un cocimiento de grasa de oca y hierbas, y esperando el regreso del hombre tuerto. Thomas había recogido mi puñal y mi espada del castillo y me los devolvió antes de desaparecer en busca de información de sus contactos. Yo tenía mis armas al alcance de la mano noche y día, incluso mientras dormía. Algo había cambiado en mí después de aquella noche terrible de fuego y de dolor. Era más duro; el fuego había hecho desaparecer los residuos de mi niñez. Pero también me conocía mejor a mí mismo. Sabía que les habría dicho cualquier cosa de no haber intervenido Robert de Thurnham en el momento en que lo hizo. De modo que me juré que no volverían a cogerme vivo para someterme de nuevo a aquel tratamiento. Antes moriría. A la mañana del tercer día, apareció Thomas con noticias.

Nos sentamos a la tosca mesa de la sala común de la taberna, y comimos pan y queso. El guardó silencio durante unos instantes, y luego suspiró y dijo:

—Lo primero es lo primero: el rey ha muerto. Dios conceda la paz a su alma. Murió hace diez días en Chinon y sus restos están siendo transportados hacia su

reposo final en la abadía de Fontevraud. El duque Ricardo ocupará ahora el trono, cuando decida regresar a Inglaterra. Pero hasta entonces pueden pasar meses.

Me sentí trastornado. Sabía que el rey estaba enfermo, pero durante toda mi vida Enrique, el gobernante ungido por Dios, había sido una de las columnas que sustentaban mi mundo. Me costaba entender que no iba a estar ahí nunca más.

—El castillo es como un hormiguero desbaratado —dijo Thomas—, no paran de ir y venir mensajeros. Leonor ha sido formalmente liberada por FitzStephen, pero va a seguir en Winchester todavía algunos días. —Hizo una pausa, suspiró y continuó—: Pero hay noticias peores que la muerte del rey. —Exhaló otro gran suspiro—. Lady Marian ha sido raptada. Sir Ralph Murdac y sus hombres se la llevaron cuando estaba cazando con halcón acompañada por sus damas, ayer por la mañana. Creemos que esa sucia comadreja de pelo negro galopa, mientras hablamos, hacia Nottingham con la dama de nuestro señor. Y cuando llegue allí, se casará con ella.

—Pero ella nunca dará su consentimiento —dije. Thomas rió, pero su carcajada no expresaba la menor alegría.

—¿Consentimiento? No le darán ninguna opción. Murdac tiene en el bolsillo suficientes curas para que los casen con o sin consentimiento. Quiere las tierras de Locksley, y con el rey muerto, no hay ningún poder capaz de detenerlo. Si cuando Ricardo sea coronado ya están casados, no los separará. Murdac será un hombre poderoso y Ricardo necesitará su apoyo. Si ella insiste en rechazar el matrimonio, él la forzará, puede que incluso sus hombres la violen también. Entonces su honor quedará por los suelos y nadie la querrá. Incluso Robin podría cambiar de idea de saber que no sólo sir Ralph, sino media docena de sus rijosos camaradas de armas han pasado por su cama, lo quisiera ella o no.

—Mataré a ese bastardo. —Sentí que las cicatrices de mis costillas se abrían de nuevo—. Le cortaré su jodida cabeza. —Jadeaba pesadamente, inclinado hacia Thomas, y había empuñado mi espada—. ¡Tengo que ir a ver a Robin ahora mismo, y habremos de cabalgar a Nottingham de inmediato!

Thomas estaba tranquilo hasta un punto desesperante:

—Sí, tenemos que ir a ver a Robin. Pero primero hemos de pensar un poco. Murdac preferirá tener una esposa complaciente a una forzada. De modo que probablemente disponemos de un poco de tiempo. Siéntate, o recaerás de tus heridas. Hemos de pensar en tu traidor. Mis amigos están preparando caballos y provisiones para el viaje, pero hasta que lleguen, tranquilízate y dime quién crees que puede ser. ¡Piensa! ¿Quién es, Alan? Empieza por el principio.

Me obligué a mí mismo a sentarme y respirar hondo durante unos instantes; podía sentir circular por mis flancos torrentes de sangre caliente. Empecé a pensar.

—Después de la matanza de la granja de Thangbrand, pensamos que el traidor tenía que ser Guy. Pero la carta de Murdac a la reina en la que presume de contar con

un informador está fechada en febrero, de modo que no puede ser él. Guy se fue de Thangbrand en diciembre.

«Además, creo que la matanza fue pensada y ejecutada con la intención de matar o capturar a Robin, que se suponía que iba a pasar allí la Navidad, pero cuya llegada se retrasó a última hora, y por tanto el informador tiene que ser una persona que creía que Robin estaría allí por Navidad. ¿Quién estaba tan enterado de los movimientos de Robin?».

—Alguien muy próximo a él —dijo Thomas.

—Creo que ha de ser una de las siguientes cuatro personas, sus lugartenientes, el círculo de los más íntimos —dije—: Little John, Hugh, Will Scarlet o... Tuck. Pero ¿quién de ellos querría destruir a Robin? Little John... bueno, fue culpa de Robin que se convirtiera en un proscrito. Tenía una colocación cómoda en Edwinstowe como maestro de armas, y Robin la echó a perder cuando mató al cura.

—No lo veo claro —me interrumpió Thomas—. John moriría por Robin. Lo quiere como a un hermano.

—Lo mismo cabe decir de Hugh. No creo que haya traicionado a su propio hermano. Robin lo rescató de una vida ignominiosa de caballero segundón sin un penique. Ahora posee poder y dinero, y además adora a Robin. Basta con verlos a los dos juntos. De modo que tampoco creo que sea él.

—¿Will Scarlet, entonces? —dijo Thomas. Pensé por unos momentos.

—Era un buen amigo de Guy, y además primo suyo —dije—. Guy podría haber seguido en contacto con él después de unirse a Murdac. También podía haber pasado mensajes, a cambio de dinero o por la esperanza de un perdón. Pero no puedo creerlo. Will no es..., bueno, lo bastante astuto para ser un agente del enemigo, para ganarse la confianza de Robin y traicionarla.

—Sólo nos queda Tuck —dijo Thomas, en tono enteramente desapasionado. Yo hice una mueca.

—No quiero que sea Tuck —dije—. Quiero a ese hombre; ha sido muy bueno conmigo. Pero para ser del todo honesto, se me ocurre una razón por la que podría desear el mal a Robin.

No supe muy bien cómo expresarlo, de modo que le pregunté a Thomas:

—¿Eres un buen cristiano?

En aquella fea carota apareció una sonrisa.

—Cristiano sí, pero no muy bueno. Ah, ya veo adónde quieres ir a parar. Robin y sus travesuras nocturnas en el bosque: «¡Alzad a Cernunnos!» y todas esas chorradas paganas. Sé que Robin ha estado haciendo experimentos con la vieja religión. Algunos lo llaman brujería. He oído que incluso sacrificaron a un pobre diablo, que le rebanaron el gaznate. Pero no me parece que él crea de verdad en todas esas memeces. Lo hace sólo para reforzar su mística entre la gente del pueblo. ¿Crees que

es motivo suficiente para que Tuck le traicione?

—Les oí discutir sobre el asunto. Por poco no llegó la sangre al río —contesté.

Los dos nos quedamos silenciosos un rato, hasta que nuestras meditaciones fueron interrumpidas por un fuerte golpe en la puerta. Me levanté sobresaltado y eché la mano a la empuñadura de mi espada.

—Tranquilo, Josué, sólo es Simón con los caballos —me dijo Thomas.



Simón venía con cuatro caballos para mí y para Thomas, cargados con grano para los animales y provisiones y agua para nosotros. Nuestro plan era cabalgar sin parar hasta las cuevas de Robin, pero tuvimos un tiempo tan malo, con lluvia y vendavales continuos, y el avance por los caminos embarrados era tan lento, que nos vimos obligados a detenernos a mitad de camino en una abadía vecina a Lichfield, al borde del agotamiento total. Aquel día, el viaje se había convertido para mí en una pesadilla. Las llagas de los costados y la quemadura en la nalga me daban cada vez más problemas, y me tambaleaba a lomos de mi caballo intentando seguir el ritmo incansable marcado por Thomas. Al final, a pesar de mi deseo de ver a Robin lo antes posible, sentí un inmenso alivio cuando hicimos nuestra entrada al trote por las puertas de la abadía, doloridos, hambrientos y empapados. Los monjes no nos hicieron preguntas. Comimos un cuenco de potaje de alubias, nuestros caballos fueron almohazados, y después del breve y apenas atendido rezo de las Completas en la penumbra de la iglesia de la abadía, me sumí en un sueño exhausto en un jergón estrecho, en el dormitorio de los viajeros. A la mañana siguiente, todavía mojados pero mucho más descansados a pesar de que mis costillas me dolían más que nunca, montamos nuestros caballos frescos decididos a reunimos con Robin aquella misma tarde. Y atardecía ya cuando, con nuestras monturas a punto de reventar por el agotamiento, tropezamos con una de las patrullas de Robin a unas diez millas al sur de las cuevas, y fuimos llevados de inmediato a su presencia.

Robin, con un aspecto casi tan ojeroso como el de Thomas o el mío, estaba sentado a una mesa con un hombre muy flaco vestido de negro, un judío, y al reconocerlo la impresión que sentí fue como si me hubieran arrojado un jarro de agua helada por la cabeza. Era el mismo hombre que había visto en La Peregrinación a Jerusalén, el hombre que nos señaló a David el armero para que Robin y yo le robáramos la llave. Los pocos judíos de Nottingham eran despreciados por todos. Les llamábamos asesinos de Cristo y les acusábamos de secuestrar niños en secreto y sacrificarlos en ceremonias horrendas. Durante un segundo, me pregunté si Robin estaba tratando algún negocio satánico con aquel hombre: le creía capaz de cualquier cosa después de haber sido testigo del sangriento rito pagano de la Pascua. Pero luego

me di cuenta de que su entrevista era de una naturaleza mucho más mercantil. Al acercarnos a la mesa, Robin empujó dos pesadas bolsas de dinero hacia el judío flaco y anotó algo en un rollo de pergamino. Todo quedó aclarado. Era una parte de las actividades de Robin que nunca antes había presenciado: la usura. Prestaba dinero, las ganancias ilícitas de sus robos, a los judíos de Nottingham, y ellos lo daban a su vez en préstamo a cristianos, con un interés muy alto. Robin proporcionaba los fondos iniciales para aquel negocio pero, por lo que me contaron, también ofrecía a los judíos cierta protección. Si un hombre no pagaba, Robin enviaba a algunos de sus hombres más robustos a visitarle con el fin de aclararle, si hacía falta por la fuerza, que una deuda debía pagarse siempre, incluso a un judío.

Robin levantó la vista y nos vio por primera vez. Sonrió con desánimo. Parecía no haber dormido en varios días.

—Thomas, Alan —dijo—. Bienvenidos. Ya conocéis a Reuben, ¿verdad?

Los dos nos inclinamos rígidamente ante el judío, que nos sonrió a su vez. Su cara era oscura, angulosa, apergaminada, pero irradiaba simpatía; tenía el pelo negro y una barba corta, cuidadosamente recortada. Sus ojos castaños, muy vivos, reflejaban bondad, y Dios sabrá por qué, pero desde el primer momento confié en él.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que sois Alan Dale, el famoso *trouvere*? —preguntó Reuben, al tiempo que se ponía en pie y hacía una reverencia en respuesta a las nuestras. Enrojecí; sabía que se estaba burlando de mí, pero lo hacía de tan buen humor que no me importó.

—Famoso no lo soy aún —contesté—, pero espero algún día ser, por lo menos, competente.

—Tanta modestia —dijo Reuben con otra sonrisa— es una cualidad rara y valiosa en nuestros días entre la juventud. —Hizo una reverencia a Thomas, que gruñó algo ininteligible—. Por desgracia, amigos míos, he de despedirme ya —dijo Reuben, y levantó las pesadas bolsas que había encima de la mesa con tanta facilidad como si estuvieran llenas de aire. Hizo una profunda reverencia a Robin, que se puso en pie y se la devolvió como si fuera una persona de su mismo rango, y luego salió de la cueva, guardó las bolsas en las alforjas de su silla de montar, y desapareció al trote en la noche lluviosa.

Robin nos invitó a sentarnos a la mesa. Miró nuestras caras agotadas y salpicadas de barro, y dijo:

—Habéis venido a contarme lo de Marian. —La voz era tensa, y todo su cuerpo parecía retorcerse de dolor. Asentimos—. Ya lo sé —dijo—, Reuben me lo ha contado. Iremos a Nottingham en cuanto amanezca. Pero..., hay algo más, ¿no es así?

Yo asentí y, titubeando, expuse mi teoría de que había un traidor en el campamento. Robin escuchaba en silencio. Cuando por fin acabé mi explicación, dio un largo suspiro que estremeció todo su cuerpo.

—Ya veo —dijo—. Bien, gracias por decírmelo, Alan. Es algo que sospechaba desde hacía algún tiempo, desde la matanza de la granja de Thangbrand, en realidad. Y creo saber quién es nuestro hombre. —Suspiró de nuevo—. Tengo que pedirlos a los dos, por vuestro honor, que no habléis a nadie de esto. —Miró con fijeza a Thomas y luego a mí, y sus ojos de plata parecieron taladrar mi cabeza—. No digáis nada de esto a nadie —repitió, y los dos asentimos. Luego continuó—: Pero primero hemos de recuperar a Marian; de modo que comed algo, dormid un rato y estad preparados cuando amanezca. Me alegro de tenerte de regreso, Alan.

Me sonrió, y sus ojos de plata brillaron a la luz de las velas. Fue un breve atisbo de la sonrisa dorada, despreocupada, de otros tiempos, y destelló como la luz de un faro en medio de su desesperación. De nuevo sentí la familiar oleada de afecto hacia él.

—Me alegro de estar de regreso —dije, y sonreí a mi vez.

Luego Robin me observó con más atención.

—Estás herido —dijo, y había un gran pesar en su voz.

Le miré. ¿Cómo lo había sabido? Creí haber disimulado a la perfección la agonía de aquellas heridas que me torturaban.

—Mandaré a alguien a buscar a Brigid —dijo—. Y no te preocupes demasiado por ese asunto del traidor, Alan. Todo saldrá bien.



Más o menos una hora más tarde, Brigid me llevó a una cueva pequeña apartada del campamento principal y, a la luz de una única vela, me hizo desnudarme para poder examinar mis heridas. Después de untarlas con un ungüento oscuro que olía a rancio, y de cubrir la peor herida en el costillar derecho con un emplasto frío de musgo, me hizo tenderme boca abajo para examinar la quemadura de la parte interna de mi nalga. Yo no quería, pero me dijo que no fuera niño y, a regañadientes, la obedecí. Al inclinarme hacia adelante con las manos en las rodillas, me vino a la memoria la imagen de su cuerpo desnudo y pintado en la ceremonia del sacrificio pagano. Oh Dios, como si mi humillación no fuera ya suficiente, sentí una erección incontrolable cuando sus largos dedos esparcían con suavidad una sustancia fresca en la pequeña herida entre mis nalgas.

—Ya he acabado —dijo Brigid con brusquedad, y se puso en pie. Yo me enderecé y a toda prisa empecé a colocarme bragas y calzas, con la esperanza de ocultar mi miembro erecto. Hoy me sentiría contento, eufórico incluso, si enarbolará un órgano de aquel tamaño; pero en los tiempos de mi juventud, me parecía tener la mitad del tiempo un bulto enorme en mi bajo vientre, y me daba vergüenza. Brigid se echó a reír y, mirando directamente mi órgano ufano mientras yo intentaba

desesperadamente taparlo, dijo:

—Tendrías que haberte quedado un poco más esta primavera en la ceremonia de la Diosa, en lugar de marcharte a hurtadillas como un ladrón en la noche. En lugar de malgastar tu savia soñando con Marian, habrías hecho muy feliz a alguna joven bonita.

Me quedé mudo por la sorpresa. Pensaba que nadie sabía que había estado en aquel cruento festival pagano, porque en todo momento llevé la capucha bajada y había evitado acercarme a la luz de la hoguera. Me sentí humillado; por dos veces en pocos días me había visto desnudo y desprovisto de mi tierna dignidad como un conejo muerto de su piel, de modo que reaccioné diciéndole:

—Estaba harto de ver morir inocentes y no tenía intención de oír más blasfemias teñidas de sangre.

—Morir inocentes, dices —respondió Brigid con toda tranquilidad—. Blasfemias, además. —Me miró, y sus ojos amables parecían ahora duros como el roble—. Ese hombre que fue sacrificado...

—Se llamaba Piers —la interrumpí en tono brusco.

—El sacrificado —siguió, poniendo énfasis en la palabra para indicar que se negaba a reconocer su humanidad dándole un nombre— había sido condenado a muerte por tu señor. Robert de Sherwood le habría matado por su deslealtad. En lugar de hacerlo, me lo entregó a mí. Y ahora está con la Madre Tierra, cuidado por ella con el mismo cariño con que cuida de todas sus criaturas, vivas o muertas.

—Robin nunca habría tomado parte en esa brujería infame, en esa adoración diabólica, de no ser por ti. —Yo casi gritaba ahora—. Habría dado a ese hombre una muerte limpia y un entierro cristiano.

Mientras hablaba, era consciente de que sólo en parte estaba diciendo la verdad.

—El Señor del Bosque no es un seguidor de tu Dios de los clavos, Alan. No es cristiano —dijo Brigid—. Lleva en su interior el espíritu de Cernunnos, tanto si lo cree como si no.

Me chocaron sus palabras al escucharlas así, en voz alta. Pero lo que decía era cierto: Robin no era cristiano.

—Tampoco es un pagano maldito de Dios —aullé. Brigid se mostraba tan fría como una madrugada de enero, mientras que yo sabía que me estaba comportando como un niño furioso e impotente. Aparté los ojos de su mirada recta y aspiré una gran bocanada de aire.

Ella posó una mano sobre mi brazo desnudo, y cuando volví a mirarla, me sonrió. Sentí que mi ira empezaba a desvanecerse.

—Creo que ninguno de nosotros puede saber de verdad lo que piensa otra persona —dijo—. Además, Robin es más complicado aún que la mayoría, en ese aspecto. Yo diría que busca constantemente lo divino, que busca a Dios en cualquier forma que

él..., o ella... —Me sonrió de nuevo, y yo le devolví la sonrisa, pesaroso—, adopte. En fin, espero que algún día tenga éxito en su búsqueda y encuentre la verdadera felicidad.

—Amén —dije.



Dormí mal, y soñé que Marian era violada por una larga hilera de soldados burlones. La cola daba la vuelta a las murallas de Nottingham, como una larga serpiente. Luego se convirtió realmente en una serpiente, un enorme reptil rojo y negro que ceñía con sus anillos los muros del castillo y apretaba y apretaba hasta que la fortaleza de piedra se erguía como un pene cargado de lujuria, y eyaculaba hacia el cielo un chorro de hombres y mujeres mezclados en un ardiente espasmo...

Thomas me despertó una hora antes del amanecer. Abrí los ojos, me encontré delante su fea carota tuerta y no pude reprimir un escalofrío de miedo. El dolor de mis costillas casi había desaparecido, sólo una tirantez sorda me recordaba mi humillación.

—Será mejor que te prepares —dijo Thomas—. Nos espera un largo camino.

Yo empecé a tantear en la semioscuridad, mordisqueando un mendrugo de pan mientras desempolvaba mi sobretodo. Sabía que el forro acolchado me daría demasiado calor a medida que avanzara aquel día de julio, pero estimé aceptable la incomodidad de un calor excesivo a cambio de la mayor protección que me concedía. Sobre el gabán me ceñí la espada y la daga. Me cubrí la cabeza con la capucha y encima me coloqué un casco de acero semiesférico, que me abroché bajo la barbilla. Luego fui a buscar los caballos.

Las tormentas de los días pasados habían dejado un cielo limpio de nubes y el sol empezaba a asomar sobre las copas de los árboles cuando partimos a caballo de las cuevas de Robin y nos dirigimos hacia el sur, a Nottingham. Éramos unos cincuenta jinetes, con buenas monturas la mayoría, aunque yo no, y armados con lanzas de doce pies de alto de madera de fresno con la divisa de Robin, la cabeza del lobo, ondeando justo debajo de la afilada punta de acero. Robin cabalgaba al frente, con Hugh situado detrás de él. A retaguardia de la columna se había colocado Little John, con un casco abollado provisto de un par de cuernos sobre el cabello pajizo y con la gran hacha de batalla colgada a la espalda, llevando de las riendas a una reata de mulas cargadas con el equipaje: provisiones, barriles de cerveza, armas de repuesto, y también varios cestos con palomas mensajeras. Vi a Will Scarlet, que cabalgaba en el centro del pelotón de jinetes. Me dirigió una sonrisa nerviosa. ¿Era la culpa de la traición lo que vi en sus ojos? ¿O fueron sólo imaginaciones mías? ¿Acaso quería que fuese él el traidor? Tuck llevaba muchas semanas sin aparecer; desde su discusión con Robin,

por la Pascua. Recé porque el fraile gordo no fuera el culpable de traición. No, no podía ser Tuck. Mientras avanzábamos a través del bosque, con el cálido sol amarillo ascendiendo a nuestra izquierda, volví a preguntarme si el traidor cabalgaba con nosotros, y si no nos estábamos metiendo a ciegas en una trampa.

Capítulo XVI

Gracias a Dios, no cargamos directamente contra el cubil de sir Ralph Murdac. En lugar de eso, Robin nos condujo más al sur, a la mansión fortificada de Linden Lea, a corta distancia de Nottingham. La mansión estaba situada en el fondo de un largo valle, boscoso hacia el este y cerrado al oeste por las empinadas laderas de una línea de colinas. Al norte de la casa había un gran campo de maíz ya casi maduro. Al sur se extendía una amplia pradera, con un arroyo bastante caudaloso que fluía a lo largo del valle, en paralelo al camino que conducía a Nottingham. Aquel arroyo alimentaba el foso que rodeaba la mansión y media docena de dependencias anexas. Mientras nuestra cabalgata cruzaba con estruendo el puente levadizo de madera a la luz dorada de un atardecer perfecto de verano, el dueño de la mansión, el propio sir Richard at Lea, nos esperaba a pie firme en el umbral de la sala.

Sir Richard nos ofreció un recibimiento regio, especialmente preparado sin duda para nuestra llegada: grandes cantidades de carne asada y de pan, vino y cerveza estaban dispuestas sobre unas mesas de caballete, en el patio. Pero antes de tener siquiera la oportunidad de remojar el polvo de mi garganta o de dar un bocado a las viandas, Robin me llamó aparte para conversar en privado. Quería encargarme algunas cosas aprovechando que todavía había luz, me dijo; pequeñas tareas, diríamos. Tenía que ocuparme de esos encargos en secreto, y no hablar de ellos a nadie, ni siquiera a mis compañeros más íntimos. No había de hacerle preguntas; sólo hacer lo que me diría. Desde luego, obedecí y me puse de inmediato a la tarea; pero hasta el anoecer no pude acercarme a buscar algo que comer y beber.

Cuando todo el mundo hubo comido y bebido, Robin nos convocó a los cincuenta, más sir Richard y sus sirvientes, a la sala de la mansión para celebrar un consejo de guerra. Yo le había visto hablar con uno de los sombríos mensajeros de Hugh antes de la reunión, y supuse que tenía noticias recientes de Marian. Cuando estuvo en la sala todo el mundo, incluso los centinelas que normalmente patrullaban por el camino de ronda detrás de la empalizada de troncos, yo me escurrí por una puerta trasera para cumplir con el último de los encargos que Robin me había pedido que hiciera. Cuando volví a entrar en la sala, Robin estaba diciendo:

Y al parecer Murdac ha alquilado una compañía de mercenarios flamencos, unos doscientos ballesteros y más o menos el mismo número de caballería, creemos, para ayudarle a erradicar la apestosa lacra de los bandidos del bosque de Sherwood. —

Hubo en ese momento gritos y aplausos irónicos de la asamblea de proscritos—. Por fortuna, todavía no han llegado a Nottingham. Nuestros informadores dicen que viajan desde Dover y que no se espera su llegada hasta dentro de una semana o diez días. Para cuando lleguen ya estaremos lejos, a salvo y bien ocultos en el bosque. No tendremos el placer de su compañía porque... iremos a Nottingham mañana por la noche. —Sus ojos relucieron con un brillo salvaje a la luz de una docena de gruesas velas de cera de abeja—. Iremos a rescatar a mi dama y traerla de nuevo aquí; y mataremos a cualquiera que se interponga en nuestro camino. A cualquiera. ¿Habéis comprendido? —Hubo un rugido de aprobación—. Muy bien —continuó Robin—, todo el mundo a descansar hasta que llegue el momento. Se os ha asignado un lugar a todos vosotros. Id a dormir, y vigilad vuestras armas. Partiremos mañana cuando salga la luna. Hugh, John, sir Richard, todavía os molestaré un momento para ultimar los detalles. Tú también, Alan —dijo, y me hizo una seña desde el fondo de la sala.

Nos reunimos alrededor de Robin y él extendió un plano toscamente trazado del castillo sobre un viejo cofre de roble.

—Ella está guardada en esta torre, que forma parte de la muralla defensiva; en la esquina noroeste del castillo. No queda lejos de esta puerta... —Puso un dedo sobre el pergamino—. Al parecer, Murdac quiere guardar en secreto a su prisionera y por esa razón no la ha alojado en el cuerpo de guardia, sino que se la mantiene discretamente aparte, en una torre de la muralla y vigilada únicamente por sus hombres de máxima confianza. Para nosotros, es una buena noticia. Mañana por la noche cabalgaremos hasta la puerta vestidos con los colores de Murdac..., ¿has conseguido suficientes sobrevestes, Hugh? —Hugh asintió—. De modo que llevaremos sus colores y diremos que somos hombres de Murdac que llevamos años en Francia al servicio del rey Enrique, y que ahora, al haber muerto el rey, volvemos con nuestro señor. ¿Entendido?

Sir Richard, Hugh y John hicieron gestos afirmativos, pero me di cuenta de que John no estaba del todo conforme.

—De modo que nos dejan pasar..., y luego ¿qué? —preguntó el hombrón, con el entrecejo fruncido.

Robin le dirigió una mirada dura.

—Matamos a todo hijo de su madre que encontremos en la puerta, tan deprisa y tan silenciosamente como podamos. Luego nos llevamos a Marian, y estamos fuera antes de que nadie se dé cuenta. Si se da la alarma, podemos resistir en esa puerta contra todo el que venga durante varias horas, y lo más que necesitaremos para encontrar a Marian y llevárnosla sana y salva será un cuarto de hora. Luego, en cuanto estemos fuera, nos dispersamos en todas direcciones y huimos al galope. Nos encontraremos de nuevo en las cuevas.

—¡Ese es tu plan! —exclamó John, en un tono cargado de desdén—. ¿Llamas a

eso un plan? Por los callos de las manos de Cristo, es la peor idea que he oído este año. Para empezar...

—Calma, John, calma —dijo Robin—. Funcionará, te lo prometo. Sólo tienes que confiar en mí.

John no pareció convencido, sacudió la cabeza y dijo en tono más tranquilo:

—Pero es una completa locura...

—Confía en mí, ¿lo harás? —dijo Robin, con sólo un ligerísimo toque de dureza en la voz—. Tú confías en mí, ¿no es verdad, John?

El gigante se encogió de hombros, pero no dijo nada más.

—Bien —dijo sir Richard—, puesto que no voy a unirme a vosotros en esa... escapada..., no creo tener derecho a hacer ningún comentario, excepto decir que os deseo suerte y, de momento, buenas noches a todos.

Luego, con una sonrisa insegura, salió en dirección a sus aposentos privados.

—Te dejo a ti encargado de todos los detalles, Hugh: armas, caballos y esa clase de cosas —dijo Robin—. Y ahora creo que todos deberíamos ir a descansar.

John se fue sacudiendo su cabezota pajiza y Hugh se dirigió a los establos para hablar con uno de sus correos, dejándonos a Robin y a mí solos delante del plano del castillo. Robin se volvió a mí:

—¿Quieres saber lo que *de verdad* vamos a hacer? —Lo dijo en voz muy baja, pero con una sonrisa traviesa—. Tú y yo, Alan, vamos a traer aquí a nuestra amada, los dos solos. Vamos a ir esta noche, en cuanto salga la luna. ¿Están listos los caballos?

—Están ocultos en el bosque, como me has pedido. —No pude evitar sonreírle, yo también. Recordé la última vez que Robin y yo fuimos juntos a Nottingham, nuestra divertida excursión para robar la llave del armero.

—¿Y las palomas? —preguntó Robin, y sus ojos de plata relampaguearon.

—Todo está hecho —contesté, feliz—. Todo en orden.



Más o menos a medianoche, cuando todo el mundo dormía ya, conduje a Robin hasta la puerta trasera de la mansión, y de allí en dirección sudeste hasta el bosque espeso en el que había escondido a los caballos por la tarde. Íbamos vestidos para viajar deprisa; sin armadura, sólo con espadas, dagas y un manto para resguardarnos del frío de la noche. También llevamos con nosotros un tercer caballo ensillado; en caso de que consiguiéramos volver, no lo haríamos solos. A pesar del peligro, yo estaba henchido de orgullo y de excitación por cabalgar junto a Robin en aquella misión: éramos dos caballeros andantes, como los de las historias del rey Arturo, que cabalgábamos en la noche para socorrer a una damisela en apuros.

Dos horas más tarde estábamos agachados en el fondo de una zanja húmeda, hundidos en desechos resbaladizos hasta los tobillos, mirando la mole imponente del castillo de Nottingham y procurando respirar lo menos posible. Aparte de que no queríamos hacer ruido, el hedor de cien años de excrementos humanos y basura en general arrojados a aquella zanja, era sofocante. Más de treinta metros por encima de nosotros, apenas alcanzaba a ver en la oscuridad las almenas del muro. Robin emitió un silbido apagado. No ocurrió nada. Esperamos durante algunos segundos. Robin silbó de nuevo, y de pronto vi aparecer en las almenas una cabeza recortada contra el cielo iluminado por la luna. Hubo un ruido de roce ligero y apareció una cuerda que colgaba del borde de la muralla, con nudos a intervalos de un palmo más o menos. Robin me dijo: «Sube», y trepé como un mono hasta lo alto del muro. La tensión en mis brazos era muy fuerte, y las costillas heridas, aunque ya cicatrizadas, me dolían una barbaridad, pero de ningún modo quise confesar mi debilidad a Robin. Al final, llegué arriba. Me di un último impulso y quedé de bruces sobre el muro, con una pierna colgando aún; y me dejé caer del otro lado, en el ancho camino de ronda de piedra, jadeante por el esfuerzo. Oí una voz que gritaba «¡eh!», y vi horrorizado a un hombre con la librea roja y negra de Murdac que venía corriendo hacia mí, espada en mano. Me esforcé por ponerme en pie y tanteé en busca de la empuñadura de mi espada, pero antes de que pudiera desenvainarla, una sombra oscura se separó del muro, al abrigo de una almena, y una mano firme cerró desde atrás la boca del soldado. Hubo un destello acerado cuando la figura encapuchada hundió una delgada hoja en la base del cráneo del infeliz centinela. Éste se estremeció una vez en los brazos del hombre oscuro y luego cayó sin un sonido. El hombre se echó atrás la capucha y dijo:

—¿Estás bien, Alan?

Vi entonces que era Reuben, el judío. Hice seña de que sí, y miré a un lado y otro del camino de ronda desierto, y abajo, hacia la oscuridad del gran patio de armas del castillo. No se veía a nadie. A mi derecha se alzaba la mole maciza del cuerpo de guardia, con uno o dos puntos de luz que se filtraban por las estrechas saeteras, indicando tal vez que un escribano estaba sentado delante de sus rollos de pergamino; pero no había el menor movimiento. Todo estaba tan silencioso como una tumba.

Unos momentos después, la cabeza de Robin apareció por encima del borde del parapeto, seguida de inmediato por el resto de su persona. Reuben limpió la sangre de su cuchillo en la sobreveste del soldado, y entre los tres arrojamos su cuerpo por encima del muro, a la oscuridad exterior. Robin puso la mano en el hombro de Reuben y murmuró:

—Adelante, viejo amigo.

Caminamos apresuradamente por el camino de ronda y bajamos luego el par de escalones que daban entrada a una pequeña torre de defensa, una de las docenas

construidas entre los lienzos de las murallas del castillo. Robin había desenvainado su espada, y la luz de la luna arrancó destellos de la hoja; vi que también Reuben llevaba su cuchillo en la mano, y me apresuré a empuñar mi propia espada. Bajamos por una escalera de caracol hasta el interior de la torre, y el corazón me batía en el pecho como el martillo de un herrero, con un tumulto de sangre en mis oídos tan grande que me dejó ensordecido.

Bajamos más y más, en una oscuridad total. De pronto tropecé con la espalda de Reuben, que se había detenido delante de una puerta de madera. Por la luz que se filtraba a través de las rendijas de la puerta, vi que había alguien dentro. Nos quedamos inmóviles durante unos momentos, escuchando; yo, intentando controlar los latidos de mi corazón y mi respiración entrecortada; Robin y Reuben, tan tranquilos al parecer como si se encontraran en una merienda veraniega en el bosque de Sherwood. Reuben levantó dos dedos para indicar que había dos hombres dentro, y Robin asintió, y agitó la mano en señal de avanzar. Antes de que yo me diera cuenta de lo que sucedía, Reuben tiró de la cuerda que levantaba el pestillo de la puerta de madera, y él y Robin irrumpieron en el interior. Yo les seguí tan deprisa como pude, pero sólo a tiempo de ver lanzar a Reuben su pesado cuchillo con una fuerza y precisión extraordinarias para alcanzar a unos cinco metros de distancia al hombre que al parecer dormitaba sentado en un taburete. El cuchillo penetró en su pecho hasta el corazón, y el hombre tosió una, dos veces, y se derrumbó en el suelo. Robin fue casi tan rápido como el cuchillo volador de Reuben; dio dos rápidos pasos al frente y segó la vida del segundo soldado con un golpe de través de su espada que le rebanó el cuello. Brotó un chorro de sangre y el hombre, que se había estado calentando las manos en el brasero, se tambaleó durante un instante mientras la sangre manaba de su garganta abierta, y cayó de bruces de modo que su cara fue a dar, con un crujido horrendo seguido de un siseo, en las brasas encendidas.

Estaba muerto sin duda, porque no movió un músculo mientras la sangre burbujeaba, silbaba y hervía alrededor de su cara quemada.

Todo sucedió en menos tiempo del que se tarda en tensar un arco. No se pronunció una sola palabra, ni hubo ningún grito. Robin apartó a su víctima de las llamas y lo colocó sobre el otro cadáver. Buscó en el cinturón del soldado, desenganchó un racimo de llaves y corrió a una puerta cerrada en una esquina de la habitación. En un par de segundos la puerta estuvo abierta, y Marian en sus brazos. Después de un largo beso, Robin se apartó un poco y la miró a la cara.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó.

Yo me di cuenta de que estaba pálida y más delgada, y de que su hermoso vestido de caza aparecía desgarrado en algunas partes y cubierto de barro y de manchas que parecían de sangre. Ella volvió a abrazarse a él, y con la voz ahogada en su manto la oí decir:

—Todo está bien, ahora que has venido.

Al ver a Marian acurrucada en los brazos de Robin, y ver de forma tan patente el amor que había entre ellos, y lo bien que se sentían los dos juntos, noté que algo cambiaba en mi interior. El resentimiento hacia ellos que sentí en las cuevas había desaparecido por completo. Ella seguía siendo mi hermosa Marian, podía contemplar su belleza con desapasionamiento a pesar de lo delgada y triste que estaba, pero se había producido un cambio sutil. Algo indefinible era diferente en ella. Todavía la amaba, pero quizá por primera vez la vi como una mujer real, una mujer con sus temores y sus alegrías, sus penas y sus goces, y no como una diosa a la que adorar en sueños. No era mía, lo supe entonces, y nunca lo sería.

Todo sucedió de prisa. Robin se llevó a Marian fuera de la torre de centinela y trepamos por la escalera de caracol. Arriba, nos detuvimos un momento para ver si había algún centinela en la muralla; luego corrimos por el camino de ronda, y en un instante Reuben y Robin descolgaron a Marian con una cuerda hasta el suelo. Yo la seguí, con Robin a tan sólo unos palmos por encima de mí, bajando nudo a nudo por la escala de cuerda. Volví a ver la cabeza de Reuben recortada contra un cielo que empezaba a grisear con las primeras luces del día; la cuerda volvió a subir, y los tres gateamos hasta el lado opuesto de la zanja y corrimos hasta el lugar donde habíamos dejado los caballos.



El orgullo es el peor de mis pecados en estos días, pero no puedo dejar de sentir una viva satisfacción por la participación que tuve en la aventura de aquella noche. Fue una hazaña característica de Robin: precisa, sobriamente planeada, y basada en la rapidez, la compenetración y la audacia. Pero por encima de todo, lo que la convertía en típica de la forma de actuar de Robin, es que tuvo éxito. Cuando los tres nos acercábamos al trote por el camino que conducía a Linden Lea, a la luz dorada del amanecer, fuimos saludados por los sorprendidos centinelas con un toque de trompetas. El estrépito despertó al resto de la banda de proscritos, que salieron de la sala y las dependencias para ver a Marian de vuelta, y empezaron a ovacionarnos hasta que la empalizada que rodeaba la mansión empezó a estremecerse con el tumulto. A nadie pareció importarles que Robin les hubiera engañado la noche anterior, simulando que el ataque tendría lugar hoy. John me ayudó a desmontar.

—¡Sabía que ese bribón taimado tramaba una de las tuyas! —dijo, y casi me aplastó con un gran abrazo de oso.

Muchos, muchos hombres, amigos y extraños, me rodearon para escuchar la historia del rescate, y yo no fui tan modesto como para negarme a contarla, aunque puede que exagerara un poco mi propia participación. Cuando se sirvió el desayuno

en las mesas de caballete del patio, Linden Lea tomó un aire de fiesta; la gente bromeaba y cruzaba pullas entre amigos, y todos levantaban su jarra por Marian, rescatada sana y salva. Sir Richard me estrechó con fuerza la mano y me dijo que estaba orgulloso de mí. Me sentí más ligero que el aire, un auténtico héroe, y tan ancha era mi sonrisa que la cara empezó a dolerme.

Por un momento la fiesta quedó interrumpida por otro toque de trompetas, y cuando miré hacia el valle vi una larga columna de hombres, caballos y carruajes que se acercaban por el camino hacia el sur que corría en paralelo al arroyo. Me alarmé al principio, pero luego vi la fea cara de Thomas al frente de la columna, y a Much el hijo del molinero a su lado, y detrás de ellos un tropel de caras conocidas. Todos iban vestidos de verde y armados hasta los dientes con arcos de batalla y espadas, lanzas y hachas: estaba viendo enteramente desplegado el ejército privado de Robin, casi trescientos infantes y arqueros, todos ellos armados, entrenados y disciplinados por Robin y sus lugartenientes; y todos ellos, ardiendo en deseos de luchar.

Fuimos a recibirles al patio de armas de Linden Lea; se sirvió más comida, alguien espitó un barril de vino, y en toda la extensión del patio los recién llegados fueron informados de cómo Robin había rescatado a Marian de las garras de la bestia de Nottingham. Como ocurre a menudo con las historias, ésta iba creciendo cada vez que se contaba. Y siguió creciendo en los años siguientes. Robin había matado a cien hombres luchando con una sola mano, según una versión que oí hace poco. Se escondió en el vientre de un ciervo enorme para conseguir entrar en la sala donde Murdac celebraba una fiesta, según otra versión. Pero creo que la verdad ya es de por sí bastante impresionante.

Después de una o dos horas de festín, Robin hizo colocar una tabla sobre dos grandes barriles, se encaramó a ella y gritó pidiendo silencio en el tumulto del patio. Los hombres no estaban del todo sobrios llegado aquel punto, así que Robin hubo de reclamar silencio tres veces para que le hicieran caso.

—Amigos, nos hemos reunido todos aquí y lo primero que corresponde es dar las gracias a nuestro anfitrión, que generosamente nos ha abierto las puertas de su casa y nos ha dado de comer y de beber: sir Richard at Lea.

El caballero, que estaba de pie a mi lado, hizo una modesta reverencia y recibió una fuerte ovación por parte de los proscritos.

—También quiero daros las gracias a todos por estar a mi lado en este hermoso valle, y deciros qué es lo que pretendemos conseguir aquí. Han puesto precio a la cabeza de muchos de los presentes, incluido yo mismo. —Robin dio un tono irónico a la frase, y provocó otra ovación estruendosa—. Muchos de los que estáis aquí os habéis visto obligados a abandonar a vuestras familias y hogares por hombres llamados de leyes, por matones que reclaman poder de vida y muerte sobre vosotros en nombre del rey. —El humor de los asistentes se había hecho más sombrío ahora, y

hubo un par de abucheos furiosos—. También a muchos se os ha insultado, humillado y negado vuestros derechos de ingleses libres.

—¡Y de galeses libres! —gritó alguien.

—Muy cierto —continuó Robin—. Todos somos hombres libres aquí. Y como hombres libres nos hemos unido; nos hemos unido en tierras salvajes, lejos de las ciudades, de los curas y de los señores normandos, y nos hemos unido porque tenemos una cosa en común. ¡Todos nosotros hemos decidido decir no! No, no me someteré a leyes injustas; no, no me someteré a vuestra Iglesia corrompida; no, no me inclinaré delante de un tiranuelo que me exige mi trabajo, el sudor de mi frente, y quita el pan de la boca a mis hijos. ¡No! Somos hombres libres; y estamos dispuestos a dar prueba de nuestra libertad con nuestras espadas, nuestros arcos, con la fuerza de nuestros brazos. Nunca entregaremos nuestra libertad. ¡Nunca!

Robin gritó con toda su fuerza la última palabra, y la multitud empezó a ovacionarlo, como poseída. El estruendo rodeaba a Robin como una marea creciente, formada por grandes oleadas de emoción. Nuestro líder dejó que aquel rugido continuara algún tiempo, y luego levantó las manos para pedir silencio de nuevo.

—Mañana, amigos, mañana tendremos la oportunidad de demostrar nuestro temple. Sir Ralph Murdac, el alto sheriff del Nottinghamshire, el Derbyshire y los Bosques Reales, viene hacia aquí; ese perro francés viene a este hermoso valle con sus hombres armados y sus grandes caballos. Quiere imponernos su ley aquí, en su terreno. Además, como somos proscritos, su intención es matarnos a todos. De modo que, ¿qué vamos a hacer? ¿Correr a escondernos? ¿Volver a arrastrarnos a nuestras madrigueras del bosque y esperar, temblando de miedo, a que nos aplique su "*justicia*"? —Robin dio a la última palabra un tono de infinito sarcasmo—. No, hermanos; mirad a vuestro alrededor, y veréis que somos fuertes. No correremos. Pelearemos. Y mataremos. Y venceremos.

»Un nuevo rey ha subido al trono, un rey justo, un rey noble, un hombre cabal y un poderoso guerrero; y si hoy ganamos esta batalla, si conseguimos derrotar a Murdac y acabar con ese llamado alto sheriff, os garantizo que el rey os concederá su perdón por cualquier crimen que hayáis cometido. Perdón real pleno para todos los que luchéis conmigo. De modo que os pido que os descubráis la cabeza y alcéis vuestras voces por el buen rey Ricardo: ¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey!

Se alzó un poderoso rugido. Vi que algunos hombres se enjugaban lágrimas de los ojos. Miré a sir Richard, y vi que tenía la boca abierta de puro asombro.

—Nunca había oído nada parecido —dijo—. Habla como un cura en el sermón, pero predica las cosas más impías e innaturales: ¿libertad de la Iglesia? ¿Libertad de nuestros señores naturales, que nos han sido impuestos por el mismo Dios? ¡Qué absurdo, qué absurdo peligroso y herético! Pero a ellos les ha gustado.

Rotundamente, sí les ha gustado.

Miraba el patio lleno a rebosar de hombres que aplaudían, que se abrazaban y gritaban «¡Dios salve al rey!», una y otra vez.

Robin convocó a los capitanes en la sala: Little John, Hugh, Owain el arquero, Thomas y yo. Sir Richard asistió a la reunión en calidad de consejero militar. La primera orden de Robin fue:

—No dejéis que los hombres beban demasiado, los necesito con la cabeza despejada.

Luego empezó a explicar su plan de batalla.

El valle de Linden Lea, una extensión herbosa que podía haber sido pensada por el mismo Dios como campo de batalla, corría en dirección norte-sur, con la mansión en el extremo norte, y el camino de Nottingham recorriendo el fondo del valle a la orilla de un arroyo. Hacia el este se extendía un bosque espeso, y al oeste se levantaba el escalón de la ladera de una línea de colinas peladas, por cuya cima corría un antiguo camino. El plan de Robin era sencillo: nuestra infantería, más o menos doscientos hombres, y la tercera parte de nuestros arqueros, digamos unos veinticinco, tomarían posiciones en una línea situada a través del camino y hacia la mitad de la longitud del valle. Ellos habrían de formar un escudo humano que bloquearía el camino. Serían el cebo. Robert quería que Murdac atacara a la infantería proscrita con su caballería, y cuando lo hiciera, los hombres de Robin adoptarían una formación erizo inexpugnable, un anillo erizado de lanzas y escudos que ningún caballo podría traspasar.

—Creemos que puede haber reunido en total sólo unos doscientos cincuenta soldados de caballería y alrededor de cuatrocientos infantes —nos informó Robin.

—Aun así nos superan en mucho —gruñó Little John—. ¿Qué es lo que tenemos nosotros? Ochenta arqueros, doscientos infantes y sólo cincuenta jinetes: trescientos treinta hombres contra seiscientos cincuenta. Por los clavos de los pies de Cristo, eso significa que son dos contra uno.

—Su infantería no es buena —dijo Robin, confiado—, y nosotros contamos, como bien has señalado, John, con unos ochenta arqueros de primer orden, que pueden colocar una flecha en el ojo de un gorrión a una distancia de cien pasos. Venceremos; será una batalla dura, pero sin duda venceremos.

A continuación, siguió explicando su plan. El grueso de los arqueros se ocultaría en el bosque situado al este. Cuando la caballería atacara la formación erizo, los arqueros saldrían del bosque y dispararían sobre los *conrois* atacantes desde el flanco derecho, y era de esperar que entorpecieran la carga y mataran a muchos hombres y caballos.

—Tú estarás al mando de los arqueros del bosque, Thomas —dijo Robin, y el tuerto asintió.

Si la caballería atacaba a los arqueros, éstos podrían retirarse al bosque y ponerse en seguro. Incluso en el caso de que la caballería entrara en contacto con el erizo prácticamente intacta, no conseguiría romper la formación si ésta estaba bien formada y bien mandada.

—Ese será tu trabajo, John —dijo Robin.

—Muchas gracias —respondió el hombrón con algo de sarcasmo.

Mientras la caballería intentaba en vano romper el anillo de lanzas y escudos, nuestros propios jinetes, ocultos detrás de la cresta de las colinas del oeste, irrumpirían por la espalda del enemigo y lo destruirían.

—Eso es cosa tuya, Hugh, no traigas a los caballos hasta que ellos entren en contacto con el erizo e intenten romperlo. Entonces, ataca y golpea. ¿Entendido?

Hugh no dijo nada.

—Con la caballería de Murdac en desbandada —continuó diciendo Robin—, nuestros hombres se reagruparán y marcharán contra las filas de su infantería. Al ver volver grupas a su caballería derrotada, perseguida por nuestras tropas victoriosas, lo más probable es que se den a la fuga, y de no ser así, serán diezmados por nuestros arqueros surgidos del bosque de la izquierda, antes de sufrir la carga de nuestra infantería y caballería combinadas.

Me pareció un plan brillante. Podía verlo todo en mi mente. El campo cubierto de sangre, los jinetes enemigos huyendo para salvar la vida, los débiles gemidos de los enemigos heridos, a mí mismo victorioso después de la batalla... Hugh me despertó de mi ensueño.

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué pasará si la caballería de Murdac no ataca? —dijo, con un deje de irritación en la voz. Estaba resentido porque su hermano no le había incluido en su plan para rescatar a Marian, y llevaba todo el día de mal humor.

—Si no ataca, esto es lo que ocurrirá. El erizo se retirará despacio hacia la casa, y allí les esperaremos. Cuando Murdac concentre sus fuerzas para atacar esta mansión bien fortificada, seguiremos teniendo a nuestros arqueros en su retaguardia por la izquierda, y a nuestra caballería por la derecha. Lo tendremos atrapado entre tres grupos armados. ¿Alguna pregunta más?

Nadie dijo nada, de modo que Robin nos mandó a preparar a los hombres. Cuando se marcharon los capitanes, sir Richard dijo a Robin:

—Ha llegado el momento de irme.

Me quedé atónito; había dado por supuesto que sir Richard, aquel guerrero invencible, aquel *preux chevalier*, lucharía a nuestro lado.

—¿No hay posibilidad de convencerte de que te unas a nosotros? —preguntó Robin.

—Como tú mismo has dicho antes, ésta no es mi lucha —respondió sir Richard—. Los cristianos no deberían derramar sangre de los suyos cuando necesitamos a

todos los hombres válidos en Tierra Santa. Yo te pregunto a mi vez, ¿no podré convencerte de que tomes la cruz? ¿De que te sumes a la gran misión de liberar Jerusalén de manos del infiel?

—No es mi lucha —dijo Robin. Se sonrieron el uno al otro y se estrecharon las manos. Luego Robin se alejó, y yo me quedé solo con sir Richard.

—¿De verdad vas a abandonarnos? —le pregunté, intentando que mi voz sonara firme.

El me miró y dijo en tono serio:

—Lo siento, Alan, pero he de marchar al sur para reunirme con la reina Leonor. Está recorriendo el país y recibiendo el homenaje de los barones ingleses en representación de su hijo Ricardo. Mis hermanos los caballeros de la orden y yo somos los consejeros de confianza de nuestro futuro rey; acompañamos a la reina como escolta suya, pero también esperamos convencer a muchos nobles de Inglaterra de que tomen parte en la peregrinación santa que Ricardo ha jurado emprender el año que viene. Me gustaría ayudaros, pero estoy comprometido en el trabajo de Dios, que es mucho más importante que el resultado de esta pelea.

—Pero éstas son las tierras de tu familia. Esta casa era de tu padre. ¿No lucharás para protegerla? —le incité.

—Ya no es mía —me explicó sir Richard—. Nuestra orden profesa el voto de pobreza. Cuando mi padre murió, entregué estas tierras a los Pobres Soldados Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón. Este lugar pertenece a Dios, ahora. El lo protegerá. No temas, Alan, amigo mío, Dios te mantendrá a salvo también a ti en esta batalla, estoy seguro. —Sonrió—. A menos que..., claro está...

Calló de nuevo.

—¿Qué? —pregunté—. Dios me mantendrá a salvo a menos que... ¿qué?

Había en mi voz una nota de desesperación de la que no me sentí orgulloso.

—Dios te mantendrá a salvo, a menos que... ¡te olvides de mover los pies!

Y con una sonrisa y una cariñosa palmada en mi cabeza, marchó hacia los establos. Yo no sabía si echarme a reír o llorar.



Dios cuidaría de mantenerme a salvo, pero yo hice mis propios preparativos para sobrevivir a la batalla. Afilé tanto mi espada como mi puñal en una piedra de amolar; remendé un siete de mi sobretodo, y forré el interior de mi casco con puñados de lana para una mejor protección. A mi alrededor, los hombres se dedicaban a preparativos parecidos. Vi con un ligero estremecimiento que Marian se ocupaba de rasgar sábanas de lino en largas tiras para fabricar vendas, y me pregunté cuántos de nosotros las necesitaríamos al día siguiente.

Mi cometido en la batalla sería ejercer de mensajero de Robin. El iba a colocarse junto a la infantería, y yo había de cabalgar para transmitir sus órdenes a los capitanes, tanto de los arqueros como de la caballería. Era un trabajo peligroso en el que habría de depender de la velocidad de mi caballo para evitar la captura y la muerte a manos de los enemigos. De modo que fui a los establos y, amparado por la autoridad de Robin, elegí el mejor caballo que pude encontrar: un brioso caballo gris, joven y pendenciero; de hecho, el mismo caballo que había montado en la noche del rescate. Había descubierto que me gustaba, y yo parecía gustarle a él. Lo cepillé yo mismo hasta que su pelaje gris quedó reluciente, y me aseguré de que estuviera bien alimentado aquella noche, con una buena ración de mezcla de granos. Luego subí al camino de ronda que recorría todo el perímetro de la empalizada para ver ponerse el sol tras las colinas del oeste. Había allí conmigo una docena de tipos que holgazaneaban, charlaban y escupían por encima del parapeto hacia el foso, y mientras contemplábamos la lenta desaparición del gran círculo rojo detrás de las colinas peladas, la agitación empezó a cundir entre los hombres acodados a la empalizada. Alguien señaló hacia el extremo del valle, y yo dirigí la vista al sur y vi una línea de hombres a caballo que se acercaban al trote. Parecían demasiado pocos, no más de cuatro docenas, sesenta todo lo más, y me sentí más animado. Contábamos con un número equivalente de jinetes. Por lo menos, en número, estaríamos a la par. Tal vez Dios velaba por nosotros, después de todo. Pero luego alguien tragó saliva a mi lado, y al mirar de nuevo vi, en el horizonte que empezaba a oscurecerse, una línea gruesa formada por figuras negras, cientos y cientos de ellas, a caballo y a pie, con carros y bestias de carga. Era un verdadero ejército, una hueste. Me di cuenta ahora de mi estupidez: aquella delgada línea de jinetes no era más que una avanzadilla. Era un mero destacamento pero igualaba en número a toda nuestra caballería.

Sir Ralph Murdac había llegado a Linden Lea.

Capítulo XVII

Mientras la luz diurna se extinguía en el valle de Linden Lea, la gran hueste de sir Ralph acampó para pasar la noche, extendiéndose por aquellas tierras fértiles como la mancha de un tintero volcado. Instalaron su campamento a una milla de la mansión, y las hogueras en las que prepararon su cena eran docenas de puntos luminosos que guiñaban en la oscuridad como miríadas de ojos de un enorme animal que acechara para devorarnos.

Estaba claro que Robin se había equivocado, o le habían engañado, al estimar su fuerza: su número debía de ser por lo menos tres o cuatro veces superior al de los nuestros. Cuando se lo dije a Little John, que al anochecer vino a colocarse a mi lado en la empalizada para vigilar a la hueste enemiga, se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—En ese caso tendremos que matar a unos cuantos más de esos bastardos.

Parecía no estar preocupado en absoluto, y aquello hizo que me sintiera mucho mejor. Al ver a aquel gigante en pie con las piernas separadas, jugueteando con su hacha de guerra de doble hoja en las manos grandes como jamones, con el antiguo casco cornudo encasquetado en la cabeza de pelo pajizo, no pude imaginarle derrotado por un enemigo, no importa cuál fuera su número. Parecía un dios sajón invencible, y verle me dio ánimos.

Cuando la oscuridad fue total, Robin nos convocó de nuevo a todos. Habló delante de un patio de armas abarrotado, pero sus palabras no tuvieron la retórica flameante del discurso anterior. Se limitó a decir:

—El plan sigue en pie. Es un buen plan. Sí, son algunos más de los que pensábamos, pero no os desaniméis, morirán todos con la misma facilidad. Limitaos a obedecer las órdenes, haced vuestro trabajo tan bien como soléis, y mañana a esta hora estaremos celebrando la victoria.

»Una cosa más —añadió—. Si la batalla se tuerce, y la verdad es que no creo que eso suceda, daré tres toques largos con mi cuerno. —Su mano bajó hasta tocar el cuerno de caza que colgaba de su cintura—. Si oís tocar por tres veces este cuerno, debéis retiraros todos de inmediato. Dejad de luchar enseguida, y poned vuestros harapientos culos proscritos a salvo, volviendo aquí —hubo alguna breve carcajada suelta— por el camino más corto y con toda la rapidez posible. La verdad es que no creo que vayamos a necesitar retirarnos. Creo que los derrotaremos ahí fuera. Pero si

oís el cuerno, corred de vuelta al castillo. Una vez estemos aquí, si es necesario podemos resistir durante semanas.

Luego ordenó a los arqueros, sesenta hombres mandados por el feo y viejo Thomas, formar en silencio, para ir a ocupar su posición en el bosque. Cada hombre llevaba dos bolsas repletas de flechas a la espalda, cada una de ellas con treinta proyectiles con puntas aguzadas como el filo de una navaja, capaces de perforar una malla de acero. Salieron por un portillo lateral de la empalizada, cruzaron el foso por un puente de tablones, formaron en grupos de diez al otro lado, visibles apenas en la oscuridad, y cubrieron a la carrera el centenar de metros que les separaba de la cubierta protectora del bosque. No hubo ningún signo de movimiento en el enemigo mientras el pequeño grupo de arqueros se desvanecía en la negrura y entre los árboles. Confiado en su superioridad numérica, el campamento de Murdac parecía feliz y despreocupado de nosotros. Tal vez pensarán que huíamos.

Luego llegó el turno de la caballería de Hugh: cincuenta y dos hombres duros y disciplinados, vestidos con cotas de malla y armados con lanzas de doce pies, con caballos entrenados para piafar, patear y matar, salieron al trote por la puerta principal y se dirigieron a las colinas por la parte posterior de la mansión. Antes de marcharse, Will Scarlet vino a buscarme y me dio un apretón de manos:

—Si alguna vez te he hecho mal, Alan, te pido perdón ahora. Quiero que nos separemos como amigos para que, si la mala suerte hace que uno de los dos caiga mañana, no muramos con un sentimiento de rencor entre nosotros.

Me sentí conmovido, y con una lágrima temblando en el borde del ojo, lo abracé.

—Entre nosotros no hay más que amistad —dije, y él me sonrió otra vez antes de hacer girar a su caballo y desaparecer por la puerta. Sólo después de que se marchara pensé sobre lo que me había dicho. ¿Me había hecho daño? ¿A qué clase de mal se refería? ¿Era él el traidor? Aquella idea amargó los buenos sentimientos de nuestra despedida, como un chorro de vinagre en un cuenco de leche dulce.

Una vez se hubieron ido los arqueros y la caballería, la mansión quedó convertida en un lugar semidesierto. Consumimos una cena ligera en la sala y yo extendí mis mantas cerca de los leños apilados junto al hogar e intenté dormir. Pero hacía calor, y no conseguí descansar. Los hombres hablaban en voz baja, formando corrillos de amigos; algunos bebían en silencio, otros rezaban o paseaban sin cesar por la sala. Y siempre, como música de fondo de aquel grupo cabizbajo de humanidad en tensión, sonaba el constante roce de las hojas de acero con la piedra de amolar —*chis, chas, chis*—, mientras los hombres afilaban obsesivamente sus espadas y las puntas de sus lanzas, para precaverse de los espantos de la imaginación. Pensé en Bernard y en Goody, a salvo en Winchester, con buena comida y vino abundante y la protección de la casa real, y para mi vergüenza les envidié. Cuando cerré los ojos, vi la gran hueste amenazadora de sir Ralph Murdac; e imaginé a aquel noble malvado encima de mí

montado en su caballo, dirigiendo contra mí su espada reluciente y hendiendo con ella mi cuerpo.

Me dormí por fin, pero me despertaron antes del amanecer hombres que tosían, escupían, bostezaban y pasaban junto a mí de un lado para otro. Me levanté y busqué una jarra de agua y una palangana para asearme de forma apresurada. Palpé mis costillas chamuscadas y me pareció que se curaban bien: había líneas rosadas de cicatrices y restos de las quemaduras, de un color marrón oscuro. Por alguna razón, aquello me hizo sentir optimista. Cuando me hube lavado la cara y el cuerpo, salí a ver el comienzo de un hermoso día. Desde el camino de ronda de la empalizada, Robin y Little John observaban al enemigo, y cuando subí a reunirme con ellos vi que la hueste seguía allí —me pareció incluso más numerosa que la noche antes—, con los caballos atados en filas ordenadas y los hombres marchando como hormigas, en todas direcciones.

Robin señaló una gran construcción colocada en el centro de su campamento, y que era el foco de una intensa actividad; un armazón cuadrado hecho con gruesas vigas de madera, con un brazo vertical diseñado como una cuchara gigantesca que apuntaba al cielo y descansaba sobre un travesaño de aspecto sólido, forrado con lo que parecían dos grandes balas de lana. John estaba diciendo:

—Los he visto antes dibujados, pero es la primera vez que veo uno de verdad. ¿Crees que nos hará daño?

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un mangonel —dijo Robin—, una máquina de guerra que inventaron los romanos hace muchos cientos de años. Es una catapulta gigante, que puede arrojar grandes piedras a cientos de metros. Nunca he oído que se empleara una antes en Inglaterra, pero los franceses y los alemanes la utilizan para derribar los muros de los castillos. No es un arma muy precisa, y se tarda una eternidad en montarla y apuntarla de forma correcta. No pasará nada mientras nos mantengamos en movimiento. Y en movimiento vamos a estar. Pero Alan, sé prudente y no discutas con los hombres sobre esa máquina, ¿de acuerdo? Podrían encontrarla un poco desconcertante.

Asentí sin decir nada y seguí observando aquel extraño artilugio. Un pelotón de soldados ató unas cuerdas a la gran cuchara y muy despacio empezó a tirar de ella hacia abajo, en dirección contraria a nosotros, hasta que quedó paralela al suelo; entonces los hombres la sujetaron con sogas gruesas clavadas al suelo con grandes clavos metálicos. Cuando la cuchara estuvo bajada, vi que en el extremo del brazo móvil había un gran contrapeso de hierro y piedras. Luego, con muchos tropiezos y gritos, los hombres alzaron una gran piedra, del tamaño de un cerdo adulto, y la colocaron en la concavidad de la cuchara. Después de una breve consulta, todo el mundo se apartó y un hombre tiró de una palanca que, de alguna manera, soltó las cuerdas que mantenían bajada la cuchara. El enorme brazo saltó hacia arriba y, con

un golpe seco que pudo oírse desde donde estábamos nosotros, a media milla de distancia, golpeó el travesaño, y la piedra salió despedida de la cuchara y trazó un arco bajo hasta estrellarse con un enorme estruendo en el arroyo que corría por el centro del valle, a mil pies de aquella máquina diabólica.

—Es demasiado grande para resultar manejable —dijo Robin.

John soltó un gruñido.

—Así es —confirmó—. Eso quiere decir que, si nos movemos, será bastante fácil evitar que nos aplaste.

—Intenta evitarlo, hazlo por mí —imploró Robin con voz burlona. John se echó a reír y, haciendo caso omiso de la escalera que subía al parapeto, saltó directamente los diez pies de altura que había entre el camino de ronda y el suelo del patio. Acto seguido, empezó a dar órdenes a sus hombres. Robin me miró.

—Será mejor que montes, Alan, vamos a tener un día muy atareado.



Con John al frente, más de doscientos proscritos armados con espada y escudo, casco y lanza, más los fragmentos de armadura que cada cual había podido conseguir, salieron por la puerta principal de la mansión de Linden Lea. Era ya plena mañana, el cielo era de un azul puro y el día prometía ser caluroso. La belleza del día levantó nuestros ánimos y los hombres empezaron a cantar un aire antiguo que hablaba de la batalla del monte Baddon en la que el rey Arturo derrotó a sus enemigos. Robin y yo mismo, los únicos hombres montados, cabalgábamos en el centro de la columna cantante. Detrás de nosotros marchaban veinticinco arqueros, los mejores con que contaba Robin, encabezados por Owain. Robin había dejado a los diez hombres de más edad en la mansión para proteger a Marian. Todos habían jurado morir antes que permitir que ella fuera capturada.

—Aseguraos de que sea así —fue la respuesta de Robin, con unos ojos duros como el granito.

Marchamos directamente hacia el enemigo pero nos detuvimos a unos cien metros de la piedra arrojada por el mangonel, que había quedado clavada en el suelo del valle como una gigantesca guinda en un pastel. Los hombres formaron en dos filas de unos cien soldados cada una, con la verde muralla del bosque a un centenar de metros a la izquierda y el frente en dirección sur, hacia el ejército de Murdac, distante poco más de trescientos metros. La primera fila hincó la rodilla, sujetando con firmeza en la mano derecha la lanza, cuya contera habían clavado en la hierba, y abrazado en la izquierda el escudo en forma de cometa; la segunda fila permaneció de pie, con las lanzas apuntando al cielo. Los arqueros de Owain se situaron detrás de la segunda fila, y en retaguardia permanecimos Robin y yo, mientras nuestros

caballos, el gris mío y el corcel negro de Robin, ramoneaban la hierba verde como si no hubiera nada en el mundo de lo que preocuparse. Luego esperamos. Los rayos del sol caían verticales sobre nuestras cabezas, y seguíamos esperando aún, sudando en silencio, el ataque del enemigo.

Durante una hora, los hombres de Murdac y nosotros nos observamos. Se había formado frente a nuestras filas una masa de caballería formada más o menos en dos hileras: unos doscientos hombres en total. Fuerzas igualadas, me dije a mí mismo. Pero mentía. Un jinete vale por lo menos tanto como tres o cuatro infantes. Vi claramente las sobrevestes rojas y negras de los asesinos de sir Ralph. Los cascos planos de acero, y el parpadeo brillante del sol al reflejarse en las puntas de las lanzas cuando los jinetes del primer *conroi* se organizaron en una larga línea. Empezaba a lamentar haberme puesto el sobretodo; el forro acolchado podía ser útil para amortiguar el golpe de una espada, pero calentaba más que el infierno en aquel hermoso día de verano. El metal de nuestras armaduras empezaba también a estar demasiado caliente para tocarlo. Los hombres empezaron a agitarse. Miré arriba, al cielo de un azul perfecto: muy alto, un halcón sobrevolaba el campo en amplios círculos y observaba las evoluciones de los hombres con su desapasionada mirada de ave. John se volvió a Robin y dijo:

—¿Qué es lo que esperan? Aquí estamos, tan sólo doscientos hombres de a pie, la presa más apetitosa que se les ha presentado en mucho tiempo. ¿Por qué no atacan?

—Creen que es una trampa —dijo Robin.

—Entonces es que no son del todo idiotas —gruñó John.

Robin alzó la voz:

—Owain, adelántate y hazles cosquillas, por favor. —Luego rugió la orden—: ¡Abrid filas!

Con una espléndida precisión, todos los hombres se movieron al unísono y dieron uno o dos pasos a la derecha o a la izquierda, para permitir a los arqueros adelantarse hasta la primera línea. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo bien entrenada que estaba la infantería de Robin. Les había visto practicar en el patio de Thangbrand y en las cuevas de Robin, marchar al paso, evolucionar y realizar distintas maniobras, pero no había comprobado lo parecidos que habían llegado a ser aquellos bandidos harapientos a unos soldados de verdad. Los arqueros de Owain se adelantaron unos cincuenta pasos, se alinearon, tensaron las cuerdas de sus grandes arcos, y a la voz de «¡soltad!» mandaron una lluvia de flechas que ascendieron en el aire y fueron a caer sobre la línea de jinetes enemigos. Esta se encontraba en el límite del alcance de los arcos, a unos doscientos cincuenta metros, y los daños fueron escasos: un caballo, herido en el anca por una flecha, se echó atrás y desestabilizó a su jinete, haciendo que tropezara con el vecino de la línea y provocando un reajuste de las posiciones de todo el *conroi*. Otro jinete cayó hacia atrás en la suya, con una flecha clavada en el

costado. Ese fue todo el daño causado por aquella primera descarga. La caballería estaba demasiado bien acorazada, y la distancia era excesiva para que las flechas pudieran hacer estragos. Owain gritó de nuevo «¡soltad!», y otra leve cortina de flechas de punta de acero se abatió sobre la línea de hombres y caballos a la expectativa. De nuevo el resultado fue más bien escaso. Otro pobre animal empezó a corcovear y patear por una herida que no alcancé a ver. Pero la provocación de los arqueros tuvo el resultado deseado. Un jinete se adelantó unos pasos y exhortó a los hombres a atacar. La primera línea de la caballería se reorganizó y empezó a avanzar al paso.

—¡Owain! —voceó Robin, y los arqueros retrocedieron y volvieron a la seguridad de sus posiciones detrás de nuestra delgada línea de lanceros. Cuando hubieron pasado los arqueros, de nuevo las filas de los infantes se cerraron con precisión.

—¡Preparados para recibir a la caballería! —gritó John.

Al instante, los hombres de los extremos de la línea empezaron a cerrarse hacia atrás hasta que, en menos tiempo del que se tarda en calzarse un par de botas, formaron un círculo rígido, de tres filas de profundidad, con Robin, yo mismo y los arqueros en el centro de un anillo de hierro de unos quince metros de diámetro, con las lanzas apuntando hacia fuera y los escudos levantados, la línea exterior de lanceros colocados rodilla en tierra, y la segunda y tercera en pie detrás de ellos con las lanzas alzadas y dispuestas a ensartar a cualquier jinete que se pusiera a su alcance. Era el erizo, la formación que había visto por última vez en la granja de Thangbrand..., con los hombres desbaratados y moribundos sobre la nieve manchada de sangre. Se suponía que era invulnerable frente a la caballería; los caballos no podían atravesar aquel anillo de relucientes puntas erizadas. Pero en la granja de Thangbrand, la caballería de Murdac había desbaratado el erizo y arrollado a sus componentes. ¿Ocurriría hoy lo mismo?

La primera fila de jinetes de Murdac avanzaba al paso, y he de admitir que el espectáculo era impresionante: cada caballo iba recubierto con una gualdrapa negra que le cubría por entero el cuerpo, acolchada para proteger al animal, y la cabeza se adornaba con una pluma roja; el jinete lucía la sobreveste negra con tres cheurones rojos en el pecho. Buen Dios, debían de pasar calor pero su aspecto era magnífico. Cada hombre empuñaba una lanza de doce pies en posición vertical, con un gallardete rojo ondeando justo debajo de la afilada punta de acero. Los caballos del *conroi* avanzaban al paso y cada jinete tocaba las rodillas de los vecinos, en una línea perfectamente recta, acercándose a nosotros como una lenta barra oscura. Detrás de la primera fila de soldados a caballo, todos ellos, según me habían dicho, jóvenes de familias nobles al servicio de sir Ralph, venía la segunda, la de los sargentos, igual de bien entrenada y también letal en el campo de batalla, pero sin ser de sangre noble.

Sólo lucían dos cheurones en el pecho y no llevaban lanzas; iban armados con espada y maza.

La táctica del *conroi* era brutalmente sencilla. La primera línea de jinetes cargaría contra nuestra infantería, golpeándola con una masa prieta de carne de caballo y acero que desbarataría nuestra formación gracias a su peso y a la fuerza del impacto. Cuando estuviéramos dispersos, la segunda fila de sargentos irrumpiría al galope y masacraría a nuestros infantes en fuga. Era un método devastador de combatir, cultivado durante décadas por los nobles de Europa hasta convertirlo en un arte excelso y mortífero.



Los jinetes negros se pusieron al trote y, a una señal, las lanzas se abatieron en una oleada que cruzó de izquierda a derecha la línea de la carga; cada lanza quedó horizontal, sostenida bajo la axila del jinete, apuntada directamente al frente. En ese momento gritó uno de los nuestros, arrodillado en la primera fila, y miré a la izquierda, hacia el bosque. Por entre los gruesos árboles asomaban nuestros arqueros, con Thomas al frente: sesenta hombres inmensamente fuertes, vestidos todos con idénticas túnicas de lana verde y empuñando cada uno de ellos un gran arco de tejo de seis pies de alto, provisto de una cuerda de cáñamo y listo para disparar. Se colocaron algo más adelantados respecto de nuestra posición, en un grupo laxo protegido por la línea de árboles, a unos doscientos metros de la primera oleada de jinetes al trote.

—Vamos, vamos, bastardos, disparad —oí murmurar a John, y como si la suya hubiera sido una voz de mando, en el mismo instante las flechas empezaron a volar.

La primera nube de trazos grises cayó sobre la línea negra de la caballería como una rociada de granizo contra la puerta de un establo; los palos de un metro de largo provistos de puntas de acero mordieron en la carne de la línea que avanzaba y de pronto, como por arte de magia, aparecieron vacías unas cuantas sillas de montar de la fila de jinetes a la carga. Una segunda descarga de flechas alcanzó su objetivo y la fila se adelgazó de nuevo; llegó la tercera andanada, y los huecos en la línea atacante se hicieron visibles; con la cuarta, desapareció toda cohesión. En lugar de una fila nítida de guerreros vestidos de negro galopando hacia nuestra destrucción, lo que quedó eran varios grupos de jinetes intentando desesperadamente controlar a sus caballos, que caracoleaban enloquecidos y chocaban unos con otros, de modo que las lanzas se quebraban contra los cuerpos de los caballos como los alfileres de un acerico.

Otra oleada gris de flechas, y otra más, y ya no hubo línea de ninguna clase, sino sólo hombres y bestias que escupían sangre y se arrastraban como podían, doloridos,

esparcidos a lo largo de una franja de unos cien metros en el centro del valle. Los cadáveres moteaban el suelo verde, caballos sueltos relinchaban y galopaban sin rumbo, hombres descabalgados se tambaleaban, vomitaban, forcejeaban para arrancarse flechas clavadas en la carne, e intentaban taponar la sangre de sus heridas con manos tintas en sangre. Algunos jinetes montados habían vuelto grupas, y cruzaron al galope por entre la segunda línea de los sargentos, en su pánico por escapar de aquella lluvia mortal.

Sin embargo, las flechas despiadadas les siguieron, perforaron las espaldas de sus cotas de malla, sus hombros y sus cuellos, y llevaron un caos sangriento también a la segunda línea. Muy pronto todo el cuerpo de caballería estaba en retirada, y soldados y caballos aterrorizados corrían para escapar de aquel campo de sangre. Mientras, las flechas seguían cayendo, como rayos de la venganza de Dios, abatiéndose por igual sobre animales y hombres, sin ninguna discriminación. Dos bravos jinetes ensangrentados consiguieron llegar hasta la formación de nuestro erizo, pero los caballos se detuvieron bruscamente delante de la fila invulnerable de lanzas de acero, y entonces vi a Owain hundir un metro de astil en el pecho del caballero que venía delante, mientras luchaba por recuperar el control de su montura espantada. El segundo jinete, al darse cuenta de que estaba solo, hizo girar a su caballo y galopó en zigzag para dificultar la puntería de los arqueros de nuestra formación, que empezaron a hacer apuestas, con gritos excitados, sobre quién sería el primero en derribarlo. Las flechas pasaban silbando a derecha e izquierda del jinete, pero milagrosamente consiguió llegar ileso detrás de sus líneas. Yo suspiré aliviado, porque me pareció que ya había visto bastantes muertes para el resto de mi vida. No obstante, aquel día sangriento no había hecho más que empezar.



Ovacionamos a los arqueros del bosque hasta enronquecer; no habíamos perdido ni un solo hombre, y en el primer asalto el enemigo había quedado diezmado. Los arqueros respondieron con exageradas reverencias, quitándose sombreros y gorras y doblándose hasta la altura de la cintura, de modo que sus largos cabellos barrían el suelo. A gritos, nos echaron en cara con rudas bromas la poca cantidad de caballeros que habíamos matado, hasta que finalmente Thomas pudo controlarlos y hacerlos retroceder hasta la seguridad del bosque. Justo a tiempo. Fuera del alcance de los arcos, un grupo de sargentos montados se reorganizaba con la intención de lanzar una carga más veloz y letal contra nuestros arqueros, en un intento de vengar a sus camaradas caídos.

Pero había novedades peores que un puñado de jinetes furiosos. Junto a aquellos caballos que caracoleaban apareció, detrás de un pliegue del terreno situado detrás del

campamento de Murdac, un nutrido cuerpo de hombres de a pie, que empezaron a formar a la izquierda de nuestro frente. Iban vestidos con sobrevestes verdes y rojas sin mangas, con un dibujo ajedrezado de cuadros grandes, y debajo llevaban sobretodos acolchados. Cada hombre llevaba casco y una espada corta ceñida al costado. Además, todos llevaban un gran instrumento de madera negra en forma de cruz.

—Por el culo pringoso de Dios —susurró John incrédulo, y parecía preocupado de verdad—, son los flamencos. Los condenados ballesteros.

Robin observaba aquel nuevo cuerpo de hombres, unos doscientos, ladeando la cabeza y con una expresión extraña en el rostro.

—Esto va a hacer que las cosas se pongan mucho más interesantes —dijo con voz tranquila, meditativa. Pero cuando mi mirada se cruzó con la suya, vi un relámpago de ira helada, un atisbo de una furia tan terrible que me dio un escalofrío de miedo.

Cuando los ballesteros estuvieron formados, para mi sorpresa en lugar de marchar contra nosotros, hacia el erizo, dieron la vuelta y empezaron a avanzar en dirección al murallón del bosque. Cada hombre hizo una pausa de medio minuto en la linde del bosque. Antes de adentrarse en aquella extensión verde, cada hombre sujetó la cuerda de su ballesta a un gancho que llevaba al cinto y, colocando el pie en un estribo practicado en el extremo del arma, estiró la pierna y tensó la cuerda de su poderosa máquina hasta afianzarla en un trinquete y dejarla montada. Luego cargó un proyectil de madera de un pie de largo, un virote, en la acanaladura de la parte frontal del arma, y se adentró en el bosque dispuesto para la lucha. Al cabo de un cuarto de hora, toda la compañía había desaparecido entre el follaje y se había perdido de vista por completo. Yo sabía lo que estaban haciendo: perseguir a nuestros arqueros. Flechas contra virote, iban a luchar cuerpo a cuerpo en el interior del bosque; y eran por lo menos doscientos mercenarios bien entrenados contra nuestros sesenta hombres.

—Alan —dijo Robin con voz urgente—, ve al bosque, busca a Thomas y dile que retroceda, que se retire luchando, pero que lo haga despacio. Necesito a esos flamencos entretenidos el mayor tiempo posible. Debe retirarse hacia el norte, hacia nosotros, y cuando no pueda resistir más, que ordene a todos correr para refugiarse en la casa. Dale el mensaje y vuelve aquí a toda prisa. Voy a necesitarte. ¿Entendido?

Sentí una punzada de miedo en la garganta, pero conseguí decir en tono bastante tranquilo:

—Retirada, pero despacio. Luego, correr a la casa. Yo vuelvo aquí.

—Buen chico, ¡en marcha!

Crucé en mi caballo gris las filas del erizo y galopé a rienda suelta hacia los árboles, siguiendo una línea oblicua hacia el norte que me aproximaba a la mansión, para apartarme del punto por el que habían entrado en el bosque los ballesteros. En cuanto estuve bajo la protección de los árboles, me apeé y dejé al caballo gris atado a

un arbusto. Después de recuperar el aliento miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. No había otro ruido que el de los latidos de mi corazón. Me pareció estar solo en el mundo, lejos de la ruda compañía de los lanceros y de la tranquilizadora presencia de Robin y John. Me di cuenta de que tenía miedo. Me santigüé, desenvainé la espada y empecé a abrirme paso entre el frondoso sotobosque, hacia el lugar donde había visto por última vez a nuestros arqueros. No se oía el menor ruido, salvo el del roce de las hojas al avanzar y el susurro de las ramas agitadas encima de mi cabeza por una brisa ligera. Tuve la extraña sensación de moverme bajo el agua, en aquel mundo verde y casi silencioso. ¿Dónde estaban nuestros hombres? ¿Dónde estaba el enemigo? Me detuve un instante a escuchar. Nada. El bosque era tan cerrado a mi alrededor que no veía nada a una distancia de diez metros a la redonda. Aquello me recordó días más felices, cuando cazaba ciervos rojos con Robin, y sin darme cuenta empecé a imitar las técnicas de acecho que había aprendido a su lado. Colocaba cada pie delante del otro con todo cuidado y deliberación, para no romper ninguna rama ni hacer el menor ruido. Un paso, otro, otro más, pararme con una inmovilidad absoluta y escuchar. Luego un paso, otro, otro más, pararme y escuchar de nuevo. No había nadie allí, estaba seguro. ¿Dónde estaba todo el mundo? Me sentí como un alma errante en un más allá encantado, lejos de la sangre y el dolor del campo de batalla, situado por lo que sabía apenas a una docena de metros a mi derecha. Los viejos troncos, tan apretados que sus ramas se entrecruzaban, se alzaban por encima de mí como el techo de una gigantesca jaula de madera, pero el sotobosque era ligero, tan sólo helechos y algunos arbustos ramosos. Aparté a un lado una fronda colgante de hiedra y seguí adentrándome en la penumbra. Un paso, otro, otro más, parar y escuchar.

Entonces casi di un salto: sonó un grito ahogado por un borbotón de sangre, un aullido de agonía increíblemente profundo, y apenas a una docena de metros delante de mí apareció de pronto un hombre de detrás de un árbol, tambaleándose, con un grueso palo negro asomando obscenamente de su cuello; y aquel silencioso mundo verde estalló de pronto en una ruidosa agitación. Desde detrás de mí y a mi izquierda llegó un silbido que conocía bien, el *uiss, uiss, uiss* de las flechas que zumbaban al pasar cerca, y luego otro aullido de dolor, al frente. Pude ver siluetas oscuras que se deslizaban de un árbol a otro delante de mí, que se acercaban más y más, y luego el zumbido y el golpe del impacto de viroles en la madera, cerca de donde yo estaba. A mi derecha sonó un gemido ahogado y el cuerpo de un arquero cayó de las ramas de una venerable haya, como una ciruela madura, y fue a dar en el suelo del bosque con un golpe sordo. Entonces me vi empujado a tierra por una fuerza terrible, casi clavado en el lecho de hojas por un gran peso, porque alguien había saltado sobre mi espalda; me retorcí aterrorizado, busqué la espada perdida y solté los puños presa de un pánico ciego, pero el hombre me sujetó los brazos y forcejeó hasta inmovilizarme, y así me encontré tendido sobre la espalda y mirando el único ojo bueno de mi amigo

Thomas.

—Silencio —susurró, y yo me esforcé por controlar mi respiración jadeante. Luego me arrastró detrás de un gran roble y los dos descansamos un momento nuestras espaldas en la confortante solidez del árbol. El bosque había vuelto a un silencio absoluto después del anterior frenesí de violencia. Thomas se llevó un dedo a los labios.

Cuando mi aliento se hizo más acompasado, me incliné y le susurré al oído el mensaje de Robin. El arrimó la cara a mi oído y musitó:

—¿Retirarnos? Como si tuviéramos otra opción. Aquí nos están matando como a puercos.

Asomé la cabeza con prudencia desde el tronco redondo del árbol y atisé en la penumbra del bosque. No pude ver nada. A pocos pasos, medio enterrada en el lecho de hojas en el lugar en el que habíamos forcejeado Thomas y yo, estaba mi espada. Me agaché tanto como pude y di un paso con la intención de recogerla, pero Thomas me hizo retroceder de un tirón detrás del árbol. Justo a tiempo. Dos virotes fueron a clavarse en la corteza del árbol, en el lugar exacto donde había estado mi cabeza un segundo antes.

—Ten cuidado, Josué —susurró Thomas, riendo a medias del susto que expresaba mi cara—. Ahora no estás en el castillo de Winchester. Hay uno de esos bastardos detrás de aquel olmo. Cuando vuelva a asomar la cabeza lo ensartaré, tú podrás ir a recoger tu espada y nos iremos una pizca más atrás. Tú lo vigilas por mí y me haces una seña. ¿De acuerdo?

Thomas se puso en pie, empuñó su arco y extrajo una flecha de su bolsa de tela. Tensó a medias la cuerda y recostó sus anchos hombros en la corteza del árbol, a cubierto pero mirando en dirección contraria al enemigo. Desde la altura de sus pies, yo atisé por un lado del tronco a través de las ramas verdes de un helecho, de modo que mi cara quedara lo más oculta posible. No había nada que ver. El bosque estaba fantasmalmente desierto y silencioso, pero forzando al máximo mi oído, de vez en cuando podía oír el roce ligero, como el de un ratón en un granero, de un hombre que se movía con rapidez por el sotobosque. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca, pero seguí inmóvil como una roca y miré con mayor atención el gran olmo que me había indicado Thomas. Ahora vi moverse una sombra pegada a la silueta del árbol. Fue sólo una vislumbre, pero de inmediato atrajo mi mirada. Esperé un poco más. Luego, de pronto, más lejana y oculta a la vista, una voz ronca gritó algo en una lengua parecida al inglés, pero que no pude entender. Era claramente una orden del capitán flamenco a sus hombres para que avanzaran, porque mientras miraba, de algunos de los árboles que tenía enfrente se destacaron figuras humanas. Los hombres se apartaron de la cubierta del bosque y empezaron a avanzar con cautela. Miré a Thomas y le hice una seña. Con un solo movimiento rápido, tensó la cuerda hasta

llevarla junto a la oreja, se dio media vuelta hacia el lado del árbol y lanzó una flecha que fue impactar en el cuerpo del flamenco que estaba a una docena de metros. El proyectil lo atravesó de parte a parte, le salió por la espalda y fue a perderse entre el sotobosque. El hombre dio un leve gemido y dobló las rodillas, pero antes de que se derrumbara de bruces en el suelo yo ya había saltado hacia delante, recogido mi espada y buscado refugio detrás del tronco caído de una haya. Los demás arqueros también lanzaron sus flechas. Y media docena de ballesteros aullaron de dolor, se tambalearon o cayeron al suelo. Aun así, las siluetas oscuras siguieron avanzando; pude ver figuras borrosas dando cortas carreras de un árbol a otro. Asomé un poco más la nariz para ver si había cerca alguno de nuestros hombres, pero una docena de letales virotos negros pasaron silbando sobre mi cabeza y resonaron al chocar contra el ramaje. Ellos eran más, y nosotros perdíamos. Había llegado el momento de largarse.

Desde la seguridad de mi haya caída, hice un gesto de retirada con la mano a Thomas, y él me dedicó una sonrisa y un saludo alegre. Luego, sujetando su arco y su bolsa de flechas, dio una repentina carrera de pocos pasos, alejándose del viejo roble y de los flamencos que se aproximaban, hasta el refugio de otro árbol. Le vi hablar con otro hombre vestido de verde, que a su vez retrocedió corriendo agachado hasta otro árbol y otro arquero, para pasar la consigna. Yo también empecé a retroceder, reptando. Como no me atrevía a levantar la cabeza ni a correr de pie, me abrí paso entre el sotobosque ayudándome con los codos y los pies, en busca de mi caballo. En parte me sentí culpable por abandonar a los arqueros empeñados en aquella lucha desigual, pero me dije a mí mismo que mi deber estaba al lado de Robin. Tampoco pude reprimir una sensación de alivio al escapar de aquella matanza silenciosa en la traicionera penumbra del bosque.



Algo en la terrible atmósfera de aquel bosque mortal había afectado a mi caballo. Temblaba de miedo, y relinchó de contento a mi regreso. Aquel ruido amistoso por poco fue la causa de mi muerte.

Había empuñado las riendas del caballo gris después de envainar la espada, y le acariciaba el cuello con la mano libre, cuando instintivamente, como por una advertencia de Dios, volví la cabeza y en ese momento por entre las ramas bajas apareció una figura alta con la librea a cuadros verdes y rojos de los ballesteros flamencos. Era un hombre robusto de unos treinta años, de cabeza redonda y cabello grasiento de un color castaño claro. Apuntaba su arma directamente contra mí, con la culata arrimada al hombro derecho, la cuerda tensa y el virote descansando inocentemente en la acanaladura del frontal del arma. Yo estaba mirando mi propia

muerte, y el hombre sonreía mostrando unos podridos dientes amarillos, con una fea mueca de triunfo.

Capítulo XVIII

La instrucción es algo maravilloso. Incluso unas nociones elementales dan mucho de sí, cuando uno se encuentra en un apuro. Las horas polvorientas y sudorosas que pasé con sir Richard en el patio de la granja de Thangbrand y en el castillo de Winchester me salvaron la vida más de una vez, aquel día. Con la espada en la mano, la mayor parte del tiempo no tenía ni que pensar; un golpe surgía naturalmente del anterior, y los músculos recordaban los movimientos adecuados como si mi brazo tuviera una mente propia.

Me quedé mirando al ballestero y, durante un instante, la sorpresa me dejó helado. Luego me moví. Solté las riendas, agarré la empuñadura de mi espada con una mano y el tahalí abollado con la otra. Un rápido tirón, y la espada quedó libre. El hombre alto, todavía con una sonrisa triunfal, tiró de la palanca que estaba en la parte inferior de su ballesta, la cuerda vibró, el virote salió despedido hacia mí con un relámpago gris, y... erró el blanco. Oí un relincho de dolor a mi espalda cuando el proyectil impactó en mi pobre caballo gris, apenas a una pulgada de mi hombro izquierdo, y al instante me abalancé sobre el flamenco con un grito inarticulado de rabia en mi garganta. Finté hacia su cabeza con la espada, y él se cubrió a la desesperada con la ballesta. La madera crujió al chocar con el acero, pero detuvo mi golpe a no más de seis pulgadas de su cara, y entonces hice oscilar el peso del cuerpo de un pie al otro y tiré una estocada a fondo, una táctica que sir Richard me había hecho practicar no menos de trescientas o cuatrocientas veces. La punta de mi espada se proyectó hacia delante acompañada por todo el peso de mi hombro, fue a chocar con los dientes amarillos de mi enemigo y penetró en el interior de la boca; luego atravesó el cerebro en el área mortal en que se une a la espina dorsal, y la punta asomó seis pulgadas por la nuca. La sangre brotó caliente de la boca destrozada, salpicando la mano y el brazo de la espada, y de pronto sentí el peso muerto de su cuerpo en el extremo de mi acero, tirando de él hacia abajo; y cuando el hombre se derrumbó en el suelo como una piedra, tiré de mi arma para liberarla de su cabeza deformada, y la hoja desgarró lateralmente la mejilla y quedó en mi mano goteando sangre fresca. No habían pasado más de una docena de segundos desde su aparición hasta su muerte. Y cuando miré el cadáver a mis pies, la boca rota como un agujero rojo de sangre y fragmentos de dientes, y me arrodillé para limpiar mi espada en su sobreveste, no sentí ni remordimiento ni piedad, sino sólo un estallido de alegría y de orgullo. Había matado

a un enemigo en combate singular. El intentó matarme, y yo lo hice mejor que él. Había alardeado delante de Robin, durante todos aquellos meses, de que algún día me convertiría en un guerrero. Ahora sabía que, por fin, lo era de verdad.



Mi querido caballo gris había doblado las rodillas. Sus ojos rodaban enloquecidos en las órbitas. El virote estaba empotrado en su flanco, un pie de madera de roble con punta de acero hundido en la carne hasta el empenaje de cuero. El animal sudaba y temblaba, y cada vez que respiraba con un estremecimiento, se le formaban en la boca burbujas rosadas. Supe que estaba herido en los pulmones, y nunca volvería a correr. De modo que al tiempo que acariciaba su pobre cabezota leal, saqué mi puñal y lo hundí en su garganta, para cortar la gran vena del cuello. Murió entre mis manos. Acaricié sus largas orejas y él quedó inmóvil, mientras la sangre corría como un río caudaloso por su gran tórax gris.

No podía quedarme allí mucho tiempo. Había más ballesteros cerca, y mi deber era volver junto a Robin. De modo que dejé el cuerpo de mi valeroso caballo gris, avancé agachado hacia el sur siguiendo el límite del bosque y trepé a las ramas más altas de un árbol frondoso para disfrutar de un punto de vista ventajoso y a la vez seguro desde el que observar el campo de batalla.

Las cosas no iban bien para Robin. El erizo estaba rodeado por un furioso círculo de infantería enemiga; por todas partes, cientos de infantes de negro armados con espadas y lanzas pinchaban y corlaban en el pequeño anillo de nuestros hombres, que estaban a punto de sucumbir a pesar de su valiente defensa. De tanto en tanto el grueso círculo de enemigos retrocedía, y cada hombre se retiraba una docena de pasos para observar, jadeante, al proscrito que le miraba ceñudo por encima del borde del escudo. Luego, a una voz de mando, los hombres de Murdac avanzaban de nuevo y volvían a llover los golpes sobre las filas menguantes del erizo.

Los nuestros luchaban como héroes de leyenda. Vi a John, desembarazado de su escudo y protegido únicamente por la cota de malla y su antiguo casco, hender el aire con su hacha y crear grandes huecos en las filas enemigas a cada golpe. Partió en dos a un hombre con un golpe de arriba abajo que le abrió la cabeza por el centro, y a continuación esquivó una lanza que buscaba su cuerpo y cortó de un golpe de revés el brazo del lancero a la altura del codo. Los arqueros disparaban sus proyectiles mortales contra el muro de enemigos, y cada flecha atravesaba al primer hombre e iba a alojarse en el cuerpo del que estaba detrás. Robin luchaba como un poseso: repartía tajos y estocadas, y su espada hacía brotar un chorro de sangre fresca a cada golpe. Luego el enemigo retrocedía de nuevo algunos metros, y el hueco entre ambas líneas aparecía cubierto de cadáveres y de hombres rotos que se arrastraban. Oí claramente

sus gemidos desde el árbol al que había trepado, a más de un centenar de metros de distancia.

Dando vueltas alrededor del anillo, recorrían el campo jinetes vestidos de negro; sargentos, supuse, puestos en fuga en la primera y desastrosa carga de los hombres de Murdac. Parecían girar en torno al tumulto hirviente del centro del campo como grandes cuervos negros, a la espera de que el erizo se deshiciera, como ocurrió en la granja de Thangbrand, y ellos pudieran irrumpir al galope y hacer pedazos a los proscritos en fuga. No había manera de poder reunirme con Robin y prestarle ayuda en aquella lucha desesperada. Si abandonaba la seguridad de mi refugio en las ramas del árbol y salía al campo abierto, sería perseguido y rematado por los jinetes antes de haber recorrido la mitad de la distancia que me separaba de Robin. Por otra parte, vi más caballería apostada lejos, al sur de las líneas de Murdac. Debía de haber más de mil hombres en total. ¿Qué locura se había apoderado de Robin, me pregunté, para desafiarle a luchar en Linden Lea, estando en una inferioridad numérica tan grande? ¿Era arrogancia, o simplemente un fatal error de cálculo? Luego mis ojos se apartaron del sangriento fragor de la batalla para fijarse en las colinas del otro extremo del valle y vi a Hugh, al leal Hugh, cabalgando para rescatar a su hermano, a la cabeza de sus hombres.

Al trote, como una gran masa informe, envueltos en una espesa nube de polvo en la que aparecían fugazmente cabezas de caballos, lanzas relucientes y sobrevestes de color verde oscuro, bajo una bandera adornada con una cabeza de lobo enseñando los dientes, nuestros jinetes bajaban por el abrupto flanco de la colina tras la que habían estado ocultos, y picaban espuelas en dirección al valle. Las puntas de las lanzas se abatieron entre un retumbar de cascos, y nuestros jinetes se precipitaron hacia la masa de hombres de negro que rodeaban el erizo.

Nunca llegaron hasta ellos.

Desde el sur, de un surco en el valle, invisible para los hombres de Hugh, un *conroi* de caballería de reserva apareció al trote. Medio centenar de jinetes mercenarios que lucían las mismas sobrevestes ajedrezadas de los ballesteros flamencos, pero montados en corceles poderosos y armados con largas lanzas, cargaron contra los flancos y la retaguardia desprotegida de Hugh. Fue un caos; nuestra línea de ataque fue dispersada por completo, y todos salvo un puñado de los jinetes que encabezaban nuestra carga se vieron envueltos en una lucha por su vida con la caballería flamenca. Muy pronto las lanzas quedaron abandonadas y se trabó un cuerpo a cuerpo encarnizado; los jinetes giraban en redondo y se acuchillaban unos a otros con espadas, hachas y mazas. Su número era parejo, al principio. Pero los sargentos montados, los restos de la primera y desastrosa carga de caballería que habían estado recorriendo el campo solos o por parejas, se apresuraron a sumarse a la batalla de la caballería y nuestros jinetes empezaron a sucumbir. Unos pocos,

desesperadamente pocos, consiguieron atravesar las líneas enemigas y, pasando con sus monturas por entre las agotadas filas de nuestros lanceros, se unieron a sus camaradas en la relativa seguridad del erizo. Sin embargo, muchos hombres vestidos de verde Lincoln perecieron acuchillados en sus sillas de montar, rodeado cada uno de ellos por dos e incluso tres asesinos a caballo, de negro o de rojo y verde. Algunos de los nuestros, para su vergüenza, volvieron grupas hacia el norte y huyeron hacia las colinas para salvar la vida.



Aparté la mirada del campo de batalla, de la vorágine teñida de sangre de hombres que forcejeaban y que morían, a caballo o a pie. Me tapé los oídos para no oír los gritos de los heridos. No pude soportar ver el asalto final de las filas de hombres de negro contra el anillo de mis amigos exhaustos. Levanté los ojos al cielo de un azul intenso, al sol que brillaba sobre las colinas del oeste, y vi a una bandada de golondrinas que sobrevolaba aquel campo de sangre olvidado de Dios, muy por encima del dolor, la sangre y el hedor de la muerte. La luz cegadora me obligó a cerrar los ojos, y escuché el susurro del viento en las ramas de los árboles... Y me di cuenta de que también oía otra cosa. Un rumor apagado, un ruido leve que era apenas un murmullo. Imaginé que oía voces, y luego empezaron a sonar los tambores. *Ba-boom-boom; ba-boom-boom; ba-boom-boom...* No podía dar crédito a mis oídos. Sacudí la cabeza pero el ruido siguió, y se fue haciendo cada vez más fuerte. *Ba-boom-boom; ba-boom-boom; ba-boom-boom...* Había oído antes aquella música pagana, meses atrás, en la noche del sacrificio cruento en las cuevas de Robin.

Miré al suelo, a veinte metros bajo mis pies, y por entre las hojas pude ver la coronilla de la cabeza de un hombre, afeitada por la tonsura, y el pelo castaño rojizo que rodeaba aquella área calva curtida por el sol. Era un monje, y vi que empuñaba un arco de batalla. Junto a él estaban sus dos enormes y terribles perros feroces: los mastines *Gog* y *Magog*. Mi corazón saltó de júbilo. Era Tuck.

Grité de alegría y bajé del árbol tan aprisa como pude, hasta el punto de que casi me rompí el cuello al saltar los últimos metros. En efecto era Tuck, y no venía solo. En la penumbra del bosque percibí una docena de siluetas oscuras que venían detrás de él. Le di la bienvenida con un gran abrazo, apreté contra el mío su corpachón rechoncho y olí de nuevo los efluvios familiares de su hábito pardo. En mi mente se atropellaban las preguntas. Pero antes de que pudiera expresarlas, Tuck levantó una mano.

—Las respuestas luego, Alan, ahora tenemos trabajo que hacer.

Los tambores seguían sonando, agitando el aire con su antigua llamada a la batalla, y vi que del bosque brotaba la gente por veintenas, por cientos. Una mujer

apareció entre los árboles; iba vestida con una larga túnica azul decorada con estrellas y lunas crecientes. Llevaba en la frente pintada una «Y» con lo que parecía ser sangre seca. En las manos enarbolaba un grueso bastón de espino negro.

Era Brigid. En mi felicidad, la abracé a ella también. Me sonrió pero de una forma un poco rara, sin expresión, sin la consoladora calidez que había desplegado cuando me curó de dentelladas y quemaduras. Parecía inundada por una cólera fría, una furia negra que apenas cabía en su cuerpo, y de forma instintiva me encogí como si me hubiera rechazado una fuerza invisible. Por encima de su hombro vi más figuras entrañables. El pequeño Ket the Trow, con un peto de cuero, empuñando un bastón casi tan alto como él mismo; su hermano Hob sonriéndome al través de una fronda colgante; y muchos más: proscritos que no eran miembros de la banda de Robin, mendigos errantes, aldeanos de Sherwood, salvajes que vivían en las profundidades del bosque... Todos habían venido a la batalla. Los tambores sonaban, imprimiendo su ritmo en el interior de mi cabeza, y entonces Tuck dijo en un tono frío y tranquilo:

—Señora, estimo que debéis atacar ahora, porque si no, será demasiado tarde.

Brigid asintió, se detuvo un momento para aspirar hondo y echó atrás la cabeza. Y con un aullido salvaje y ululante, que erizó todos los pelos de mi cuerpo, se precipitó hacia adelante e irrumpió, fuera de la línea del bosque, en el campo de batalla. La siguieron cientos de hombres, e incluso algunas mujeres, lanzando el mismo grito salvaje, muchos con la «Y» pagana pintada en la frente y otros muchos sin ella, pero todos armados con lo que habían traído: bastones, espadas herrumbrosas, hachas, azadones, hoces —incluso vi a un anciano con un mayal para desgranar el cereal—, todos ellos enloquecidos por el afán de combatir.



Fueron las palomas, ya veis. La tarde antes de la excursión secreta para liberar a Marian, Robin me pidió que soltara las palomas de tres jaulas, cada una con su cinta verde atada. Los pájaros habían volado al atardecer de aquel día, mientras todos los hombres estaban reunidos en consejo de guerra con Robin, y se habían dirigido a sus palomares respectivos llevando el mensaje de Robin: «¡Armaos, todos los que estéis dispuestos a servirme, y venid!». Con aquellos pájaros, convocó a toda su gente del bosque. Todos los hombres de Sherwood que buscaban su favor, todos los que tenían alguna deuda de gratitud a la que querían corresponder. Supe más tarde que también Brigid había convocado a acudir a todos los hombres y mujeres de su antigua religión, desde lugares tan remotos como el norte de Yorkshire o las tierras galesas, deslumbrándolos con la promesa del rico botín de la batalla y con la posibilidad de asestar un golpe por la Diosa Madre. Tuck había visto las palomas y acudió, unido a

las cohortes de Brigid: un monje cristiano y una sacerdotisa pagana marchando juntos. Todo por amor a Robin. Cuando conté la historia a mis amigos, años más tarde, pocos me creyeron, pero juro que es la verdad.

Aquella horda desarrapada de marginados, locos y fanáticos religiosos cargó desde la línea del bosque como un batallón de demonios vengadores, aullando sus gritos de guerra. Brigid corría al frente de ellos, golpeando a los hombres de Murdac que se le ponían delante con el bastón de espino que blandía a dos manos con una energía salvaje, maníaca. Como ramas quebradas y dispersas por una enorme riada de humanidad, todas las tropas de negro fueron arrasadas o puestas en fuga por la carga de la horda. Al frente de aquella masa aulladora saltaban *Gog y Magog*, silenciosos y babeantes. Uno de los gigantescos perros se abalanzó sobre un infortunado soldado colocado en la parte de atrás del grupo que rodeaba los restos del erizo, y con un gruñido y un mordisco le arrancó la parte inferior de la cara. El hombre soltó su arma y retrocedió tambaleándose, puestas las manos en la masa sanguinolenta que había sido su mandíbula. Luego vi que una figura andrajosa y desafortunada segaba las dos piernas del mismo hombre de un solo golpe de hoz. El otro perro gigante, no menos salvaje, perforaba con sus mordiscos los sobretodos acolchados y quebraba los huesos de los brazos de los hombres de Murdac, dejando inválidos a docenas de ellos en el curso de la terrible carga. Los hombres y mujeres de Brigid atacaron con un frenesí casi inhumano, derribando a un soldado tras otro con el azadón o el garrote, y rematándolos una vez en el suelo a cuchilladas, para después desgarrarles la ropa, casi antes de que estuvieran muertos, en busca de las monedas u objetos valiosos que llevaran sobre sus personas. La propia Brigid parecía tener la fuerza de diez hombres, y abatía enemigos armados con los poderosos golpes de su grueso bastón mientras cantaba himnos a los dioses del bosque y daba gritos de ánimo a sus seguidores. El círculo de enemigos alrededor del erizo se disolvió, y las tropas de Murdac, tanto de a pie como a caballo, fueron barridas por el avasallador ejército de paganos andrajosos. Quienes no se dieron prisa a huir para salvar la vida, fueron arrasados y exterminados.

Yo avancé detrás de la horda pagana, a un ritmo más tranquilo aunque espada en mano. Pero no encontré enemigos en mi camino hacia Robin a través de un mar de cadáveres. Entonces pude ver claramente los daños sufridos por el erizo; y fue una visión patética. Se habían abierto grandes huecos en el antes impenetrable anillo de hombres y acero. Más de la mitad de nuestros combatientes habían caído, y los que seguían en pie estaban manchados de sangre, y agotados hasta un punto indescriptible. Ocupé en silencio mi lugar al lado de Robin, a la espera de órdenes, y paseé mi mirada por el campo que, de momento, era nuestro.

Tuck no había cargado con los paganos: había reunido a una veintena de arqueros, supongo que los supervivientes de los hombres de Thomas, y el grupo se había

situado en la línea del bosque, señalándose blancos unos a otros y disparando sobre los enemigos en fuga con una puntería temible. El ejército de Murdac se retiraba, sus hombres corrían, presa del pánico, hacia el sur, en dirección a las tiendas y los caballos de carga. No obstante, la batalla no estaba ganada. Hacia el sudoeste, cerca de la línea de las colinas, vi una unidad de refresco de jinetes negros, inmóvil todavía, observando el campo. Por el sur asomaba una fuerza de infantería de reserva, un centenar de hombres de negro formados en cuadro bajo el tórrido sol del verano. Por el sudeste salían del límite del bosque grupos de ballesteros vestidos de rojo y verde. Aunque empujados fuera del abrigo de los árboles por nuestros paganos aulladores, se retiraban en orden y se estaban agrupando a retaguardia de las líneas de Murdac, junto a la amenazadora silueta cuadrada del mangonel. Vi a un pelotón de jinetes negros, que galopaban bajo una gran bandera negra en la que destacaban los cheurones color rojo sangre, cruzar frente a nuestra posición para acercarse a los flamencos.

Eran Murdac en persona, con su cabeza negra descubierta, y sus consejeros más próximos; todos ellos aún frescos y sin el desgaste y las bajas de la batalla.

El enemigo no estaba vencido. Muy al contrario. Después de pasar frente a los ballesteros, Murdac y su élite de caballeros se detuvieron delante de otro cuadro negro, otro batallón de reserva de lanceros, que acababa de aparecer viniendo del fondo del valle, armas al hombro, con las puntas de las lanzas destellando al sol. Sir Ralph palmeó el cuello de su caballo, giró en redondo frente a los hombres que desfilaban, les dio un grito de ánimo y se dirigió luego al lugar donde los flamencos reorganizaban sus filas.

Robin, de pie al frente de su baqueteada formación, rodeado por cadáveres y heridos de ambos bandos tendidos sobre un barrizal de sangre y polvo pisoteado, observaba al enemigo con tanta atención como yo mismo. Sus hombros estaban abatidos, su cara gris de fatiga. Tenía un corte en el pómulo pero por lo demás, para alivio mío, parecía ileso. Se irguió durante un instante, como si acabara de llegar a una decisión, y le vi bajar al cinto una mano ensangrentada, tirar de una cuerda de cuero crudo, y soltar el cuerno. Se irguió entonces más aún, aspiró una gran bocanada de aire, y sopló. Tres largos toques, y después tres más. Los ecos resonaron en el campo empapado de sangre. Era el toque de retirada, la señal de volver a la mansión.

—Ayuda a los heridos, Alan —se limitó a decirme. Luego, después de una última mirada a las líneas enemigas, se volvió, ayudó a levantarse a un hombre bañado en sangre y los dos juntos empezaron a recorrer cojeando el penoso camino de vuelta a Linden Lea.

Retrocedimos hacia la casa cientos de nosotros, mientras las sombras se alargaban y el sol rozaba la cumbre de las colinas del oeste: los fatigados jinetes de Hugh, en número muy escaso; los ensangrentados lanceros supervivientes del erizo; arqueros

que cojeaban y utilizaban como muleta su robusto arco de tejo al caminar; paganos salpicados de sangre, que se detenían con frecuencia para registrar las ropas de los muertos. Y eran muchos los muertos, el campo estaba sembrado de ellos, y de heridos que pedían agua y ayuda. Muchos volvíamos a la mansión ilesos, y quienes no estábamos heridos ayudábamos a los lisiados; pero unos pocos cayeron alcanzados por los jinetes merodeadores de Murdac; los hombres que no se dieron prisa a atender la llamada de Robin, cayeron bajo sus hachas o sus espadas. Yo cargué a mi espalda, todo el camino de vuelta, a un lancero con una gran herida abierta en un costado. Pero cuando entré en el patio y lo deposité tan cuidadosamente como pude en un jergón de paja, vi que ya había muerto. Cuando los últimos hombres acabaron de cruzar medio arrastrándose la puerta, casi incapaces ya de caminar por la fatiga, cerramos el portón, lo atrancamos con un gran tronco de roble y nos dedicamos a atender nuestras heridas.



Marian y los hombres que permanecieron con ella en la casa habían estado muy ocupados. Había comida preparada, de nuevo en las grandes mesas de caballete en el patio soleado, y a los heridos les daban grandes jarras de cerveza floja para calmar su sed. Los heridos más graves fueron llevados a la sala, y atendidos allí por Marian, Tuck, Brigid y los criados. Eran varias decenas, ensangrentados y exhaustos, perforados por las lanzas o tajados por las espadas; unos pocos estaban alegres, orgullosos de lo que habían hecho, y otros, pálidos y silenciosos, se limitaban a esperar la muerte. Los más graves eran confortados en el tránsito hacia el descanso eterno por los hombres de Robin. El mismo recorría la sala consolando a los que se encontraban peor con alabanzas al valor que habían mostrado. Un hombre, un rufián alegre con un enorme agujero en el hombro, se sacó de dentro del jubón desgarrado y manchado de sangre una paloma blanca con una tira de tela verde atada a la pata. Robin la recibió en actitud solemne y rebuscó en su bolsa hasta encontrar un penique de plata con el que recompensar al hombre. La mayor parte de los heridos, sin embargo, no aceptaban tan bien su suerte; bebían ansiosamente a morro el vino de las frascas que circulaban por la sala, y los gritos de dolor crecieron cuando finalmente se puso el sol detrás de las colinas. Todos sabían que Robin había hecho su tirada a los dados, y perdido. Las tropas de Murdac tenían rodeada la mansión, y por la mañana entrarían en ella al asalto y todos moriríamos.

La caída de la noche había puesto fin a las hostilidades, y Robin envió emisarios a Murdac para concertar una tregua destinada a recoger a nuestros heridos del campo. Murdac estuvo de acuerdo, y durante toda la noche patrullas de hombres entraron y salieron de la casa cargados con parihuelas. Muy pronto la sala y todas las

dependencias quedaron abarrotadas de heridos y moribundos; y también el patio. La noche templada se llenó de los gemidos de los heridos y de los gritos agudos de quienes recibían atención médica. Tuck se acercaba a los agonizantes, les ofrecía los ritos finales y acompañaba en sus rezos a quienes in extremis recurrían a Nuestro Señor Jesucristo para salvar sus almas. Brigid hacía otro tanto con los paganos heridos. Marian iba de uno a otro, ojerosa por el cansancio: procuraba cuidar de todos los hombres heridos, cientos de ellos, pero sólo contaba con la ayuda de los pocos criados de la mansión. John organizaba la recogida de heridos del campo; a los muertos se les dejaba donde habían caído.

En medio de aquel infierno humano de muerte y de sangre, de aquel matadero sanguinolento en el que resonaban los ecos de los ayes terribles de almas sufrientes, apareció de improviso Bernard de Sezanne. Iba vestido con una finísima túnica de seda amarilla, inmaculada y bordada con imágenes de violas, flautas, arpas y otros instrumentos musicales. Sus mejillas estaban recién rasuradas y sus cabellos habían sido recortados hacía poco. Se llevó a la nariz un pañuelo perfumado y vino directamente hacia mí, evitando con delicadeza pasar sobre los muertos y los agonizantes del suelo del patio sin prestarles la menor atención; y cuando me quedé mirándolo como un estúpido con la boca abierta, me dijo:

—Déjame ver tus dedos, Alan, ahora mismo.

Yo estaba asombrado; no podía creer que aquella aparición limpia y perfumada fuera real. Tenía que ser un fantasma de mi cerebro trastornado por la batalla, pero el fantasma insistió en que extendiera las manos con las palmas hacia arriba, como un escolar muestra a su madre que se las ha lavado antes de sentarse a comer. Y así lo hice. Limpias no estaban, sino recubiertas de una costra de sangre seca, tierra y líquen de los árboles, pero Bernard contó solemnemente los dedos y respiró aliviado.

—Están los diez, ya es bastante consuelo —dijo—. Puede que no seas el mejor violinista del reino, pero aún serías mucho peor si uno de esos villanos sedientos de sangre te hubiera rebanado uno o dos dedos.

Luego me abrazó y me dijo que tenía que ver a Robin de inmediato.

Se me atropellaban en los labios las preguntas: ¿De dónde venía? ¿Qué estaba haciendo en medio de aquella batalla feroz? Pero él me apremió para que le llevara a ver a Robin, que estaba ayudando a un herido a beber un sorbo de vino de una copa.

—Traigo un mensaje que he de comunicarte en privado —dijo Bernard a Robin. Y mi señor, sin decir una palabra, le condujo a una habitación situada al fondo de la sala y me cerró la puerta en las narices.

Estuvieron dentro una hora o más, y al cabo de un rato me encargaron que les llevara vino y fruta, pero no me dejaron unirme a su conversación. Por fin salieron Robin y Bernard, y Robin me dijo que buscara una jarra de vino para Bernard y un rincón donde pudiera dormir, mientras él volvía a cuidarse de los heridos. Bernard no

quiso decirme nada, sino que durmiera tranquilo porque todo iba a acabar bien. Pero el sueño no vino. Compartimos la jarra de vino, o mejor dicho conseguí beber un par de sorbos de ella mientras Bernard, como de costumbre, parecía tener la sed de diez hombres. Luego me tendí en la paja al lado de mi mentor musical y le oí roncar, e intenté adivinar el significado de su venida. Finalmente me hundí en un sueño agitado, sólo para ser despertado al alba, de nuevo, por el viejo y feo Thomas que me sacudía por el hombro.

Me incorporé con todo el cuerpo rígido por los esfuerzos desacostumbrados de la batalla del día anterior, y sólo estaba despierto a medias cuando Thomas me dijo:

—Robin quiere verte.

De modo que dejé a Bernard con sus ronquidos y seguí al hombre tuerto a través del patio hasta un rincón de la sala.

Robin parecía fresco, aunque yo sabía que no había dormido. Me tendió una paloma de un plumaje perfectamente blanco, y al mirar aquel espléndido pájaro, y sentir entre mis dedos su leve palpar, me di cuenta de que tenía una larga cinta roja atada a su rosada pata izquierda.

—Ve a la empalizada y suéltala —me ordenó.

—¿Sólo una? —pregunté sorprendido—. ¿Qué significa?

Robin me miró durante un instante, y vi una chispa de tristeza en sus ojos de plata.

—Significa, sencillamente, que acepto.

Luego, dio media vuelta para volver a atender a los heridos.

Fui hasta la empalizada, subí la escala hasta el camino de ronda y, con una silenciosa oración a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo para rogar a los tres que bajaran del cielo con toda su Gloria y vinieran a salvarnos, solté la paloma en el aire. Agitó sus alas blancas perfectas, dio una vuelta por encima de la mansión y voló hacia el oeste, para desaparecer sobre las colinas llevando a la cola su mensaje rojo de aceptación.

Mientras miraba volar el pájaro hacia la libertad, salió el sol en toda su cegadora majestad por encima de los árboles situados a mi izquierda, y comenzó lo que se anunciaba como otro hermoso día. Durante la noche, las tropas de Murdac habían cercado por completo la mansión de Linden Lea; un delgado círculo negro de hombres, caballos y carros se extendía a nuestro alrededor, ardían ya los fuegos de campamento y columnas de humo gris empezaban a alzarse, movidas por una brisa ligera. Vi moverse a ballesteros, lanceros y *conrois* de caballería en varios puntos de las filas de tiendas de campaña, y las armas ordenadamente apiladas. Pero también ellos habían sufrido en la batalla del día anterior. Todavía nos superaban en número, pero ya no eran la invencible hueste negra que había marchado ayer sobre nosotros. Casi directamente delante de mí, frente a la puerta principal, tal vez a cuatrocientos

metros de distancia, vi el estandarte de sir Ralph Murdac, la bandera negra con los cheurones rojos, ondeando a la brisa matinal sobre un gran pabellón. Y allí estaba el mismo sir Ralph, cabalgando a lo largo de la línea del frente, con su rostro claramente visible bajo un casco sencillo con una pieza triangular para proteger la nariz. Me pareció ver relucir algo de color rojo en su cuello, pero me dije a mí mismo que sería un efecto luminoso. Se dirigía hacia la gran estructura de madera del mangonel, que había hecho trasladar mucho más cerca de la mansión durante la noche.

Murdac llegó delante de la máquina, conferenció con los oficiales presentes allí, y a una señal suya a los hombres apostados en grupos alrededor del arma, el mangonel disparó. La gran cuchara se levantó y golpeó contra el travesaño; un peñasco del tamaño de una ternera vino silbando directamente hacia nosotros y, con un estruendo ensordecedor, abrió un agujero de dos metros de largo en la empalizada a pocos pies de donde estaba yo situado. Media docena de heridos que habían buscado refugio junto a la valla de troncos quedaron convertidos en un instante en pulpa sanguinolenta. La roca rodó aún unos metros y se quedó inmóvil casi en el centro del patio de armas.

Me di cuenta, con un desagradable temblor de mis tripas, de que aquella casa no nos ofrecía ninguna protección contra Murdac. Aquella máquina infernal podía derribar nuestra débil defensa de troncos en un santiamén, y Murdac y su caballería saltarían fácilmente el foso, pasarían por encima de las ruinas de la empalizada y nos harían picadillo a todos. Para el mediodía, calculé con un encogimiento de mi corazón, casi con toda seguridad estaríamos muertos.

Capítulo XIX

En muchos años de escaramuzas encarnizadas, batallas cruentas y situaciones comprometidas, nunca me he sentido tan próximo a la desesperación como en el momento en que la gran roca atravesó la empalizada de troncos de Linden Lea. Excepto una vez. Esta primavera, cuando mi nieto Alan estaba enfermo con fiebre y a punto de morir, sentí que con él iba a morir todo mi mundo. Ahora está bien, bendito sea Dios, y su recuperación fue asombrosamente rápida, o tal vez sólo asombrosa para un viejo como yo, al que en estos días tanto cuesta curar el más pequeño corte o quemadura. Di de beber a Alan la poción oscura preparada por Brigid mientras Marie, su madre, dormía, agotada por la preocupación, en la habitación vecina. El brebaje olía muy mal, y tan pronto como le obligué a tragarlo, el estómago de Alan no lo soportó y lo devolvió todo encima de mí. Pero lo limpié, lo intenté de nuevo, y finalmente conseguí que una parte de aquel líquido nauseabundo se quedara dentro de su cuerpo. Luego volvió a dormir.

Al día siguiente repetí la dosis, como me había explicado Brigid, diluyendo el brebaje en mucha agua hervida a la luz de la luna y dejada enfriar después. Al tercer día, Alan amaneció despierto y pidiendo gachas. Marie está fuera de sí de felicidad y ha prometido encender una vela a la Virgen María cada domingo durante el resto de su vida, en acción de gracias por su curación. Yo envié a Brigid un jamón entero, tres gallinas, doce hogazas de pan y una bolsa de dinero.

A cada día que pasaba, el joven Alan estaba más fuerte. Ahora, mientras escribo esta historia de muerte y destrucción en Linden Lea, mi nieto juega a proscritos y sheriffs en los bosques que rodean la casa, con otros chicos de la vecindad. Su recuperada salud ha hecho crecer mi melancolía. Los días parecen transcurrir felices de nuevo; yo hago mi trabajo con fuerzas renovadas; incluso bromeo con Marie por las noches junto al hogar, cuando han acabado las tareas diarias. Nunca diré a Marie que pedí ayuda a Brigid para salvar a Alan, pero en mi mente no hay sombra de duda; fue la bruja quien lo curó, como me curó a mí también. Puede que Robin tuviera razón, hace ya tantos años: Dios está a nuestro alrededor, en todas las cosas y en todas las personas, incluso en una bruja. Porque la salvación de mi chico no puede haber sido obra del diablo, diga lo que diga el padre Gilbert, nuestro párroco, sobre las habilidades de Brigid. Yo rezaré por su alma y la tendré por una buena amiga en todos los días que me queden de vida.



Había dos cosas que no tuve en cuenta sobre Robin, cuando el peñasco gigante pulverizó nuestras esperanzas de seguridad detrás de la empalizada de la mansión de Linden Lea: la primera, que planeaba las batallas como un jugador de ajedrez, que prepara cada movimiento meticulosamente, anticipándose a las intenciones del adversario, y tomando sus propias medidas para contrarrestarlas; y la segunda, que siempre tenía de su parte una suerte diabólica en todo lo referente a los azares de la guerra.

Aquel primer proyectil del mangonel debió de ser también un diabólico golpe de suerte, porque el siguiente se quedó corto, a más de veinte metros de la empalizada. El tercero pasó silbando por encima del techo de la mansión y rodó por el maizal que había detrás. Pero para entonces en el patio todos temblábamos, y el pánico se palpaba en el ambiente. Robin tomó medidas enseguida: ordenó el traslado de todos los heridos al interior de la casa, aunque apenas había sitio allí para más gente y tampoco ofrecía una protección mucho mayor que el patio contra la enorme máquina; también hizo que tres hombres movieran el peñasco para tapar parcialmente con él el agujero de la empalizada; y luego nos mandó reforzar el muro de madera con riostras de leños y tablones. Creo que sólo se proponía mantener ocupados a los hombres e impedirles pensar en lo que representaba el mangonel para nuestras posibilidades de supervivencia. Lo cierto es que nuestro trabajo de refuerzo sirvió de poco cuando la siguiente piedra hizo blanco en la muralla. Atravesó la estacada de troncos de tres pulgadas de grosor, a pesar de nuestros refuerzos de leños y tablones, y siguió rodando al ritmo de un pony trotón, hasta hundir también una esquina de la casa propiamente dicha.

Entre los que quedaban cortos y los que pasaban de largo por encima de la mansión, calculé que un proyectil de cada cinco impactaba en nuestra empalizada. Y mientras el sol ascendía hacia lo alto del cielo, pronto fue evidente para todos que en menos de una hora ya no tendríamos una posición defensiva, sino un montón de leña partida y un puñado de supervivientes mutilados o agonizantes aplastados por aquellas enormes piedras voladoras. No sólo morían los hombres bajo aquel despiadado bombardeo: un proyectil cayó en los establos, y mató al instante a dos caballos y una mula, además de aplastar las patas de dos animales más. También la pocilga recibió un impacto directo. Robin acudía a todos lados, recorría infatigable el patio exhortándonos a taponar los huecos del muro lo mejor que pudiésemos, a capturar y matar el ganado enloquecido por el miedo, y a llevar a los heridos al interior de la casa, que por su parte también había recibido dos impactos, de modo que entraba la luz del sol por los agujeros del techo, e iluminaba una escena de indescriptible dolor y agonía. Vi a algunos hombres que miraban atentamente el

murallón del bosque, a poco más de cien metros de distancia, calculando las posibilidades que tenían de salvarse corriendo en aquella dirección. Pero no había la menor esperanza de escapar a aquel tormento, porque todo un *conroi* de jinetes de librea roja y verde se había instalado frente a la línea de los árboles y observaba desde allí los agujeros cada vez mayores en las defensas de la mansión; y cualquiera que intentara cruzar a pie la distancia que nos separaba de la seguridad del bosque sería acuchillado a los pocos instantes.

Cuando casi todo el frente de la empalizada estuvo en ruinas, salvo unos pocos sectores en que los troncos seguían enhiestos, nuestras defensas se parecían a la boca de un viejo, con unos pocos dientes dispersos en unas encías sangrantes. Luego, gracias sean dadas a Dios, el mangonel detuvo su maligno bombardeo. Sin embargo, antes de que pudiéramos disfrutar de aquel respiro, vi que sir Ralph y su fuerza principal de caballería negra, situada frente a nosotros, empezaban a moverse. A su lado distinguí, bayo un sencillo casco redondo, la cara de Guy de Gisborne, y los colores verde y amarillo que ondeaban en su lanza. Aquella unidad de caballería podía estar compuesta por ciento cincuenta hombres, dispuestos en tres filas apretadas, y se acercaba al paso; detrás marchaba un batallón completo de infantería negra.

Robin saltó a lo alto de una piedra caída en el centro del patio y gritó para atraer la atención de todos.

—Amigos —aulló—, camaradas, hermanos, no voy a quedarme aquí quieto como un pollo en el corral, esperando que venga el zorro a por mí. Voy a atacar, voy a hacer una salida ahora mismo..., y voy a matar a ese hombre. —Alzó un brazo y señaló a través de la muralla derrumbada a sir Ralph Murdac, que cabalgaba, todavía al paso, en el centro de la fila de jinetes negros—. ¿Quién quiere seguirme?

Hubo un gruñido de asentimiento, poco entusiasta, pero los hombres sabían que morirían con toda seguridad si se quedaban dentro de la mansión.

—Bien —dijo Robin—. Atacaremos ahora, y cuando hayamos matado a ese hombre, cuando hayamos cortado la cabeza de la serpiente, el cuerpo también morirá. Esos mercenarios no lucharán si ven que quien había de pagarles está muerto. Dos hombres en cada caballo, el resto que nos siga a pie, los arqueros que todavía tienen flechas que nos cubran disparando desde los flancos.

Formamos detrás de los restos resquebrajados de la puerta principal, una patética veintena de caballos supervivientes, cada uno con dos hombres sobre los lomos; yo compartía la montura de Robin. Cuando me preparaba para montar detrás de mi señor, me dirigió una mirada intensa y me dijo:

—Lealtad hasta la muerte, ¿eh? Bueno, has cumplido tu promesa.

Me encogí de hombros.

—No tengo intención de morir todavía —dije—. No hasta que a él se lo coman

los gusanos.

Señalé a sir Ralph Murdac y a sus jinetes, que estaban ya situados a menos de cien metros de nosotros. Robin sonrió.

—No habrías dicho lo mismo hace un año.

No contesté; salté a la grupa de su caballo y me aseguré de que la espada salía sin trabas de su vaina.

La escasa caballería que nos quedaba fue rodeada por una multitud andrajosa de paganos y proscritos, todos los que podían caminar o correr, armado cada cual como buenamente podía, con lanzas, hachas, espadas y aperos de labranza. Allí estaba Tuck, flanqueado por sus dos grandes perros de caza. Hugh no parecía feliz, montado con otro hombre a su espalda. John, sin casco y con el torso desnudo por el calor, estaba plantado con su hacha al hombro y su pecho musculoso cubierto de pelo rubio. Un triste puñado de arqueros, con no más de tres o cuatro flechas por persona, formaron dos grupos a izquierda y derecha.

—¡Adelante, muchachos! ¡Vamos allá! —rugió Robin.

Mientras salíamos al galope, y yo me agarraba con todas mis fuerzas al reborde de madera de la silla de Robin, porque no era nada fácil mantener el equilibrio sobre la grupa en movimiento de su corcel negro, miré bajo la visera de mi casco hacia las colinas del oeste, y algo allí atrajo mi atención. Lo que vi fue nada menos que nuestra salvación. Una bandada de ángeles acudía a la batalla. Durante un minuto no pude creer a mis ojos; pero en la cresta, con las armas reflejando la brillante luz del sol, había una larga e inmóvil línea de jinetes de blanco, por lo menos un centenar de ellos, cada uno montado en un magnífico corcel envuelto en una gualdrapa de un blanco cegador.

La línea siguió inmóvil aún unos segundos y luego, a una inaudible voz de mando, los jinetes blancos empezaron a derramarse por la ladera empinada como una gran ola espumosa, en dirección al campo de batalla.

—Son los templarios, los templarios —dije al oído de Robin—. Sir Richard ha venido, sir Richard.

Grité a los hombres que cargaban a mi lado, y les señalé las colinas por cuya ladera bajaban en perfecta formación cien de los mejores guerreros a caballo de la cristiandad, cargando para socorrernos.

Los hombres de sir Ralph Murdac, sin darse cuenta al parecer de la amenaza que se aproximaba por su retaguardia, espolearon a sus monturas y se lanzaron al galope cuando nos aproximamos a ellos, y las dos fuerzas desiguales, la pequeña banda desordenada de los hombres de Robin, dos por caballo, y las filas de jinetes negros de Murdac, chocaron con un vibrante estruendo metálico. Nosotros nos apretamos en una cuña de hombres y bestias que apuntaba como una lanza viviente al propio Murdac, y durante un instante nuestro impulso hizo que penetráramos profundamente

en sus líneas; Robin, delante de mí, derribaba hombres a diestra y siniestra intentando con desesperación llegar hasta Murdac, en la segunda fila. Seguimos adelante tajando, pinchando, martilleando a hombres y animales, y Robin espoleaba a su caballo brutalmente para que avanzara, rasgando con las espuelas los flancos oscuros del corcel. La línea de jinetes negros de Murdac se cerró sobre nuestros dos flancos y a nuestra espalda, encerrándonos en un círculo de carne de caballo palpitante, hombres que gritaban y aceros relampagueantes. El alto sheriff estaba a tan sólo unos metros de nosotros, con Guy a su lado. Murdac se dio cuenta de que Robin y yo mismo lo buscábamos, estoy seguro, y al instante volvió su caballo contra nosotros y se abrió paso por entre las filas de sus propios hombres, con su espada larga levantada. Al cuello, resaltando sobre la sobreveste negra sujeto a su cadena de oro, llevaba el gran rubí. A cada movimiento, la piedra parecía vomitar un furioso fuego rojo, tocada por la brillante luz del sol.

Robin asestó un golpe a un jinete que se interponía entre Murdac y nosotros, y éste desapareció entre el polvo de la batalla. Entonces el sheriff quedó frente a Robin, y los dos cruzaron sus espadas. Con un resonar de metal, los dos aceros quedaron trabados por un instante. Se separaron con un gruñido por ambas partes, hicieron girar sus caballos y los dos cargaron al mismo tiempo. Hubo otro crujido de aceros que se entrechocaban. Yo intenté alcanzarle en la cintura con mi espada, pero erré el golpe. El caballo de Murdac corveteó y hubimos de encogernos para esquivar sus cascos, que pataleaban en el aire, cerca de nuestras cabezas. Luego el corcel quedó plantado otra vez con las cuatro patas en el suelo y Robin espoleó a su montura y atacó de nuevo con dureza a Murdac. Entonces un jinete de negro, sangrando y sin control, vino a interponerse entre el señor del bosque y el señor de Nottingham, y cuando Robin lo derribó con un fuerte golpe en el casco, vi que Murdac estaba más lejos que antes, arrastrado por la inexorable presión de hombres y caballos sudorosos y trabados en combate. Otro jinete vino contra nosotros, con la lanza en ristre, buscando el flanco de Robin, pero yo desvié el arma con un golpe de mi espada de abajo arriba y a la derecha; el caballo fue a chocar contra nosotros, y al quedar el jinete a mi lado le asesté un fuerte golpe de revés que atravesó su malla. Sentí el crujido del hueso al romperse bajo mi acero. El golpe me hizo perder el equilibrio y me deslicé por la grupa resbaladiza por el sudor del caballo de Robin. Sólo gracias a una rápida contorsión de mi cuerpo, y a la valiosa ayuda de la suerte, pude aterrizar de pie en medio de aquel torbellino de corceles que topaban y hombres que se acometían entre gruñidos. Me di cuenta vagamente de que la larga línea de los caballeros templarios había chocado contra los hombres de Murdac, porque toda aquella vorágine hirviente sufrió de pronto una fuerte sacudida. También pude vislumbrar entre los hombres enzarzados que los jinetes blancos estaban haciendo un gran estrago, hundiendo sus lanzas en las espaldas desprotegidas de sus enemigos.

Pero lo que más me preocupaba en aquel momento era mi propia supervivencia.

Un golpe de maza de un jinete, que hizo volar mi casco, me dejó atontado momentáneamente, y los cascos de un garañón negro rozaron mi cara, pero luego, a Dios gracias, me vi fuera de aquella masa de aceros silbantes y cascos voladores. Empuñé con firmeza el puñal en la mano izquierda y la espada en la derecha, y rogué por poder seguir con vida el cuarto de hora siguiente. La infantería de Robin había alcanzado a la caballería y entró en el remolino de la lucha cuerpo a cuerpo con gritos de «¡Sherwood, Sherwood!». Vi la mirada feroz de un lancero al intentar atravesar con su arma a un jinete negro. No le valió de nada. El jinete se volvió y de un gran tajo con su espada le partió el casco y con él la cabeza por la mitad. Y luego un gran jinete blanco, con una sobreveste reluciente en la que campeaba en el hombro la cruz rojo sangre, pasó al trote a mi lado y alanceó en el costado al jinete enemigo, y la lanza atravesó la malla y dejó al hombre ensartado por doce pies de madera de fresno, aullando de una forma horrorosa. El jinete blanco, cuyo rostro estaba cubierto por el casco cilíndrico con la cimera plana, soltó la lanza, que quedó asomando, vibrante, por el costado del moribundo, y levantó la mano para saludarme antes de desenvainar su espada y espolear a su caballo para unirse a la *melée*. Mientras galopaba en busca de una nueva presa, se volvió hacia atrás y le oí gritar unas palabras que sonaron ligeramente distorsionadas pero familiares:

—¡No te olvides de mover los pies...!

Y ciertamente los moví. También la infantería de Murdac se había sumado a la batalla: un soldado corrió hacia mí ceñudo, con la espada levantada. Trabé su arma con la mía, lo rodeé con dos zancadas y le asesté un golpe horizontal de revés que le rajó la cara por encima de la nariz. Cayó pesadamente hacia atrás, y la sangre corría por entre sus dedos cuando se llevó las manos al rostro. Otro soldado se me enfrentó, paré su estocada sin pensar y hundí el puñal en la parte carnosa de su muslo. Dio un grito, y la sangre brotó con tal fuerza que salpicó mi cara y mi pecho. Intercambié golpes, espada y puñal contra hacha, con un mercenario de rojo y verde. Nuestras armas se encontraron y nuestras caras quedaron a pocas pulgadas de distancia. Le di un cabezazo, de forma que el reborde metálico de mi casco de acero fue a estrellarse contra su nariz, y cayó a mis pies. Otro hombre cargó desde mi derecha enarbolando una pesada espada de hoja ancha, yo doblé la rodilla para evitar su mandoble y hundí mi propia hoja en su cintura, perforando el forro acolchado que le protegía. Cayó de rodillas sobre la hierba ensangrentada frente a mí, y un chorro de sangre brotó de su costado. Di un paso atrás, tiré de la espada para extraerla de su cuerpo, y casi al mismo tiempo paré con el puñal de mi mano izquierda un torpe golpe de hacha contra mi cabeza, del hombre al que había roto la nariz. Me volví contra él, aullando unas palabras de desafío sin sentido, con dos armas ensangrentadas en ambas manos y la cara y el cuerpo bañados en la sangre de otros hombres..., y para mi asombro, soltó

el hacha, dio media vuelta y se dio a la fuga. Me quedé demasiado sorprendido para perseguirle, demasiado cansado también. De pronto ya no había enemigos a mi alrededor, y vi que la victoria era nuestra.

Los templarios se habían hecho dueños del campo. Los caballeros del manto blanco lo recorrían al trote como si no tuvieran otra preocupación en el mundo. La caballería negra y los mercenarios flamencos se retiraban al galope en dirección sur, con el estandarte de Murdac al frente. Robin, descabalgado, estaba a cinco metros de mí luchando con dos hombres a la vez. Su juego de espada era magnífico, casi demasiado rápido para la vista, al parar los golpes de los dos mercenarios de rojo y verde. Antes de que pudiera acudir en su ayuda, atravesó a uno de ellos con una veloz estocada a la garganta, esquivó un violento golpe del otro enemigo, se giró y le dio un tajo en el hombro. Yo me había sentido satisfecho de mi propia habilidad, pero al ver a Robin me quedé atónito de admiración. Aquella distracción estuvo a punto de costarme la vida.

Un hombre alto cargó contra mí a mi espalda. No vi de dónde venía y me cogió totalmente desprevenido, de modo que caí de bruces en el suelo embarrado, pateado por los cascos de los caballos y regado por la sangre de muchos hombres valerosos. Antes de recuperarme de la sorpresa, me encontré boca arriba en el lodazal, cegado a medias por el sudor, la sangre y mi casco, que se había deslizado sobre la frente; había soltado el puñal, y sostenía débilmente la espada en alto en un pobre intento de protegerme. Toda mi ciencia se había esfumado, mientras boqueaba sin resuello en el suelo. Encima de mí, aquel enorme soldado vestido con cota de malla gris asestó un golpe contra mi brazo, y el tiempo se detuvo, pude ver el lento arco trazado por el arma al bajar, la mueca furiosa de su rostro, la mordedura del acero en la carne de mi brazo derecho. Y entonces, surgiendo de la nada, apareció la espada de Robin para parar el golpe, casi demasiado tarde pero a tiempo para impedir un tajo más profundo. Robin apartó la espada del hombre a un lado y, con el mismo impulso, dirigió su propia arma contra el cuello, en el hueco entre el casco y la cota de malla. El hombre se echó atrás, se tambaleó y cayó de rodillas, escupiendo sangre.

También brotaba sangre de mi herida, bañando el forro de mi sobretodo, y Robin se inclinó hacia mí, jadeante pero sin perder su sonrisa. Me tendió la mano derecha y me ayudó a ponerme en pie sobre mis piernas inseguras. La batalla había terminado. Los caballeros templarios, con las ropas salpicadas de rojo y empuñando espadas que goteaban sangre, rodeaban a los prisioneros amenazándolos con sus armas; los últimos jinetes de Murdac desaparecían ya en dirección sur, hacia el castillo de Nottingham y la seguridad; su infantería derrotada corría en busca del refugio del bosque. Muertos y heridos tapizaban el valle, fertilizando el suelo con su sangre. Miré a mi alrededor, asombrado. Era increíble, nuestra última carga desesperada, combinada con la magnífica intervención de los templarios, había cambiado el signo

de la batalla. Pero el precio había sido muy alto. A mi izquierda vi a Thomas, tendido en el barro pegajoso, con una mano apretándose el vientre, que era una masa de sangre oscura y seca. El otro brazo había quedado enterrado bajo su cuerpo. Su fea carota estaba pálida, tensa por la agonía. Corrí hacia él e intenté apartar su brazo para examinar la herida, pero se opuso con una energía sorprendente.

—Déjalo estar, Josué —murmuró—. Déjame.

Sacó el otro brazo de debajo de su cuerpo, y vi con un espanto helado que la mano había quedado seccionada. En el muñón oscuro por la sangre seca, asomaba la punta blanca de un hueso. No parecía tener conciencia de la herida, y se rascó el vientre enfangado con el muñón. Exhaló un solo suspiro, y yo sostuve su cabezota pesada en mi regazo. Sentí una quemazón en los ojos, y una gran punzada aguda de tristeza en mi interior; pero de mis ojos no brotó ninguna lágrima. Contemplé su cara horrenda y amable con los ojos secos, mientras él expiraba. Seguí sentado allí largo rato con la cabeza del hombrón sobre mis muslos, con mi brazo herido que parecía arder, y pensé en todas las desgracias, los dolores y el odio del mundo, mientras la sangre seca se encostraba en mis manos.

Debía de ser ya media tarde cuando me encontró Little John, me aupó a la grupa de un caballo y me acompañó caminando de vuelta a las ruinas destrozadas de la mansión de Linden Lea. Cuando crucé la puerta hundida de la empalizada a lomos de un rocín prestado, sir Richard estaba hablando con Robin.

—Así pues, puedo confiar en que cumplirás tu promesa, ¿verdad? —le oí decir.

—Sí, la cumpliré como tú has cumplido la tuya —respondió Robin con voz cansada.

Sir Richard me hizo un gesto de saludo y luego se alejó al trote corto para reunirse con sus hombres, formados en el exterior de la mansión y a la espera de salir en persecución de sir Ralph por el camino de Nottingham.

Robin se acercó e insistió en vendar él mismo mi brazo herido. Aunque puso todo su cuidado al hacerlo, rió en voz baja cuando se me escapó un gemido de dolor, y el corte en la cara que tenía desde el día anterior se abrió al sonreír, de modo que algunas gotas de sangre dejaron un surco en su mejilla sucia. Cuando hubo acabado de lavar mi brazo con vino y de envolverlo en vendas limpias, dijo:

—Entre el robo de empanadas, los lobos de Sherwood y estas infames peleas cuerpo a cuerpo, parece que Dios quiere de verdad llevarse esta mano, Alan. Pero se la he negado tres veces..., y no se la llevará mientras me queden fuerzas.

Me dio una palmada en el hombro y se fue a atender a otras personas con heridas más graves.

Lo cierto es que no podía decirse que estuviéramos en buena forma; apenas podía encontrarse un hombre que no padeciese heridas de alguna consideración. Hugh cojeaba debido a una lanzada en su pierna derecha. John tenía un tajo en el brazo

izquierdo, tan profundo que casi llegaba al hueso. Habíamos perdido unos cuarenta hombres en la última salida y sus cuerpos estaban tendidos en fila. También los hermanos Ket the Trow y Hob o' the Hill habían muerto, y sus pequeños cuerpos estaban juntos un poco aparte de los demás, para ser objeto de un enterramiento pagano. Sólo Tuck, el indomable Tuck, estaba ileso. Sentado sobre un barril de cerveza, comía un gran pedazo de queso rodeado por sus dos mastines *Gog y Magog*, y vigilaba a un prisionero. Era Guy de Gisborne.

El muchacho —el hombre— que me había torturado, humillado y despojado de mi orgullo en aquella maloliente mazmorra de Winchester estaba tirado en el suelo como una basura, con las manos atadas, entre los dos enormes perros. Se enfrentaba a la muerte de los renegados de la banda de Robin con toda la dignidad que podía reunir. Tenía tumefacto todo un lado de la cara, supuse que por un golpe brutal que le había dejado inconsciente, pero antes de que yo pudiera sopesar su mala suerte al ser capturado en lugar de morir directamente en la batalla, me vio y al tiempo que me gritaba «¡Alan, ayúdame!», intentó ponerse en pie. Los dos perros emitieron un gruñido profundo y terrible como la venganza de Dios, y Guy se dejó caer de nuevo en el suelo. Yo le volví la espalda y me alejé.

Nos aseamos, comimos, bebimos y descansamos aquella tarde calurosa en Linden Lea, y muchos de los nuestros, demasiados, murieron de sus heridas. Al atardecer, Robin nos reunió en el patio a todos los que podíamos caminar. A sus pies estaba la figura desamparada de Guy de Gisborne, que parecía desear que el suelo se lo tragara allí mismo.

—Hemos luchado y hemos vencido —dijo Robin, en tono de arenga—. Y muchos han muerto. Después de la victoria viene la justicia. Aquí, ante vosotros está un hombre que fue en otro tiempo vuestro camarada, pero que hoy ha combatido en las filas del enemigo; este hombre que fue un día amigo vuestro y que compartió nuestro pan, es un traidor. ¿Qué vamos a hacer con él?

En el patio resonaron voces como: «¡Cocedlo vivo!», y «¡desolladlo!», y «¡colgadlo, arrastradlo y descuartizadlo!». Un bromista aulló: «¡Cuéntale uno de nuestros chistes!».

Robin levantó una mano para pedir silencio:

—Muy bien —dijo—. Su castigo será...

Y entonces grité yo:

—Espera, espera. Reclamo su vida. Reclamo su vida en combate singular.

No sé por qué lo hice; podía haberme quedado sentado y ver como mi enemigo recibía la muerte cruel que había merecido. Incluso me habría divertido. Pero me conmovió su aire patético, la forma como me había pedido ayuda antes, y tal vez en mi interior se agitaba un sentimiento de culpa. De no haber tramado yo su expulsión de la granja de Thangbrand con el rubí robado, tal vez hoy él habría luchado a nuestro

lado.

De modo que repetí:

—Reclamo su vida. Lucharé con él y lo mataré en combate singular, si el prisionero acepta.

Robin me dirigió una mirada de extrañeza:

—¿Estás seguro? —dijo—. ¿Y tu brazo?

—Está perfectamente —dije, aunque estaba muy lejos de sentirlo. El corte ardía, sentía débil el brazo y temblaba en el momento mismo de lanzar en voz alta esta absurda bravata—: Mi espada exige su vida.

—Muy bien —dijo Robin—. El prisionero se enfrentará en combate singular a nuestro hermano Alan. Las espadas serán las únicas armas permitidas. Si vence, quedará en libertad. —Hubo un murmullo de protesta entre la multitud al oír aquello, aunque muchos parecían pensar que un buen duelo a ultranza con espadas era la mejor diversión posible para remate de un día tan sangriento como aquél—. ¿Acepta el prisionero el desafío?

Guy alzó su cara magullada ante el extraño giro que habían tomado los acontecimientos. Me miró de reojo, recordando sin duda las muchas veces que me había vencido en el patio de ejercicios de la granja de Thangbrand. Sonrió a medias, una simple mueca de sus labios resecos.

—Acepto —dijo.

A mi espalda oí una voz ronca que me susurraba al oído:

—Por las pelotas hinchadas de Dios que estás loco, joven Alan. No te preocupes; le harás trizas con facilidad, pero si te ocurre algún percance y vence él, le rebanaré la cabeza en un santiamén.

Tanto Guy como yo nos quitamos túnica y camisa y luchamos a pecho desnudo en el crepúsculo cálido. Robin había hecho colocar antorchas encendidas para que no faltara la luz, y yo me vi enfrentado a punta de espada con mi enemigo de la niñez, en el interior de un círculo de proscritos que me jaleaban. Mientras nos observábamos el uno al otro, sentí el peso de mi espada por primera vez en meses; el tajo en el brazo me había debilitado más de lo que suponía, y estaba cansado hasta la médula de los huesos después de dos días de lucha. Pero entonces Guy habló en voz baja, para que sólo yo pudiera oírle:

—Me divirtió oírte cantar en Winchester, pequeño *trouvere*; o mejor dicho, oírte chillar.

Dirigió una mirada a las cicatrices de las quemaduras en mis costillas desnudas y, al recordar aquella grave humillación, y el calor del hierro candente junto a mis partes íntimas, sentí por primera vez en mi interior una explosión sorda de rabia. «Muy bien —pensé—. Ahora sí podré matarte». Cualquier compasión, cualquier debilidad que hubiera sentido antes, quedó borrada por sus palabras. Dábamos vueltas el uno en

torno del otro, con los aceros desnudos en las manos, y sentí invadido todo mi ser por la fuerza que genera el puro odio. Quería su sangre, quería sus tripas en la punta de mi espada. Lo quería moribundo, suplicando por su vida frente a mí, en el polvo del patio, delante de mis amigos y camaradas.

Entonces saltó sobre mí, y fue tan rápido como yo lo recordaba; un veloz torbellino de golpes que paré con la espada de mi brazo herido. Por Dios que era fuerte, y estaba luchando por su vida, y había aprendido un par de cosas desde los días que pasamos juntos en la granja de Thangbrand. Pero también yo había hecho lo mismo.

Me atacó abajo por el lado de mi mano derecha, con una serie de golpes a dos manos contra mi espada. Por suerte más que por destreza, pude zafarme y nos separamos, jadeantes los dos. Miré el vendaje de mi antebrazo y vi consternado que volvía a sangrar y se había formado una gran mancha carmesí sobre el lino blanco. Me atacó de nuevo, esta vez por el lado izquierdo, y luego a izquierda y derecha en rápida sucesión. Me obligó a retroceder, los proscritos se apartaban detrás de mí, e intentó acorralarme junto a un resto de empalizada para allí poder acabar conmigo.

Entonces cometió un error; debía de estar cansado también, porque midió mal un golpe con la espada y durante una fracción de segundo su guardia quedó expuesta, y yo rasgué con un golpe de través su pecho desnudo. No fue un corte profundo, pero sí largo, una pulgada más o menos por encima de sus pezones, y produjo mucha sangre. La multitud lo acogió con un gran rugido animal de aprobación. Primera sangre para mí. El dirigió abajo la mirada, completamente sorprendido al ver la sangre que cubría su pecho desnudo y su vientre. Y entonces atacé yo, utilizando una combinación de tajos y estocadas que me había enseñado sir Richard. Guy pareció desconcertado ante aquel cambio de actitud por mi parte. En su interior, creía que yo seguía siendo aún el ladrón mocososo que fue una víctima fácil de sus abusos tan sólo un año antes. O la víctima implorante que suplicaba en una mazmorra de Winchester. Pero yo ya no era aquel chico. Era un hombre, miembro de pleno derecho de la banda de Robin, un guerrero. Intentó un contraataque desesperado para romper mi pauta de tajo y estocada, pero fue otro error. Esquivé su espada con un movimiento de cabeza y dejé caer el filo de mi arma sobre la parte carnosa de su bíceps derecho. Rugió de dolor, dejó caer la espada y pude matarlo allí mismo. La multitud sedienta de sangre me gritó que lo matara. Pero no golpeé. Oí de nuevo sus risas ante mi humillación, mi agonía de cuerpo y alma en aquel calabozo, y no quise concederle el beneficio de una muerte rápida.

Le permití recoger la espada con la mano izquierda y seguir luchando. Pero después de aquel tajo en el brazo, Guy quedó a mi merced. No sabía manejar la espada con el brazo izquierdo, y en tres pases le hice un nuevo corte en el pecho, otro en el costado, le di una puntada en el músculo de la pantorrilla y, con un desdeñoso

floreo de la muñeca, le hice un corte profundo en el lado de la cara que no tenía hinchado. Ahora él cojeaba, y lloraba. Podía ver su muerte en mis ojos. Su defensa era inexistente, apenas movía los pies, y yo pude darle a placer un nuevo tajo en el hombro izquierdo. Ahora, debilitado por la pérdida de sangre, casi no podía levantar la espada. Entonces, de pronto, toda mi rabia desapareció. Aquí, frente a mí, tenía a un hombre vencido, que sangraba por media docena de heridas, con el brazo derecho inútil, humillado. Ya había tenido mi venganza.

Estaba allí jadeante, apoyándose en su espada clavada en el polvo, esperando el golpe mortal como un ternero en el matadero. Sentí disgusto por mí mismo; no era así como se comportaba un guerrero, atormentando a un enemigo vencido. Me aparté un paso de él y recorrí con la mirada el círculo de caras sedientas de sangre de los espectadores. Las señales de la batalla reciente y la luz de las antorchas les daban un aire maligno: parecían un círculo de demonios iluminado por un resplandor siniestro. Empezaron a cantar: «Mátalo, mátalo, mátalo...». Pero no quise seguir tomando parte en su sangrienta diversión y dije en voz alta:

—He terminado. Dejadle ir. El combate se ha acabado. Soltadlo.

Y volviendo la espalda a aquellos restos sangrantes de mi infancia, empecé a caminar hacia la mansión.

Entonces alguien gritó mi nombre, y di media vuelta a toda prisa. Guy había levantado su espada con la mano izquierda y cargaba contra mí a través del patio iluminado por las antorchas, con un grito inarticulado de rabia y humillación en la garganta. Dirigió con fuerza la espada contra mi cabeza, pero yo la esquivé con facilidad y respondí con una estocada a fondo, que atravesó su pecho ya tinto en sangre. Su propio impulso lo arrojó contra mi espada, y sólo se detuvo a pocas pulgadas de mi cuerpo, frente a frente las dos caras, lo bastante cerca para darnos un beso. Pude ver la luz de la muerte en sus ojos, y sentí un último escalofrío de odio que me hizo inclinarme hacia él y susurrarle al oído:

—Fui yo quien colocó el rubí entre las ropas de tu cofre, Wolfram. Llévate contigo esa noticia al infierno.

Se ahogó en sangre, de sus labios salió un hilo carmesí. Vi que intentaba hablar, maldecirme, y de pronto se derrumbó de espaldas en el suelo, muerto, con mi espada clavada aún entre sus costillas y la empuñadura señalando el cielo.

Capítulo XX

La gran sala del castillo de Winchester estaba perfumada con el aroma de las flores y de las velas de cera de abeja. Hierbas aromáticas esparcidas por el suelo añadían una nota característica a los olores penetrantes de aquella feliz celebración. Los ropajes de brillantes colores de la realeza y su séquito de nobles personajes resultaban deslumbrantes, sólo superados por los espléndidos tapices tejidos con hilo de oro y de plata que colgaban de los muros. Yo participaba tan gozosamente como todos en aquel despliegue de colorido con unas calzas nuevas de color verde y amarillo y una espléndida túnica escarlata con brocado de hilo de plata, que casi me llegaba a los tobillos. Mis pies iban calzados con zapatos ligeros de piel de cabrito, y adornaba mi cabeza con un bonete suave de lana de color escarlata que colgaba a un lado de una manera que me pareció magnífica y aristocrática.

Casi me sentía tan satisfecho con mi atuendo como lo estaba por ser testigo de la boda del conde y la condesa de Locksley. Robin y Marian, vestidos respectivamente con suntuosos ropajes de seda de color verde y azul, estaban de pie en un extremo de la sala, y recibían la bendición de un solemne sacerdote vestido de negro; un hombre bajo y robusto que tenía un asombroso parecido con el hermano Tuck, un conocido monje galés del que se rumoreaba que en tiempos había tenido tratos con forajidos.

Ninguno de nosotros era ya un proscrito. Robin, como prometió, había conseguido el perdón para todos los supervivientes de la terrible batalla de Linden Lea, librada hacía seis semanas. El rey Ricardo —todos lo llamábamos así, aunque su coronación en la abadía de Westminster no iba a tener lugar hasta una semana después— había llegado a un acuerdo con Robin, avalado por sir Richard. Varios grandes cofres llenos de peniques de plata habían cambiado de manos, por un valor que algunos estimaban en cinco mil libras. Robin había prestado homenaje al rey, y a cambio de ciertas promesas y seguridades, había obtenido un perdón completo para él mismo y para todos sus hombres. También se le había concedido la mano de su querida Marian, y el condado de Locksley por añadidura. En su condición de conde, ahora era una persona eminentemente respetable y un poderoso magnate, y el propio rey estaba ahora, junto a su madre, Leonor, y su hermano Juan, presidiendo la ceremonia, sentados los tres en grandes siales de roble, regios testigos de la boda de su vasallo más reciente.

Me sentí casi abrumado ante la presencia del rey. Era un hombre magnífico: alto,

bien parecido, de rostro arrogante, de unos treinta años de edad, con cabellos de un rubio rojizo y ojos azules, y el aspecto de un hombre habituado al ejercicio. Era sin discusión un hombre de acción, famoso como notable guerrero, hábil estratega y un hombre que adoraba la música y la poesía. Junto al rey, removiéndose inquieto en su sitio, estaba su bastante menos impresionante hermano menor, Juan, el más joven de los hijos del rey Enrique, que llevaba el título de lord de Irlanda. De poco más de veinte años, era mucho más bajo y menos robusto que su hermano mayor, y su cabello rojizo tenía un tono más oscuro. Mientras yo miraba al príncipe Juan, algo le irritó y le hizo llevarse la mano al pomo de la gran daga incrustada de joyas que llevaba al cinto, y su cara dibujó una mueca de petulancia infantil. La reina Leonor era el único miembro de la familia real que parecía alegrarse de verdad de la unión de Robin y Marian. Su hermoso rostro, respetado por la edad, resplandecía ante la visión de la feliz pareja mientras Tuck unía sus manos bajo una tira de seda blanca bendecida, y declaraba en voz alta ante la asamblea allí reunida que eran marido y mujer. También yo me sentía feliz, porque mis sentimientos hacia Marian habían sufrido un cambio sutil desde que Robin, Reuben y yo la rescatamos de la torre de la muralla. Seguía amándola, pero mi mentecata adoración se había transformado en el sentimiento cálido que había sentido por mis propias hermanas. Me sentía feliz porque ella lo era.

Goody, que parecía haber crecido seis pulgadas en las pocas semanas transcurridas desde la última vez que la vi en Winchester, tenía un aspecto angelical vestida de azul con una toca blanca a juego con la de Marian, y estaba colocada al lado de su señora portando un gran ramo de rosas blancas. Había tenido ocasión de verla antes, aquel día, y quise darle un fuerte abrazo, pero ella me rechazó y me dijo en tono severo que, como ahora era una auténtica dama, lo adecuado era saludarla con una profunda reverencia, y nada más. Me entraron ganas de ponerla boca abajo sobre mis rodillas y darle una azotaina, pero a fin de cuentas, tal vez teniendo prudentemente en cuenta lo que sabía que era capaz de hacerle a un hombre con un puñal, decidí seguirle el humor. De modo que le hice una reverencia profunda, aunque con una sonrisa irrespetuosa, y la llamé milady.

Fulcold, resplandeciente en su vestido de lana de color azul celeste, asistió a la ceremonia formando parte del séquito de Leonor. Se alegró mucho de verme con buena salud, y nos abrazamos como amigos. También sir Richard estaba presente, con una docena de caballeros de su orden, todos vestidos con sobrevestes de un blanco impoluto. Y Robert de Thurnham, mi salvador en el calabozo de Winchester, y ahora uno de los hombres de confianza del rey, me dirigió un saludo amistoso desde el nutrido grupo del séquito real, colocado a un lado de la sala.

Reuben envió una sustanciosa bolsa de oro como regalo de boda y una nota en la que decía sentirse desolado por el hecho de que sus negocios en York le impidieran

asistir a la celebración. Era una conducta prudente. Por su condición de judío, no habría sido bien recibido por los nobles invitados a aquella ceremonia cristiana. El hermano de Robin, lord William, también envió excusas, pero no razones para su ausencia. Todos decidimos que se estaba comportando como una persona maleducada. Tal vez la razón auténtica de su ausencia era que, al ser un simple barón, su hermano menor (el conde Robert) tenía ahora un rango superior al suyo.

Bernard de Sezanne parecía en excelente forma: hacía chistes malos, tarareaba fragmentos de canciones y apenas bebía. Con permiso de su real protectora, él y yo actuamos juntos aquella noche, en la fiesta de la boda. Toda la mañana me estuvo repitiendo el gran honor que suponía actuar ante el rey. Me puso físicamente enfermo de los nervios, y no me ayudó al respecto el recuerdo de mi última representación en Winchester, ante Murdac y Guy.

Sir Ralph Murdac había huido de Nottingham. Después de la batalla de Linden Lea, fue perseguido hasta las puertas de la ciudad por los hombres de sir Richard, y allí se hizo fuerte en el torreón y desafió a los templarios durante más de un mes. Pero ante la noticia de que el rey Ricardo había desembarcado en Inglaterra y se dirigía al norte hacia Nottingham al frente de todo su ejército, Murdac juntó sus cofres repletos de dinero y a algunos hombres leales, y huyó hacia la protección de unos parientes en Escocia. Había sido informado, por los templarios naturalmente, de que el rey deseaba interrogarle sobre el paradero de los cuantiosos tributos que había recaudado en el Nottinghamshire y el Derbyshire el año anterior, alegando que habían de servir para financiar la gran expedición a Tierra Santa. Murdac, según habíamos de descubrir más tarde, se había gastado buena parte del dinero del rey en los mercenarios flamencos, que después de la marcha de Murdac cerraron un nuevo trato con el rey Ricardo y pasaron a entrar a su servicio sin un solo parpadeo. Los ministros del rey, según se informó al sheriff, pensaban que sir Ralph se había excedido en mucho en las cantidades exigidas para aquel tributo, y el rey pensaba escarmentarlo para dar ejemplo. Murdac hizo bien en escapar, por lo que averigüé más tarde; en efecto, Ricardo tenía intención de destituirlo, pero no porque estuviera particularmente furioso con el escamoteo de sus dineros por parte del sheriff. De hecho, los planes del rey incluían el cambio de más de la mitad de los funcionarios territoriales importantes de la Corona en Inglaterra, tan sólo como un medio para recaudar más dinero. Ricardo necesitaba con urgencia ese dinero para financiar su guerra santa, y un nuevo sheriff, condestable o arzobispo pagaría con gusto al rey una prima sustanciosa por su nombramiento. Un rico caballero llamado Roger de Lacy había empezado a negociar su nombramiento de sheriff del Nottinghamshire antes incluso de que Murdac empezara a hacer el equipaje.



El anuncio de Tuck de que Robin y Marian eran marido y mujer fue acogido con grandes vítores y felicitaciones por parte de los presentes, más algunas sugerencias groseras para la noche de bodas. Hugh, el piadoso obispo de Lincoln, sentado cerca de los invitados reales, frunció el entrecejo ante aquella increíble profanidad, y Robin hubo de contener a sus hombres con un ademán, para restaurar el orden. Entonces el venerable obispo se levantó de su asiento. Hugh era un hombre alto y flaco, apasionado e impávido, y después de una corta bendición a la unión de Robin y Marian, lanzó una vibrante arenga acerca de Tierra Santa, y exhortó a los presentes a tomar la cruz y acompañar al rey Ricardo a la gran expedición para rescatar Jerusalén de manos del infiel.

La mayoría de la gente acogió con bostezos el sermón —los curas llevaban ya dos años predicando lo mismo—, pero un hombre al menos pareció mostrar un interés inusitado. Robert, el conde de Locksley, estaba al parecer atentísimo a las palabras del clérigo. Cuando el viejo obispo terminó su discurso con las palabras: «¿Quién quiere tomar de mis manos este símbolo de la fe, y prometer que con la bendición de Dios no descansará hasta haber recuperado Jerusalén?», Robin saltó de su asiento.

—Por Dios, yo lo haré —dijo en voz alta y con acento sincero. Y arrodillado delante del obispo Hugh, recibió su bendición y una tira de tela roja cortada en la forma de la cruz.

—Lleva este símbolo del amor de Cristo en tu manto, hijo mío —dijo el obispo—, y recuerda que obtendrás el perdón por tus muchos pecados y un lugar en el paraíso si mueres en el curso de ese peligroso viaje en el nombre de Dios.

La mirada de Robin se cruzó con la mía mientras el prelado le hacía aquella promesa, y juraría que, a pesar de la solemnidad del momento, mi señor me guiñó un ojo.

Otros caballeros se adelantaron a recibir la cruz, pero de alguna forma el protocolo de la ceremonia quedó roto cuando el rey Ricardo se levantó de su sitio, cruzó la sala a largas zancadas y dio un fuerte abrazo a Robin, sonriendo como un saltimbanqui regio. De alguna manera, en los pocos días que ambos habían pasado en el castillo, el rey Ricardo y Robin se habían hecho rápidamente amigos. El príncipe Juan, que seguía sentado, observó cómo los dos se daban mutuamente cariñosas palmadas en la espalda, y su cara adoptó una expresión desdeñosa. La reina Leonor se acercó a dar la enhorabuena a Marian, que parecía más feliz de lo que nunca la había visto. Yo esperaba que se hubiese quedado sorprendida, e incluso contrariada, por la repentina decisión de Robin de ir a combatir a una guerra en la otra parte del mundo, tal vez para no volver nunca; pero no dio el menor signo de angustia. Y así me di cuenta, claro está, de que todo aquel asunto había sido una representación teatral.

Robin había hecho un trato con sir Richard en la noche terrible del primer día de

la batalla, mientras nos cuidábamos nuestras heridas y esperábamos la muerte a manos de los soldados de Murdac para cuando amaneciera de nuevo. Y Bernard, por supuesto, había sido el emisario de sir Richard. También yo había desempeñado un papel, casi sin saberlo. La paloma que solté al amanecer, con su delgada cinta roja, había sido la señal para sir Richard de que Robin aceptaba su proposición. Bernard me lo explicó todo en los días que siguieron a la batalla, cuando hubimos recuperado nuestras fuerzas lo suficiente para limpiar el fétido campo de batalla de los cientos de muertos esparcidos en él y darles una sepultura decente.

—Todo ha sido una cuestión de palanca, en realidad —me dijo Bernard mientras yo cargaba sobre mi hombro el cadáver de un anciano flaco—. La aplicación de la cantidad justa de presión en el momento adecuado. Desde luego, los templarios son maestros en ese género de cosas y, de una manera o de otra, casi siempre consiguen lo que se proponen.

Bernard se comportaba aquel día con una presunción insufrible, y yo sospechaba que se debía a una nueva conquista entre las damas de la reina Leonor. No quiso arrimar el hombro en la ingente tarea de llevar los muertos a una fosa común, sino que anduvo revoloteando alrededor de mí y mi equipo de arqueros, charlando feliz sin parar y estorbándonos mientras arrastrábamos los cadáveres al lugar de su descanso definitivo. Cuando hicimos una pausa para echar un trago de vino, continuó:

—En este caso, sir Richard deseaba desde hace mucho que Robin le acompañara en su gran aventura sagrada. Sobre todo quería a sus arqueros, ya ves. Quería a los hombres capaces de hacer esto —señaló un cuerpo, el de un caballero vestido con cota de malla y con los colores de Murdac, atravesado por una docena de flechas—. Ese zorro astuto probablemente estuvo tramando la manera de hacer tomar la cruz a Robin desde que fue capturado.

Bernard soltó una risita y luego, con un gesto despreocupado, se echó al coleteo una pinta de vino de Burdeos.

Después de despedirse de nosotros en Linden Lea antes de la batalla, me contó Bernard, sir Richard había ido a reunirse con sus hermanos templarios y con la reina Leonor y su séquito, en el castillo de Belvoir, más o menos a veinte millas al sudeste de Nottingham. Allí se enteró de que Murdac había reforzado su ejército con cuatrocientos mercenarios flamencos, tropas de caballería y ballesteros. Se dio cuenta de que, al ser el ejército de Murdac tan inesperadamente fuerte, Robin estaba condenado casi con toda seguridad a ser aniquilado en la inminente batalla, y eso, sin contar la amistad que le unía a Robin, no convenía en absoluto a los planes de sir Richard. De modo que despachó a Bernard con un caballo veloz para llevar un mensaje a Robin. Sir Richard acudiría con una tropa poderosa de caballeros templarios en ayuda de Robin, si a cambio Robin prometía contribuir con una banda

de arqueros mercenarios y de caballería á la santa peregrinación a Ultramar, el año siguiente. Robin no tenía más opción que aceptar la oferta de sir Richard, y con la comedia de tomar la cruz de manos del obispo de Lincoln, hoy el conde de Locksley reafirmaba su intención de cumplir su parte del trato.



Cuando acabó la ceremonia, Robin reunió a sus capitanes en una pequeña habitación que servía de despensa, algo aparte de la gran sala en la que pronto íbamos a cenar acompañados por todo el esplendor de nuestros reales invitados. Hugh, Tuck, Little John, Will Scarlet y yo nos apretujamos en aquel pequeño espacio, y nos servimos con toda libertad de los barriles de cerveza abiertos que había allí. Hugh alzó una jarra de madera rebosante de líquido y dijo en tono jovial:

—Creo que todos deseamos felicitar a mi hermano por su boda y desearles a él y a su encantadora esposa Marian largos años de felicidad. ¡Por Robin y Marian!

Todos bebimos menos Robin, que dejó su jarra sin probarla.

—Tenemos un asunto por concluir, antes de celebrar mi boda —dijo Robin con una voz tan fría como el hielo. Miraba directamente a Hugh. Me di cuenta entonces de que John y Tuck se habían colocado uno a cada lado del hermano mayor de Robin, casi como dos carceleros.

—¿Qué asunto es ése? —preguntó Hugh en tono alegre.

—Sé que fuiste tú, Hugh —dijo Robin con voz ronca—. Primero fue sólo una sospecha, y la rechacé. Me dije a mí mismo: mi propio hermano no me traicionaría, nunca. Mi propia carne y mi propia sangre, un hombre al que he ayudado, salvado, amado... El traidor no puede ser él. —Hizo una pausa y su mirada se clavó en su hermano, esperando que hablara. Hugh no dijo nada, pero la sangre se había ido retirando poco a poco de su semblante—. Pero luego, en Linden Lea, me engañaste sobre el número de enemigos que se enfrentaban a nosotros. Me dijiste que probablemente los flamencos no llegarían hasta al cabo de una semana.

—Fue un error —dijo Hugh—. El trabajo de espionaje nunca es exacto. Mis fuentes me dijeron...

Robin le interrumpió:

—Los hombres bajo el mando de Murdac eran casi el doble de lo que habíamos supuesto. El mangonel... —Robin parecía perfectamente tranquilo, pero hubo de hacer una pausa y respirar—. No estábamos engañando a Murdac para hacerle caer en una trampa mortal; era él quien nos engañaba a nosotros. Sir Ralph sabía lo que planeábamos desde el principio..., porque tú se lo habías contado.

Huh sacudía frenéticamente la cabeza.

—No fui yo, Robin, lo juro. Tiene que haber sido otro...

—Sé que fuiste tú. No me insultes aún más con simulaciones. Admite la verdad. Por una vez, Hugh, admite la verdad.

—Juro..., juro en nombre de Jesucristo nuestro Salvador...

—¡Basta! —La voz de Robin restalló en la pequeña despensa. Arrimó un banco que estaba junto a la pared, pasó el brazo por los hombros de Hugh, le hizo sentarse y tomó asiento a su lado—. Hugh —dijo en tono cansado y amable, como un padre que se dirigiera a un hijo testarudo—, eres mi hermano y te quiero, pero sé que has sido tú. Dime sólo por qué lo has hecho, y juro que no te haré ningún daño. Lo juro por todo lo que más quiero.

—Pero Robin... —empezó a decir Hugh, y en su voz había un temblor de súplica. Robin le hizo callar llevándose un dedo a los labios.

—Dime sólo por qué lo has hecho, y no te haré ningún daño. Sólo dime por qué. Por favor. Por favor, Hugh. ¿No fui amable contigo, no te ayudé cuando estabas hundido, no te levanté...?

De pronto Hugh se irguió en su banco, y rechazó el brazo que Robin había pasado sobre su hombro.

—Yo soy el hermano mayor —gritó—. Soy mayor que tú. Primero William, luego yo, y luego tú. Ese es el orden correcto. Así lo dispuso Dios. Y mírate ahora, mi hermano pequeño es un conde y cuenta con la amistad del rey. —Su voz tenía un tono sarcástico—. Aún recuerdo cuando ensuciabas los pañales y mamabas de la teta de la nodriza. Y ahora..., ahora... —Las palabras parecían faltarle a Hugh—. Tú lo tienes todo y yo no tengo nada. Ni casa, ni fortuna, ni mujer, ni hijos. Soy un lacayo, un criado... ¡tuyo!

—¿Cuándo se puso Murdac en contacto contigo? —preguntó Robin en voz baja. En la habitación todos estábamos conmocionados por las palabras de Hugh. El hombre dejó caer entre las manos su cabeza medio calva. Robin no dijo nada. El silencio se alargó más y más, y se hizo delgado y tenso hasta un punto insostenible.

—No lo entiendes —dijo Hugh con esfuerzo, levantando la cabeza de golpe—. Lo hice por ti, para salvar tu alma. Tu alma inmortal se encuentra en un peligro terrible con toda esa turbia brujería que practicas, esa diabólica adoración pagana. Tú piensas que no es más que fingimiento, pero estás equivocado..., estás muy equivocado. Es abominación. Estás condenando tu alma al infierno por toda la eternidad con esas prácticas inmundas. También das mal ejemplo a otros, a simples campesinos, que así echan a perder sus posibilidades de salvación. Dijeron, Murdac lo dijo, que la Iglesia te acogería con júbilo, que Cristo te abriría los brazos. Te absolverían de todos tus pecados antes de morir y te garantizarían la vida eterna. En el paraíso, en compañía de los santos. ¡Eso es lo que yo he querido para ti! He querido salvarte.

—¿Cómo entró Murdac en contacto contigo? ¿Cuándo? —repitió Robin en voz

baja.

—No lo entiendes. —Hugh casi se había puesto a gritar ahora—. No lo entiendes; fui yo quien se puso en contacto con él. Alguien tenía que detenerte. Después de que humillases a su gracia el obispo de Hereford, un hombre santo, y dieses muerte a sus sacerdotes, supe que estabas en peligro de condenarte. Tenía que actuar. Tenía que hacerlo. Me prometieron que te salvarías; que cuando fueras capturado recibirías la bendición de la Santa Madre Iglesia y tu alma estaría en compañía de Cristo para la eternidad. —De pronto, Hugh empezó a sollozar—. En compañía de Cristo —repitió.

—¿Y Thangbrand? ¿Y Freya? ¿Y todos esos hombres y mujeres acuchillados en la nieve? ¿Querías salvar sus almas, también? —preguntó Robin, con una calma helada.

—Estaban ya condenados; eran proscritos sin Dios, paganos, asesinos de sacerdotes...

—Eran tus amigos —estalló Robin. Se levantó del banco. Su actitud amistosa había desaparecido—. Ya he oído bastante —dijo con una voz vacía como una tumba. Hizo ponerse en pie a Hugh de un tirón—. Aléjate de mi vista —ordenó, y lo empujó hacia la puerta de la despensa—. Si vuelvo a verte otra vez, juro que te mataré al instante. Ahora, lárgate.

Hugh miró a su alrededor con ojos inexpresivos, húmedos de lágrimas. Robin se dio la vuelta, y sólo por un instante pude ver en su rostro una expresión de inmensa tristeza, antes de que de nuevo la cubriera una máscara de frialdad. Entonces, dando la espalda a su hermano, repitió:

—¡Lárgate!

Hugh se volvió con el cuerpo flácido, derrotado, y se dirigió muy despacio a la puerta.

Todos nos apartamos para dejarle paso, como si nadie deseara tocarlo. Pero, de golpe, noté que algo se movía a mi izquierda, y John pasó a mi lado como un vendaval de furia musculosa. Dio dos pasos, extendió sus grandes manos y atenazó con ellas el cuello de Hugh, en el momento en que el hermano de Robin llegaba ya a la puerta. Y apretó. Cada onza de fuerza de su poderoso cuerpo se concentró en la doble tenaza que cubría todo el espacio existente entre la barbilla y los hombros de Hugh. Nadie se movió; todos nos quedamos paralizados por la sorpresa. El rostro de Hugh empezó a hincharse y colorearse, primero de un tono rojo subido, luego púrpura, y luego aún, de un gris azulado. Sus manos se aferraron a los grandes puños de John, y arañaron y forcejearon en un intento de liberarse de la presión que no le permitía respirar. De pronto hubo un horrible crujido, la cabeza de Hugh se venció hacia un lado y al mismo tiempo oímos el rumor de un flujo apestoso y toda la despensa quedó invadida por el hedor del contenido de sus intestinos al vaciarse. La orina goteaba por sus tobillos y formó un charco amarillo a sus pies. John sacudió el

cuerpo una vez, haciendo oscilar la cabeza inerte, y luego lo soltó sobre el charco del suelo.

—John..., ¿qué has hecho? —preguntó Robin. Su voz era débil, insegura, temblorosa. Parecía la de un anciano. Nadie se movió aún. Luego John se inclinó un momento sobre el cadáver. Tenía un cuchillo en la mano y le vi abrir la boca del muerto, tirarle de la lengua y cortarla de raíz de un tajo. Luego soltó la cabeza, que fue a dar en el suelo de piedra con un golpe sordo.

—Le di mi palabra de que no le haría ningún daño —dijo Robin. Su voz tenía un tono incrédulo; parecía espantado por lo que había hecho John.

—Por los testículos colgantes de Dios, yo no se la di —dijo John, al tiempo que metía la lengua cortada en la bolsa de su cinturón—. Tenía que morir, lo merecía más que nadie. ¿Y tú le habrías perdonado? ¿Tú? Merecía morir, si no por ti, por toda la buena gente, tu gente, que murió en Linden Lea. He hecho justicia.

Robin todavía parecía trastornado por la muerte de su hermano. Miraba fijamente el cuerpo. Por primera vez desde que lo conocía, mostraba signos de debilidad.

—Soy conde ahora —dijo despacio—, un compañero del rey, un caballero que ha tomado la cruz. Ya no soy un proscrito común, un asesino. He luchado mucho, y muy duro, para llegar a este punto... ¿Puede un conde faltar a su promesa, asesinar a su hermano, mutilar a hombres?

—Según mi experiencia, eso es exactamente lo que hacen los condes —aseguró John.

Nota histórica

El domingo 13 de septiembre de 1189, Ricardo, duque de Aquitania, fue coronado rey de Inglaterra en la abadía de Westminster en medio de una inmensa aclamación popular. De inmediato comenzaron los preparativos para embarcarse en lo que las generaciones posteriores iban a llamar la Tercera Cruzada. Al morir Enrique II había dejado un tesoro considerable en Inglaterra, pero Ricardo, su belicoso hijo, necesitaba mucho más dinero para la gloriosa aventura que se disponía a emprender.

A pesar de ser el nuevo rey de Inglaterra, el corazón de Ricardo siempre estuvo situado más al sur, en la tierra natal de su madre, Aquitania, y durante sus diez años de reinado no pasó más de diez meses en su reino del norte. Es más, parece haber considerado a Inglaterra como una especie de enorme hucha, valiosa sólo por el dinero que se podía sacar de ella. Sin embargo, para financiar su cruzada Ricardo no pudo aumentar los impuestos sobre el pueblo inglés: el diezmo de Saladino, creado por su padre en 1187 para costear una futura expedición para rescatar Jerusalén, había dejado prácticamente exhausto al país. De modo que Ricardo decidió vender al mejor postor todos los títulos, derechos y prebendas que dependían de su elección: una práctica regia perfectamente normal en el siglo xv. Roger de Howden, un cronista contemporáneo, escribió de Ricardo: «Puso en venta todo lo que tenía: oficios, señoríos, condados, cargos de sheriff, castillos, ciudades, tierras...». De hecho, el mismo Ricardo llegó a decir, medio en broma: «Vendería Londres, si pudiera encontrarle un comprador».

El resultado fue un masivo ingreso de dinero y un reajuste político general en todo el país: desaparecieron los hombres de Enrique y entraron en su lugar los de Ricardo. De los veintisiete hombres que habían sido sheriffs de condado en los años finales del reinado de Enrique, sólo cinco conservaron su puesto, y los nuevos pagaron bonitas sumas por su nombramiento. Una de las bajas debidas a las necesidades urgentes de dinero de Ricardo fue sir Ralph Murdac, el sheriff del Nottinghamshire, el Derbyshire y los Bosques Reales (el cargo de sheriff de Nottingham no se creó hasta mediado el siglo XV). Fue destituido de su cargo y sustituido por Roger de Lacy en 1190. Ralph Murdac fue una persona real, pero los datos históricos sobre personajes del siglo xv son muy escasos, de modo que he inventado casi todo lo relacionado con él, excepto su nombre. Lo mismo ocurre con

otros personajes históricos que aparecen en mi novela, como Ralph FitzStephen, condestable de Winchester; Robert de Thurnham, un hombre leal al rey que poseyó un castillo en Kent; su hermano Stephen, y Fulcold, el chambelán de Leonor.

Piers, la infortunada víctima del sacrificio, es por supuesto una invención, pero la forma en que murió está basada en pruebas arqueológicas de sacrificios humanos celtas, en concreto el del Hombre de Lindow, un cadáver momificado del siglo II d. C., encontrado en Cheshire en 1984. El Hombre de Lindow fue un individuo de alto rango, muy posiblemente un druida, y fue golpeado en la cabeza, estrangulado, y posteriormente se le degolló como parte de un ritual precristiano, antes de que su cuerpo fuera arrojado a un depósito pantanoso de turba donde quedó perfectamente conservado durante cientos de años.

Hay muy escasos indicios de que el paganismo se mantuviera vivo en la Inglaterra del siglo XV; por el contrario, la mayoría de los estudiosos coinciden en que prácticamente todo el país era cristiano. Pero a mí me gusta creer, tal vez caprichosamente, que existieron grupos de sociedades primitivas que, en lugares salvajes y casi inaccesibles, siguieron aún apegados a los dioses antiguos, practicaron la brujería y la magia, y se resistieron con fiereza a la autoridad espiritual de una Iglesia omnipresente. A mi modo de ver, el propio Robin Hood es una encarnación de un espíritu salvaje del bosque; una manifestación de todo lo no urbano, incivilizado y no cristiano. También creo que, en parte, su persistente atractivo reside en esa excitante «otredad».

Así pues, ¿existió Robin Hood en realidad? Es difícil decirlo. ¿Hubo una vez un proscrito llamado Robert que se ocultó en el bosque de Sherwood, o tal vez en el de Barnsdale, durante la alta Edad Media, y se hizo famoso por robar a los viajeros? Casi seguro que sí. De hecho, al ser Robert un nombre corriente, y al ser el robo el último recurso de muchos campesinos famélicos —y una opción adoptada por no pocos caballeros escasos de recursos—, probablemente hubo varios hombres que encajaron en esa descripción. Tal vez varias docenas. ¿Reconoceríamos a alguno de esos pretendientes como el auténtico Robin Hood de nuestras leyendas modernas, que robaba a los ricos para repartir el dinero a los pobres e intercambiaba agudezas con sus alegres camaradas mientras se daba palmadas en un muslo enfundado en unas calzas verdes? Casi seguro que no.

En la literatura, Robin Hood hizo su primera aparición en un poema de William Langland fechado en 1370, llamado *Visión de Piers el Labrador*. En él aparece un clérigo perezoso que conoce las historias populares sobre Robin Hood mejor que a sus propios feligreses. De modo que sabemos que las historias tipo culebrón sobre Robin eran un lugar común en el siglo XIV, cuando Langland escribió su poema. Pero hay eruditos que aseguran incluso haber encontrado rastros del hombre mismo. Las primeras referencias a una posible personificación de Robin Hood se encuentran en

documentos legales de la primera mitad del siglo xv. En 1230, el sheriff de Yorkshire redactó una lista de mercancías requisadas a un fugitivo llamado Robin Hood. Otro Robert Hod de Burntoft, del condado de Durham, es mencionado como propietario de unos terrenos en un documento legal de 1244. Más tarde perdió sus propiedades, de modo que es posible que se convirtiera en un proscrito. La cuestión se hace todavía más confusa por el hecho de que en la segunda mitad del siglo xv los nombres «Robinhood» y «Robehod» aparecen con frecuencia en las actas de tribunales de varios condados del norte. ¿Eran nombres reales, o bien una forma genérica de referirse a un salteador de caminos, o apodos dados a criminales para adornarlos con un poco de *glamour* por asociación de ideas con un proscrito famoso? No creo que nunca lleguemos a saberlo. Pero lo que sí podemos afirmar es que Robin Hood, si existió, desplegó su actividad a principios del siglo xiii o antes. Si he escogido como época de mi historia los años finales del siglo xii y los inicios del xiii, es únicamente porque las películas y los programas de televisión que vi en mi época de adolescente situaban las hazañas de Robin en ese período.

Tanto si Robin Hood fue una persona real, como la personificación de un espíritu pagano de los bosques, o una «franquicia» compartida por varios criminales fanfarrones, o una amalgama de varios proscritos distintos, sigo encontrando extrañamente apasionantes las historias de sus aventuras. Espero que lo mismo les ocurra a ustedes, y que disfruten del siguiente libro de la serie, que narrará las aventuras de Robin y Alan en el largo y polvoriento camino a Tierra Santa.

Angus Donald
Kent, enero de 2009

Agradecimientos

Han pasado casi siete años entre el nacimiento de este relato en una apacible charla de bar y la aparición del volumen impreso, y durante ese tiempo ha habido un gran número de personas que me han ayudado enormemente: profesionales de la edición, libreros, periodistas e historiadores, amigos y familiares. Me gustaría, para empezar, dar las gracias a mi agente Ian Drury, de Sheil Land Associates, que intuyó las posibilidades de la obra a partir del borrador de los pocos capítulos que le envié; también quiero agradecer a David Shelley, de Sphere, que accediera a publicar este libro, y a su colega Thalia Proctor por su excelente trabajo de edición. El personal de la British Library me ha prestado una ayuda espléndida a lo largo de estos años, como asimismo los amables amigos de la Tonbridge Library. También me gustaría dar las gracias a Rieron Toole por su paciencia al enseñarme a perseguir ciervos al acecho.

A mis sufridos amigos y a mis antiguos compañeros de trabajo en *The Times*, les agradezco su participación en las interminables conversaciones en The Caxton sobre mí mismo y mis ambiciones literarias, cuando podíamos haber estado hablando de temas mucho más interesantes (como por ejemplo, ellos mismos y sus propias ambiciones).



ANGUS DONALD, nació en China en 1965 y se formó en el Marlborough College y en la Universidad de Edimburgo. A lo largo de su vida, ha ejercido como recolector de fruta en Grecia, camarero en Nueva York y como antropólogo en Indonesia, donde estudió la magia y brujerías indígenas. Durante los últimos quince años ejerció el periodismo en Hong Kong, la India, Afganistán y Londres. *Robin Hood, el proscrito* es el inicio de una serie centrada en este singular y enigmático personaje.

<http://epubgratis.me/taxonomy/term/5886>